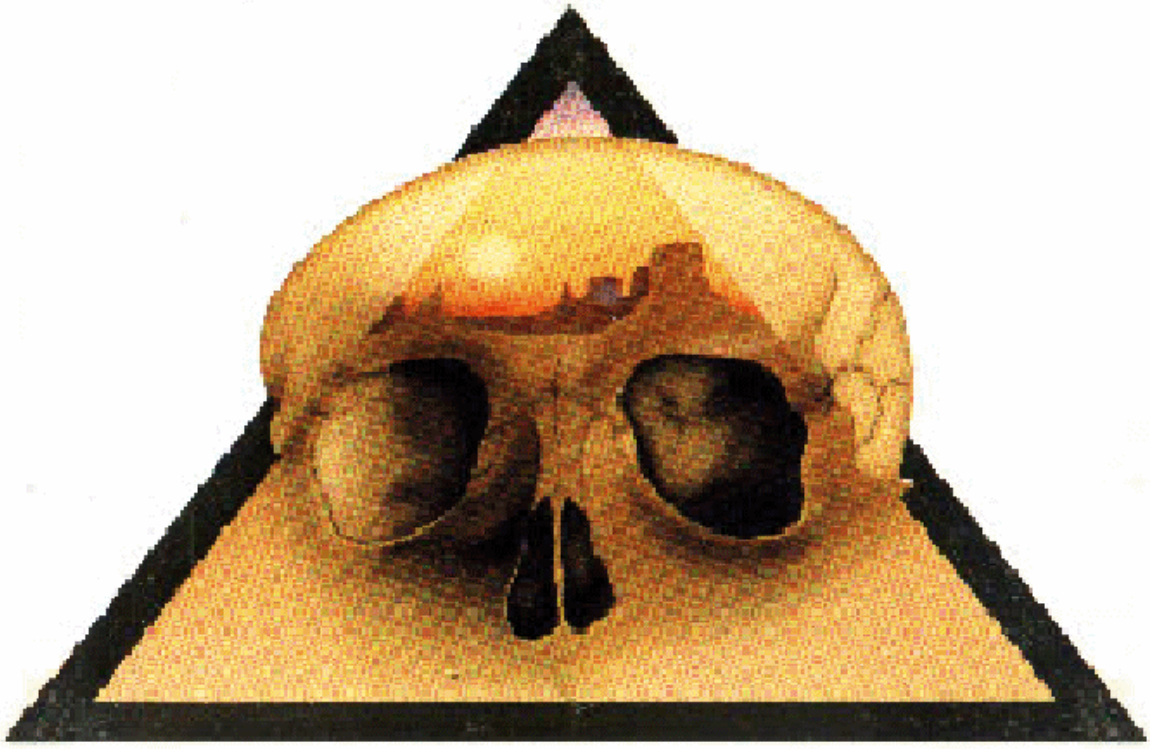
EL LIBRO DE LOS CRÁNEOS
ROBERTO SILVERBERG

ROBERT SILVERBERG

EL LIBRO DE LOS CRANEOS



LIBRO AMIGO

CIENCIA FICCION

LIBROdot.com
http://www.librodot.com

EL LIBRO DE LOS CRÁNEOS *es una gran novela a la que más de un lector podría catalogar como no perteneciente al género de la ciencia ficción. Posiblemente la discusión en torno a este aspecto del libro es ociosa y no admite conclusión clara.*

Sin tener que recurrir al pragmatismo de Norman Spinrad cuando definía el género como «Todo aquello que los editores publican con la etiqueta 'ciencia ficción'», sí conviene recordar aquí que, al final de la década de los sesenta, el pequeño-gran mundo de la ciencia ficción se hallaba convulsionado por la aparición de la tendencia denominada New Wave, *originada en Gran Bretaña, y más concretamente en la revista* New Worlds *editada por Michael Moorcock.*

La New Wave *exigía una mayor atención por la psicología de los personajes, la estructura de la novela, el «espacio interior» y, en definitiva, por los aspectos más estrictamente literarios que el género no parecía atender suficientemente. No es éste el lugar adecuado para describir las novedades que de ahí surgieron, pero sí puede afirmarse que a partir de entonces la ciencia ficción cambió y mejoró.*

Y uno de los cambios de mayor envergadura es el que se dio en la obra del prolífico Robert Silverberg. Hasta entonces su abundante producción se podía encuadrar muy claramente en la space opera *y las novelas de aventuras espaciales. A partir de 1967, Silverberg atendió temas de mayor envergadura moral, ética y filosófica, y cuidó mucho más la descripción psicológica de los personajes y el estilo literario.*

En este sentido, EL LIBRO DE LOS CRÁNEOS *es una obra capital en la que casi todas las preocupaciones del autor se expresan en los monólogos torrenciales de los protagonistas La anécdota argumental es el viaje de cuatro jóvenes en busca de inmortalidad entrevista en las enseñanzas de un viejo libro y relacionada con la remota existencia de una oscura secta. El trayecto desde Nueva York hasta un monasterio oculto en Arizona ocupa la primera mitad del libro, como etapa inicial de un viaje iniciático que finalizará su desarrollo en el mismo monasterio. Los cuatro jóvenes se encontrarán con la realidad de sus vidas y sus propias frustraciones para acabar constatando la veracidad de la norma establecida en el antiguo* Libro: *Cuatro debían ser los conquistadores de la inmortalidad pero, en la prueba, dos debían morir obligatoriamente, y uno de ellos asesinado.*

Planteado así el tema, parece tratarse de una novela fantástica e iniciática. Pero la habilidad de Silverberg estriba en la selección y el cuidado tratamiento de los personajes y en la propia estructura de la novela, constituida por narraciones en primera persona de cada uno de los viajeros que persiguen la inmortalidad.

Aunque puede encontrarse a faltar algún elemento quizá básico (la gente de color, por ejemplo), los personajes de EL LIBRO DE LOS CRÁNEOS *reúnen un buen muestrario de cierta juventud intelectual norteamericana o quizás incluso neoyorquina, de principios de los setenta. Timothy es el representante del grupo dominante, rico, WASP (blanco, anglosajón y protestante), vividor y destinado socialmente al triunfo. Oliver da la imagen del joven guapo, atlético, de extracción campesina, pero que, apoyándose en su inteligencia y tesón, lucha por acercarse a los componentes del grupo social dominante, lo que podríamos llamar un «trepa». Junto a ellos los dos* losers, *los perdedores natos: Ned, el homosexual, poeta y artista; y Eli el judío introvertido, intelectualizado casi por tradición y que, en sus búsquedas de filólogo, descubre el viejo libro esotérico.*

El viaje servirá para mostrarnos, junto a la persecución de la inmortalidad, la psicología y los condicionantes sociales de los personajes que, una vez llegados al final, se encontrarán precisamente a sí mismos.

El tema de la inmortalidad, y la adscripción al género de Robert Silverberg, hace que no tengamos ningún reparo en incluir en nuestra colección esta gran novela. Los temas sociales, culturales y sexuales se dan cita en este libro rico y agradecido que se lee de un

tirón.

MIQUEL BARCELÓ

Librodot

A SAUL DISKIN

Librodot

1

ELI

Llegamos a Nueva York viniendo del norte por el New England Thruway. Como de costumbre, Oliver conducía. Relajado, con la ventanilla medio bajada, el pelo largo y rubio ondeando al viento helado. Timothy, sentado a su lado, dormitaba. Segundo día de nuestras vacaciones de Semana Santa. Los árboles estaban desnudos todavía y algunas placas de nieve ennegrecida afeaban las cunetas. En Arizona no encontraríamos nieve pasada en el borde de las carreteras. Ned, sentado a mi lado, en el asiento trasero, garabateaba páginas y páginas en un bloc, con una luz demoníaca en sus pequeños y brillantes ojos negros. Nuestro querido Dostoievski. De pronto, a nuestras espaldas rugió un camión, por el carril de la izquierda; nos adelantó y se colocó bruscamente ante nosotros. No nos dio de milagro. Oliver apretó el freno. Crujió penosamente. A Ned y a mí nos faltó muy poco para salir disparados hacia el asiento delantero. Un segundo después, Oliver dio un bandazo a la derecha para evitar que chocaran con nosotros por detrás. Timothy se despertó:

—¡Mierda! ¿Es que ya no se puede dormir en paz?

—Casi nos matan —le dijo Ned gesticulando, desencajado, inclinándose hacia delante para soplarle las palabras al oído—. ¿Bromeas? Cuatro valerosos muchachos camino del Oeste, buscando la inmortalidad, aplastados por un camión en el New England Thruway. ¡Con todos nuestros jóvenes miembros esparcidos en las cunetas!

—La vida eterna... —dijo Timothy. Eructó. Olíver rió.

—Hay solamente una posibilidad entre dos —les recordé—. Una baza de poker existencial. Dos encuentran la vida eterna, dos la muerte.

—¡Una baza de póker de mi culo! —se burló Timothy—. Me hace gracia. ¡Sí! Hasta parece que te lo crees.

—¿Tú, no?

—¿En *El Libro de los Cráneos?* ¿En nuestro Shangri-La de Arizona?

—Si no crees en ello, ¿por qué vienes con nosotros?

—Porque en marzo hace buen tiempo en Arizona —nuevamente me obsequiaba con aquel tono altivo de miembro de *country-club* que sabe estar a la altura de las circunstancias en cualquier lugar; un estilo que odio. Ocho generaciones de culos dorados le preceden—. Un pequeño cambio de aires no me hará daño.

—¿Eso es todo? —pregunté—. ¿Es ésa toda tu aportación moral y filosófica a nuestro viaje? ¿Te estás burlando de mí, Timothy? ¿Con todo lo que está en juego y no puedes dejar ese aire de aristócrata desengañado, ese acento amargo, esa postura de que cualquier compromiso puede ser realmente comprometido...?

—¡Déjame en paz con tus monsergas, por favor! —dijo Timothy—. No estoy de humor para meterme en discusiones socioétnicas. En breves palabras, estoy demasiado cansado —empleaba aquel tono de paciencia amable, de anglosajón digno deseoso de librarse de la conversación molesta de un judío demasiado apasionado. Era la actitud que más detestaba de Timothy, cuando me daba en las narices con todos sus genes, explicándome, mediante inflexiones encopetadas, que sus antepasados habían fundado este país mientras los míos estaban plantando patatas en los bosques lituanos.

—Si me permites, me vuelvo a dormir —me dijo. Y a Oliver—: Ten cuidado con

Librodot

esta puta carretera, ¿quieres? Despiértame cuando lleguemos a la Calle 67.

Ahora que ya no se dirigía a mí—miembro irritante y complejo de una raza extranjera, repugnante, pero, quién sabe, tal vez superior—, un leve cambio se operó en su voz. Ahora era el *country-squire* que habla con un simple granjero: relación sin ambigüedad. No es que Oliver fuese tan sencillo, por supuesto, pero era la imagen existencial que Timothy se hacía de él, y, aquella imagen, bastaba para definir sus relaciones, cualquiera que fuera la realidad. Timothy bostezó y volvió a dormirse. Oliver aceleró y se lanzó tras el camión que antes nos había adelantado. Lo pasó, cambió de carril y se pegó a él, desafiando al conductor para que repitiese la jugada anterior. Miré hacia atrás con fastidio.

Un peso pesado, un monstruo rojo y verde, roía el parachoques. Sobre nosotros estaba la cara obstinada, seria, rígida, del conductor: pómulos salientes, sin afeitar, ojos pequeños y fríos, labios apretados. Si pudiera, nos pasaría por encima. Vibraciones de odio. Odio porque somos jóvenes, porque somos guapos (¿guapo, yo?), porque tenemos tiempo y dinero para ir a la universidad a llenarnos la cabeza con cosas inútiles. El escarabajo encaramado encima de nosotros: el buen ciudadano. Cabeza plana bajo la gorra grasienta. Más patriota, con más moral que nosotros. Un buen americano. Jodido por tener que esperar detrás de cuatro vagos. Quise pedirle a Oliver que acelerara antes de que nos embistiera, pero Oliver se obstinaba en seguir delante del camión, con el cuentakilómetros clavado en ochenta. Oliver, cuando quiere, sabe ser tozudo.

Entramos en Nueva York por no sé qué autopista que corta el Bronx. Un territorio poco familiar para mí. Soy hijo de Manhattan; sólo conozco el «metro». Ni siquiera sé conducir. Autopistas, peajes, gasolineras, toda una civilización con la que no he mantenido más que ocasionales contactos. En el Instituto miraba a los chicos de los barrios residenciales cuando llegaban el sábado a la ciudad, todos tras el volante, todos con su chica de dorados cabellos sentada a su lado: aquel no era mi universo, no. Sin embargo, todos tenían dieciséis o diecisiete años, la misma edad que yo. Para mí eran algo así como los semidioses. Hacían el *strip* de las nueve de la noche a la una y media de la madrugada; después cogían el coche hasta Larahmont, Lawrence, Upper Montclair, se escondían bajo la bóveda frondosa de alguna tranquila alameda y saltaban con sus chicas al asiento de atrás. Reflejos de nalgas blancas al claro de luna, braguetas desabrochadas, penetración rápida, gruñidos y gemidos. Mientras tanto, yo cogía el «metro»; West Side/ I.R.T. Todo aquello hubiera marcado profundamente vuestra mente con todo lo relacionado con el sexo. Es difícil hacerle el amor a una chica yendo en el «metro». O de pie, en un ascensor mientras sube al octavo piso de algún rascacielos de Riverside Drive. Por no hablar de hacerlo sobre el techo asfaltado de cualquier edificio de la West End Avenue, a cien metros del suelo, metiéndola y moviéndote mientras las palomas critican tu técnica y te picotean el furúnculo que tienes en el culo. Cuando uno crece en Manhattan es diferente. Un montón de inconvenientes le joden a uno la adolescencia. Mientras tanto, los demás chicos se divierten en sus moteles de cuatro ruedas. Por supuesto, nosotros, acostumbrados a los sinsabores de la vida ciudadana, tenemos por contrapartida nuestras pequeñas ventajas. Nuestras almas, nutridas con la fuerza de la adversidad, son más ricas y más interesantes. Cuando establezco categorías, siempre separo a los conductores de los no conductores. Los Oliver y los Timothy por un lado, los Eli por otro. Por derecho, Ned entra en la misma categoría que yo, la de los pensadores, los leídos, los atormentados, los introvertidos del «metro». Pero Ned tiene carnet de conducir. Lo que no constituye más que otro ejemplo de la perversa naturaleza de su carácter.

De todas formas, estaba contento de estar otra vez en Nueva York. Aunque sólo fuera de paso, camino del dorado Oeste. Era mi terreno, o, más bien, lo sería una vez atravesáramos el Bronx para entrar en Manhattan. Los libreros, los puestos de perritos

Librodot

calientes y salsa de papaya, los museos, las salas de arte y ensayo, la gente. Su textura, su densidad. Bienvenido al país *kascher.* Un espectáculo que anima el corazón después de meses de cautiverio en las soledades pastorales de Nueva Inglaterra, los árboles imponentes, las anchas avenidas, las iglesias congregacionistas completamente blancas, las personas de ojos azules. ¡Qué alivio escapar de la aristocrática pureza de nuestro *campus* para respirar una bocanada de aire contaminado! Una noche en Manhattan y, después, hacia el Oeste. El desierto, los Guardianes de los Cráneos. Volví a ver iluminadas páginas del viejo manuscrito, las letras arcaicas, los ocho cráneos haciendo muecas al borde de la página (siete de ellos no tenían mandíbula inferior, pero, pese a todo, conseguían hacer muecas), cada uno en su pequeño nicho en la columna. *La vida eterna te ofrecemos.* Qué irreal me parece toda esta historia de la inmortalidad en este momento, con los cables de acero del puente George Washington brillando en el sudoeste y las burguesas torres de Riverdale a nuestra derecha. De pronto, tengo dudas. Somos un grupo de insensatos. Nos hemos portado como idiotas creyéndonos todo esto, por haber invertido el dinero de nuestro capital psicológico en una empresa alocada. Olvidemos Arizona y tiremos hacía Florida; Fort Dauderdale, Daytona Beach. Pensad por un momento en todas esas chicas bronceadas de allí abajo, esperando que unos tíos tan sofisticados como nosotros vayan a ligárselas. Y, como ya había pasado otras veces, Ned pareció leer en mis pensamientos; me miró furiosamente y dijo:

—¡No morir nunca! ¡Fantástico! Pero, ¿crees realmente que haya algo de verdad en todo eso?

Librodot

2

NED

La parte más fascinante para mí, la más excitante estéticamente, es que dos de nosotros deban morir para que se exima a los otros dos del pesado fardo de la mortalidad. Esos son los términos propuestos por los Guardianes de los Cráneos, suponiendo, claro está, que la traducción que ha hecho Eli del manuscrito sea correcta, y, también, que lo que nos ha dicho sea verdad. Creo que la traducción es correcta —Eli es terriblemente puntilloso en cuestiones filológicas—, pero siempre hay que considerar la posibilidad de que se trate de una broma, tal vez montada por el propio Eli. O que el mismo sea víctima de un engaño. ¿No estará jugando con nosotros? Ese pequeño judío con la cabeza llena de tradiciones del *guetto* es capaz de todo, y, por supuesto, capaz de imaginar una historia fantástica para embarcar a tres pobres *goyim* indefensos hacia algún horrible destino: un baño de sangre ritual en el desierto. *Ocúpate primero del delgado, del homosexual; métele tu ardiente espada por el agujero de su culo impío.* Pero es probable que le atribuya a Eli mucha más depravación de la que realmente tiene, proyectando sobre él toda mi inestabilidad febril de andrógino perverso. Me parece sincero, es un judío honesto. En el grupo de cuatro candidatos que deben presentarse a la Prueba, uno debe someterse voluntariamente a la muerte, y otro debe convertirse en víctima de los demás. *Sic dixit líber calvarium,* que dice *El Libro de los Cráneos.* Dos mueren y dos viven. Un exquisito equilibrio de *mandala* de cuatro esquinas. Tiemblo ante la terrible tensión entre la extinción y el infinito. Para Eli, el filósofo, esta aventura es una versión más siniestra de la apuesta de Pascal, un juego al doble o nada existencial. Para Ned, el supuesto artista, es una cuestión de estética, un problema de forma y realización de sí mismo. ¿Qué suerte correremos cada uno de nosotros? Oliver, con su feroz sed de vida: nos quitará a la fuerza el frasco de la inmortalidad. No puede hacer otra cosa. No admitirá nunca, ni por un instante, la posibilidad de estar entre los que se retiran para que otros puedan vivir. Y Timothy. Naturalmente, volverá de Arizona intacto e inmortal, esgrimiendo la misma cuchara de plata que llevaba en la boca cuando nació. Los tipos como él están hechos para ser los vencedores. ¿Cómo iba a dejarse matar, o matarse él mismo, con toda esa pasta pariendo para él? Imaginad un momento: un seis por ciento de interés compuesto, durante, digamos, dieciocho millones de años. ¡Poseería el universo! ¡Fantástico! Así que, esos dos, son nuestros candidatos para la inmortalidad. Eli y yo, consecuentemente, tendremos que cederles el sitio. Nos guste o no. Sin necesidad de esperar, los papeles eligen a sus actores. Matarán a Eli, naturalmente, ¿acaso el judío no desempeña siempre el papel de víctima? Le prodigarán palabras amables, como señal de reconocimiento por haber encontrado la clave de la vida eterna en los polvorientos archivos; y, en el momento ritual preciso, le sujetarán y le harán respirar un poco de ciclón-B. La solución final al problema de Eli. Y sólo quedo yo como voluntario para la autoinmolación. La decisión, nos dijo Eli, citando el capítulo y verso adecuado de *El Libro de los Cráneos,* debe ser auténticamente voluntaria, resultado de un puro deseo de sacrificio, pues, en caso contrario, no producirá las vibraciones deseadas. Bien, señores, estoy a su disposición. No tenéis que decir más que una palabra y haré lo que será, con muchísimo, el mejor acto que haya realizado nunca. Un deseo desinteresado y puro, probablemente el primero. Sin embargo, hay dos condiciones: Timothy, hurgarás entre tus millones de Wall Street y subvencionarás una edición decente de mis poemas, bonita encuademación, bonito papel, con un prólogo de alguien conocido, Trilling, Auden, Lowell, o alguno de la misma categoría. Si muero por ti, Timothy, si vierto mi sangre para que vivas eternamente, harás eso por mí, ¿no? A ti también tengo algo que pedirte, Oliver, sí, señor. *Causa sine*

qua non, como diría Eli. El último día de mi vida me gustaría pasar una hora contigo, mi bello y querido amigo, para plantar mi pene en tu suelo virgen. ¡Que seas por fin mío, querido Oliver! Prometo ser generoso con la vaselina. Tu cuerpo liso, casi imberbe, tus nalgas finas y atléticas, tu dulce e inviolado agujerito rosa. Todo eso mío, Oliver. ¡Mío, mío, mío! Te doy mi vida si me prestas tu culo sólo por una tarde. ¿No te parece romántico? ¿No es delicioso tu dilema? O pasas por la piedra, o nada. Pero pasarás. No tienes nada de puritano, eres práctico, un yo-primero. Comprenderás las ventajas del negocio. No tienes otra elección. Complace al marica, Oliver; si no, nada.

3

TIMOTHY

Eli se toma todo esto mucho más en serio que el resto de nosotros. Supongo que es natural; lo ha descubierto él, él ha organizado toda la operación. Y, de todas formas, siente esa llama que se alimenta de él, ese misticismo del europeo del este que le permite concentrarse al máximo en una cosa aunque, en último análisis, sepa que es puramente imaginaria. Debe tratarse de algún rasgo judío ligado a la *kabala,* o no sé muy bien a qué. Por lo menos, creo que es un rasgo judío, como la inteligencia, la cobardía o el amor al dinero, pero, en definitiva, ¿qué sé yo de los judíos? Por ejemplo, nosotros cuatro en este coche. Oliver es, sin duda, el más inteligente. Ned, el más débil físicamente, basta con mirarle a los ojos para que se derrumbe. En cuanto al dinero, lo tengo yo, aunque no haya hecho nada para ganarlo. Reunimos los que dicen ser los rasgos típicos de los judíos. Y el misticismo. ¿Místico, Eli? Puede que simplemente no quiera morir. ¿Qué tiene eso de místico?

Nada, desde luego, pero cuando se trata de *creer* en la existencia de egipcios o babilonios, o sobre los inmortales exilados al desierto, cuando se trata de *creer* que basta con ir allí, decirles las palabras adecuadas y que en el momento te den la inmortalidad, ¡entonces, sí! Salvo Eli, ¿quién puede tragarse eso? ¿Quizás Oliver? ¿Ned? No, él, no. Ned no cree en nada, ni siquiera en sí mismo. Y yo tampoco, no hay que preocuparse por eso.

En ese caso, ¿qué pinto aquí?

Como le he dicho a Eli, hace buen tiempo en Arizona en esta época del año. Además, me gusta viajar. Y me da la impresión de que la experiencia va a ser interesante. Ver cómo evoluciona todo esto. Ver a mis amigos enfrentarse con su destino en las *mesas.* ¿Para qué ir a la universidad sino para tener experiencias interesantes y enriquecer nuestro conocimiento de la naturaleza humana mientras uno se divierte? Yo no he ido para aprender geología o astronomía, sino para observar a otros seres humanos mientras hacen el idiota. ¡Eso es la educación! ¡Eso es pasarlo bien! Como me dijo mí padre el día que me fui de casa por primera vez, después de recordarme que representaba la octava generación de los Winchester que pisaba la noble institución: «Recuerda una cosa, Timothy: el único tema de estudio interesante para el hombre, es el hombre. Lo dijo Sócrates hace tres mil años, y todavía es válido.» En realidad, fue Pope quien lo dijo en el siglo XVIII, lo aprendí en segundo curso de inglés, pero no tiene importancia. Se aprende observando a los demás; sobre todo si uno ha perdido la oportunidad de fortificar el carácter en la adversidad, eligiendo cuidadosamente a los tátara-tátara-abuelos. Tendría que verme ahora el abuelito: en coche con un marica, un judío y un campesino. Creo que no tendría nada que decir. No olvido que soy el mejor.

Eli habló primero con Ned. Les vi cuchichear un montón de cosas. Ned se reía. «Te burlas de mí», repetía; y Eli se ponía como un tomate de rojo. Ned y Eli son muy amigos. Sin duda porque son dos mequetrefes y pertenecen a minorías oprimidas. Desde el principio estuvo claro que, si nos uníamos los cuatro, ellos dos estarían en un lado y Oliver y yo en el otro. Los dos intelectuales contra los dos banales. Los dos maricas... es injusto. Eli no es marica, aunque le moleste al tío Clark. Mi tío insiste continuamente en hacernos creer que los judíos, se reconozca o no, son, fundamentalmente, homosexuales. Es cierto que Eli, con esos andares y ese ceceo, parece marica. De hecho, más que Ned. Quizá por eso persigue Eli de esa manera a las chicas. ¿Tendrá algo que ocultar? En fin, el caso es que Eli y Ned cuchicheaban, se pasaban notas y,

después se lo contaron a Oliver. «¡Mierda! ¿Es que yo no puedo enterarme?», les pregunté. Creo que sentían un maligno placer excluyéndome de sus manejos, algo así como si quisieran demostrarme lo que significa ser un ciudadano de segunda categoría. O, a lo mejor, tenían miedo de que me riera de ellos. Terminaron por contármelo todo. Oliver hizo de embajador.

—¿Qué harás en Semana Santa? —me preguntó.

—No sé. Tal vez las Bermudas. O Florida. O Nassau —el caso es que no lo había pensado mucho.

—¿Te seduce Arízona?

—¿Y qué podemos hacer allí?

Aspiró profundamente.

—Eli ha estado examinando unos manuscritos antiguos en la biblioteca —me dijo sonriendo y evitando mirarme a los ojos—. Ha encontrado algo que se llama *El Libro de los Cráneos,* un libro que, al parecer, ha estado allí durante cincuenta años sin que nadie pensara en traducirlo. Eli ha investigado algunas cosas y piensa...

Piensa que los Guardianes de los Cráneos todavía existen, y que nos dejarán aprovecharnos de su maravilloso tesoro. Eli, Ned y Oliver están de acuerdo en ir allí y ver de qué se trata, y me invitan a completar el cuarteto. ¿Por qué? ¿Por mi dinero? ¿Por mi encanto personal? En realidad, es porque solamente admiten que vayan los candidatos de cuatro en cuatro, y, como somos compañeros de habitación, les ha parecido lógico que...

Y etcétera, etcétera. Acepté quizá por divertirme. Cuando mi padre tenía mi edad, se fue al Congo Belga para buscar minas de uranio. No encontró nada, pero se lo pasó en grande. También yo tengo derecho a correr detrás de alguna quimera. Me voy con vosotros, contesté. Y se me ocurrió durante los exámenes. Sólo más tarde, Eli me contó algunas de las reglas del juego. De cuatro candidatos, como mucho, sólo dos consiguen la inmortalidad. Los otros dos deben morir. Era precisamente el toque melodramático que faltaba. Eli me miró fijamente a los ojos:

—Ahora que ya conoces los riesgos —me dijo—, puedes dejarlo si quieres.

Me miraba intensamente, como si buscara alguna paja amarilla en mi sangre azul. Me eché a reír.

—¡Una posibilidad entre dos está bastante bien! —le dije.

4

NED

Algunas impresiones rápidas antes de que este viaje nos cambie para siempre. Pues nos cambiará, eso seguro. Miércoles por la noche. A ¿...? de marzo. Estamos entrando en la ciudad de Nueva York.

TIMOTHY. Rosa y dorado. Cinco centímetros de grasa rodean unos músculos espesos. Imponente y macizo. Si hubiera querido, podría haber jugado de defensa. Ojos azules y episcopales, burlones. Desarma con una sonrisa. Ademanes de aristócrata americano. ¡Pelo cortado a cepillo! ¡En los tiempos que corren! Es una forma de decirle al mundo que no tiene más dueño que sí mismo. Hace lo posible por darse un aire indolente y perezoso. Un gato gordo. Un león dormido. Hay que desconfiar del león dormido; corriendo es más rápido que lo que sus víctimas llegan a pensar.

ELI. Negro y blanco. Delgado y frágil. Dos centímetros más alto que yo, pero, no obstante, no es alto. Ojos brillantes, labios finos y sensuales, un poco de papada, greñas prolongadas en bucles asirios. Piel muy blanca: en su vida ha visto el sol. Una hora después de afeitarse, necesita hacerlo de nuevo. Vello en el pecho y en las nalgas; si no fuera tan delgado, le daría un aspecto viril. No tiene gancho con las mujeres. Puede que yo llegara a algo con él, pero no es mi tipo: demasiado parecido a mí. Impresión general de vulnerabilidad. Inteligencia viva y hábil, no tan brillante como él cree, pero lejos de ser tonto. Es el prototipo de estudiante de historia medieval.

YO. Amarillo y verde. Un ágil y pequeño marica, ligeramente torpe, pese a la agilidad. Pelo castaño claro, enmarañado y tieso. Frente despejada, de hecho, cada día más despejada. «Te pareces a Fray Angélico», me dijeron dos chicas diferentes la misma semana. Seguro que porque asistían a la misma clase de arte. Es cierto que tengo una ligera pinta de clérigo. Por lo menos, eso decía mi madre, viéndome ya como un amable párroco reconfortando corazones destrozados. Una pena, madre, pero el Papa no quiere tener nada que ver con nosotros. Las chicas, sí. Intuitivamente, saben que soy marica, y, sin embargo, se me ofrecen; como desafío, imagino. Lamentable. ¡Qué derroche! Soy un poeta honesto y un mediocre novelista. Si tuviera valor suficiente para ello, intentaría escribir una novela. Creo que moriré joven. Siento en mí las exigencias del romanticismo. Para ser consecuente con mi personaje, debo considerar constantemente el suicidio.

OLIVER. Rosa y dorado, como Timothy; sin embargo, ¡qué diferencia! Timothy es brutal y sólido como una roca. Oliver es una columna labrada. Físico improbable en un estudiante de primero: un metro ochenta, espalda ancha, caderas estrechas. Proporciones perfectas. Fuerte y silencioso. Sabe que es atractivo, pero no le da ninguna importancia. Granjero, nacido en Kansas. Rasgos abiertos, sin doble intención. Pelo largo, muy rubio, casi blanco. Visto de espaldas, tiene pinta de mujer grandota, salvo las caderas, que no tienen nada que ver con el aspecto general. Sus músculos no están tan marcados como los de Timothy, sino que son alargados y planos. Su placidez campesina no engaña a nadie. Tras el destello tranquilo de sus ojos azules, se esconde un espíritu lleno de avidez. Vive en el hervidero neoyorquino de su imaginación, tejiendo ambiciosos planes. Sin embargo, una noble luz emana de él. Si pudiera, sólo por una vez, embeberme en esa luz...

Nuestra edad: Timothy, veintidós el mes pasado. Yo, veintiuno y medio. Oliver, veintiuno en enero. Eli, veinte y medio.

Timothy: Acuario.

Librodot

Yo: Escorpión.

Oliver: Capricornio.

Eli: Virgo.

Librodot

5

OLIVER

Prefiero conducir yo a que conduzca nadie. He conducido durante diez o doce horas seguidas. Desde mi punto de vista, me siento más seguro cuando conduzco yo que cuando voy dependiendo de otro, pues nadie tiene tanto interés como yo en conservar mi vida. Hay gente que corteja a la muerte sólo por la sensación que experimentan, o, como diría Ned, por cuestión de estética. Me parece idiota. Para mí no hay nada más sagrado en el mundo que la vida de Oliver Marshall, y, cada vez que tenga que ponerse en peligro, prefiero ser yo quien lleve las riendas. Así que no pienso dejarles demasiado el volante. Hasta ahora he conducido siempre yo, aunque el coche sea de Timothy. El es todo lo contrario; prefiere dejarse llevar. Supongo que se trata de un signo más de su conciencia de clase. Eli no sabe conducir. Sólo quedamos Ned y yo. Yo y Ned hasta Arizona, con Timothy para relevarnos de vez en cuando. Francamente, la idea de confiar mi pellejo a Ned me da escalofríos. ¿Y si me quedo donde estoy, con el pie clavado en el acelerador durante toda la noche? Llegaríamos a Chicago mañana por la tarde. A San Luis, el mismo día, pero ya entrada la noche. A Arizona, pasado mañana.

Empezaríamos enseguida a buscar la casa de los cráneos. Estoy preparado para la inmortalidad. Psicológicamente preparado. Creo en Eli implícitamente. ¡Dios mío, que si le creo! Sólo pido eso: creerle. Todo el futuro se abre ante mí. Viajaré a las estrellas. Visitaré los planetas. El Capitán Futuro de Kansas. ¡Y estos imbéciles quieren parar en Nueva York para ir a echar unos polvos! ¡Les espera la eternidad y son incapaces de ir más allá de Maxwell! Quisiera decirles lo podencos que son. Pero debo ser paciente con ellos. No quiero que me tomen el pelo. No quiero que piensen que esos cráneos me vuelven loco. First Avenue, ¡hemos llegado!

6

ELI

Hemos ido a un sitio de la Calle 67 que se inauguró en navidades. Uno de los miembros de la fraternidad de Timothy le dijo que era formidable, y Timothy insistió en que nos diéramos una vuelta por allí. Se llamaba *La Rata Empapelada, y* era todo un espectáculo. La clientela estaba compuesta casi exclusivamente por estudiantes de los barrios residenciales, y había casi tres veces más de chicos que de chicas. Mucho ruido y pesadas risotadas. Entramos en formación, pero nada más atravesar la puerta nos desperdigamos. Timothy se lanzó hacia la barra como un animal en celo, pero se frenó en seco cuando comprobó que el ambiente no respondía exactamente a lo que él esperaba. Oliver, que para algunas cosas es bastante más delicado que nosotros, ni siquiera entró; sintió desde el principio que el sitio no le convenía y se quedó plantado en la puerta, esperando a que nos fuéramos. Cuando intentaba llegar hasta el centro de la sala, me sentí fustigado por una oleada de gritos discordantes que me dejaron vibrando de la cabeza a los pies. Desanimado, me retiré hacia la relativa tranquilidad del vestíbulo. Ned se fue derecho a los lavabos. Yo era lo suficientemente ingenuo como para pensar que solamente quería mear. Al cabo de un rato, Timothy se acercó a mí, con una jarra de cerveza en la mano; me dijo:

—¡Larguémonos de aquí! ¿Dónde está Ned?

—En los servicios.

—¡Mierda!

Se alejó furioso a buscarle. Poco después reapareció con Ned, un Ned que parecía disgustado y venía acompañado por una réplica de Oliver de un metro noventa y cinco, más o menos, como mucho, de dieciocho años de edad, un joven Apolo con una melena hasta los hombros y una cinta color lavanda sujetándole el pelo. Ned no había perdido el tiempo. Cinco segundos para orientarse, treinta para encontrar los servicios y concluir su trabajo. Y entonces llega Timothy y lo echa todo a perder, jodiendo una aventura que hubiera acabado exquisitamente en alguna habitación del East Village. Pero, claro, no podíamos dejar que Ned se dedicase a sus vicios. Timothy le dijo al muchacho algo no muy agradable. Apolo, contoneándose, se alejó. Y nosotros nos largamos. Más arriba, en la misma calle, había sitios más acogedores. La *Plastic Cave,* un sitio que Oliver y Timothy habían frecuentado bastante el año anterior. Decoración futurista, ondulantes hojas de plástico gris brillante, camareros vestidos con trajes de ciencia ficción de colores barrocos, periódicas explosiones de luces estroboscópicas, y, más o menos cada cinco minutos, salían de cincuenta altavoces riadas de música ensordecedora. Más una discoteca que un club de solteros, pero valía para las dos cosas. Muy frecuentada por los de Columbia y Barnard. Y también por las chicas de Hunter; estudiantes, abstenerse. Me sentía desplazado. No tengo ni idea sobre los sitios de moda. Prefiero sentarme en una cafetería, pedirme un capuchino y charlar, todo antes que pagar por bailar en una discoteca. Me gusta más Rilke que el rock, y Plotino más que el plástico. «Sales directamente de los años cincuenta», me dijo un día Timothy. Timothy, con su corte a cepillo de patriota republicano.

Nuestro principal objetivo para esa noche era encontrar un sitio para dormir, es decir, chicas que tuvieran un piso donde poder meter a cuatro tipos. Timothy se encargaría de ello, y, si no resultaba suficiente, pondríamos a Oliver a trabajar en el asunto. Aquél era el ambiente en que estaban acostumbrados a moverse. En una misa mayor, en la iglesia de San Patricio, no hubiera podido estar más incómodo. Para mí,

Librodot

aquello era Zanzíbar, y supongo que para Ned algo parecido a Timbuctú, a pesar de su adaptabilidad camaleónica. Frustrado por Timothy en sus inclinaciones naturales, enarbolaba en aquel preciso instante la bandera hetero, y, con su acostumbrada perversidad, sacó a bailar a la chica menos afortunada del lugar, una muchacha desgarbada, con los pechos tan desplegados como un tiro de postas que brotara de debajo de su deformado suéter rojo. Le estaba administrando su tratamiento de seducción a alta tensión, lo que hacía que se pareciera más que a cualquier otra cosa a un Raskolnikov homosexual aferrándose a la mujer que debería salvarle de una existencia de sodomita atormentado. Mientras Ned le susurraba al oído, era un espectáculo digno de admirar verla hacerle carantoñas y pasando su lengua entre los labios, parpadeando mientras acariciaba el crucifijo —¡sí, señor!— que colgaba entre sus gigantescos pechos. Una Sally McNally que hubiera perdido hacía poco su golosina, y, ¡sólo Dios sabe cuánto le había costado deshacerse de ella! Y ahora —¡todos los santos sean loados!— ¡alguien intentaba calentarla de verdad! Sin duda Ned le parecía el cura contrariado, el jesuita decepcionado con su aureola de decadencia y romántica angustia católica. ¿Llegaría hasta el final? Probablemente, sí. Su calidad de poeta, buscando experiencias sin cesar, le inducía a hacer frecuentes incursiones en los bajos fondos del sexo contrario, seduciendo a todas las chicas rechazadas por los demás: una manca, una chica con medio maxilar, una cigüeña dos veces más alta que él, etcétera. Es la idea que tiene el humor negro. En resumen que, aunque marica, se acuesta con chicas más veces que yo, si bien sus conquistas no son precisamente ningunas mísses. No quería sacar ningún placer del acto, sino solamente el juego cruel de la conquista por sí misma. «Veis», parecía decir, «esta noche no me habéis dejado tener a Alcibíades, así que me cojo a Xanthippe».

Estudié su técnica durante algunos momentos. Me lleva mucho tiempo observar las cosas. Debía estar ya intentando cazar algo. Si el fervor y el intelectualismo están de moda aquí, ¿por qué no estaba ya cambiando mi mercancía por algunos trozos de culo? Eli, ¿a lo mejor estás por encima de todo esto? Venga, por qué no confiesas que eres un pardillo con las chicas. Me acerqué a tomar un *whisky sour* (¡Los años cincuenta una vez más! ¿Quién sigue bebiendo cócteles hoy en día?) y me dispuse a alejarme de la barra. Con mi natural torpeza choqué con una morenita y tiré la mitad del líquido por el suelo.

—¡Oh! ¡Perdón! —dijimos a la vez.

Parecía aterrada, un animalillo asustado. Frágil, huesuda, justo, justo, el metro cincuenta, ojos brillantes y solemnes, nariz prominente *(¡Shayneh maideleh!* ¡Un miembro de la tribu!). Una blusa turquesa medio transparente revelaba un sujetador rosa, que, para las costumbres de la época, indicaba una cierta ambivalencia. Nuestra timidez encendió una llama recíproca. Sentí calor entre las piernas, en las mejillas, y sentía el calor de nuestro fuego común. A veces, las cosas suceden de forma tan especial que uno se extraña de que todos los que le rodean no se levanten a aplaudir. Encontramos una mesa minúscula y murmuramos someras presentaciones. Mickey Bernstein, Eli Steinfeld, ¿qué hace una chica como tú en un sitio como éste?

Estudiaba en Hunter y estaba en segundo, era becaria, su familia vivía en Kew Gardens; compartía un piso con otras cuatro amigas en la esquina entre la Tercera Avenida y la Calle 70. Creí de inmediato haber encontrado nuestro nicho para pasar la noche. Figuraos: ¡Eli, el *schmendrick* tiene un hallazgo! Pero comprendí rápidamente que el piso en cuestión tenía dos habitaciones y cuarto de baño, y que no estaba hecho para albergar a tanta gente. No tardó en confesarme que venía raramente a estos sitios, casi nunca, en realidad. Pero una de sus amigas la había arrastrado hasta aquí para celebrar el comienzo de las vacaciones. Señaló hacia su compañera: un palo de escoba cubierto de acné que conferenciaba ardorosamente con un barbudo desgarbado que

vestía con aquel estilo lleno de flores del sesenta y ocho; así que por eso estaba aquí, incómoda, ensordecida por todo aquel ruido, ¿podría pedirle un refresco? Hombre de mundo, Steinfeld agarra al vuelo a un marciano y le larga el pedido: «Es un dólar, por favor». ¡Vaya! Me preguntó qué estudiaba. Encajado. Venga, pedante, ¡lúcete!

—Filosofía de la Alta Edad Media —contesté—, la desintegración del latín en lenguas románticas. Podría cantarte alguna canción obscena en provenzal, si supiera cantar.

Se echó a reír, un poco alto.

—¡Oh! Yo también tengo una voz horrible —dijo—. Pero si quieres puedes recitarme una.

Me cogió de la mano tímidamente, me había mostrado demasiado erudito para pensar en tomar la suya. Y empecé, casi vociferando las palabras en medio del estruendo que nos rodeaba.

Can vei la lúceta mover
Dejoi sas alas contral raí,
Que s.oblid.es laissa chazer
Per la doussor c.al cor li vai...

Y así sucesivamente. Estaba embobada.

—¿Es realmente muy cochino? —me preguntó por fin.

—En absoluto. Es una tierna canción de amor. Bernart de Ventadorn, del siglo XII.

—¡Lo has recitado muy bien!

Se la traduje, y sentí que llegaba hasta mí un montón de palabras aduladoras. Llévame contigo, hazme cosas, me decía telepáticamente. Calculé que habría tenido relaciones sexuales unas nueve veces con dos tipos diferentes, y andaban aún buscando nerviosamente su primer orgasmo, preguntándose sin embargo si no estaría entrando en materia demasiado pronto. Estaba dispuesto a hacer todo lo posible, mientras le susurraba pequeños tesoros provenzales. Pero, ¿cómo irse de allí? ¿A dónde podíamos ir? Miré frenéticamente a mi alrededor. Timothy besaba a una criatura increíblemente bella, su melena era una cascada de pelo castaño. Oliver tenía dos conquistas: una morena y una rubia. El antiguo encanto del granjero trabajaba a fondo. Ned seguía cortejando a su remedio contra toda tensión. Tal vez alguno de los dos encontraría algo, un piso no demasiado lejos, donde entráramos todos. Volví a prestar atención a lo que Mickey me decía:

—El sábado por la noche damos una fiesta. Vendrán algunos músicos formidables. Música clásica. Si estás libre podrías...

—El sábado por la noche estaré en Arizona.

—¿En Arizona? ¿Has nacido allí?

—Soy de Manhattan.

—Entonces, ¿por qué...? Lo que quiero decir es que nunca oí de nadie que se fuera a Arizona en Semana Santa... ¿Es algo nuevo? —con la exquisitez de una tímida sonrisa, añadió—: Perdona. ¿Te espera alguna chica?

—No. No hay nada de eso.

Se removió en la silla ligeramente incómoda. No quería ser indiscreta, pero no sabía cómo parar el interrogatorio. Por fin cayó la pregunta inevitable:

—Entonces, ¿por qué vas?

No sabía qué contestarle. Durante un cuarto de hora había representado un papel convencional, el de estudiante merodeando por los bares del East Side, la chica tímida pero liberada, atontada por un poco de poesía esotérica, miradas tiernas, ¿cuándo puedo volver a verte?, la aventura fácil, gracias por todo y hasta la vista. El conocido vals estudiantil. Pero en su pregunta había una trampa para mí, y me precipitaba en aquel otro universo más oscuro, el del sueño y la imaginación, donde jóvenes solemnes especulan con la posibilidad de deshacerse para siempre de la pesada carga de la muerte, donde algunos místicos se esfuerzan en creer que han descubierto misteriosos manuscritos que revelan los secretos de antiguos cultos. Sí, hubiera podido decirle: partimos a la busca del escondite oculto de la Hermandad de los Cráneos, esperando persuadir a los Guardianes de que somos dignos candidatos a la Prueba, y que, naturalmente, si nos aceptan, uno de nosotros sacrificará de buen grado su vida por los demás, y otro será asesinado; pero, ya ves, estamos dispuestos a enfrentarnos a estas eventualidades, ya que, los afortunados que sobrevivan, jamás morirán. Gracias, H. Rider Haggard: es exactamente así. Sentía nuevamente la misma sensación de incongruencia y dislocación al yuxtaponer nuestro directo entorno neoyorquino y mi improbable sueño de Arizona. Mira, hubiera podido decirle, hay que suscribir un acto de fe de aceptación mística; pensar que la vida no está hecha solamente de discotecas y «metros», de tiendas de modas y de aulas. Necesitamos creer que existen fuerzas inexplicables. ¿Crees en la astrología? Por supuesto; y sabes lo que piensa de ella el *New York Times.* Pues bien, admite un poco más; como hemos hecho nosotros. Abstráete de tu forzado y moderno desprecio hacia todo lo improbable, y admite, sólo por un instante, que pueda existir una Hermandad, que pueda existir una Prueba, que pueda existir la Vida Eterna. ¿Por qué negarlo sin antes haberlo comprobado? ¿Debemos dejarlo y correr el riesgo de equivocarnos? Por eso vamos a Arizona, los cuatro: el alto con el pelo cortado a cepillo, aquel dios griego que está cerca de la barra, aquel otro que habla animadamente con la chica gorda, y yo. Y, aunque algunos estamos más convencidos que otros, no hay ninguno que no tenga por lo menos un poquito de fe en *El Libro de los Cráneos.* Pascal eligió la fe porque el no creyente tenía todas las posibilidades en contra, ya que podía perder el Paraíso por no someterse a la Iglesia. Lo mismo nos pasa a nosotros. Aceptamos con agrado parecer ridículos durante una semana porque esperamos ganar algo que no tiene precio y, como mucho, sólo perderíamos el precio de la gasolina. Pero a Mickey Bernstein no le dije nada de esto. La música estaba demasiado alta; además, nos habíamos comprometido todos con el más terrible de los juramentos estudiantiles a no revelar nada a nadie bajo ningún pretexto. Simplemente, contesté:

—¿Por qué Arizona? Porque nos encantan los cactus. Y porque hace muy buen tiempo en marzo.

—También en Florida hace buen tiempo.

—Sí, pero no hay cactus.

7

TIMOTHY

Necesité una hora para encontrar a la chica que buscaba y todo arreglado. Se llamaba Bess. Era de Oregón y tenía un buen par de tetas. Compartía un amplio piso en Riverside Drive con otras cuatro compañeras de Barnard. Tres de sus cuatro amigas habían ido a pasar las vacaciones a casa de sus padres; la otra estaba allí, sentada en un rincón, dejándose camelar por un tío de unos veinte años de espesas patillas y aspecto de agente de publicidad. Le expliqué que mis tres amigos y yo estábamos de paso en Nueva York camino de Arizona, y que esperábamos encontrar algún lugar no muy desagradable para dormir.

—Eso podría arreglarse —me dijo.

¡Perfecto! Ya sólo queda buscar a todos los demás. Oliver hablaba sin cesar con una chica delgaducha con un traje negro, ojos demasiado brillantes. Probablemente drogada con anfetaminas. Tiré de él, le expliqué lo que había, y le encajé a la amiga de Bess, Judy, una chica de Nebraska, nada desdeñable. El asunto estuvo pronto arreglado y Judy y Oliver se embarcaron en una discusión sobre el precio de la comida para cerdos, o algo parecido. Después busqué a Ned. Se había ligado a una tía, ¡imaginad! De vez en cuando hace este tipo de cosas, supongo que para picarnos. En esta ocasión se trataba de un animal de concurso, grandes agujeros en la nariz, enormes pechos y una montaña de carne.

—Nos vamos —le dije—. Si quieres puedes traerla.

Después encontré a Eli. Debíamos estar en la semana internacional de la heterosexualidad: incluso Eli había hecho una conquista. Castaña, delgada, sólo piel sobre huesos, sonrisa nerviosa. Pareció atónita al notar que *su* Eli formaba equipo con un gran *shegitz* como yo.

—Donde vamos, cabe todo el mundo —le dije—. Vámonos.

Le faltó poco para besarme los pies.

Nos amontonamos ocho en el coche —nueve, pues la conquista de Ned valía por dos. Conducía yo. Las presentaciones no acababan nunca. Judy, Mickey, Mary, Bess; Eli, Timothy, Oliver, Ned; Judy, Timothy; Mickey, Ned; Mary, Oliver; Bess; Eli; Mickey, Judy; Mary, Bess; Oliver, Judy; Eli, Mary...

¡Vaya! Se pone a llover, una llovizna helada justo por encima del punto de congelación. Cuando entrábamos en Central Park, un coche decrépito que iba cien metros por delante de nosotros derrapó, resbaló por el bordillo de la acera y se estrelló contra un gigantesco árbol. El coche reventó, y por lo menos una docena de siluetas salieron corriendo en todas direcciones. Frené en seco, pues algunas de las víctimas estaban casi debajo de las ruedas de nuestro coche. Había cráneos aplastados y nucas abiertas, y gente gimiendo en español. Aparqué mientras le decía a Oliver:

—Vamos a ver si podemos echar una mano.

Oliver parecía aplanado. Es su reacción ante la muerte: atropellar a una ardilla le pone malo durante una semana. Un coche lleno de portorriqueños heridos es suficiente espectáculo para dejar a nuestro valiente estudiante de medicina en estado semicomatoso. Cuando estaba empezando a murmurar alguna respuesta, Judy de Nebraska asomó la cabeza por encima de su hombro y empezó a gritar histéricamente:

—¡No pares, Tim! ¡Continúa!

Librodot

—Hay heridos —dije.

—Va a llegar la policía. Cuando vean ocho jóvenes en un coche, nos registrarán antes de ocuparse de ellos. ¡Y llevo encima, Tim! *¡Llevo!* Nos detendrán a todos.

Estaba realmente al borde del pánico. ¡Mierda! No podíamos permitirnos el lujo de perder una parte de nuestras vacaciones dejándonos detener, simplemente, porque una imbécil necesita llevar su reserva de estimulantes encima a todos sitios, así que, apreté el acelerador y arranqué, sorteando cuidadosamente a los muertos y a los agonizantes. ¿La policía hubiera perdido el tiempo en registrarnos mientras que aquellos tipos se morían tirados en la carretera? No puedo creerlo, pero probablemente estoy condicionado a creer que tengo a la policía de mi parte. Tal vez Judy tenía razón. En nuestro tiempo, la histeria se contagia fácilmente. Así que nos fuimos, y sólo cuando llegamos a Central Park West, Oliver dijo que, en su opinión, no debíamos haber huido de aquel modo. La moral, con retraso, le hizo saber Eli, es peor que la ausencia de moral. Ned exclamó: «¡Bravo!» ¡Hay que ver lo pesados que son estos dos!.

Judy y Bess vivían a la altura de la Calle 100, en un enorme y vetusto inmueble que, hacia 1920, fue probablemente un palacio. Su piso era una continuidad de habitaciones y pasillos de techo alto, con rebuscadas molduras de escayola, agrietada y retocada decenas y decenas de veces a lo largo de los siglos. Más o menos un quinceavo piso: vistas sobre las miserias de New Jersey. Bess puso una pila de discos: Segovia, Stones, *Sargent Pepper,* Beethoven, cualquier cosa, y fue a buscar una botella de Ripple. Judy sacó la droga que causara su pánico en el parque. Un trozo de hasch del tamaño de mi nariz.

—¿Siempre llevas eso como amuleto? —le pregunté, aunque me aseguró que se lo habían vendido en la *Plastic Cave.*

Pasamos una pipa. Como siempre, Oliver pasó. Creo que piensa que todo tipo de drogas sólo sirven para contaminarle sus preciosos fluidos vitales. La lavandera irlandesa de Ned también se abstuvo; le hubiera gustado intervenir, pero no estaba preparada para llegar a aquello. «Venga», oí que le decía Ned. «Te ayudará a perder peso». Parecía aterrada. Sin duda temía que de un momento a otro Jesucristo apareciera por la ventana para llevarse su alma inmortal de su jadeante cuerpo pecaminoso. El resto de nosotros conseguimos colocarnos en un estado agradable, y cada uno se dirigió a las diferentes habitaciones.

Hacia la mitad de la noche, obedeciendo a las exigencias de mi vesícula, me dediqué a buscar los servicios por un verdadero laberinto de puertas cerradas y pasillos. Abrí algunas por equivocación. Por todas partes, montones de humanidad. En una de las habitaciones, ruidos apasionados, movimientos regulares y rítmicos, ruido de muelles. No hace falta abrir: debe ser Oliver, el toro, montando a su Judy por sexta o séptima vez. Cuando haya acabado con ella, andará con las piernas arqueadas durante una semana. En otra habitación, soplidos y ronquidos. ¡Dios mío! La dulce trucha de Ned en pleno sueño. Ned estaba dormido en el suelo del pasillo; supongo que todo tiene un límite. Por fin, encontré los servicios; estaban ocupados. Eli y Mickey estaban duchándose juntos. No quería molestarles, pero, ¡mierda!, Mickey tomó una graciosa postura de estatua griega, mano derecha cubriendo su negro vello, brazo izquierdo cruzado sobre sus rudimentarios pechos. Aparentaba unos catorce años, tal vez menos.

—Perdón —dije alejándome.

Eli, desnudo y chorreando, corrió tras de mí.

—Olvídalo —dije—, no lo he hecho a propósito.

Pero no era aquello lo que le preocupaba. Quería preguntarme si teníamos sitio para

una persona más para el resto del viaje.

—¿Ella?

Asintió. Lo que faltaba. Habían conectado, habían encontrado la verdadera felicidad el uno dentro del otro... Y ahora quería que nos la lleváramos con nosotros.

—¡Por Dios! —exploté, y creo que casi desperté a toda la casa—. ¿No le habrás dicho que...?

—No, sólo le he dicho que vamos a Arizona.

—¿Y qué vas a hacer cuando lleguemos? ¿Llevarla con nosotros al Monasterio de los Cráneos?

No lo había pensado. Obnubilado por sus modestos encantos, nuestro lúcido Eli no veía más allá de sus narices. Evidentemente, resultaba imposible. Si la expedición se hubiera caracterizado por el aspecto erótico, yo me hubiera traído a Margo, y Oliver a LuAnn. No. Todo debía quedar entre hombres. Las mujeres sólo para las ocasiones que surgieran en el camino, y Eli obedecería las reglas como todos los demás. Sobre aquellas bases habíamos formado un cuarteto hermético. Y ahora él se negaba a adaptarse.

—Mientras estemos en el desierto, la dejaré en algún motel de Phoenix —insistió—. No tiene por qué enterarse ni de a dónde vamos ni para qué.

—¡Ni pensarlo!

—Además, Timothy, ¿por qué todo esto tiene que ser un misterio?

—¡Estás mal de la cabeza! ¿Quién insistió fundamentalmente en que hiciéramos aquel puñetero juramento de no revelar jamás ni una sola palabra de *El Libro de los Cráneos?*

—¡Tim, estás gritando! ¡Te van a oír!

—¿Y qué? ¡Que me oigan! Te molestaría, ¿no? Te molestaría que todo el mundo se enterase de tus proyectos estilo Fu-Manchú. Y, sin embargo, estás dispuesto a contarla todo. Eli, ¿por qué no lo entiendes de una vez?

—Si ella no viene, puede que renuncie a Arizona.

Me daban ganas de darle un buen vapuleo. ¡Renunciar a Arizona! El lo había organizado todo. Había reclutado a las tres personas que hacían falta para que la empresa tuviera éxito. Se pasó horas y horas explicándonos lo importante que era que abriéramos nuestras almas a lo inexplicable, a lo fantástico, a lo inverosímil. Nos había obligado a abandonar todo empirismo y todo pragmatismo, a realizar un acto de fe. Y etcétera, etcétera... Y ahora, cuando una seductora israelita se abre las piernas cuando le ve, está dispuesto a tirarlo todo por la borda para visitar cogidos de la mano los claustros, el Guggenheim y todos los demás santuarios de la cultura urbana. Pues, ¡mierda! Si nos había metido en todo esto, y, haciendo abstracción de la creencia que cada uno de nosotros acordara a su asombroso culto de la inmortalidad, ¡no nos iba a abandonar así como así! *El Libro de los Cráneos* exige que los candidatos se presenten en grupos de cuatro. Le dije que no aceptaríamos que se escabullera. Se quedó un buen rato en silencio. Muchos vaivenes de la manzana de Adán: señal de gran conflicto interior. El Amor Auténtico frente a la Vida Eterna.

—La verás cuando volvamos del Oeste —le contesté—. Suponiendo que seas de los que vuelvan.

Estaba metido de lleno en uno de sus propios dilemas existenciales. La puerta del

cuarto de baño se abrió y Mickey asomó púdicamente la cabeza, enrollada en una toalla.

—Tu Dulcinea te espera —dije—. Hasta mañana.

Encontré otro cuarto de baño cerca de la cocina, y, tras liberarme, volví a oscuras junto a Bess, que me acogió con pequeños suspiros, me agarró por las orejas y me colocó entre sus dos rebosantes montículos. Los pechos voluminosos, me dijo mi padre cuando tenía quince años, son más bien vulgares, y un *gentlemen* debe utilizar otros criterios para elegir a sus mujeres. Es posible, pero, como almohadas, resultan idóneas. Celebramos por última vez la consagración de la primavera y después me dormí. A las seis de la mañana me despertó Oliver ya completamente vestido. Ned y Eli también estaban levantados y vestidos. Las chicas dormían. Desayunamos en silencio. Café y panecillos. A las siete ya estábamos en la carretera. Riverside Drive, el puente George Washington, Jersey, después la autopista 80 hacia el Oeste. Oliver conducía.

Librodot

8

OLIVER

«No vayas», me había dicho LuAnn. «Sea lo que sea, no vayas, no te mezcles en eso. No me inspira confianza.» A decir verdad, no le había contado casi nada. Solamente las apariencias. Un grupo de religiosos en Arizona, viviendo en un monasterio; según Eli, si fuéramos a visitarles, sería para nosotros una fuente de enriquecimiento espiritual. Podríamos sacar un gran provecho, le expliqué a LuAnn. Su reacción inmediata fue de miedo. El síndrome del ama de casa: si no sabes de qué se trata, no te acerques. Asustada, recogida en su caparazón. No es ñoña, ni mucho menos, pero tiene los pies demasiado en la tierra. A lo mejor, si le hubiera hablado del aspecto inmortal del asunto, hubiera reaccionado de diferente manera. Pero había jurado no decir ni una palabra. Además, supongo que hasta la inmortalidad hubiera espantado a LuAnn. «No vayas», me hubiera dicho. «Es una trampa. Nada bueno saldrá de todo eso. Es extraño, diabólico y misterioso, y, dentro de la voluntad del Señor, no entra que esas cosas existan. Beethoven murió. Jesucristo murió. El presidente Einsenhower murió. ¿Crees acaso que tú vas a salvarte de morir cuando ellos han tenido que hacerlo? Te lo ruego, no te mezcles en eso.»

La muerte. ¿Qué sabe la pequeña LuAnn de la muerte? Incluso sus abuelos viven todavía. Para ella, la muerte es una abstracción, cosas que le pasaron a Jesucristo y Beethoven. Yo conozco mejor la muerte, LuAnn. Cada noche veo su calavera. Paseo con ella. La escupo. Y Eli viene un día a buscarme y me dice: «Conozco un sitio donde te evitarán la muerte, Oliver. Está en Arizona. Haces una visita a la Hermandad y les sigues el juego, y ellos te arrancarán de la rueda del fuego. No sigas a los demás, no bajes a la tumba, no aceptes la descomposición. Saben cómo sacarte el aguijón de la muerte.»

¿Cómo dejar escapar semejante oportunidad?

La muerte, LuAnn. Piensa en la muerte de LuAnn Chambers, el jueves que viene, por ejemplo. No en mil novecientos noventa y siete, sino el próximo jueves. Vas a visitar a tus abuelos a Elm Street, cruzas la calle y un coche se echa sobre ti después de derrapar, como el de esos pobres portorriqueños la otra noche... no, retiro lo dicho. No creo que la Hermandad de los Cráneos pueda evitar una muerte accidental, violenta. Sea cual sea su método, no es milagroso, solamente retrasa el proceso físico. Volvamos al principio, LuAnn. Vas por Elm Street para visitar a tus abuelos y de pronto una vena te estalla en las sienes traidoramente. Hemorragia cerebral. ¿Por qué no? Imagino que también sucede a los veintiún años. La sangre empieza a hervir dentro de tu cráneo, tus piernas parecen de algodón, caes sobre el bordillo de la acera revolviéndote como un gusano. Sabes que está pasando algo horrible, pero ni siquiera te da tiempo a gritar; y en diez minutos has muerto. Has sido borrada del universo, LuAnn, o mejor dicho, te han quitado el universo. No hablemos de lo que le va a pasar a tu cuerpo: los gusanos en tus entrañas, tus ojos azules convertidos en lodo... Piensa simplemente en lo que has perdido, en todo lo que te dejas atrás. Los amaneceres y los atardeceres. El aroma de un filete a la plancha. El fino contacto de un jersey de cachemira. El suave roce de mis labios sobre los bordes de tus senos. Has dejado a tus espaldas el Gran Cañón, Shakespeare, Londres y París, el champán y tu boda por todo lo alto en alguna iglesia, a Peter Fonda, a McMacney, el Misisipí, la Luna y las estrellas. Nunca tendrás hijos, nunca probarás el verdadero caviar, porque te has muerto en la acera y los jugos ya fermentan en ti. ¿Para qué pasar por todo eso, LuAnn? ¿Por qué traernos a este magnífico mundo para después quitárnoslo todo? ¿Voluntad divina? No, LuAnn. Dios

es amor, y jamás nos hubiera hecho algo tan cruel; así que Dios no existe, sólo existe la muerte. Y tenemos que procurar evitar a la Muerte. ¿Que sólo una minoría muere a los diecinueve años? Es cierto, LuAnn. En ese punto he forzado un poco las cosas. Digamos que vives hasta mil novecientos noventa y siete. Te casas en la iglesia, tienes hijos, ves París y también Tokio, brindas con champán y pruebas el caviar verdadero. Y hasta te vas a la Luna con tu marido para pasar las vacaciones, con tu marido el rico doctor. Y entonces llega la muerte y te dice: O.K., LuAnn, ha sido un paseo muy agradable, pero ya se ha terminado. ¡Hop! Tienes cáncer de útero, se te pudren los ovarios, o cualquiera de esas enfermedades de mujer; durante las noches se ramifica, te vas en hemorragias y acabas en el hospital envuelta en un mar de fluidos apestosos. ¿Acaso el hecho de haber vivido cuarenta o cincuenta años te da suficientes fuerzas como para hacer las maletas? ¿Acaso la broma no es todavía más cruel cuando te das cuenta de lo maravillosa que es la vida para palmar luego? Nunca has pensado en esas cosas, LuAnn, pero yo sí. Y te lo digo: cuanto más se vive, más se desea vivir, por supuesto, a menos que estés enfermo o seas anormal, o estés solo en el mundo y la vida sólo sea un tormento para ti. Pero si amas la vida, nunca tendrás suficiente. Yo no tengo ganas de dejar esto. He pensado en la muerte de Oliver Marshal, puedes creerme, y es algo que rechazo totalmente. ¿Por qué empecé medicina? No para forrarme recetando píldoras a las ricachas, sino para poder especializarme en geriatría; en los fenómenos de la senectud y la prolongación de la vida: para poder meterle a la muerte un dedo en el ojo. Era mi gran sueño, todavía lo es; entonces Eli viene y me cuenta lo de los Cráneos, y yo le escucho. Rodamos a cien kilómetros por hora hacia el Oeste. La muerte de Oliver Marshal puede llegar dentro de ocho segundos —¡crac!, ¡bang!, ¡clonk!—, o dentro de noventa años. También podría no producirse nunca. *No producirse nunca.*

LuAnn, piensa por ejemplo en Kansas. Tú sólo conoces Georgia, pero piensa por un momento en Kansas. Kilómetros y kilómetros de cereales, un viento arenoso azotando la llanura. Creces en un pueblo de novecientos cincuenta y tres habitantes. ¡Oh, Señor! ¡Danos también en este día nuestra muerte cotidiana! El viento, el polvo, la carretera, las caras alargadas y angulosas. ¿Quieres ir al cine? Medio día de viaje hasta Emporia. ¿Quieres comprar un libro? Para eso es mejor ir a Topeka. ¿Comida china? ¿Pizza? ¿Enchiladas? Bromeas. En nuestra escuela hay ocho cursos y diecinueve alumnos. Sólo un profesor. También él nació aquí y no sabe muchas cosas. Como era endeble para la agricultura, pidió trabajo en la escuela. El polvo, LuAnn. El trigo ondulante, las largas tardes de verano. El sexo. ¿Sabías, LuAnn, que el sexo allí no es ningún misterio, sino una necesidad? A los trece años te vas detrás de la granja, al otro lado del río. Es la única diversión que hay. Todos hemos jugado. Christa se baja los vaqueros. Es curioso, no tiene nada entre las piernas salvo algunos rizos rubios. Ahora, déjame mirar a mí, te dice. Ven, súbete encima de mí, así. ¿Te parece excitante, LuAnn? No tiene nada de excitante. Hacemos eso porque no tenemos otra cosa que hacer. A los dieciséis años, todas las chicas están gordas, y la rueda sigue girando. Es la muerte, LuAnn, la muerte en vida. No podía más. Necesitaba evadirme. No a Wichita, ni a Kansas City, sino hacia el Oeste, hacia el verdadero mundo, el mundo de la televisión. ¿Imaginas todo lo que he tenido que revolver para salir de Kansas? ¿Ahorrar dinero para comprar libros? ¿Hacer cien kilómetros diarios para ir y volver del instituto? Soy un digno imitador del digno Abe Lincoln, sí, porque era la única e irreemplazable vida de Oliver Marshal la que estaba viviendo y no podía permitirme el lujo de derrocharla haciendo crecer cereales. Bien, una beca para una de las universidades de Ivy League. Notas brillantes en primero de medicina. Soy como un alpinista, LuAnn. El diablo me quema la cola y necesito llegar cada vez más alto. Pero, ¿para llegar a dónde? ¿Para pasar cuarenta o cincuenta años agradables y luego un hasta luego y gracias por todo? No, no me resigno. A lo mejor la muerte era buena para Beethoven o para Jesucristo o para el presidente Eisenhower, pero, sin pretender ofender a nadie, creo que yo soy diferente. Sim-

Librodot

plemente porque no puedo sentarme y dejarme llevar. ¿Por qué tiene que ser tan corta la vida? ¿Por qué ha de terminar tan deprisa? ¿Por qué no nos dejan que nos bebamos el universo? La muerte ha estado rondando a mi alrededor durante toda mi vida. Mi padre murió a los treinta y seis años. Cáncer de estómago. Un día empezó a echar sangre por la boca y dijo: «Me parece que he adelgazado algo últimamente.» Diez días más tarde parecía un esqueleto, y diez días más y era un esqueleto. Le habían otorgado treinta y seis años de vida. ¿Qué vida es ésa? Cuando murió, yo tenía once años. Tenía un perro y murió. Hocico gris, orejas colgantes, rabo juguetón; hasta la vista. También tenía abuelos, como tú, precisamente cuatro. Murieron, uno, dos, tres, cuatro, caras curtidas, losas en el polvo. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Quisiera ver tantas cosas, LuAnn! África, Asia, el Polo Sur, Marte y los planetas de Alfa Centauro. Me gustaría ver amanecer cuando empezara el siglo XXI, y, también, el XXII. ¿Pido demasiado? Sí, en efecto. Ahora tengo todo eso a mi disposición, y, sin embargo tengo que perderlo todo, como los demás; pero me niego a resignarme. Por eso me dirijo al Oeste, el sol del amanecer brilla en el espejo retrovisor, Timothy ronca a mi lado, y Ned escribe una poesía sentado en el asiento de atrás, Eli está taciturno por el asunto de la chica que Timothy no le ha dejado traerse. Y todo esto lo pienso por ti, LuAnn. Todas estas cosas que no sabría explicarte. Las meditaciones sobre la muerte de Oliver Marshal. Pronto llegaremos a Arizona. Entonces conoceremos las decepciones y desilusiones, y nos iremos a tomar una cerveza diciéndonos que era evidente, desde el principio, que esta historia era un camelo, y cogeremos otra vez la ruta del este para continuar el proceso que lleva a la muerte. Pero, ¿quién sabe, LuAnn? ¿Quién sabe? Por lo menos, existe una posibilidad. Una pequeña y minúscula posibilidad de que el libro de Eli diga la verdad. ¿Quién puede negarlo?

9

NED

Hemos andado setecientos o novecientos kilómetros hoy sin intercambiar prácticamente una palabra desde que salimos esta madrugada. Nos unen y nos separan algunas tensiones. Eli está enfadado con Timothy, yo también. Timothy está abrumado por Eli y por mí. Oliver está harto de todo el mundo. Eli está contra Timothy porque no le dejó traerse a la morenita que recogió ayer por la noche. Mis simpatías están con Eli; sé lo difícil que le resulta entenderse con las chicas, y me imagino lo angustioso que debió ser para él separarse de ella. Sin embargo, Timothy tiene razón: traerse a la chica era algo impensable. También yo le reprocho a Timothy sus intromisiones en mi vida sexual. Podía haberme dejado irme con aquel chico a su casa y recogerme por la mañana. Pero no, tiene miedo de que me den una paliza por la noche y me dejen tirado en una acera. «Sabes lo que suele pasar, Ned: tarde o temprano, los maricas acaban por recibir una paliza y se mueren sobre la primera acera que encuentran.» No quería perderme de vista. ¿Qué puede importarle a él si recibo una paliza mientras me dedico a la busca de mis dudosos placeres? Lo que le importa es que eso rompería el *mandala.* La figura de las cuatro esquinas, el rombo sagrado. Siendo tres, no podrían presentarse ante los Guardianes de los Cráneos; soy indispensable. Así que Timothy, que no hace más que decir que no se cree ni una palabra del mito del Monasterio de los Cráneos, está, sin embargo, decidido a llevar a todo el rebaño intacto hasta las puertas del santuario. Me gusta esa clase de resolución repleta de contradicciones. Timothy dice que éste es un viaje de locos, pero tengo la intención de seguir hasta el final, ¡y velaré para que todo el mundo continúe!

Esta mañana hay otras tensiones en la atmósfera. Timothy está de morros y como distante, sin duda porque detesta el papel paternalista que tuvo que interpretar ayer; nos está reprochando que le hayamos obligado a hacerlo. Sospecho que Timothy también está algo resentido conmigo porque le prodigué mis favores a la pobre Mary. En el código de Tim, cuando se es marica, se es marica y punto. Debe creer, probablemente con razón, que a veces me lanzo a la heterosexualidad con una buena panda de espantapájaros sólo para fastidiar a los tipos como él.

Oliver está también más taciturno que de costumbre. Imagino que le parecemos tremendamente frivolos y nos detesta por ello. ¡Pobre Oliver! Un *self-made man,* como él mismo no deja de recordarnos con su desaprobación, más implícita que explícita, de nuestros respectivos comportamientos. Se trata de una figura linconiana, salida de la desolación de los campos de cereales de su Kansas natal a base de esfuerzos, sacrificios y trabajo, para alcanzar el envidiable *status* de estudiante de medicina en la universidad, exceptuando una o dos, más tradicional del país, y que, por alguna mala jugada del destino, se encuentra compartiendo su piso y posible futuro destino con: 1) un poeta homosexual; 2) un miembro de la clase ociosa; 3) un judío erudito y neurótico. Mientras Oliver se dedica a la conservación de la vida mediante los ritos de Esculapio, yo me contento con rellenar incomprensibilidades contemporáneas, y Eli se contenta con traducir y dilucidar incomprensibilidades olvidadas, y Timothy se contenta con coleccionar dividendos y jugar al polo. Sólo tú, Oliver, tienes alguna utilidad social, tú, que has hecho voto de aligerar a la humanidad de sus males. ¡Ah! Y si el monasterio de Eli existiera de verdad y nos dieran lo que vamos a buscar, ¿al estado de qué quedaría convertido tu arte, Oliver? ¿Para qué sirve ser médico cuando existe una fórmula mágica que concede la vida eterna? ¡Tendrás que despedirte de tu trabajo, Oliver!

Ahora debemos estar, más o menos, por Pensilvania occidental, o en el este de Ohio,

no sé exactamente. Nuestra meta para esta noche es Chicago. Los kilómetros pasan; las autopistas se suceden unas a otras y todas son muy parecidas. Estamos rodeados de colinas todavía inmersas en la desolación del invierno. Un sol pálido. Un cielo descolorido. De vez en cuando, una gasolinera, un restaurante o la pintura de algún pueblo sin alma divisado a través de los árboles.

Oliver condujo sin decir una sola palabra durante más de dos horas. Después le pasó las llaves a Timothy. Timothy llevó el volante durante cosa de media hora, se cansó y me pidió que le relevara. Soy algo así como el Richard Nixon del automovilismo: tenso, aplicado, agresivo, siempre calculando y deshaciéndome continuamente en excusas; es decir, un incompetente. A pesar de todos esos *handicaps,* Nixon logró ser el presidente; yo, a pesar de mi falta de atención y coordinación, saqué el carnet de conducir. Según la teoría de Eli, los americanos se dividen en dos categorías: los que saben conducir y los que no saben; los primeros sirven únicamente como animales reproductores y para trabajos de fuerza; los segundos encarnan el verdadero genio de la raza. Me considera algo así como un traidor a la *intelligentsia* porque sé distinguir el freno del acelerador, pero me da la impresión de que, después de comprobar cómo conduzco durante una hora, ha debido pasar a revisión su severo juicio. No soy un conductor, sino una pésima imitación de uno. El *Lincoln Continental* de Timothy me parece un autobús. Giro demasiado el volante y voy dando bandazos constantemente. Dadme un *VW* y os enseñaré de qué soy capaz. Oliver, que es un pésimo pasajero, acabó por perder la paciencia y me dijo que iba a conducir él otra vez. Ahora conduce él, auriga de dorados cabellos, hacia el sol poniente.

En un libro que leí no hace mucho, se esbozaba una metáfora estructural de la sociedad a partir de una película etnográfica sobre la caza de jirafas en la selva africana. Los guerreros habían herido a un gran animal con sus flechas envenenadas, pero tenían que seguir a su presa a través de las áridas soledades del Kalahari hasta que muriera, cosa que podía llevar una semana o, incluso, más. Los cazadores eran cuatro, unidos por estrecha alianza. El jefe, que iba a la cabeza del grupo. El *shaman,* o brujo, que invocaba la asistencia de los poderes sobrenaturales cuando la situación lo requería y que, además, servía de unión entre el carisma divino y la realidad del desierto. El cazador, célebre por su agilidad, elegancia, velocidad y fuerza, llevaba el mayor peso del grupo. Y por fin, el bufón, pequeño y feo, que se burlada de los misterios del *shaman,* de la beldad del cazador y de la autosuficiencia del jefe. Los cuatro constituían un organismo único, cada uno de ellos desempeñando un papel esencial en el desarrollo de la caza. A partir de ahí, el autor desarrollaba las polaridades del grupo, inspirándose en las teorías de Yeats sobre los giros en sentidos contrarios: el *shaman y* el bufón representaban el giro a la izquierda, el idealismo; el cazador y el jefe, el giro a la derecha, el racionalismo. Cada uno de los giros concretiza posibilidades inaccesibles al otro; cada uno es inútil sin el otro, pero juntos forman un grupo estable donde todas las funciones están equilibradas. De ahí sólo hay un paso hacia la última metáfora que nos eleva de la tribu a la nación: el jefe se convierte en el estado, el cazador en el ejército, el *shaman* en la iglesia y el bufón en el arte. Este coche transporta un macrocosmos. Timothy es nuestro jefe; Eli nuestro *shaman,* el bello Oliver nuestro cazador, y yo soy el bufón. *Y yo soy el bufón.*

10

OLIVER

Eli nos había guardado lo mejor para el final, para cuando todos estuvimos convencidos para hacer el viaje. Hojeaba las páginas de la traducción levantando la cabeza, frunciendo las cejas, simulando tener dificultad en encontrar el pasaje que quería leernos cuando sabía perfectamente dónde estaba. Luego, con voz solemne, leyó:

«Este es el Noveno Misterio: ¡El precio de una vida debe ser exigido a cambio de otra vida! Sabed, ¡oh nobles nacidos!, que cada eternidad debe ser compensada con una extinción y que pedimos de vosotros que el equilibrio ordenado sea conseguido serenamente. Aceptamos en nuestro seno a dos de vosotros. Dos deben ir a reunirse con la oscuridad. Así como por el hecho de vivir, morimos cada día, por el hecho de morir, viviremos eternamente. ¿Hay entre vosotros alguno que renuncie gustoso a la eternidad para beneficiar a sus hermanos de la figura de cuatro lados, para que ganen la comprensión y la auténtica abnegación? ¿Hay entre vosotros alguno al que sus compañeros estén dispuestos a sacrificar para ganar la comprensión de la exclusión? Que sean elegidas las víctimas. Que definan la calidad de su vida por la cualidad de su partida.»

Un poco confuso. Releímos y releímos el texto durante horas, dejando que Ned ejercitara sus músculos de jesuita, sólo para, finalmente, llegar a una conclusión horrible. Hacía falta que alguien se ofreciera voluntario a la muerte, al suicidio. Y dos de los sobrevivientes debían asesinar al tercero. Aquéllos eran los términos del pacto. ¿Tendríamos que cumplirlos al pie de la letra? ¿O sólo tenían un valor simbólico? En vez de suicidarse, puede que uno de nosotros tenga que irse tan mortal como llegó, renunciando a tomar parte en el ritual. Después, los otros dos deberían ponerse de acuerdo para que el tercero abandonara el santuario. ¿Era posible? Eli se inclinaba por verdaderos muertos. Por supuesto. Por supuesto, suele tomarse las cosas místicas demasiado al pie de la letra. Las irracionalidades de la vida le interesan más que las realidades. Ned, que nunca se toma nada en serio, está de acuerdo con Eli. No creo que tenga demasiada fe en *El Libro de los Cráneos,* pero su posición es que sí, que en todo esto hay algo de verdad, y que el Noveno Misterio debe interpretarse como la exigencia de dos muertes.

Timothy tampoco se toma nada en serio, aunque su forma de reírse del mundo sea totalmente diferente de la de Ned. Ned es un cínico consciente. A Timothy todo le tiene sin cuidado. Es una pose demasiado demoníaca en el caso de Ned, y sólo cuestión de tener demasiado dinero el padre, en el de Timothy. No se rompe la cabeza con lo del Noveno Misterio. Para él, como el resto de *El Libro de los Cráneos,* es una tontería.

¿Y Oliver?

Oliver no lo sabe muy bien. Tengo fe en *El Libro de los Cráneos,* sí, porque tengo fe y por tanto supongo que debo aceptar la interpretación literal del Noveno Misterio. Sí, pero me he metido en esto para vivir, no para morir, no he pensado de hecho, que yo pueda ser el que saque la paja más corta. Suponiendo que el Noveno Misterio corresponda exactamente a lo que creemos, ¿quiénes serán las víctimas? Ned ha dicho que a él le es indiferente morir o vivir. Una noche de febrero, borracho como una cuba, nos arengó durante dos horas con la estética del suicidio. Traspirando, con la cara enrojecida, agitando los brazos, resoplando. Lenin predicando encima de un cajón. De vez en cuando, nos interesábamos por coger el sentido general. De acuerdo, encomendemos a Ned su papel habitual y concluyamos con que sus propósitos de morir

son, en último extremo, una actitud romántica. Eso hace de él, de todas formas, nuestro más firme voluntario para ese viaje obligatorio. ¿Y de víctima asesinada? Eli, naturalmente. No podía ser yo; me defendería demasiado, y me llevaría a la tumba por lo menos a uno de esos cerdos, y lo saben perfectamente. Ni Timothy: es fuerte como una montaña; no le matarían ni con una barra de hierro. Sin embargo, Timothy y yo podríamos cargarnos a Eli en menos de dos minutos.

¡Por Dios! ¡Cómo detesto este tipo de especulaciones!

No quiero matar a nadie. No quiero ver morir a nadie. Lo único que quiero, y durante el mayor tiempo posible, es seguir viviendo yo.

Pero, ¿y si son ésas las condiciones? ¿Y si el precio de una vida es realmente otra vida?

Librodot

11

ELI

Entramos en Chicago en el crepúsculo, después de haber viajado todo el día. Ciento diez, ciento veinte por hora durante horas y horas apenas entrecortadas con algunas paradas. Las últimas cuatro horas las hemos hecho sin parar. Oliver aceleraba como un loco por la autopista. Las piernas dormidas. El culo dolorido. Ojos vidriosos. El cerebro embotado. El poder hipnótico de la carretera. Mientras el sol descendía por el horizonte, el color parecía haber abandonado el mundo. Un azul uniforme se deslizaba por todas partes, cielo, campo, carretera. El conjunto de tonos del espectro estaba siendo atraído hacia el ultravioleta. Era como cuando uno se encuentra en mitad del océano, incapaz de distinguir lo que está por encima o debajo del horizonte. Dormí muy poco la noche anterior. Como mucho dos horas, probablemente menos. Cuando no hablábamos o hacíamos el amor, estábamos tumbados uno junto al otro en una especie de sopor. ¡Ah, Mickey! ¡Mickey! Todavía tengo tu olor en la punta de los dedos. Te respiro. Tres veces entre las doce y el amanecer. Lo tímida que fuiste al principio en la estrecha habitación, pintura verde descascarillada, posters psicodélicos, John Lenon y Yoko, nalgas fláccidas, mirando cómo nos desnudábamos, y tú adelantando los hombros, metiéndote apresuradamente entre las sábanas. ¿Por qué? ¿Encuentras tu cuerpo tan deficiente? De acuerdo, estás delgada, tienes los codos puntiagudos y no demasiado pecho. No eres Afrodita. ¿Acaso necesitabas serlo? ¿Soy yo Apolo? Por lo menos, no te has crispado en mis brazos. Me pregunto si habrás gozado. Nunca me entero. ¿Dónde están los espasmos gimientes, los gritos de que hablan en los libros? No será mi tipo de chica, supongo. Las mías son demasiado educadas para semejantes erupciones orgásmicas. Hubiera debido meterme a cura. Dejar joder a los que saben y consagrar mis energías a la investigación de lo profundo. Puede que no sea muy bueno en fornicología. Que Orígenes sea mi guía: en alguno de mis momentos de exaltación, me practicaré una autoorquidectomía y pondré los cojones en ofrenda ante el santo altar. Así no sufriré nunca más las distracciones de la pasión. ¡Pues, no! ¡Me gusta demasiado! Señor, hazme casto, pero espera todavía un poco. Tengo el número de teléfono de Mickey. La llamaré cuando vuelva de Arizona (¡Cuándo esté de vuelta! *Si* vuelvo. ¿Qué pareceré entonces?). Mickey es exactamente la chica que necesito. Debo fijarme unos modestos objetivos sexuales. No son para mí las rubias espectaculares, ni las deportistas, ni las sofisticadas contraltos. Para mí son las pequeñas y dulces sonrisas. La LuAnn de Oliver acabaría con todos mis métodos en un cuarto de hora; aunque creo que la aguantaría sólo una vez, por las tetas. ¿Y la Margo de Timothy? En eso más vale ni pensar. Mickey es la que más me conviene. Mickey pálida, Mickey deslumbrante, Mickey cerca, Mickey alejada. Mil doscientos kilómetros a mi derecha. Me pregunto qué les dirá de mí a sus amigas. Que me idealice, que me engrandezca. Lo necesito tanto.

Henos pues en Chicago. ¿Por qué Chicago? ¿No está un poco alejado de la línea recta que une Phoenix con Nueva York? Me da la impresión de que sí. Si yo hubiera organizado el viaje, habría trazado un itinerario que fuera de una punta del continente hasta la otra, pasando por Pittsburgh y Cincinnati, pero es muy probable que las autopistas más rápidas no sigan el camino más corto, y, de todas maneras, Timothy quería pasar por Chicago. Pasó aquí toda su juventud. O más bien, la parte de su infancia que no pasó en la hacienda de su padre, en Pensilvania, la pasó aquí, en casa de su madre, un poco más arriba de Lake Shore Drive. ¿Existe algún anglicano que no se divorcie cada dieciséis años? ¿Hay alguno que no tenga un par de padres o madres como mínimo? Desde aquí veo los anuncios de bodas para el domingo:

Mtss Rowan Demarest Hemple, hija de Mrs. Charles Holt Wilmerding, de Grosse Pointe, Michigan, y de Mr. Dayton Belknap Hemple, de Bedford Hills, Nueva York y Montego Bay, Jamaica, ha contraído matrimonio esta tarde en la capilla anglicana, con el doctor Forrester Chiswell Birdsall, cuarto, hijo de Mr. Forrester Chiswell Birdsall, tercero, de East Islip, Long Island.

Et caetera ad infinitum. Qué cónclave debe ser una boda semejante, con todos esos matrimonios múltiples reuniéndose para celebrarlo, donde cada uno es el primero de todo el mundo, cada uno casado dos, tres veces, por lo menos. Los nombres, los triples nombres santificados con el tiempo, las hijas llamadas Rowan y Choate, y Palmer, y los chicos Amory y McGeorges, y Harcourt, han sido educados entre nombres como Bárbara, Loise, Claire, Mike, Dick y Sheldon. McGeorges puede convertirse en Mac, pero, ¿cómo le llama uno a un joven Harcourt cuando juega con él a policías y ladrones? ¿Y a una chica que se llame Palmer o Choate? Es un mundo diferente, un mundo aparte. ¡Y el divorcio! La madre (Mrs. X... Y... Z...) vive en Chicago, el padre (Mr. A... B... C...) vive en un barrio residencial de Philadelfia. Mis padres celebrarán sus treinta años de matrimonio en el mes de agosto, y no han cesado de lanzarse el uno al otro a la cara durante toda mi juventud: ¡El divorcio! ¡El divorcio, estoy harto! ¡Me iré de esta casa para no volver nunca más! La incompatibilidad burguesa normal y corriente. Pero, ¿divorciarse realmente? ¿Llamar a un abogado? Antes que eso mi padre se hubiera descircuncidado y mi madre hubiera entrado completamente desnuda en Gimbels. En todas las familias judías existe una tía que se divorció antaño, hace tiempo, y hoy ya nadie habla de ella. Uno se entera, una de esas mañanas en que se sorprende una conversación entre dos parientes de edad avanzada, evocando recuerdos mientras meten la nariz en la taza de té. Pero nunca se habla de ello delante de los niños. Nunca encontraréis entre los judíos racimos de familias que necesiten complicadas presentaciones: os presento a mi madre y a su marido, a mi padre y a su mujer.

Durante nuestra estancia en Chicago, Timothy no visitó a su madre. Paramos muy lejos de donde vive, un poco más al sur, en un motel al borde del lago, frente al Grand Park (Timothy pagó la habitación con su tarjeta de crédito, no podía ser menos), pero ni siquiera la telefoneó. Los sólidos y afectuosos lazos de las familias *goyishe.* Sí, verdaderamente. (¿Por qué no llamarla y hablarle un poco por teléfono?) En lugar de eso nos llevó a hacer una visita nocturna a la ciudad, comportándose en parte como si fuera el propietario, y en parte como si fuera un guía a bordo de un autobús de excursionistas de la Gray Line. Aquí tenéis las torres gemelas de Marina City, aquí el rascacielos John Ancok, y aquí el Instituto de Arte, y ahí el conocido barrio comercial de Michigan Avenue. Al final, quedé impresionado, yo nunca había ido hacía el Oeste más allá de Parsippany, en New Jersey, pero me había hecho una idea muy precisa de la probable naturaleza del gran corazón de América. Esperaba encontrarme un Chicago mugriento y estrecho, cima de la desolación del Middle West, con viviendas de ladrillo rojo de siete pisos, del siglo XIX, y con una población compuesta en su totalidad por trabajadores polacos, húngaros e irlandeses, todos vestidos con monos. Sin embargo, lo que tenía ante mí era una ciudad llena de anchas avenidas y deslumbrantes rascacielos. La arquitectura era sobrecogedora. En Nueva York no hay nada comparable a esto. Por supuesto, sólo hemos visto el Chicago de las cercanías del borde del lago. Vete solamente cinco calles hacia el interior y verás toda la miseria que desees. Aquello, al menos, era lo que Ned prometía. En todo caso, la pequeña parte de Chicago que habíamos visto era deslumbrante. Timothy nos llevó a cenar a un restaurante francés que conocía, frente a un curioso monumento antiguo conocido como Water Tower. Una ocasión más para verificar la veracidad de la máxima de Fitzgerald sobre los ricos: «Son diferentes de vosotros y de mí». Yo conocía los restaurantes franceses como vosotros conocéis a los tibetanos o a los marcianos. En las grandes ocasiones, mis padres nunca

Librodot

me habían llevado al Pavillon o al Chambord: cuando aprobé el examen que me abría las puertas del instituto, me concedieron el derecho de ir al Brass Rail, y al Scharff el día que me dieron la beca. Comida para tres por más o menos trece dólares, y con aquello podía considerarme feliz. Las raras ocasiones en que voy a un restaurante con alguna chica nunca pido más allá de una pizza o de un kung-po-chi-din. La carta del restaurante de Timothy era una extravagancia de letras doradas grabadas sobre hojas de vitela, más anchas que el New York Times; para mí resultaba misterioso. Timothy, mi compañero de curso y de habitación, se movía a sus anchas a través de los jeroglíficos de la carta, sugiriéndonos las *quenelles aux buîtres, crêpes farcies et roulées, escalopes de veau à l'estragon, tournedos sauté chasseur, l'homard a l'americaine.* Oliver, naturalmente, estaba tan perdido como yo, pero, para mi sorpresa, Ned, cuyo medio pequeño burgués no era muy diferente del mío, destacó como un gran conocedor en la materia y discutió competentemente los respectivos méritos del *gratin de ris de veau,* de los *rognons de veau à la bordelaise,* del *caneton aux cerises* y del *suprême de volaille aux champignons.* (El verano que cumplió dieciséis años, nos explicó más tarde, había servido de pinche a un *distinguido gourmet* de Southampton.) Finalmente, me declaré incapaz de hacer nada con tal carta, y fue Ned quien decidió por mí mientras Timothy elegía por Oliver. Recuerdo las ostras, la sopa de tortuga, el vino blanco seguido del tinto, un suntuoso no sé qué más de cordero, unas patatas que sobre todo parecían hechas de aire, y *broccoli* sumergido en una espesa salsa amarilla. Después, coñac para todos. Legiones de camareros se apresuraban a nuestro alrededor como si fuéramos cuatro banqueros de paso en lugar de cuatro estudiantes vestidos de forma miserable. De pasada vi la cifra del total: ciento doce dólares, servicio no incluido. Me faltó poco para caerme de espaldas. Con gesto noble, Timothy exhibió su tarjeta de crédito. Me sentía febril, atontado, absolutamente lleno. Temía vomitar sobre la mesa, en medio de todas aquellas lámparas de cristal, de todos aquellos terciopelos rojos y del elegante mantel. El espasmo pasó sin que sucediese ninguna desgracia. En cuanto salimos a la calle me sentí mejor, aunque todavía un poco mareado. Me prometí a mí mismo consagrar cincuenta o sesenta años de mi inmortalidad a estudiar seriamente las artes culinarias. Timothy habló de ir después por la zona de las cafeterías, un poco más hacia el norte. Pero la idea fue rechazada unánimemente, pues estábamos agotados. Volvimos andando al hotel, durante una hora más o menos, en medio de un frío atroz.

Habíamos tomado una *suite.* Dos habitaciones, Ned y yo en una, Timothy y Oliver en la otra. Dejé caer mi ropa en un montón y me metí en la cama. No tenía mucho sueño, demasiada comida: espantoso. Agotado como estaba, me quedé relativamente despierto, en un estado de sopor. La cena, demasiado cara, pesaba como una piedra en mi estómago. Una buena vomitona, decidí unas horas más tarde, sería lo mejor. Me levanté desnudo y me dirigí titubeando hacia el cuarto de baño que separaba las dos habitaciones. En el oscuro pasillo me encontré con una visión aterradora. Una chica desnuda, más alta que yo, con los pechos pesados y oblongos, caderas asombrosamente anchas, una corona de pelo castaño y rizado. ¡Una aparición nocturna! ¡Un fantasma engendrado por mi calenturienta imaginación!

—¡Hola, guapetón! —me dijo guiñándome un ojo, pasando ante mí en medio de una nube de perfume y olor a carne. Quedé atontado, la mirada fija sobre sus opulentas nalgas hasta que cerró la puerta del cuarto de baño. Temblaba de frío y de lubricidad. Ni el ácido me había provocado nunca semejante alucinación. ¿Aquel restaurante francés era más fuerte que el LSD? ¡Era bella, bien hecha, elegante! Oí la cadena y el agua del retrete, miré hacía la otra habitación. Mis ojos estaban ya acostumbrados a la oscuridad. Lencería femenina por todas partes. Timothy roncaba en su cama. En la otra, Oliver, y sobre su almohada una segunda cabeza, femenina. No era una alucinación. ¿Dónde habían encontrado a aquellas chicas? ¿En la habitación de al lado? No. Empezaba a

comprender. Unas *call-girls* proporcionadas por la dirección del hotel. La fiel tarjeta de crédito ha servido una vez más. Timothy obtiene de la civilización americana un partido que yo, pobre estudiante del *ghetto,* nunca podría soñar con tener. ¿Necesitas una chica? Coges el teléfono y no tienes más que pedir una. Tenía seca la garganta y la verga tiesa. Sentía tronar mis tripas. Timothy está dormido. Muy bien, ya que la han contratado para toda la noche, la tomaré prestada un momento. Cuando salga del baño, iré decidido hacia ella, una mano en el pecho, la otra en el culo, la hablaré con voz cavernosa tipo Bogart y la invitaré a que se acueste conmigo. Qué os habéis creído. La puerta se abrió. Salió contoneándose, los pechos balanceándose, ding-dong, ding-dong. Otro guiño. Pasó por delante de mí. Desapareció. Mis manos se cerraron en el vacío. Su espalda arqueada acababa en dos nalgas asombrosamente carnosas; perfume barato; andaba suavemente siguiendo el ritmo de su contoneo. La puerta de la habitación se cerró en mis narices. Está alquilada, pero no para mí. Es de Timothy. Entré en el cuarto de baño, me arrodillé ante el trono, y me pasé una eternidad intentando vomitar. Después, volví a mi cama con mis sueños fríos de intento fallido.

Por la mañana, ya no había ninguna chica a la vista. Estábamos en la carretera antes de las nueve. Oliver conducía. Próxima escala, Saint Louis. Me hundía en una morbosidad apocalíptica. Hubiera roto imperios aquella mañana si hubiera tenido el dedo sobre el botón adecuado. Hubiera liberado al Doctor Strangelove o al lobo Fenris. Hubiera hecho saltar en pedazos al universo entero si me hubieran dejado.

Librodot

12

OLIVER

Durante cinco horas he conducido sin parar. Los demás querían bajar constantemente, para mear, para estirar las piernas, para comprar hamburguesas, para hacer esto o lo otro, pero no les he hecho ni caso, he seguido conduciendo sin despegar el pie del acelerador, los dedos posados ligeramente sobre el volante, la espalda completamente recta, la cabeza casi inmóvil, manteniendo la vista sobre un punto fijo a ocho o diez kilómetros ante mí sobre la misma carretera. Me encontraba poseído por el ritmo del movimiento. Era casi algo sexual: el largo y liso coche se lanzaba hacia delante violando a la autopista, y yo iba al volante. Sentía verdadero placer. Por un instante di un ligero bandazo. La víspera no estaba a tono, demasiado esfuerzo con aquellas putas que Timothy había conseguido. ¡Oh! A pesar de todo, conseguí hacerlo tres veces, pero solamente porque era eso lo que se esperaba de mí, y porque mi tacañería granjera no me permitía derrochar el dinero de Timothy. Tres golpes, como decía la chica: «Damos otro golpe más, lobo mío.» Pero el esfuerzo sostenido y constante de los cilindros era prácticamente una relación sexual entre el coche y yo, era el éxtasis. Ahora creo comprender lo que siente un fanático de las motos. Más, más y más. El pulso saltaba por encima de uno. Hemos tomado la carretera 66, que pasa por Joliet, Bloomington, Springfield. Poca circulación. En algunos sitios, colas de camiones; pero, aparte de eso, no gran cosa. Los postes de telégrafos desfilan uno tras otro, plíc, plíc, plic. Un kilómetro cada cuarenta segundos, cuatrocientos kilómetros en cinco horas, incluso para mí supone una excelente media en las carreteras del este. Campos desnudos y llanos, algunos todavía con nieve. En el gallinero, refunfuñaban. Eli me llamaba asquerosa máquina de conducir, Ned me incordiaba para que me parara. Me hice el loco. Por fin me han dejado tranquilo. Timothy ha ido durmiendo la mayor parte del tiempo. Yo era el rey de la carretera. Al mediodía comprobamos que estaríamos en Saint Louis en dos horas. Habíamos previsto pararnos allí, pero ya no tenía ningún sentido, y, cuando Timothy se despertó, sacó los mapas y las guías turísticas y empezó a buscar las siguientes etapas. Eli y él pelearon por la forma en que había arreglado el asunto. No presté mucha atención. Creo que Eli quería que fuéramos a Kansas City al salir de Chicago, en lugar de bajar hacia Saint Louis. Hace tiempo que yo hubiera podido decirles lo mismo, pero me importaba poco la carretera que cogiéramos. Y, además, no me apetecía demasiado volver a pasar por Kansas. Cuando preparó el itinerario, Timothy no se dio cuenta de que Saint Louis estaba tan cerca de Chicago. Cerré mis escotillas para no escuchar sus peloteras. Luego estuve pensando en algo que Eli había dicho la noche anterior mientras hacíamos de turistas por las calles de Chicago. No andaban todo lo deprisa que yo quería, y estaba intentando empujarles para que aceleraran. Eli me dijo:

—Quieres devorar la ciudad, ¿eh? Como un turista en París.

—Es la primera vez que vengo a Chicago —le contesté—. Quiero ver lo más posible.

—De acuerdo. Tienes razón.

Pero quise saber por qué parecía tan sorprendido en mi interés por visitar una ciudad que no conocía. Parecía estar incómodo y deseoso de cambiar de conversación. Insistí. Finalmente, me explicó, con esa sonrisa que pone siempre que quiere demostrar que va a decir algo con implicaciones insultantes pero que no debe tomarse demasiado en serio:

—Me preguntaba, simplemente, por qué alguien que parece tan normal, tan

insertado en la sociedad, se interesa tanto en un pase turístico.

A pesar suyo, desarrollo su idea; para Eli, la sed de experiencias, la investigación del conocimiento, el deseo de conocer lo que hay encima de las montañas son rasgos que caracterizan ante todo a los que están desfavorecidos de una forma o de otra, los miembros de una minoría, la gente que tiene *handicaps* o taras físicas, los que están preocupados por inhibiciones sociales o cosas por el estilo. Un granjero atlético, como yo, no es normal que posea los típicos neurotismos de los intelectuales. Se supone que yo debo ser una persona relajada y tranquila, como Timothy. Esta pequeña demostración de interés no corresponde a mí personalidad, tal y como lo interpreta Eli. Como las cuestiones étnicas le importan tantísimo, estaba dispuesto a obligarle a decir que el deseo de aprender es un rasgo que tienen fundamentalmente los suyos, con algunas honorables excepciones, pero no ha llegado a decirlo, aunque probablemente lo haya pensado. Lo que me preguntaba a mí mismo, y todavía me lo pregunto, es por qué piensa que soy tan equilibrado. Hay que medir un metro sesenta y cinco y tener un hombro más alto que el otro para padecer el tipo de obsesiones y las compulsiones que Eli identifica con la inteligencia. Eli me subestima. Se ha hecho de mí una imagen estereotipada: el gran *goy.* Guapo y un poco cretino. Me gustaría que, durante sólo cinco minutos, mirara el interior de mi cerebro.

Casi habíamos llegado a Saint Louis. El coche avanzaba por la desierta autopista entre los campos cultivados. Pronto atravesamos una cosa triste y desleída que se llamaba East Saint Louis, y, finalmente, se alzó ante nosotros, al otro lado del lago, el deslumbrante Gateway Arch. Llegamos a un puente. La idea de atravesar el Misisipí tenía a Eli completamente atontado. Sacó medio cuerpo por la ventanilla para mirar con el mismo respeto que si estuviera atravesando el Jordán. Una vez en la orilla de Saint Louis, paré el coche ante una colina circular. Los otros tres salieron como locos y se pusieron a merodear por los alrededores. Me quedé sentado frente al volante. Todo me daba vueltas. ¡Cinco horas sin parar! ¡Qué éxtasis! Finalmente, también yo me bajé. Tenía dormida la pierna derecha. ¡Qué cinco maravillosas horas, cinco horas solos el coche, la carretera y yo! Lamentaba haber tenido que parar.

Librodot

13

NED

Hacía una noche fresca en los montes Ozark. Agotamiento. Anoxia. Náuseas. Los dividendos de la fatiga del coche. Basta ya, basta. Paramos aquí. Cuatro robots con los ojos enrojecidos bajamos titubeando del coche. ¿Realmente hemos hecho más de mil seiscientos kilómetros hoy? Illinois, Missouri, Oklahoma: largos trayectos a ciento veinte, ciento treinta por hora. Si hubiera dependido de Oliver, hubiéramos hecho quinientos más antes de parar. Pero ya no podíamos más. Incluso Oliver reconoce que su forma decayó después de los mil primeros kilómetros. A la salida de Joplin, estaba grogui, tenía los ojos vidriosos, las manos anquilosadas incapaces de seguir el giro que su cerebro registraba, y le faltó poco para echarnos a la cuneta. Timothy ha conducido tal vez unos doscientos mojones hoy. Yo he tenido que hacer el resto, en varios trozos, en total unas tres o cuatro horas de auténtico terror. Se hace lo que se puede. El desgaste físico es demasiado fuerte; la duda, la desesperación, la desmoralización, se han colado entre nosotros. Hastiados, deshechos y desilusionados, nos arrastramos hacia el motel que hemos elegido, cada uno de nosotros preguntándose en su fuero interno cómo ha podido lanzarse hacia semejante aventura. ¡Sí! El Motel del Momento de la Verdad, Ninguna Parte, Oklahoma. ¡El Motel del Borde de la Realidad! ¡El Albergue del Escepticismo! Veinte habitaciones, estilo colonial, fachada de plástico imitando ladrillos y columnas de madera blanca a cada lado de la entrada. Aparentemente somos los únicos clientes. La chica de la recepción, unos diecisiete años, más o menos, mascando chicle, con el pelo sujeto en forma de fantástico moño postizo, a la moda de los años sesenta, debe sujetarlo con algún fluido especial, una especie de fijador. Nos mira con una plácida languidez. Muy maquillada; párpados turquesa bordeados de negro, una cualquiera, una tirada, demasiado creída para ser una puta conveniente.

—La cafetería cierra a las diez —nos dijo con extraño y arrastrado acento.

Timothy piensa invitarla a pasar la noche en su habitación, está claro. Debe querer incorporarla a no sé qué especie de colección de figuras típicamente americanas que está haciendo. En fin, si me permiten dar mi opinión en calidad de observador imparcial a la orden de los perversos polimorfos, no estaría tan mal si se quitara todo aquel maquillaje y el postizo que lleva como peinado. Pechos pequeños y altos bajo su uniforme verde, pómulos y nariz salientes. Mirada bovina, labios fofos, eso no podría arreglarse. Oliver lanza a Timothy una furiosa mirada, advirtiéndole que no inicie nada con ella. Por una vez, Timothy cede. La atmósfera depresiva reinante le ha hecho ser razonable. Nos da dos habitaciones contiguas de dos camas cada una, veintiséis dólares en total; Timothy saca su todopoderosa cartulina plastificada.

—Está nada más pasar la esquina de la izquierda —nos dijo metiendo la tarjeta en la máquina; una vez terminados los gestos mecánicos, hace total abstracción de nuestra presencia y se sumerge en el espectáculo que ofrece un televisor japonés puesto sobre el mostrador.

Doblamos la esquina de la izquierda, pasamos delante de una piscina vacía y encontramos nuestras habitaciones. Hay que darse prisa si queremos llegar a tiempo para cenar. Dejamos las maletas, nos refrescamos un poco, y corrimos hacia la cafetería. Había una sola camarera, hombros cargados, también mascando chicle. Podía ser hermana de la anterior. También ella había tenido un día agotador. Un acre olor a coño nos ataca cuando se inclina sobre la mesa de formica para dejar los cubiertos ruidosamente.

¿Qué van a tomar? Esta noche nada de escalopes de ternera ni de pato con cerezas. Hamburguesas como suelas, café aceitoso. Comemos en silencio. Después volvemos silenciosamente a nuestras camas. Nos desnudamos, la ropa está húmeda del sudor. Luego una ducha. Eli primero, después yo. La puerta que une las dos habitaciones puede abrirse, de hecho, está abierta. Unos golpes sordos provienen del otro lado: Oliver, desnudo, arrodillado ante el televisor, manosea los botones. Le contemplo. Las nalgas tensas, la ancha espalda, los genitales colgándole entre los musculosos muslos. Rechazo mis lúbricos pensamientos. Estos tres humanistas han resuelto de una vez por todas el problema de convivir con un amigo bisexual. Hacen como si mi *enfermedad,* mi *estado,* no existiera, y ajustan su comportamiento a este principio. Primera regla liberal: no ser paternalista con los tarados. Hacer como si el ciego viera, como si el negro fuera blanco, como si el marica no sintiera escalofríos ante el blanco culo de Oliver. Nunca le he hecho proposiciones abiertas, pero lo sabe muy bien. No es tan estúpido como para no darse cuenta.

¿Por qué estamos todos tan deprimidos esta noche? ¿Por qué esta falta de confianza?

Eli ha debido contagiarnos. Ha estado todo el día con un humor siniestro, perdido en abismos de desaliento existencial. Pienso que se trata de una melancolía personal nacida de las dificultades de Eli para integrarse en su entorno inmediato y en el cosmos en general; una melancolía que está sutil, insidiosamente, generalizada entre nosotros. Se presenta con la forma de una cuádruple duda:

1. ¿Por qué nos hemos molestado en hacer este viaje?

2. ¿Qué esperamos ganar exactamente?

3. ¿Podemos encontrar lo que verdaderamente buscamos?

4. Y, si lo encontramos, ¿lo queremos?

Y otra vez al principio, el trabajo de la autopersuasión. Eli ha vuelto a sacar todos sus documentos y los estudia atentamente: el manuscrito de su traducción de *El Libro de los Cráneos,* la fotocopia del artículo que le ha llevado a asociar el sitio a donde nos dirigimos en Arizona con el antiguo culto representado en el libro, así como toda una masa de documentos y referencias periféricas. Al cabo de un momento levantó la cabeza y leyó:

Todo lo que se conoce en medicina no es nada comparado con lo que queda por conocer. Podríamos evitarnos infinitud de enfermedades, tanto del cuerpo como de la mente, y probablemente la debilidad de la vejez, si tuviéramos suficiente conocimiento de sus causas y de todos los remedios que la naturaleza nos ha dado,

Está escrito por Descartes en *El Discurso del Método.* Y también de Descartes es lo siguiente, escrito a la edad de cuarenta y dos años, en una carta al padre de Huygens:

Nunca he tenido tanto interés como ahora en conservarme, y en lugar de mis anteriores ideas de que la muerte lo único que podía hacer era quitarme unos treinta o cuarenta años de vida como mucho, desde ahora no me sorprendería que me quitara la esperanza de más de un siglo. Me parece ver de forma evidente que si ahorráramos solamente determinadas faltas, que acostumbramos a cometer en el régimen de nuestra vida, podríamos, sin más, conseguir una vejez mucho más larga y feliz.

No es la primera vez que oigo eso. Eli nos lo leyó hace tiempo. La decisión de hacer el viaje a Arizona ha madurado con mucha lentitud y ha ido acompañada de infinidad de discusiones pseudofilosóficas. Repetí lo mismo que dije entonces:

—Descartes murió a los cincuenta y cuatro años.

—Un accidente. Por sorpresa. Además, todavía no había perfeccionado su teoría

Librodot

sobre la longevidad.

—Es una lástima que no trabajara más deprisa —dijo Timothy.

—Sí, es una lástima para todos nosotros —respondió Eli—. Pero tenemos a los Guardianes de los Cráneos para dirigirnos a ellos. Ellos sí que han tenido tiempo para perfeccionar su técnica.

—Eso lo dices tú.

—Porque estoy seguro —dijo Eli intentando tomar un aire convincente. Y el proceso, tan familiar, comienza de nuevo. Eli, erosionado por el cansancio, titubeante y al borde del escepticismo, vuelve a sacar sus argumentos para intentar ordenar su cabeza. Con las manos tendidas hacia delante, abiertas, y gesto pedagógico—: Estamos todos de acuerdo en que la frivolidad no es admisible, el pragmatismo debe eliminarse, la incredulidad sofisticada está ya superada. Todos hemos intentado esas actitudes. Y no conducen a nada. Nos alejan de lo fundamental. No responden a las verdaderas cuestiones. Nos hacen parecer buenos y cínicos, pero igual de ignorantes, ¿estamos de acuerdo?

Oliver, con mirada fija, asiente. Timothy hace lo mismo mientras bosteza. Incluso yo opino con una sonrisa sarcástica.

Eli continúa:

—En nuestra vida moderna ya no quedan misterios. La generación científica ha acabado con todo. La purga racionalista va a la caza de lo inverosímil y de lo inexplicable. La religión se ha vuelto hueca en los últimos cien años. *Dios ha muerto,* dicen. Eso seguro: matado, asesinado. Miradme: soy judío. He recibido lecciones de hebreo como un buen muchacho, he leído el Thorá, he hecho mi Bar Mitzvah, me han regalado plumas estilográficas... pero, ¿me han hablado alguna vez de Dios en algún contexto que sea digno de ser escuchado? Dios fue alguien que habló a Moisés. Dios fue una columna de fuego hace cuatro mil años. ¿Dónde está Dios ahora? No es precisamente a un judío a quien hay que hacerle esa pregunta. Hace muchísimo tiempo que no le vemos. Adoramos sus órdenes, sus leyes dietéticas, sus costumbres, las palabras de la Biblia, el papel sobre el que está impresa, incluso el libro en sí, pero no adoramos a seres sobrenaturales como Dios. El viejo, cuyos fieles le cuentan sus pecados, no, eso es para el *shvartzer,* eso es para el *goyin.* Pero, ¿qué tenéis vosotros tres? Vuestras religiones también están vacías. Tú, Timothy, la *High Church*: tienes nubes de incienso, tejidos con brocados, niños cantores, que entonan a Vaugham Williams y a Elgar. Tú, Oliver, metodista, baptista, presbiteriano, ni siquiera me acuerdo, son palabras vacías, vacías de todo contenido espiritual, de misterio, de éxtasis, como si hubiera judíos reformistas. Y tú, Ned, papista: ¿qué es lo que tienes? ¿La virgen? ¿Los santos? ¿El niño Jesús? No puedes creer en todas esas tonterías. Eso es para los campesinos, para el proletariado. Los iconos y el agua bendita. El pan y el vino. Te gustaría creer en ello, ¡desde luego! ¡A mí también me gustaría creer! La religión católica es la única completa en esta asquerosa civilización, la única que intenta, incluso, abordar lo misterioso, las resonancias con lo sobrenatural, la intuición de fuerzas superiores; pero, lo han estropeado todo, nos han estropeado todo, no hay nada en ella que sea aceptable. Es Bing Crosby o Ingrid Bergman, son los Berrigan publicando manifiestos, o polacos poniendo al país en guardia contra la existencia de comunidades sin Dios, y películas sólo para adultos. La religión se ha acabado. Y, ¿en qué lugar nos deja esto? Nos deja completamente solos y sin un cielo de pesadilla para esperar el final. Esperar el final.

—Hay mucha gente que todavía va a la iglesia —hizo notar Timothy—, incluso, imagino, a las sinagogas.

—Por costumbre. O por miedo. O por una necesidad social. ¿Acaso abren las almas a Dios? ¿Cuándo abriste tu alma a Dios por última vez? ¿Y, tú, Oliver? ¿Ned? ¿Y yo? ¿Cuándo hemos pensado, incluso un solo instante, en hacer algo parecido? Parece absurdo. Dios está tan contaminado por los evangelistas, los arqueólogos, los teólogos y los falsos devotos, que no es nada extraño que muriera. Suicidio. ¿Pero en qué lugar nos deja esto? ¿Vamos a transformarnos en sabios y a explicarlo todo en términos de neutrones, protones y ADN? ¿Dónde está el misterio? ¿Dónde lo profundo? Debemos hacerlo todo nosotros mismos. Pertenece al hombre moderno e inteligente el crear una atmósfera donde sea posible abandonarse a lo inverosímil. Un espíritu cerrado es un espíritu muerto.

Eli empezaba a acalorarse. Una especie de fervor se apoderaba de él. El Billy Graham de la era de los hippies.

—Durante los ocho o diez últimos años, todos hemos intentado acercarnos, cueste lo que cueste, hacia cualquier síntesis que resulte viable, una estructura correlativa que mantenga el mundo para nosotros en medio de todo este caos. La droga, las comunas, el rock, todo el rollo trascendental, la astrología, la macrobiótica, el budismo zen, buscamos, es verdad. Buscamos continuamente. A veces encontramos algo. No siempre. Buscamos en un montón de sitios estúpidos, porque, en resumen, somos idiotas. Hasta los mejores de nosotros. Y también porque no podemos hallar respuesta hasta que no hayamos planteado más preguntas. También corremos tras platillos volantes. Nos ponemos escafandras y descendemos en busca de la Atlántida. Nadamos en la mitología, en lo fantástico, en la paranoia, en mil clases de irracionalidades. Todo lo que «ellos» han rechazado lo recogemos nosotros, a menudo, simplemente por el hecho de que lo han rechazado. No defiendo la huida de lo racional. Lo único que digo es que es necesaria. Es un estado por el cual estamos obligados a pasar. El fuego, el endurecimiento. El hombre occidental ha escapado de la ignorancia supersticiosa para caer en el vacío materialista. Ahora debemos continuar, a veces iremos a parar a callejones sin salida, o seguiremos pistas falsas, pero debemos continuar hasta aceptar el universo con todos sus formidables e inexplicables misterios, hasta que descubramos qué estamos buscando, la síntesis, el principio que nos permitirá vivir como queremos. Entonces podremos ser inmortales. O casi, realmente no hay demasiada diferencia.

Timothy preguntó:

—¿Quieres hacernos creer que *El Libro de los Cráneos* nos indica el camino?

—Es una posibilidad. Digamos que nos da una posibilidad finita de acceder al infinito. ¿No te basta con eso? ¿No crees que vale la pena intentarlo? ¿A dónde nos han llevado los sarcasmos? ¿A dónde la duda? ¿A dónde nos ha conducido hasta ahora el escepticismo? ¿Por qué no intentarlo? ¿Por qué no acercarse a echar un vistazo?

Eli había recuperado la fe. Estaba sudando, gritaba, desnudo como un gusano, agitando los brazos. Su cuerpo estaba fogoso. En esos momentos, incluso bello. ¡Eli, bello!

Dije:

—Estoy inmerso hasta el cuello en esta historia, y, sin embargo, no creo ni una palabra de todo esto. ¿Lo entendéis? Capto muy bien la dialéctica del mito. Lo improbable batalla con mi escepticismo y me empuja a seguir. Las tensiones y las contradicciones son mi fuerza motriz.

Timothy, el abogado del diablo, sacudió la cabeza. Un gesto pesado, taurino, hacía oscilar su cuerpo como un péndulo:

—Veamos, dinos en qué crees realmente. Los Cráneos, ¿sí o no? ¡La salvación o

nada! Realismo o imaginación, ¿cuál de las dos?

—Las dos —contesté.

—¿Las dos? No puedes elegir las dos.

—¡Sí puedo! —exclamé—. ¡Las dos! ¡Sí y no! ¿Puedes seguirme, Timothy? ¿Puedes seguirme hasta el lugar en que el «sí» se codea estrechamente con el «no»? ¿Dónde se rechaza y se acepta simultáneamente la existencia de lo inexplicable? ¡La vida eterna! Mierda, ¿no? ¿El viejo sueño como el agua de un lavabo? Y, sin embargo, también es real. Podemos vivir mil años si queremos. ¡Pero es imposible! ¡Lo afirmo! ¡Lo niego! ¡Aplaudo! ¡Me río!

—No haces más que decir estupideces —refunfuñó Timothy.

—Claro, sólo tú dices cosas sensatas. ¡Me cago en tus cosas sensatas! Eli tiene razón: necesitamos el misterio, la sinrazón, necesitamos lo desconocido, lo imposible. Toda una generación está intentando aprender a creer en lo increíble, Timothy. ¡Y tú, con tu corte de pelo a cepillo, nos dices que son tonterías!

Timothy se encogió de hombros:

—De acuerdo, sólo soy una pobre cría de carca. ¿Qué voy a hacerle?

—Eso es sólo una actitud, una careta. ¡Una pobre cría de carca! Cualquier tipo de compromiso te aísla, te evades de él, se trate de un compromiso emocional, político, ideológico o metafísico. Declaras que no entiendes nada y te das media vuelta sonriendo. ¿Por qué ser un zombie, Timothy? ¿Por qué desconectarte de esa forma?

—No puede evitarlo, Eli —dije—. Ha sido educado por un Caballero. Está desconectado por definición.

—¡Me estáis cabreando! —lanzó Timothy empleando su más bella voz de *gentleman*—. ¿Qué sabréis vosotros? ¿Qué pinto yo aquí? Recorriendo la mitad del hemisferio arrastrado por un judío y por un marica para ir a verificar la existencia de un cuento de hadas que tiene mil años.

Le hice un corte de mangas:

—¡Bravo, Timothy! La marca de un verdadero hombre de mundo: sólo hiere intencionadamente.

—Eres tú quien ha planteado la cuestión —dijo Eli—. Contesta, ¿qué pintas en todo esto?

—Y no digas que te he arrastrado yo —añadí—. Fue idea de Eli. Soy tan escéptico como tú, quizá más.

Timothy resopló. Supongo que se sentía en una posición minoritaria. Tranquilamente, declaró:

—Para darme una vuelta.

—Para darme una vuelta.

—Me dijiste que viniera, ¿no? Dijisteis que hacían falta cuatro personas, y no tenían ningún plan mejor para esta Semana Santa. Mis compañeros, mis amigos. Acepté. Mi coche, mi dinero. Soy capaz de llegar al final de cualquier prueba. Margo está encaprichada con la astrología. Que si Libra por aquí, que si Piscis por allá, Marte transita por la décima estación del Sol y Saturno... nunca hace el amor sin consultar antes las estrellas, lo que a veces resulta realmente molesto. Y, sin embargo, ¿acaso me burlo de ella? ¿Acaso me entra la risa por eso, como le pasa a su padre?

Librodot

—Sólo en tu fuero interno —manifestó Eli.

—Eso es cosa mía. Acepto lo que puedo aceptar. Con el resto, ¡no tengo nada que hacer! Pero tengo una mente abierta de todas formas. Tolero sus creencias como tolero las tuyas, Eli. Una marca más del hombre de mundo, Ned. Es amable, no hace proselitismo. No insiste nunca para vender su mercancía a costa de la de otro.

—No tiene ninguna necesidad de hacerlo —dije.

—Es verdad, no tiene ninguna necesidad de hacerlo, de acuerdo. Estoy aquí. ¿Quién paga las cuentas? Yo. Coopero en un 400 por 100. Además, ¿también hace falta que tenga fe? ¿Tengo obligatoriamente que entrar en vuestra religión?

—Y, ¿qué piensas hacer cuando estés en el Monasterio y los Guardianes nos ofrezcan someternos a la Prueba? ¿Seguirás siendo tan escéptico? ¿Tu costumbre de no creer en nada te impedirá dejarte llevar?

—Cuando disponga de algunos elementos más para hacerme una idea, ya veré —contestó Timothy lentamente. Y, volviéndose súbitamente hacia Oliver, añadió—: No hablas mucho, ¿eh?

—¿Qué quieres que diga? —respondió Oliver. Su gran cuerpo delgado estaba tendido frente al televisor. Cada músculo destacaba bajo su piel: un manual ambulante de anatomía humana. Su imponente aparato rosa colgando entre su bosque dorado me inspiraba perversos pensamientos. *Retro me, Satanás.* Tal no es el camino de Gomorra, sino el de Sodoma.

—¿No tienes nada que decir para contribuir un poco a la discusión?

—Realmente, no he prestado demasiada atención.

—Estamos hablando de la expedición. De *El Libro de los Cráneos.* Y del grado de fiabilidad que cada uno de nosotros le concede —dijo Timothy.

—Ya...

—¿Tendrías la amabilidad de confesarnos tu fe, doctor Marshal?

Oliver parecía estar a medio camino de un viaje intergaláctico. Declaró:

—Concedo a Eli el beneficio de la duda.

—Entonces, ¿crees en los Cráneos? —preguntó Timothy.

—Creo.

—¿Aunque sepas que todo esto es absurdo?

—También era ésa la postura de Tertuliano —intervino Eli—. *Credo quia absurdum est.* Creo porque es absurdo. El contexto, por supuesto, es diferente, pero la psicología es la misma.

—¡Esa es exactamente mi posición! —exclamé—. Creo porque es absurdo. Ese viejo Tertuliano ha expresado exactamente lo que yo siento.

—Yo no —dijo Oliver.

—¿Tú no? —preguntó extrañado Eli.

—No, creo aunque sea absurdo.

—¿Por qué? —preguntó Eli.

—¿Por qué, Oliver? —pregunté yo también al cabo de un rato—. Sabes que es absurdo y sin embargo crees. ¿Por qué?

—Porque no tengo otra elección —dijo—. Porque es mi única esperanza.

Me miraba fijamente a los ojos. Tenía una expresión completamente desolada, como si hubiera visto a la muerte de cerca y, sin embargo, hubiera conseguido salir vivo pero con cada una de sus opciones aniquiladas, cada una de sus posibilidades marchitas. Había escuchado los cantos y los tambores del desfile mortal al borde del universo. Su mirada glacial me petrificaba. Su voz ronca me traspasaba. «Creo», había dicho, «aunque sea absurdo. Porque no tengo otra elección. Porque es mi única esperanza». Era una especie de comunicado de otro planeta. Sentí la presencia de la muerte, aquí, entre nosotros, en esta habitación, rozando silenciosamente nuestra tierna carne de jóvenes muchachos.

14

TIMOTHY

Nosotros cuatro formamos un extraño grupo. ¿Cómo nos las arreglamos para formarlo? ¿Qué clase de cruces de diferentes formas de vida nos han llevado a compartir el mismo dormitorio?

Al principio, estábamos sólo Oliver y yo. Dos nuevas victimas de la computadora compartiendo la misma habitación de dos camas, sobre el patio de la universidad. Yo acababa de salir de Andover, y estaba lleno de propia importancia. No quiero decir con esto que estuviera impresionado por el dinero familiar. Siempre consideré todo aquello como algo adquirido. La gente que solía tratar conmigo era rica, así que me era difícil hacerme una idea aproximada de hasta dónde éramos ricos. Además, yo no había hecho nada para ganarme aquel dinero (ni mi padre, ni el padre de mi padre, ni el padre del padre de mi padre, ni etc. etc.). Así que, ¿por qué vanagloriarme de ello? Lo que me hacía engreído era el sentido histórico de mis antepasados, el hecho de saber que por mis venas circulaba la sangre de los héroes de la Guerra de Independencia, de senadores, de miembros del Congreso, de diplomáticos y de grandes financieros del siglo XIX. Yo era una especie de resumen circulante de historia. Y me alegraba por ser alto, fuerte y gozar de excelente salud —un espíritu sano en un cuerpo sano, aunque estropeado por la naturaleza—. Al otro lado del *campus* existía un mundo lleno de negros y judíos, de neuróticos, homosexuales y todo género de inadaptados, pero yo había jugado en la máquina de la vida y había alineado tres cerezas, me sentía satisfecho con mi suerte. También tenía cien dólares a la semana para mis gastos, lo cual resultaba muy práctico, y creo que no me daba cuenta de que la mayoría de los chicos de mi edad tenían que contentarse con muchos menos. Después llegó Oliver, Pensé que la computadora había tenido una feliz idea, pues podía haberme tocado alguien deforme o extraño, alguien de espíritu mezquino y envidioso. Sin embargo, Oliver parecía totalmente normal. Un noble granjero alimentado con cereales de las solitarias llanuras de Kansas. Tenía la misma estatura que yo, uno o dos centímetros más, y aquello me gustaba. Me siento incómodo con la gente pequeña. Oliver era fácil de abordar, no era una persona complicada. Casi todo le hacía sonreír. Una persona que tiene facilidad para vivir. Sus padres habían muerto. Tenía una beca al ciento por ciento. Enseguida saqué la conclusión de que no tenía dinero, y, al principio, tuve miedo de que aquello fuera una fuente de resentimiento entre nosotros. Pero no fue así. Aceptaba el hecho con absoluta frialdad. El dinero no parecía interesarle particularmente, desde el momento en que tenía suficiente para comer y vestirse. Y, además, tenía una pequeña herencia, procedente de la venta de la granja paterna, le divertía más que ofenderle, el impresionante vaivén de dinero que tenía siempre. El primer día me dijo que pensaba meterse en el equipo de baloncesto, y llegué a la conclusión de que tenía una beca de deportes, pero me equivoqué: le gustaba el baloncesto y se dedicaba a ello seriamente, pero había venido a la universidad para «aprender». Aquélla era la verdadera diferencia entre nosotros. No Kansas, ni el dinero, sino el deseo de llegar a algún sitio.

Yo frecuentaba la universidad porque todos los hombres de mi familia lo habían hecho antes de convertirse definitivamente en adultos. Oliver estaba aquí para transformarse en una feroz máquina intelectual. Tenía —la sigue teniendo— una fuerza interior increíble, extraordinaria, aplastante. A veces, durante las primeras semanas, solía pillarle desenmascarado. La sonrisa plácida del granjero desaparecía y su rostro estaba rígido, con las mandíbulas crispadas, brillándole fríamente los ojos. Tal intensidad llegaba a asustarme. Tenía que ser perfecto en todo. Tenía A en casi todo, su media

Librodot

estaba cerca del máximo absoluto. Había conseguido entrar en el equipo de baloncesto y pulverizó los récords como encestador en el partido de apertura. Estudiaba la mitad de la noche, casi no dormía. Sin embargo, se arreglaba para ser también humano. Bebía mucha cerveza, hacía el amor con gran cantidad de chicas (teníamos la costumbre de intercambiar) y tocaba la guitarra decentemente. La única cuestión en que dejaba traslucir al segundo Oliver, el Oliver inhumano, era en la cuestión de las drogas. Quince días después de mi llegada al *campus,* conseguí hacerme con una pequeña provisión de hasch extra marroquí, y rechazó de manera categórica el probarlo, no quería ni siquiera tocarlo. Había empleado, decía, diecisiete años y medio de su vida para equilibrarse correctamente, y no quería estropearlo todo. Tampoco le he visto nunca darle una calada a un porro de marihuana en los cuatro años que hace que le conozco. No le importa vernos fumar, pero eso no es para él.

Durante la primavera de nuestro segundo curso, Ned se unió a nosotros. Oliver y yo habíamos pedido seguir juntos en la misma habitación. Ned y Oliver tenían dos asignaturas comunes: la física, que Ned tenía que estudiar para completar sus estudios científicos obligatorios, y la literatura comparada, que Oliver necesitaba para completar sus enseñanzas literarias. Oliver tenía mucho interés por Yeats y Joyce, Ned tenía dificultades con la teoría de los cuanta y la termodinámica, así que decidieron formar un acuerdo de ayuda mutua. Juntos representaban la atracción de los extremos. Ned era delgado, pequeño, hablaba bajito, tenía unos ojos grandes y tranquilos y delicado andar. Irlandés de Boston, de antecedentes muy católicos. Había asistido a escuelas parroquiales. Ese año todavía llevaba un crucifijo, y, a veces, incluso iba a misa. Quería ser poeta o escritor. Más bien, «quería» no es el término exacto, como él mismo nos explicó un día. Quienes tienen talento suficiente no quieren ser escritores. O se tiene, o no se tiene. Los que lo tienen, escriben, los que no lo tienen, dicen que quieren escribir. Ned escribía continuamente. Ahora sigue haciéndolo. Tiene un bloc. Escribe todo lo que oye. La verdad es que en mi opinión sus novelas no valen nada, y su poesía no tiene ningún sentido, pero reconozco que mi gusto es más bien deficiente, y no su talento, ya que siento lo mismo hacia autores mucho más célebres que Ned. Por lo menos, trabaja su arte.

Se convirtió para nosotros en una especie de mascota. Estaba siempre mucho más cerca de Oliver que de mí, pero estaba acostumbrado a su presencia. Era alguien diferente, alguien que tenía un punto de vista diferente por completo al mío de la vida. Su voz ronca, sus ojos de perro apaleado, su atuendo de hippie (llevaba mucho el hábito, supongo que era por hacer creer que era un poco curata), su poesía, su forma particular de manejar el sarcasmo, su espíritu complicado (tomaba siempre dos o tres partidos en cada discusión, y se las arreglaba para creer en todos y en ninguno simultáneamente), todo eso me fascinaba. Debíamos ser igual de diferentes a sus ojos como lo era él a los nuestros.

Pasaba tanto tiempo en nuestra casa que al principio del tercer año le invitamos a quedarse con nosotros. Ya no me acuerdo si la idea fue de Oliver o mía. (¿O de Ned?)

Entonces yo no sabía que era homosexual. El problema, cuando se lleva una vida protegida de anglosajón blanco, es que se ve a la humanidad con anteojos y nunca espera uno encontrarse con lo inesperado. Sabía que existían las «locas», naturalmente. Había algunas en Andover. Andaban con los codos levantados y se cuidaban el peinado, hablaban con ese acento especial, el acento universal de las «locas», que se oye desde Maine hasta California. Leían a Proust y a Gide, y algunas usaban sujetador. Pero Ned no era particularmente afeminado de aspecto. Y yo no era uno de esos estúpidos para los que un tipo que escribe (¡o lee!) poesía es automáticamente marica. Era un artista, sí, estaba en el viento, no muy macho, pero no puede pedírsele a alguien que pesa unos cincuenta y cinco kilos que sea un campeón de rugby (iba a la piscina casi todos los

días, sin embargo. En la universidad nadábamos desnudos, y naturalmente, era para Ned una ocasión gratuita para alegrarse la vista, pero en aquella época no pensé en ello). Lo único que yo sabía era que no salía con ninguna chica, pero en sí eso no es ninguna condena. La semana anterior a nuestros exámenes finales, hace dos años, organizamos con Oliver y algunos más, lo que podríamos llamar una orgía en nuestra habitación, y Ned estaba presente, no parecía disgustado por las perspectivas. Le vi con una camarera llena de espinillas que trabajaba en un bar de la ciudad. Pero sólo bastante más tarde comprendí: primero, que una orgía podía darle a Ned materiales útiles para su trabajo de escritor, y, segundo, que no despreciaba realmente las oportunidades: simplemente, para él no valía lo que un hombre.

Fue Ned el que trajo a Eli. No, no estaban liados, simplemente eran amigos. Es, prácticamente, lo primero que me dijo Eli:

—Por si tienes alguna duda, soy heterosexual. Ned no es mi tipo. Ni yo el suyo.

Jamás olvidaré eso, era la primera vez que alguien aludía a la condición de Ned, y creo que Oliver tampoco se había dado cuenta, aunque nunca se puede saber lo que pasa exactamente por la cabeza de alguien como Oliver. Eli se había dado cuenta inmediatamente, por supuesto. Una persona de ciudad, un intelectual de Manhattan. De un solo vistazo catalogaba a cualquiera. No le gustaba el tipo con el que compartía su habitación, y, como teníamos un piso muy grande, habló con Ned, y Ned nos preguntó si podría venir a vivir con nosotros, en noviembre de nuestro tercer año. Mi primer judío. Tampoco sabía eso. ¡Oh! ¡Winchester, pobre estúpido ingenuo! Eli Steinfeld, de la calle Oeste, 83, ¡y no has adivinado que era judío! Honestamente, creí, simplemente, que era un nombre alemán: los judíos se llaman Cohen o Katz, o Goldberg. No me sentía particularmente atraído por la personalidad de Eli, pero, cuando supe que era judío, sentí que debía dejarle venir a vivir con nosotros. Para ensanchar mi mente en la diversidad, sí, y también porque mi educación me había enseñado a detestar a los judíos y quería rebelarme contra eso. Mi abuelo paterno había tenido problemas con los judíos allá por 1923: unos especuladores de Wall Street, de nariz aguileña, le convencieron para que interviniera con una fuerte suma de dinero en una compañía radiofónica que estaban montando, y se encontró con que eran unos estafadores y perdió cinco millones de dólares. Desde entonces es tradición familiar desconfiar de los judíos. Son vulgares, hipócritas, pegajosos, etcétera. Siempre intentando robar a honestos millonarios protestantes sus duramente conseguidas herencias. De hecho, mi tío Clak me confesó un día que mi abuelo hubiera doblado su capital sí hubiera vendido ocho meses antes, como hicieron sus socios judíos secretamente. Pero, no, quiso esperar con la esperanza de ganar más; y todo se fue abajo. Sea como fuere, yo no perpetúo las tradiciones familiares. Eli vino a instalarse con nosotros. Pequeño, tez mate, peludo, ojos vivos y brillantes, nariz voluminosa. Una inteligencia brillante. Especialista en lenguas medievales; ya reconocido entonces como un importante investigador dentro de su campo, y todavía estudia. El revés de la medalla; lleno de complejos, neurótico, hipertenso, preocupado por su masculinidad. Siempre anda rondando a alguna chica, generalmente sin llegar a nada. ¡Y qué chicas! No las gordas que le gustan a Ned, sabe Dios por qué. Las aficiones de Eli son otra clase de fealdades: tímidas, delgaduchas, gafas de culo de botella, lisas como una autopista, podéis haceros a la idea. Y, claro, tan acomplejadas como él, igual de aterradas por el sexo, con dificultades para llegar hasta él, lo que no hace sino agravar el problema. Parece incapaz de abordar a una persona normal, bonita, sensual.

Un día, en el otoño pasado, por pura caridad cristiana, quise prestarle a Margo. Reaccionó como un auténtico cretino.

Formábamos un cuarteto único. Creo que jamás olvidaré la primera vez (y tal vez la

única) que nuestros padres se encontraron. Fue en la primavera de nuestro tercer curso, cuando las fiestas de carnaval. Hasta aquel día creo que ninguno de nuestros padres se había hecho una idea, ni siquiera aproximada, de cómo eran los compañeros de cuarto de sus hijos. Yo había invitado a Oliver un par de veces en las navidades, pero nunca a Ned o a Eli, y tampoco yo había visto a sus padres. Y, de pronto, todos reunidos. Salvo los de Oliver, que ya no los tenía. Y Ned había perdido a su padre. Su madre huesuda, un rostro sin carne de ojos hundidos. Medía casi uno ochenta, vestía de negro y tenía acento irlandés. No conseguía relacionarla con Ned. La madre de Eli era pequeña, rechoncha, contoneante, vestía demasiado llamativamente. Su padre, por el contrario, era casi invisible: rostro triste y apagado, suspirando continuamente. Parecían muy viejos para ser los padres de Eli; debieron tenerlo muy tarde. Además, estaba mi padre, que se parece a lo que yo imagino que seré dentro de veinticinco años: mejillas rosadas y lisas, cabello abundante entre rubio y gris, mirada segura. Un hombre importante, seductor, V.I.P. Vino acompañado de su mujer, Saybrook, que debe tener unos treinta y ocho años y aparenta diez menos. Alta, muy cuidada, pelo rubio y largo cayendo sobre sus hombros, un cuerpo bien hecho y musculoso. La muestra exacta del tipo deportista. Imaginad a este grupo parapetado bajo una sombrilla en el patio de la universidad, intentando encontrar algún tema de conversación. Mrs. Steinfeld tomaba a Oliver bajo su ala protectora, pobre pequeño huérfano. Mr. Steinfeld observaba asustado el traje de cuatrocientos cincuenta dólares de mi padre, pura seda italiana. La madre de Ned estaba totalmente fuera de lugar, no entendía a su hijo, ni a los amigos de su hijo, ni a los padres de éstos, ni ningún otro aspecto del siglo XX. Saybrook, con seguridad, con la suprema soltura de mujer de mundo, hablaba lánguidamente de sus reuniones de caridad y del inminente debut de su hijastra. («¿Es actriz?», preguntó Mrs. Steinfeld intrigada. «Quise decir, su puesta de largo», replicó Saybrook igual de extrañada.) Mi padre, mientras se miraba las uñas, se comía con los ojos a los Steinfeld y a Eli, no queriendo creer que lo veía. Mr. Steinfeld intentaba conversar con mi padre hablando de la Bolsa. Mr. Steinfeld no especula con las acciones, pero lee *The Times* cuidadosamente. Mi padre no sabe nada de cómo va la Bolsa. Con que los dividendos lleguen regularmente, ya se pone contento. Además en su religión, jamás se habla de dinero. Lanzó una señal a Saybrook, que desvió la conversación hábilmente, contándonos que presidía un comité encargado de recoger fondos a favor de los refugiados palestinos. «¿Saben ustedes?», explicó. «Los que fueron expulsados de su país por los judíos cuando nació el Estado de Israel.» Mrs. Steinfeld quedó desconcertada. ¡Decir semejante cosa delante de un miembro de la *Hadassah*! Mi padre señaló entonces al otro lado del patio hacia un estudiante que llevaba el pelo particularmente largo: «Hubiera jurado que era una chica hasta que se ha dado la vuelta», declaró. Oliver, que llevaba por aquel entonces un pelo hasta los hombros, sin duda para demostrar lo que piensa de Kansas, le lanzó una mirada glacial; indiferente o inconsciente, mi padre siguió: «Tal vez me equivoque, pero no puedo evitar el pensar que una gran parte de estos jóvenes con bucles flotantes tienen, ya saben ustedes, tendencias homosexuales». Ned soltó una carcajada. La madre de Ned tosió ruborizada, no porque sepa que su hijo es homosexual (esta idea le parecería increíble), sino porque Mr. Winchester, con aquel aspecto tan educado, había dicho una grosería en la mesa. Los Steinfeld, que no tienen dificultad en comprender, miran a Ned, después a Eli, luego se miran entre sí. Una reacción muy complicada. ¿Está seguro su hijo con tal compañero de habitación? Mi padre no comprende bien lo que su inocente observación ha desencadenado. Quisiera excusarse, pero no sabe ni de qué ni de quién. Frunce las cejas, y Saybrook le cuchichea algo al oído —«¡Chist! ¡Saybrook! Cuchichear en público, ¿qué diría Emily Post?» —y contestó enrojeciendo hasta el infrarrojo:

—¿Pedimos algo de vino?

Lo dijo muy alto, para esconder su confusión, y llamó imperiosamente a un estudiante camarero:

—¿Tienen *Chassagne-Montrachet 1969* ?

—¿Señor? —contestó el chico sin expresión alguna.

Trajeron un cubo con hielo que contenía una botella de *Liebfraumilch* de tres dólares, es lo mejor que tienen. Mi padre paga con un billete de cincuenta completamente nuevo. La madre de Ned se queda estupefacta cuando ve el billete. Los Steinfeld fruncen las cejas pensando que les están sobornando. Un maravilloso episodio. Maravilloso. Poco después, Saybrook me apartó del grupo y me dijo:

—Tu padre está muy incómodo. Si hubiera sabido que a Eli, ejem... le gustan los chicos, no hubiera hecho esa observación.

—No se trata de Eli, Eli es hetero. Se trata de Ned.

Saybrook ya no sabe qué pensar. Cree que me burlo de ella. Quisiera decirme que mi padre y ella esperan que no me acueste con ellos, no importa con cuál de ellos, pero está demasiado bien educada para saber cómo expresar eso. Se contentó con tres minutos de conversación reglamentaria, se alejó con gracia y le contó a mi padre el último de los chismes. Vi a los Steinfeld conferenciando angustiados con Eli, sin duda dándole toda la serie de consejos correspondientes a quien comparte el piso con un hijo de papá, y advertirle seriamente de que no frecuente a Ned, si no es *(¡oh! ¡Humm!)* demasiado tarde. Ned y su madre también tienen problemas generacionales. Están un poco más lejos. Capto algunas palabras:

—Las hermanas han rezado por ti... ante la santa cruz... novena... rosario... tu padre que está en los cielos... noviciado... jesuíta... jesuita... jesuíta...

Oliver está apartado, sólo observa. Sonríe con su sonrisa venusiana. Nuestro Oliver parece un invasor galáctico. El hombre de los platillos volantes. Creo que Oliver es la mente más profunda del grupo. No sabe tanto como Eli, no tiene la misma apariencia brillante, pero su inteligencia es más poderosa, estoy convencido de ello. Es también el más extraño de nosotros, aunque superficialmente parezca tan sano y normal. En realidad no lo es en lo más mínimo. De nosotros, Eli es el que tiene la inteligencia más viva, también el más acomplejado, el más atormentado. Ned juega a ser el débil, el delicado, pero no hay que subestimarle: sabe muy bien lo que quiere y siempre se las arregla para conseguirlo. ¿Y yo? ¿Qué hay de particular en mí? Un buen hijo de su padre. La familia, las relaciones, los clubs. En junio acabo mis exámenes, y, después, ¡la buena vida! Tendré que ir a cumplir el servicio militar en las Fuerzas Aéreas estadounidenses, pero sin ninguna práctica de combate, todo está ya arreglado, nuestros genes son demasiado preciosos para desperdiciarlos, y, después de esto, me buscaré alguna debutante anglicana con certificado de virginidad que pertenezca a una de las Cien Familias. Me estableceré como un respetable caballero. ¡Jesús! Menos mal que *El Libro de los Cráneos* de Eli no es más que un amasijo de tonterías supersticiosas, porque, si no, acabaría por aburrirme mortalmente al cabo de veinte años.

Librodot

15

OLIVER

Cuando tenía dieciséis años, pensaba muy a menudo en el suicidio. Honradamente. No era una actitud de adolescente romántico, la expresión de lo que Eli llamaría una personalidad bien marcada. Era una postura filosófica auténtica, si es que puedo permitirme emplear un término tan impresionante. Era una postura a la que había llegado a través de un camino lógico y riguroso.

Lo que me había inducido a pensar en el suicidio era, sobre todo, la muerte de mi padre a los treinta y seis años. Veía aquello como una tragedia insoportable. No porque mi padre fuera de alguna manera un ser humano especial, excepto para mí. No era más que un campesino de Kansas, después de todo. Se levantaba a las cinco de la mañana, se acostaba a las nueve de la noche. Ninguna educación digna de ser mencionada. Lo único que leía era el periódico del condado y a veces la Biblia, aunque la mayor parte de esta última le traía sin cuidado. Pero trabajó duro a lo largo de su breve existencia. Era un hombre honesto, un hombre lleno de virtudes. La tierra perteneció antes a su padre, y mi padre la había trabajado desde los diez años, exceptuando algunos que pasó en el ejército. Había recogido sus cosechas, había amortizado las deudas, se ganaba relativamente el pan: incluso había comprado veinte hectáreas más, y pensaba agrandar su propiedad todavía más. Mientras tanto se casó, hizo gozar a una mujer, engendró hijos. Era un hombre sencillo, nunca hubiera entendido nada de lo que ha pasado en este país en los diez años que siguieron a su muerte. Pero era honrado, a su manera honesto, y se había ganado a pulso el derecho de conocer una vejez feliz. Sentado sobre la barandilla, dando unas cuantas caladas a la pipa, yendo a cazar en otoño, dejando que sus hijos hicieran los trabajos demasiado extenuantes, hubiera visto crecer a sus nietos. Pero no llegó a una vejez feliz. Ni siquiera llegó a una edad media. El cáncer se instaló en su estómago y murió rápidamente.

Esto me hizo pensar. Si es para acabar así, si se trata de vivir toda la vida sabiendo que está bajo el peso de una condena a muerte, pero ignorando el momento en que será aplicada, en ese caso, ¿por qué insistir? ¿Por qué darle a la muerte la satisfacción de venir a buscarle a uno en el momento en que menos se la espera? Tirad. Tirad lo más rápidamente posible. Evitad la ironía de ser barridos como castigo por haber intentado hacer algo con vuestra existencia.

La meta de mi padre en la vida, si es que lo he interpretado bien, era seguir el camino del Señor y amortizar la hipoteca de sus tierras. Tuvo éxito en el primer punto, y no estaba lejos de tenerlo en el segundo. Yo era más ambicioso. Quería adquirir una educación, elevarme por encima del polvo de los campos, convertirme en médico, en investigador. ¿No es acaso gracioso? «El Premio Nobel de Medicina al Doctor Oliver Marshal, que se ha alzado a fuerza de puños por encima del montón de estiércol para servirnos de ejemplo e inspiración.» Pero, ¿era mi meta diferente a la de mi padre en algo más que en el grado? Para los dos, todo se resumía en lo mismo: una vida de duro y honesto trabajo.

Yo no era capaz de afrontarlo. Ahorrar, examinarme, presentarme como candidato a becas, aprender latín y alemán, anatomía, física, química, biología, deslomarme en trabajos más duros de los que había conocido mi padre. ¿Todo eso para morir? Morir a los cuarenta y cinco, cincuenta y cinco, sesenta y cinco, o, incluso, como mi padre, a los treinta y seis. Justo cuando estás dispuesto a empezar a vivir llega la hora de irte. ¿Para qué sufrir tanto? ¿Por qué aceptar esta ironía? Por ejemplo, el presidente Kennedy: todo ese derroche de energías, toda esa destreza para llegar hasta la Casa Blanca, y, luego,

Librodot

una bala en el cráneo. La vida es un derroche. Cuanto más se triunfa, más amarga es la muerte. Para mí, con todas mis ambiciones, con todos mis impulsos, sería una caída mayor que para la mayoría de las personas. Ya que, de todas formas, tenía que morir un día, decidí frustrar a la muerte yéndome voluntariamente, antes de verme arrastrado irremediablemente hacia la siniestra broma que me esperaba al final.

Esto era lo que pensaba cuando tenía dieciséis años. Me hacía listas de las diferentes formas en que podía matarme. ¿Cortarme las venas? ¿Abrir la llave del gas? ¿Meter la cabeza en una bolsa de plástico? ¿Estrellarme con el coche? ¿Andar por la nieve fina en enero? Tenía cincuenta proyectos diferentes. Los clasificaba por orden de preferencia. Los volvía a clasificar. Ponía en un lado las muertes rápidas y violentas, en el otro las muertes lentas y sin dolor. Durante tal vez medio año, estudié el suicidio como Eli estudia los verbos irregulares. Dos de mis abuelos murieron durante esos seis meses. Mi perro murió. Mi hermano mayor murió en la guerra. Mi madre tuvo su primer ataque cardíaco serio, y el doctor me confió en secreto que no le quedaba ni un año de vida. No se equivocó. Todo aquello reforzaba aún más mi decisión de acabar de una vez. Oliver, tira, tira, antes de que la tragedia de la vida se acerque todavía más. ¡Morirás, como los demás! ¿Por qué mendigar una prórroga? Vete ahora. Vete ahora. Ahórrate un montón de sinsabores.

De forma bastante curiosa, mi interés por el suicidio se esfumó rápidamente, aunque mi filosofía nunca ha cambiado verdaderamente. Ya no hacía listas con las diferentes formas de matarme. Hacía proyectos en lugar de examinar mi muerte en las semanas siguientes. Decidí luchar contra la muerte en lugar de abandonarme a ella. Iré a la universidad, me convertiré en investigador, aprenderé todo lo que pueda, y, tal vez algún día, tenga el poder para empujar un poco más allá las fronteras de la muerte. Ahora sé que nunca me mataré. Jamás volveré a tener esa idea. Si la muerte viene a reírse en mi cara, entonces, reiré en la suya. ¿Y si, después de todo, *El Libro de los Cráneos* no fuera una broma? Imaginad que verdaderamente exista una salida. ¡Hubiera sido tonto cortarme las venas hace cinco años!

He debido conducir hoy unos seiscientos kilómetros. Todavía no es mediodía. Aquí las carreteras son formidables: anchas, rectas, desiertas. Amarillo ya no está muy lejos. Y después Alburquerque. Después Phoenix. Y después el descubrimiento.

Librodot

16

ELI

Qué aspecto más extraño tiene el mundo aquí. Texas, Nuevo México. Paisajes lunares. ¿Qué ha podido llevar a la gente a querer establecerse en semejante país? Sólo esmirriadas llanuras, marrones, plantas bajas, verdosas, polvorientas. Montañas heladas, malvas, se alzan contra el azul del horizonte como macizos erosionados. Creía que las montañas en el Oeste eran más altas que esto. Timothy, que ha viajado por todas partes, dice que las verdaderas montañas están en Colorado, en Utah, en California. Aquí no son más que colinas, mil quinientos, dos mil metros de altura. Me ha producido una sensación rara. La montaña más alta al este del Misisipí es el Monte Mitchell, en Carolina del Norte, algo así como dos mil doscientos metros. Perdí una apuesta al respecto cuando tenía diez años, y no se me olvidará fácilmente. La montaña más alta que había visto antes de hacer este viaje era el Monte Washington, dos mil cien metros, en New Hampshire, a donde me llevaron mis padres el único año que no fuimos a los Catskills. (Había apostado por el Monte Washington, y perdí.) Y aquí, a mi alrededor, tenía montañas de la misma altura, y eran simples colinas. A lo mejor ni siquiera tienen nombre. El Monte Washington se elevaba en el cielo como un árbol gigante hasta el punto de caer sobre mí y aplastarme. Por supuesto, aquí el panorama es muy amplio, y las montañas quedan empequeñecidas por la inmensa perspectiva. El aire es intenso y gélido. El cielo es de un azul límpido, increíble. Es el país del Apocalipsis. En cualquier momento, espero oír el eco de un toque de trompetas procedente de las *colinas.* Podemos andar cincuenta, sesenta kilómetros sin ver una sola población: sólo liebres y ardillas. Las ciudades parecen completamente nuevas; las gasolineras, los moteles alineados, las casitas rectangulares de aluminio que parece que puedan ser remolcadas por un coche para cambiarlas de sitio (probablemente es así). En contraposición, hemos pasado dos poblados antiguos, de unos seiscientos o setecientos años, y pasaremos muchos más. La idea de que aquí hay indios, verdaderos indios de carne y hueso, exalta mi espíritu de muchacho de Manhattan. No faltaban indios en las películas en tecnicolor que iba a ver todos los sábados por la tarde durante años a la esquina de Broadway con la Calle 73. Pero yo no era tonto, sabía que eran portorriqueños, o incluso mexicanos, llenos de plumas de pacotilla. Los verdaderos indios pertenecían al siglo XIX, habían muerto hacía ya tiempo, no quedaba ninguno salvo en las monedas de cincuenta, con el bisonte al otro lado, y, ¿dónde están ya? (¿Dónde se encuentran todavía bisontes?) Los indios eran arcaicos. Los indios eran una raza extinta. Para mí estaban clasificados al lado de los mastodontes, del dinosaurio, de los sumerios y de los cartagineses. Pero no, heme aquí en el salvaje Oeste por primera vez en mi vida, y el hombre de cara plana y tez apergaminada que nos vendió antes una cerveza en una tienda de ultramarinos era un indio, y el crío mofletudo que nos llenó el depósito era un indio, y las chabolas de ahí, al otro lado de Río Grande, están habitadas por índios, incluso aunque veamos un bosque de antenas de televisión alzándose por encima de los techos. ¡Mirad a los indios! ¡Mirad los cactus gigantes! ¡Mirad ese indio conduciendo un Volkswagen! ¡Mirad a Ned haciéndole al indio un corte de mangas! ¡Escuchad al indio tocando la bocina como un loco!

Me da la impresión de que nuestro compromiso en esta expedición se ha reafirmado desde que hemos llegado al umbral del desierto. El mío, por lo menos. La horrible jornada llena de dudas, cuando pasamos el Missouri, parece ahora tan alejada como los dinosaurios. Ahora sé (¿y, cómo puedo saberlo?) que lo que he leído en *El Libro de los Cráneos* es real, y que, si perseveramos, encontraremos lo que queremos. Oliver también lo sabe. Una curiosa ansiedad ha aparecido en él en estos últimos días. ¡Oh!

¡Estuvo siempre ahí esa tendencia hacia la monomanía! Pero siempre se las ha arreglado para disimularla. Ahora sentado ante el volante, diez o doce horas al día, no parando más que cuando virtualmente le forzamos a hacerlo, ya no puede ocultar que no hay nada más urgente e importante para él que llegar a nuestro destino y someterse a la disciplina de los Guardianes de los Cráneos. Incluso nuestros dos no creyentes parecen contagiados. Ned oscila entre la aceptación total y el rechazo total, como siempre, y defiende a menudo las dos posturas a la vez, burlándose de nosotros, excitándonos, y, sin embargo, estudia los mapas y los kilometrajes como si también a él le devorase la impaciencia. Ned es la única persona que conozco capaz de asistir a una misa blanca al amanecer y a una misa negra a medianoche, sin experimentar por ello ningún sentimiento de incongruencia, y participando con igual fervor en cada uno de los dos ritos. Timothy es el único que permanece distante, gentilmente burlón, y protesta diciendo que el único motivo que le ha llevado a emprender este viaje es complacer a sus originales amigos. Pero, ¿en qué medida esa postura no es simplemente una fachada, una demostración de aristocrática flema? En bastante medida, supongo. Timothy tiene probablemente menos razones que el resto de nosotros para aspirar a metafísicas prolongaciones de vida, pues su propia existencia, tal y como se le presenta actualmente, le ofrece una infinidad de posibilidades, siendo los que son sus recursos financieros. Pero el dinero no lo es todo, incluso aunque se haya heredado toda la fortuna de Fort Knox, hay un límite en lo que puede hacerse en una corta vida humana. Creo que le tienta la visión del Monasterio de los Cráneos. ¿A quién no le tentaría?

Antes de llegar a nuestro destino, mañana, pasado mañana, creo que habremos conseguido esa cohesión de cuatro lados que *El Libro de los Cráneos* designa con el nombre de Receptáculo, es decir, un grupo de candidatos. Esperémoslo. ¿Fue el año pasado, creo, cuando se habló tanto de esos estudiantes de Middle West que hicieron un pacto para suicidarse? Sí, pues bien, un Receptáculo puede considerarse como la antítesis filosófica de un pacto suicida. Los dos representan una misma simbolización de la alienación de la sociedad actual. Rechazo vuestro repugnante mundo, dicen los miembros del pacto del suicidio; consecuentemente, elijo morir. Rechazo vuestro repugnante mundo, dicen los miembros del Receptáculo; consecuentemente, elijo no morir nunca, y espero vivir para ver mejores días.

Librodot

17

NED

Albuquerque. Ciudad siniestra, kilómetros de suburbios, una interminable hilera de espantosos moteles repartidos a todo lo largo de la carretera 66, una antigua ciudad turística y despreciable perdida al otro lado del mundo. Si usted quiere hacer turismo por el Oeste, por lo menos, vaya a Santa Fe, con sus tiendas de adobe, calles en pendiente, auténticos restos del pasado colonial español. Pero no vamos en esa dirección. Aquí, dejamos la carretera 66 para dirigirnos hacia el sur por la 85 y la 25, casi en la frontera de México, hasta Las Cruces, donde encontramos la carretera 70 que nos lleva derechos a Phoenix. ¿Durante cuánto tiempo rodamos hasta llegar aquí? ¿Dos, tres, cuatro días? A base de ver conducir a Oliver he perdido la noción del tiempo. A veces, le relevamos Timothy o yo, y las ruedas muerden mi alma, el carburador escupe sobre mis entrañas y desaparece el distanciamiento entre vehículo y pasajeros. Todos integramos este monstruo aullador que corre hacia el Oeste. Tras nosotros, América yace como una explanada. Chicago no pasa de ser un recuerdo. Saint Louis un mal sueño. Joplin, Springfield, Tulsa, Amarillo... irreales, sin sustancia. Un continente de rostros estrechos y almas encogidas. Cincuenta millones de casos de dolores menstruales agudos irrumpen en el este, y, en principio, nada nos hace diferentes. Una epidemia de eyaculaciones precoces invade las grandes aglomeraciones urbanas. Todos los machos heterosexuales mayores de diecisiete años de Ohio, Pensilvania, Michigan y Tennessee han sido afectados por una crisis de hemorroides sangrantes, y Oliver sigue conduciendo, y a todo el mundo le importa un pito. Me gusta este país, grandes espacios libres, abiertos, vagamente wagnerianos, con esta atmósfera del Oeste: se ve a los hombres con la corbata de lazo y sombrero cowboy, se ven indios adormecidos ante el porche de las casas, la artemisa que crece al pie de las colinas. Uno se dice: es así, exactamente así, como lo imaginaba. Vine aquí el mismo verano en que cumplía los dieciocho años. Casi todo el tiempo estuve en Santa Fe, acompañado por un negociante de objetos de artesanía india, amable, cuarentón, de rostro curtido. Un auténtico miembro del Marica's Club internacional. Dicen que, pare reconocerlos, hay que ser uno de ellos, pero en su caso no era difícil adivinarlo: tenía acento, amanerado, maricón 100 por 100. Entre otras muchas cosas, me enseñó a conducir. Durante todo el mes de agosto, me dediqué a visitar a sus proveedores. Compraba cerámicas viejas por cinco dólares y las revendía a cincuenta a los turistas coleccionistas de antigüedades. Gastos mínimos, ventas rápidas. Solo, emprendía terroríficos viajes al final de los cuales apenas diferenciaba el codo de la palanca de marchas. Iba hasta Bernalillo, Farrington, bajaba hasta Río Puerco: una vez, hasta exploré las tierras de los Hopis, visitando todos aquellos lugares en los que, violando las leyes locales en cuestiones de arqueología, los campesinos penetraban en los pueblos abandonados y cogían toda la mercancía que consideraban vendible. Conocí a muchos indios y (¡oh, sorpresa!) había bastantes maricas. Recuerdo con dulzura a cierto navajo increíblemente divertido. Y a un glorioso cornudo de Taos que, en cuanto supo quién era, me hizo descender con él a una *kiva* y me inició en ciertos misterios tribales, proporcionándome ciertos conocimientos etnográficos por los cuales muchos investigadores perderían sin duda su prepucio. Una profunda experiencia. Un lujo del espíritu. Permítanme decirles que el agujero del culo no se ensancha solamente cuando se es marica.

Pequeño incidente con Oliver esta tarde. Yo estaba conduciendo, corriendo a través de la 25 por algún lugar entre Belén y Socorro, espíritu al viento, y, por primera vez, controlaba al automóvil sin ser una pieza más del engranaje. Apreció una silueta que caminaba a un lado del camino, a quinientos metros de nosotros. Seguro que era un

Librodot

autoestopista. Instintivamente, aminoré la marcha. Era un autoestopista, y algo más, un hippie, el auténtico modelo del sesenta y siete, con una gran pelambrera, chaleco de piel de cordero sobre el torso desnudo, descoloridos vaqueros, enarbolando la bandera americana en el trasero. Saco al hombro, descalzo. Supongo que iría buscando alguna comuna del desierto, errando solitario de ningún lugar a otro. En cierta forma, también nosotros íbamos a reunirnos con una comuna, y pensé que teníamos sitio para él. El automóvil estaba a su altura, casi parado. Tornó la mirada hacia nosotros, quizás atrapado un instante por cierto reflejo paranoide después de ver *Easy Rider* más veces de las convenientes, esperando una descarga de los cabrones de los fachas, pero, cuando vio que éramos jóvenes, el miedo desapareció de su rostro. Sonreía, exhibiendo sus carcomidos dientes y le oí mascullar unas palabras de agradecimiento: «Está muy bien, tíos. Está muy bien que os paréis por mí. En el pueblo no son muy simpáticos con los tipos como yo», mientras que Oliver simplemente dijo:

—No.

—¿No?

—Acelera.

—Tenemos sitio —dije.

—No quiero perder tiempo.

—¡Por Dios, Oliver! Este tipo es inofensivo. Y por aquí debe pasar un coche cada hora. Si estuvieras en su lugar...

—¿Y quién te dice a ti que es inofensivo? —preguntó Oliver.

El hippie estaba ahora a unos treinta metros del automóvil parado.

—A lo mejor es de la banda de Charles Manson y se dedica a cortar el cuello a todos los que se portan bien con los hippies —añadió Oliver.

—Esto es totalmente alucinante —dije.

—¡Sigue! —dijo con una voz llena de espantosos augurios, con una voz que presagiaba tormentas—. No me gustan esta clase de tipos. Desde aquí huele a podrido. No quiero tenerle al lado.

—¡El que conduce soy yo! —respondí—. Me corresponde decir si...

—¡Sigue! —dijo Timothy.

—¿Tú también?

—Ned, Oliver no quiere tenerle al lado. ¿No irás a imponerle su presencia si él no quiere?

—Pero, Timothy...

—Además, el coche es mío y yo tampoco le quiero aquí. Ned, ¡acelera!

La voz de Eli surgió del asiento de atrás, dulce, perpleja:

—Un momento, tíos, creo que aquí se plantea un problema moral que hay que considerar. Si Ned quiere...

—¿Vas a arrancar? —dijo Oliver en algo que era lo más parecido a un grito de todo lo que había emitido hasta entonces. Le miré a través del retrovisor. Su rostro aparecía rojo, empapado en sudor, y con una vena hinchada en la frente. La cara de un psicópata. Era capaz de todo. No podía arriesgarme a comprometerlo todo por un autoestopista hippie. Moviendo la cabeza con tristeza, apreté el acelerador y, justo cuando el hippie ponía la mano en la portezuela de atrás, en la de Oliver, el coche arrancó en tromba,

Librodot

dejándole atónito entre la nube de humos del tubo de escape. En favor suyo, debo decir que no nos enseñó el puño, que ni siquiera escupió, se contentó con curvar aún más los hombros y reemprender el camino. Es posible que desde el principio estuviera esperando la putada. Cuando el hippie desapareció del retrovisor, miré de nuevo a Oliver. Su rostro parecía más sereno. La vena estaba otra vez en su sitio y el acaloramiento había cedido. Pero en su mirada persistía una fijación que era capaz de helarme la sangre, y, en medio de sus mejillas de efebo se estremecía un músculo de vez en cuando.

Rodamos silenciosos durante treinta kilómetros hasta que explotó la tensión en el interior del coche. Después pregunté:

—Oliver, ¿por qué lo has hecho?

—¿Qué cosa?

—Lo de obligarme a joder al hippie.

—Porque tengo ganas de llegar. ¿Acaso me has visto recoger a algún autoestopista alguna vez? Los autoestopistas sólo traen complicaciones. Te hacen perder el tiempo. Tendrías que haberle llevado hasta su comuna por una carretera pequeña. Una hora, dos horas de retraso con respecto al horario.

—No es cierto. Además, has hablado de su olor. Tenías miedo de que te degollara. ¿Qué quiere decir eso, Oliver? ¿No has oído ya suficientes jilipolleces sobre tu limpio pelo largo?

—No debía tener las ideas muy claras —respondió Oliver que, aparte de sus claras ideas, no ha tenido otra cosa en su vida—. Quizás esté tan ansioso por llegar que digo cosas que no pienso —añadió Oliver, que nunca habla sobre los planes que se ha trazado—. No sé. No tenía ganas de que subiera. Me ha dado por ahí —continuó Oliver que carecía de antojos desde que aprendió a no cagarse en los pañales.

—Siento haberte obligado, Ned —después de diez minutos de silencio, concluyó—: Hay una cosa en la que tendremos que ponernos de acuerdo. A partir de ahora y hasta que acabe el viaje, nada de autoestopistas. ¿De acuerdo? Nada de autoestopistas.

Librodot

18

ELI

Cuánta razón han tenido al elegir este lugar esmirriado e infecto como emplazamiento del Monasterio de los Cráneos. Los antiguos necesitan un decorado inaccesible y misteriosamente romántico si quieren seguir adelante a pesar de las fogosas resonancias altisonantes de un siglo XX materialista y escéptico. El desierto resulta un lugar muy apropiado. El aire es azulmente doloroso, el suelo aparece con una delgada costra incendiada sobre un zócalo rocoso, las plantas y los árboles son contorneados, extraños y espinosos. El tiempo se detiene en un sitio así. El mundo moderno no puede inmiscuirse para profanarlo. Aquí prosperan los antiguos dioses. Los viejos cánticos se elevan hasta el cielo sin temor al ulular de los automóviles o el estrépito de las máquinas.

Ned no está de acuerdo en absoluto acerca de este asunto: cree que el desierto es teatral y hasta que está superado. El lugar perfecto para los sobrevivientes de la Antigüedad, como los Guardianes de los Cráneos, piensa, es el corazón de la ciudad moderna, donde el contraste entre su contextura y la nuestra se intensifica. Un inmueble burgués de la Calle 63 Oeste, donde los sacerdotes se podrían dedicar tranquilamente a sus ritos, entre una galería de arte y un salón de belleza para caniches. Sugería que otra posibilidad sería la de montar un taller de ladrillos y cristales entre los grandes talleres dedicados a la fabricación de equipos de oficinas y acondicionadores de aire. El contraste lo hace todo, dice. La incoherencia es indispensable. El sentido del arte reside en el sentido de sus adecuadas yuxtaposiciones. ¿Qué es la religión sino una categoría del arte? Pero creo que Ned me estaba dando marcha, como siempre. De todas maneras, no puedo despreciar sus teorías sobre la yuxtaposición y el contraste. Este desierto, estas áridas soledades, son para mí el lugar perfecto de quienes no van a morir.

Cruzando Nuevo México y el sur de Arizona dejamos a nuestras espaldas los últimos vestigios del invierno. En la zona de Albuquerque el aire era fresco, incluso frío, pues la altitud era mayor. El terreno es cuesta arriba hasta la frontera mexicana, allá donde empezamos a torcer hacia Phoenix. Como una flecha, la temperatura subió de diez a veintiún grados, incluso más. Las montañas se hicieron más bajas, parecían hechas de partículas comprimidas en moldes parduzcos, unidos con cola. Parecía que se pudieran hacer agujeros con sólo un dedo en aquellos pilares de roca. Colinas suaves, vulnerables, casi desnudas. Marcianas. También la vegetación había cambiado. En lugar de las vastas extensiones de artemisas y pequeños pinos, atravesábamos ahora bosques de espaciados cactus que, fálicamente, surgían de la tierra desconchada y oscura. Ned se convirtió en profesor de botánica. He aquí las sagitarias, decía, esos cactos con brazos más altos que los postes telegráficos; y ahí, los arbustos verdeazulados, deshojados y de ramas espinosas que parecen provenir de otro planeta, son el palo verde; y esos racimos de ramas verticales y nudosas se llaman ocotilo. Ned se conoce esta región de memoria. Después de su estancia en Nuevo México hace como dos o tres años, se siente aquí como en su casa. Ned, por otro lado, está como en su casa en cualquier sitio. Le gusta hablar de la hermandad internacional de los maricas. Allá donde vaya sabe que encontrará alojamiento por medio de los suyos. A veces me da envidia. A veces el saber que, por el hecho de formar parte de la tribu, te reciben bien en todas partes, a lo mejor compensa los traumas subyacentes. Mi tribu no es completamente hospitalaria.

Después de cruzar la frontera de Arizona, nos dirigimos hacia el oeste, hacia Phoenix. A veces el terreno se volvía montañoso, menos desolado. País indio, los Pimas. Avistamos el pantano de Coolidge: recuerdo las lecciones de geografía de

Librodot

tercero de Bachillerato. Aún estábamos a ciento cincuenta kilómetros de Phoenix, cuando empezamos a ver carteles que nos invitaban, nos ordenaban, mejor dicho, a alojarnos en un motel de la ciudad: «Pasen unas agradables vacaciones en el Valle del Sol». En aquel amanecer, el sol lo invadía todo, colgado encima del parabrisas, nos lanzaba sus dardos de fuego. Oliver conducía como un robot; sacó unas ingrávidas gafas con montura de plata y continuó. Rápidamente, atravesamos una ciudad llamada Miami. No había ni playas, ni rumberas con abrigo de vísón. El vapor de las chimeneas le daba al aire un tono malva y rosa; el olor de la atmósfera era puro Auschwitz. ¿Qué quemaban? Poco antes de penetrar en el centro de la ciudad, vimos la enorme pila cubierta de residuos grises acumulados durante años de una mina de cobre. Enfrente, al otro lado de la carretera, se alzaba un gigantesco hotel de deslumbrante fachada, supongo que lo edificaron allí para regodeo de quienes se dedican en plan bestia a la violación ecológica. Lo que aquí incendian es la Naturaleza. Abatidos, abandonamos aquel espectáculo para reencontrar otros espacios deshabitados. Sagitaria, palo verde, ocotilo. Un túnel enorme atravesaba las montañas. Paisaje desolador, sin ciudades. Las sombras se alargaban. Calor, calor, calor. Y, después, intemperie, los tentáculos de la vida urbana nos hacen añorar un Phoenix todavía lejano: suburbios, centros comerciales, gasolineras, mostradores de intercambio, vendedores de cosas indias, moteles, neón, restaurantes que recomiendan tacos, perritos calientes, pollo frito, bocadillos. Convencimos a Oliver para que parara y nos comimos unos tacos a la luz amarillenta e irreal de las farolas callejeras. Después continuamos nuestro camino. Grandes supermercados sin ventanas en medio de los aparcamientos. Es el país de la pasta, habitáculo de garantías. Yo era un extranjero en tierra extraña, triste y desorientado judío de Manhattan, corriendo a través de cactos y palmeras. Muy lejos de casa. Ciudades llanas, bancos sin pisos de vidrios verdes y escaparates de plástico psicodélico. Casas pastel con estuco verde y rosa. País que jamás conoció la nieve. Por todas partes flotando banderas americanas. ¡Tómalo o déjalo! Main Street, Mesa, Arizona. ¡La granja experimental de la Universidad de Arizona erguida al borde de la carretera! Montañas lejanas se perfilan sobre el azulado crepúsculo. Ahora estamos en Apache Boulevard, en la ciudad de Tampa. Chirriar de neumáticos. La carretera gira. Otra vez estamos en el desierto. Ya no hay calles, no hay banderas, no hay nada. Una tierra de nadie. A nuestra izquierda, masas sombrías: montañas y colinas. Luces de faros visibles en la lontananza. Unos minutos más y termina la desolación. Pasamos de Tampa a Phoenix y estamos ahora en Van Burent Street. Tiendas, casas, moteles. «Sigue hasta el centro», dice Timothy. Parece que su familia tiene algunas acciones de un motel de la ciudad. Pararemos ahí. Otros diez minutos y estaremos en un barrio de libreros y *motor lodges* a cinco dólares la noche. Y ya estamos en el centro. Rascacielos: diez o doce pisos. Bancos. El edificio de un diario, grandes hoteles. El calor es terrible, cerca de treinta y tres grados. Y estamos a finales de marzo. ¿Cómo será en agosto? Aquí está nuestro motel. Una estatua de camello en el escaparate. Una gran palmera. Un vestíbulo pequeño y poco acogedor. Timothy va a rellenar las fichas. Tendremos una *suite.* Primer piso al fondo del pasillo. Hay una piscina. «¿Quién quiere nadar?», pregunta Ned. «Y después una cena mexicana», propone Oliver. Los ánimos están excitados. Después de todo estamos en Phoenix, ya casi hemos llegado. Mañana iremos hacia el norte, hacia el retiro de los Guardianes de los Cráneos.

Se diría que todo esto empezó hace muchos años. Una alusión breve, anodina y pasajera, en el periódico del domingo:

Un monasterio en el desierto, cerca del norte de Phoenix, donde doce o quince clérigos practican su propia versión del cristianismo. Hace unos veinte años que llegaron de México, y se cree que pasaron de España a México en tiempos de Cortés. Económicamente independientes, viven replegados en sí mismos y no se meten con los

visitantes, aunque se muestran amables con cualquiera que ponga un pie en su retiro rodeado de cactos. El decorado es extraño y parece una combinación de estilo cristiano medieval con algo que pueden ser motivos aztecas. Un símbolo predominante, que da al monasterio una apariencia austera y un poco grotesca, es el cráneo humano.

Por todas partes hay cráneos, crispados, amenazadores, en altorrelieve o en relieves ovalados. El largo friso representando cabezas de muerto parece inspirarse en motivos que pueden verse en Chichen Itzá, Yucatán. Los monjes son delgados, desbordan vida interior, su piel está curtida, bronceada por el sol y el viento del desierto. Curiosamente, tienen a la vez un aspecto joven y viejo. El que, rehusando dar su nombre, habló conmigo, pudiera muy bien tener treinta o trescientos años. Imposible decirlo...

Leí esto por casualidad en las páginas de viajes del periódico, por casualidad. Estos fragmentos de extraña imaginería, el friso de los cráneos, los rostros jóvenes y viejos, se habían fijado en mi memoria. Y por casualidad, algunos días más tarde tropecé con el manuscrito de *El Libro de los Cráneos* en la biblioteca de la universidad.

Nuestra biblioteca tiene un *genizah,* una reserva de inutilizados libros viejos, deshechos, manuscritos apócrifos o abandonados que nadie todavía se ha molestado en traducir, descifrar, clasificar, o, incluso, examinar con detalle. Supongo que en todas las universidades debe haber una sala parecida, llena de documentos adquiridos por alguna donación o descubiertos con ocasión de algún rastreo, y que, pacientemente, esperan (¿Venticinco años? ¿Cincuenta años?) la llegada de un erudito que les eche una mirada. La nuestra es más copiosa que la mayor parte de ellas, seguramente porque tres generaciones de ávidos bibliófilos han acumulado todos estos tesoros de la Antigüedad con más rapidez que aquella con que nuestros bibliotecarios pudieran asimilarlos. En un sistema así se dejan de lado necesariamente ciertos artículos que, inundados por el torrente de nuevas adquisiciones, acaban olvidados, escondidos, perdidos. Tenemos estantes enteros llenos de documentos cuneiformes, sumerios o babilónicos, entre los cuales la mayor parte han sido puestos al día entre 1902 y 1905, con motivo de las célebres excavaciones de Mesopotamia. Poseemos ingentes cantidades de papiros sin tocar de las últimas dinastías, kilos de material que proceden de sinagogas iraquíes, contratos de matrimonios, decisiones judiciales, poesías, tenemos listones grabados sobre madera de tamarí de las cavernas de Tun-Huang, antiguo y olvidado don de Aurel Stein; cajas de archivos parroquiales de los castillos de Yorkshire; tenemos fragmentos de manuscritos precolombinos, y legajos de cánticos y misas que pertenecieron a los monasterios pirenaicos del siglo XIV. Si la Roseta pudiera encontrarse, nuestra biblioteca permitiría descifrar los secretos del manuscrito Mohenjo-Daro, o el manual etrusco de gramática del emperador Claudio. A lo mejor tienen, sin descubrir, las memorias de Moisés o el Diario de san Juan Bautista. Si algún día se descubrieran estas cosas, otros curiosos llegarían a las oscuras cavas del pabellón central de la biblioteca. Yo me contento con el hallazgo del manuscrito de *El Libro de los Cráneos.* No lo estaba buscando en absoluto, ni siquiera había oído hablar de él. Conseguí obtener permiso para cotejar en las cavas en busca de una colección de manuscritos catalanes de poesía mística, comprados en principio a un proveedor de antigüedades barcelonés, llamado Jaime Maura Gudiol; esto fue en 1893. El profesor Vázquez Ocaña, de quien fui seleccionado colaborador para hacer una serie de traducciones del catalán, había oído hablar del tesoro de Maura de boca de su propio profesor, treinta o cuarenta años antes, y creía recordar vagamente el haber tenido en sus manos algunos de los auténticos manuscritos. Consultando unas fichas hechas con tinta sepia medio descolorida, logré descubrir el lugar de la reserva en que se hallaba el tesoro Maura, así que decidí explorar la cava. Luz parpadeante. Cofres condenados. Infinidad de clasificadores de cartón. El polvo me hace toser. Tengo los dedos negros, carbonilla en la cara. Un cartón más y abandono. Y luego: un relieve de cartón rojo que contiene un manuscrito

finamente estampado sobre una vitela de hermosa calidad. Un título ornado con riqueza: *Líber Calvarium. Libro de los Cráneos.* Siniestro, fascinante, romántico. Vuelvo a la primera página. Elegantes letras en la escritura neta y desprendida del siglo X, u XI. Las palabras no estaban en latín sino en un catalán muy primariamente latinizado que traduje automáticamente. *Escuchad, noble Señor: Te ofrecemos la vida eterna.* El epígrafe más demente que había encontrado hasta entonces. ¿Interpretaría mal el texto? No. *Te ofrecemos la vida eterna.*

La página contenía el primer párrafo del texto, en el cual, las otras líneas no eran tan fáciles de descifrar como el epígrafe. Al final de la página, y a lo largo del margen izquierdo, se alineaban ocho cráneos humanos perfectamente grabados, separados cada uno por una filigrana de columnas y una pequeña voluta romana. Solamente un cráneo tenía el maxilar inferior. Otro estaba de lado. Pero todos eran amenazadores, y se notaba como algo malvado en las ensombrecidas órbitas. Parecen decir con voz de ultratumba: *Os resultaría muy conveniente aprender lo que nosotros hemos conocido.*

Me siento encima de un cofre de pergaminos viejos y empiezo a hojear el manuscrito. Una docena de páginas, ordenadas todas con grotescos motivos funerarios —fémures cruzados, lápidas abiertas, una pelvis o dos, y cráneos por todas partes, cráneos, cráneos. Traducirlo sin esfuerzo resultaba una tarea fuera de mi alcance; gran parte del vocabulario me resultaba impenetrable, pues aquello no era ni catalán ni latín, sino una cosa vaga e intermedia. A pesar de esto, el significado global de mi descubrimiento se me impuso con rapidez. El texto estaba dirigido a un príncipe cualquiera por el superior de un monasterio bajo su protección y, esencialmente, era una invitación para que abandonara los placeres mundanos y compartiera los «misterios» de la orden monástica. La disciplina de los sacerdotes, decía el superior, está orientada para derrotar a la Muerte, entendiendo esto no como el triunfo del espíritu en el otro mundo, sino el triunfo del cuerpo en éste. *Te ofrecemos la vida eterna.* La contemplación, el ejercicio físico y espiritual, un régimen adecuado y lo más eficaz posible. Aquéllos eran los postulados de la vida eterna.

Una hora de encarnizado esfuerzo me dio los pasajes siguientes:

Tal es el primer misterio: que el cráneo se halla detrás del rostro de igual forma que la muerte se encuentra al lado de la vida. Pero sabed, ¡oh, nobles señores!, que no existe paradoja, pues la muerte es la compañera de la vida y la vida la mensajera de la muerte. Si se pudiera alcanzar el cráneo a través del rostro y tratarlo como a un amigo, sería posible... (ilegible).

Tal es el sexto misterio: que nuestro don sea despreciado, que, entre los hombres, seamos fugitivos con el fin de huir de lugar en lugar, desde las cavernas del norte hasta las cavernas del sur, del (incierto) de los campos (incierto) de la villa, como fue durante los siglos que he vivido y los siglos que han vivido mis ancestros...

Tal es el noveno misterio: que el precio de una vida sea otra vida. Sabed, ¡oh, nobles señores!, que cada eternidad debe compensarse con una extinción y que de vos pedimos que el equilibrio ordenado se ampare en la serenidad. De entre vosotros, sólo admitimos a dos. Los otros dos deben reunirse con la oscuridad. Del mismo que, por el hecho de vivir, morimos cada día, por la misma razón, por el hecho de morir, viviremos eternamente. ¿Hay alguno entre vosotros que en beneficio de sus hermanos renuncie gustoso a la eternidad reservada a sus hermanos de la figura de cuatro lados, para que ganen así la comprensión de la abnegación auténtica? ¿Hay alguno entre vosotros al que sus compañeros estén dispuestos a sacrificar con el fin de ganar la comprensión de la exclusión? Que las víctimas se elijan entre ellas. Que definan la cualidad de su vida por la cualidad de su partida...

Había más: dieciocho misterios en total, luego, una perorata en unos versos completamente opacos. Estaba fascinado. Era la fascinación intrínseca del texto lo que me traía, su sombría belleza, sus revelaciones siniestras, sus rítmicos golpes de gong, todo menos el acercamiento inmediato a aquel monasterio de Arizona. Naturalmente, resultaba imposible sacar el manuscrito de la biblioteca, pero yo lo subía, emergiendo de los subterráneos como el fantasma polvoriento de Banquo, y dispuse las cosas para que me reservaran una mesa privada en un rincón tranquilo. Después, volvía a casa y me duchaba sin decir a Ned ni una sola palabra, aunque mi azoramiento le resultaba evidentemente visible. Volvía deprisa a la biblioteca, dispuesto, con provisión de papel, una pluma y mis diccionarios particulares. El manuscrito ya estaba sobre la mesa que había reservado. Hasta las diez, hora de cenar, me incliné sobre el texto, alumbrado por una débil bombilla. No había ninguna duda: aquellos españoles creían poseer una técnica que abría las puertas de la inmortalidad. El manuscrito no hacía alusiones al método que se utilizaba, pero insistía en su eficacia. Gran parte de la simbología gravitaba en torno al cráneo-detrás-del-rostro. Mediante un culto orientado hacia la vida, me cercioré que daban mucha importancia a la imaginería de la tumba. Puede que fuera esto la discontinuidad necesaria, el sentido de las yuxtaposiciones chocantes de las que Ned habla tanto en sus teorías estéticas. El resto dejaba entender con toda claridad que, si no todos, ciertos sacerdotes adoradores de los cráneos, habían vivido durante siglos (¿quizá milenios? ¿Un ambiguo trozo del misterio decimosexto parecía implicar una línea más vieja de la de los faraones?). Esta longevidad había logrado que los mortales estuvieran resentidos con ellos, campesinos, pastores y barones, y, en varias ocasiones, se vieron obligados a establecerse fuera del cuartel general, buscando siempre un lugar donde practicar en paz sus ejercicios.

Finalmente, tres días de duro trabajo me proporcionaron una traducción aproximada del ochenta y cinco por ciento del texto, y un conocimiento suficiente del resto. Me hacía bien el trabajo yo solo, aunque, a veces, cuando se trataba de alguna frase particularmente indescifrable, consultaba al profesor Vázquez Ocaña, cuidándome de no revelar la naturaleza de mis investigaciones. (Cuando me preguntaba si había encontrado los manuscritos de Maura Gudiol, respondía cualquier cosa.) En este estado, todavía consideraba la historia como un enternecedor cuento de hadas. En mi infancia leí *Horizontes Perdidos,* y no había olvidado Shangri-La, el monasterio secreto del Himalaya, donde los monjes practicaban el yoga y aprendían a respirar aire puro, ni esa línea que me había impresionado: *¡Todavía está usted vivo, padre Perrault!* No se podían tomar en serio aquellas cosas. Me imaginaba publicando mí traducción en *Speculum,* por ejemplo, con un adecuado comentario sobre la creencia medieval en la inmortalidad, y referencias al mito de Preste Juan, a Sir John Mandeville y a los romanos de Alejandro. La Fraternidad de los Cráneos y los Guardianes, que son los grandes sacerdotes, y la Prueba que debe ser suscrita por cuatro candidatos simultáneamente, de entre los cuales, sólo dos tienen derecho a sobrevivir, la alusión a los viejos misterios transmitidos a lo largo de milenios, ¿no crees que todo esto podría ser el argumento de un cuento de Sherezada? Me dediqué a indagar escrupulosamente la versión de Burton, dieciséis volúmenes, de *Las Mil y Una Noches,* pensando que quizá fueron los moros los que introdujeron esta historia en Cataluña, en los siglos VIII y IX. Pero no, cualquier cosa que mi hallazgo fuera, no era un trozo de *Las Mil y Una Noches.* Quizás una parte de la saga de Carlomagno. ¿O un anónimo cantar de gesta? Consultaba ingentes cantidades de la mitología medieval. Sin éxito. Remontaba siglos. En una semana me convertí en un experto sobre literatura de la inmortalidad y longevidad. Tithon, Matusalén, Gilgamesh, Uttarakurus y el árbol de Jambu, el pescador de Glaukus y los inmortales taoístas. Sí, toda la bibliografía. Y después un relámpago de intuición, el golpe en la frente. El grito que hizo girar todas las cabezas en la sala de lectura. ¡Arizona! Monjes llegados de México y antes de España. Los frisos

Librodot

con cabezas de muerto. Iba a buscar nuevamente aquel artículo que apareció en el suplemento del domingo. Lo releo en un estado que muy bien pudiera ser el delirio. Esto es:

Hay cráneos por todas partes, crispados, amenazantes, en altos relieves o en relieves ovalados. Los monjes son delegados, desbordan vida interior. Aquel con quien hablé... podría tener treinta años como trescientos. Resultaba imposible decirlo...

¡Todavía está usted vivo, padre Perrault! Estupefacta, mi alma se contrajo. ¿Podría creer yo en semejantes cosas? ¿Yo, el escéptico, bromista, materialista, pragmático? ¿La inmortalidad? ¿Un culto antiguo como el tiempo? ¿Podría existir algo parecido? Los Guardianes de los Cráneos viviendo en medio de los cactos, ni un mito medieval, ni una leyenda, sino una institución que ha sobrevivido incluso a nuestra época mecanizada, al alcance de cualquiera que desee hacer el viaje. Si quisiera, podría ser uno de los candidatos. Eli Steinfeld, viviente para asistir al alba del siglo XXXVI. El asunto estaba fuera de todo crédito. No admitía la cercanía del manuscrito y el artículo del periódico como una loca casualidad; después, a base de meditar, tampoco admitía mi rechazo y, poco a poco, me encaminaba hacia la aceptación. Era necesario que cumpliera un acto formal de fe, el primero que cumpliría en mi vida, para empezar a aceptar semejante idea. Me obligué a admitir la existencia de fuerzas exteriores a la comprensión de la ciencia contemporánea. Me obligaba a deshacerme de una antigua costumbre que consistía en ignorar lo desconocido en tanto que no ha sido oficialmente apoyado por pruebas rigurosas. Me reuní alegremente con las castas de creyentes en platillos volantes, los atlanteístas y los dianéticos, la de los defensores de la tierra plana y de Charles Fort, con los macrobióticos y astrólogos, la de las legiones de hombres crédulos que rara vez mis compañías me habían puesto al alcance. Al menos, adquirí la fe. Una fe total pero que no excluía la posibilidad de un error. Creía. Hablé a Ned, luego, algún tiempo después a Oliver y a Timothy. Moviendo la zanahoria delante de las narices. *Te ofrecemos la vida eterna.* Y ahora estamos en Phoenix. Las palmeras, los cactos, el camello delante del motel. Hemos llegado, Y mañana comenzaremos la fase final de nuestra búsqueda del Monasterio de los Cráneos.

19

OLIVER

Es posible que me haya pasado un poco con el rollo del autoestopista. No sé. No entiendo nada. Normalmente, mis motivos son limpios, claros como el cristal. Esta vez, no. El pobre Ned no podía saber qué le iba a caer encima cuando empecé a gritar. Eli me echó la bronca, luego me dijo que no me podía oponer a su libre decisión de ayudar a un ser humano. Ned conducía, podía pararse si quería. Incluso Timothy, que me dio la razón, me dijo luego que me había pasado. El único que no hizo ningún comentario fue Ned, aunque yo sabía lo que estaba pensando.

Me pregunto por qué hice eso. No podía tener tantas ganas de llegar al monasterio. Aunque el autoestopista nos hubiera desviado un cuarto de hora de nuestro camino, ¿qué importaba? Coger una rabieta por un cuarto de hora teniendo en cuenta que nos esperaba la eternidad. No, no era perder el tiempo lo que me fastidiaba, tampoco las tonterías de Charles Manson. Era algo más profundo. Lo sé muy bien.

Justo en el momento en que Ned iba más despacio, tuve una intuición. *Este hippie es marica,* me dije. Exactamente así. *Este hippie es marica.* Ned lo ha notado con ese sexto sentido que parecen tener los de su especie. Ned lo ha notado, me dije, y quiere subírselo al motel esta noche. Debo ser sincero conmigo mismo. Esto es lo que pensé. Pensé en la imagen de Ned y el hippie, juntos en la cama, abrazándose, jadeando, sudando uno sobre otro, acariciándose, haciendo todo lo que a los homosexuales les gusta hacer. No tenía ninguna razón para pensar algo parecido. El hippie era exactamente igual a los otros cinco millones de hippies: descalzo, un cabello exagerado, chaleco cerrado, unos pantalones cortos descoloridos. ¿Qué fue lo que me hizo pensar que era marica? Aunque lo fuera, ¿acaso no nos dedicamos Timothy y yo a pescar chicas en Chicago y Nueva York? ¿Por qué Ned no tenía derecho a practicar su deporte favorito? ¿Tengo algo en contra de los homosexuales? ¿No es acaso uno de ellos compañero mío de habitación, uno de mis mejores amigos? Yo sabía a qué atenerme con Ned cuando vino a vivir con nosotros. Me importaba muy poco, ya que a mí no me hacía proposiciones. Yo le quería como individuo. No me interesaban sus gustos sexuales. ¿Y por qué este repentino ataque de beatería en medio de la carretera? Reflexiona, Oliver. Piensa en esto.

Es posible que estuvieras celoso, ¿no? Oliver, ¿has pensado en esa posibilidad? Puede que tú no quisieras que Ned se fuera con otro. ¿Podrías examinar esa idea durante un instante?

De acuerdo. Sé que le intereso. Desde hace mucho tiempo. Esa mirada de perrito cuando me mira de reojo, ese aire soñador, sé qué significa. No es que me haya propuesto nada. Tiene demasiado miedo, demasiado miedo para romper una amistad útil. Pero, a pesar de todo, el deseo está ahí. ¿He jugado, pues, a ser el perro del hortelano, al no recordar a Ned lo que él quería de mí e impidiéndole también hacerlo con ese hippie? ¡Qué cabronada! Tendré que reexaminar todo esto meticulosamente. Mi reacción cuando Ned empezó a frenar. Los gritos. Una histeria visible, un mecanismo que se desencadenó en mí. Tengo que volver a pensar en esto. Tengo que poner en claro todo este asunto. Me da miedo. Tengo miedo de descubrir algo en mí que no quiero saber.

20

NED

Henos aquí transformados en detectives, rastreando Phoenix para intentar descubrir las huellas del monasterio. Lo encuentro divertido: venir desde tan lejos para ser incapaz de efectuar la unión final. Pero todo lo que tiene Eli es ese recorte de periódico que sitúa el monasterio «no muy lejos del norte de Phoenix». Esto es enorme, sin embargo «no muy lejos al norte de Phoenix» cubre todo el territorio. Desde aquí hasta el Gran Cañón, de un lado a otro del Estado. No podemos apañarnos solos. Esta mañana, después de desayunar, Timothy fue a enseñar el recorte de Eli al recepcionista. Eli se encontraba tímido y demasiado inseguro para ir él mismo. El tipo jamás había oído hablar de un monasterio por allí, pero nos recomendó dirigirnos a las oficinas del periódico, enfrente, al otro lado de la calle. El susodicho periódico, que aparecería por la tarde, no abría hasta después de las nueve, y como todavía funcionábamos con la hora del Este, nos despertamos muy pronto esa mañana. Sólo eran las ocho y cuarto. Vagamos por las calles de la ciudad para matar los cuarenta y cinco minutos que faltaban. Mirábamos las peluquerías, los kioscos de periódicos, los escaparates de las tiendas donde vendían cacharros indios de barro y accesorios para *cowboy.* El sol pegaba fuerte y el termómetro de un rascacielos bancario marcaba veintidós grados. La jornada se anunciaba calurosa. El cielo tenía el feroz azul del desierto, las montañas, que lindaban con la ciudad, eran de un pardo pálido. La ciudad estaba silenciosa, apenas había coches en las calles.

Apenas hablamos. Oliver tenía todavía la cara larga por culpa del circo que nos montó con lo del autoestopista; tenía razones para estar molesto. Timothy jugaba al aburrido con cierto aire de superioridad. Había esperado encontrar en Phoenix una ciudad mucho más dinámica: la metrópolis activa en el centro económico de una Arizona en plena expansión, y la calma que reinaba le desilusionó. Más tarde, descubrimos que el verdadero dinamismo está a dos o tres kilómetros, en el norte de la ciudad que es donde se desarrolla la expansión. Eli estaba tenso y reservado, se preguntaba, sin duda, si no nos había hecho atravesar la mitad del continente para luego nada. ¿Y yo? Nervioso, con los labios y la garganta resecas. Un tirón del escroto que sólo me pasa cuando estoy nervioso, muy nervioso, tensando y destensando los glúteos. ¿Y si el monasterio no existiese? ¿Cómo reaccionaría? Siempre la amenaza del Noveno Misterio se agazapaba entre bastidores, tenebrosa, hipócrita, tentadora. *Cada eternidad debe compensarse con una extinción.* Dos viven para siempre, dos mueren rápidamente. Esta proposición encubre una música suave, vibrante, la veo brillar a lo lejos, la oigo resonar, seductora, en las colinas desnudas. La temo y, no obstante, no puedo resistir el desafío que me lanza.

A las nueve en punto estábamos en la oficina del periódico. Habla Timothy: sus modales desenvueltos de alta sociedad, le permiten salir con bien de cualquier situación. Nos presenta como estudiantes que preparan una tesis acerca de la vida monástica contemporánea, de tal manera que se nos deja franquear la puerta de un secretario y un redactor para introducirnos, finalmente, en el despacho de otro redactor, que examina el recorte del periódico y dice no saber nada de ningún monasterio (¡desconcierto!), pero que existe un tipo que sí era especialista en comunidades, cultos sagrados y otras instituciones marginadas de la ciudad (¡esperanza!).

—¿Y ahora, dónde podemos encontrar a este hombre?

—¡Oh! Está de vacaciones —nos dice el redactor (¡desconcierto!).

—¿Y cuándo vuelve?

—Pues... a decir verdad, no ha salido de la ciudad —¡de nuevo esperanza!—. Pasa las vacaciones en su casa. Puede que les reciba.

A petición nuestra, el redactor llamó por teléfono y nos concertó una cita con aquel especialista en chifladuras de todas clases.

—Vive detrás de Bethany Home Road, pasado Central Street, en el número 64.000, ¿ven dónde se encuentra? Suban Central Street, pasen Camelback, y Bethany Home...

Diez minutos en coche. Dejamos atrás la ciudad adormecida, siguiendo hacia el norte por los barrios industriales, los rascacielos de vidrio y los gigantescos centros comerciales. Atravesamos un impresionante barrio de casas modernas casi disimuladas por sus exuberantes jardines de vegetación tropical. Luego, una zona residencial más modesta, y llegamos a casa de quien nos podía informar. Se llama Gibson. Cuarentón, bronceado, ojos azules y frente despejada y brillante. Un tipo agradable. Ocuparse de comunidades marginales era para él un capricho y no una obsesión. No era la clase de individuo obsesivo. Sí, había oído hablar de la Fraternidad de los Cráneos, aunque él no la llamaba así. «Los padres mexicanos», aquel era el nombre que les daba. El nunca había ido, pero había hablado con alguien que les había visto, un visitante de Massachusetts, el mismo, probablemente, que había escrito el artículo. Timothy preguntó a Gibson si podría indicarnos el emplazamiento del monasterio. Gibson nos invitó a entrar: casita coqueta, típico decorado del sudoeste. Tapicerías navajo colgadas de las paredes, en los estantes había media docena de vasijas de barro hopy, rojas y cremas. Sacó un mapa de Phoenix y sus alrededores.

—Ustedes están aquí —dijo señalando el mapa con el dedo—. Para salir de la ciudad, sigan así: Black Canyon Highway, es una autopista, cójanla y continúen hacia el norte, siguiendo las indicaciones para Prescott, aunque no tienen que ir tan lejos. Aquí, ¿ven?, después del límite de la ciudad, no muy lejos, a dos o tres kilómetros, dejen la autopista. ¿Tienen un mapa? Tengan, les pongo una cruz. Y sigan esta carretera... recorran unos diez kilómetros... —traza una serie de zigzags en el mapa, luego pone una segunda cruz—. No —dice—. No es éste el lugar donde se encuentra el monasterio. Aquí hay que dejar el coche y seguir a pie. Ya verán que la carretera se convierte en un simple sendero por el que ningún coche, ni siquiera un *jeep,* puede pasar. Pero, para gente joven, como ustedes, no será problema. Hay que caminar cinco o seis kilómetros, siempre recto hacia el este.

—¿Y si no lo encontramos? —pregunta Timothy—. No me refiero a la carretera, sino al monasterio.

—No arriesgan nada —respondió Gibson—. Pero, si llegan a la reserva india de Fort McDoogel, se darán cuenta de que han ido demasiado lejos. Y si ven el lago Roosevelt es que han ido mucho, mucho más lejos.

Cuando nos despedimos, nos pidió que pasáramos por su casa a nuestro regreso para ver qué habíamos visto por allí.

—Me gusta tener al día mis fichas —explicó—. Hace mucho tiempo que tengo intención de echar una ojeada, pero ya saben lo que pasa, hay tantas cosas que hacer y tenemos tan poco tiempo...

Claro, respondimos. Le contaremos todo. Al coche. Oliver conduce y Eli traza la ruta con el mapa abierto frente a él. Black Canyon Highway al oeste. Una autopista de seis vías, aplastada bajo el sol de la mañana. Poca circulación con la excepción de algunos enormes camiones. Tomamos dirección norte. Las preguntas encontrarán pronto una respuesta y sin duda se plantearán otras. Nuestra fe o ingenuidad tal vez sean

recompensadas. A pesar del calor aplastante, sentía escalofríos. Subiendo del foso de la orquesta, percibía los sombríos acentos wagnerianos de los trombones y las tubas de mal augurio. El telón se levantaba pero ignoraba si era el comienzo del primero o del último acto que íbamos a tocar. Ahora ya no dudaba de la existencia del monasterio. Gibson no se puso misterioso. No era un mito, sino la manifestación de esa necesidad de espiritualidad que el desierto parece despertar en el hombre. Pronto encontraríamos el monasterio, y sería el de verdad, el heredero de aquel que se describe en *El Libro de los Cráneos.* Otro escalofrío delicioso. ¿Y si nos encontráramos frente a frente, fuera de todo tiempo, con el autor de este antiguo y milenario manuscrito?

Cuando se tiene fe, todo es posible.

La fe. ¿Qué proporción de mi existencia ha estado marcada por esta pequeña palabra de dos letras? Retrato del artista adolescente y morboso. La escuela parroquial. El tejado que vuela, el viento que silba a través de las desvencijadas ventanas, los pálidos monjes que nos miran severamente con sus austeros anteojos mientras jugamos en el patio. El catecismo. Los niños pequeños, muy limpios, camisa blanca y corbata roja. El padre Burke dándonos clase. Joven, regordete, rostro rosa, siempre con gotas de sudor encima del labio superior, una masa de carne fofa que sobresale por el cuello almidonado de su traje. Debía tener veinticinco o veintiséis años el joven sacerdote consagrado al celibato, con el pito fresco. Por la noche debía preguntarse si merecía la pena. Para el pequeño Ned, de siete años, él encarnaba las Escrituras, sagradas e imponentes. Siempre tenía una varita de mimbre en la mano, y la utilizaba: había leído a Joyce, y representaba el papel haciendo terribles molinetes con ella. Me toca ser interrogado. Me levanto temblando. Tengo ganas de mearme en los pantalones. La nariz me gotea (siempre tuve mocos en la nariz hasta los doce años; mis recuerdos de infancia están manchados con la imagen de una estalactita mugrienta, un bigote chorreante y pegajoso. El grifo sólo se cerró con la pubertad). El revés de mi mano se levanta rápido hacia los morros. Un acto reflejo.

—No sea repugnante —dice el padre Burke con los ojos azules echando chispas. Dios es amor. Dios y amor; y el padre Burke, ¿qué es entonces? La varita rasga el aire con un silbido. Irritado, se dirige hacia mí—: El Credo, ahora, ¡enseguida!

Comienzo balbuceando:

—Creo en Dios todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo... y en Jesucristo...

Es el vacío. Detrás, un ronco susurro, Sandy Dolan:

—... su único hijo, nuestro Señor...

Me tiemblan las piernas. Se me estremece el alma. El domingo anterior, después de la misa, Sandy Dolan y yo fuimos a espiar a su hermana mayor de quince años, se cambiaba a través de los cristales, senos pequeños con el pezón rosa, pelos morenos. También nosotros tendremos pelos ahí, me susurra Sandy. ¿Acaso Dios me ha visto espiar a su hermana? El Día del Señor; semejante pecado. Ahora la varita gira de manera amenazadora.

—... su único hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de la Virgen María... —sí, ahora estoy lanzado, llegamos a la parte melodramática que tanto me gusta. Recupero la confianza, mi voz adquiere seguridad— ... padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, y al tercer día resucitó de entre los muertos, y subió a los cielos... subió a los cielos...

Otra vez me había perdido. Sandy, ¡ayúdame! Pero el padre Burke está demasiado

Librodot

cerca. Sandy no osa hablar.

—... subió a los cielos...

—Ya está allí, hijo mío —dice el cura sarcásticamente—. ¡Termina de una vez! Subió a los cielos...

Tengo la lengua pegada al paladar. Todas las cabezas se vuelven hacia mí. ¿No podría sentarme? ¿No podría Sandy seguir por mí? Solamente siete años, Señor, ¿y es preciso que me sepa entero el Credo?

La varita... la varita...

Incomprensiblemente, el padre me sopla:

—Sentado a la diestra...

Bendita frase. Me agarro ahí...

—Sentado sobre la diestra...

—*¡A la diestra!* —y mi mano recibe el golpe de la varita. El choque vibrante, sonoro, hace que mi mano se abarquille como la hoja de un árbol al contacto del fuego. Amargas lágrimas invaden mis ojos. ¿Puedo sentarme ahora? No; he de continuar. Eso esperan de mí. La vieja monja María Josefa leyendo en el auditorio uno de mis poemas, una oda al Domingo de Pascua, con su rostro cubierto de arrugas, diciendo que me encuentra muy dotado. Ahora, continúa, ¡el Credo! ¡El Credo! No es justo, tú me has pegado. Ahora debería tener derecho a sentarme.

—Continúa —dice el inexorable cura—. Sentado a la diestra...

Estoy conforme.

—Sentado a la diestra del Dios Padre, Todopoderoso, que ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. —¡Uf! Lo peor ya ha pasado. Con el corazón palpitante, suelto el resto a toda marcha—: Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la Comunión de los Santos, el Perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la Vida Eterna. ¡Amén!

¿Hacía falta terminar con amén? Me lío de tal manera que ya no sé. El padre Burke me lanzó una sonrisa agridulce. Vacío, me dejo caer en el asiento. Esto representa para mí la fe. La fe. El Niño Jesús en el pesebre y la varita cayendo sobre los dedos. Pasillos helados. Rostros siniestros. El seco y polvoriento olor de lo sagrado. Un día, el cardenal Cushing nos hizo una visita. Toda la escuela estaba aterrorizada. No nos hubiéramos asustado tanto si el propio Redentor llega a surgir de pronto de un armario. Miradas furiosas, susurradas advertencias: «Quédense en filas.» «Canten entonados.» «No hablen.» «Sean respetuosos.» Dios es amor, y los rosarios, los retratos a pastel de la Virgen, el viernes de vigilia, la pesadilla de la primera comunión, el terror ante la idea de entrar en un confesionario, todo el tinglado de la fe, el vertedero de los siglos. Claro que sería necesario desembarazarse de esto lo antes posible. Huir de los jesuitas, de mi madre, de los apóstoles y los mártires, de san Patricio, de san Brendan, san Dionisio, san Ignacio, san Antonio, santa Teresa, santa Thais, la cortesana penitente, de san Kevin y san Ned. Me convertí en un hediondo apóstata, pero no era el primero de la familia que se desviara del buen camino. Cuando vaya al infierno, me encontraré con mis primos y tíos dando vueltas en el asador. Y ahora, he aquí que Eli Steinfeld me pide que tenga fe otra vez. «Como todos sabemos», explica Eli, «Dios es anacrónico, molesto; admitir en esta época moderna que creemos en su existencia, sería como admitir que tenemos granos en el culo. Nosotros, los sofisticados, que hemos visto todo y sabemos hasta qué punto son pamemas, no podemos decidirnos a contar con El, aunque no nos falten ganas de dejar que este viejo y pasado chivo tome todas las decisiones en nuestro

Librodot

lugar». «¡Un momento!», grita Eli. «¡Deja el cinismo para otro momento, abandona tu desconfianza hacia lo invisible! Einstein, Bohr y Thomas Edison destruyeron nuestra capacidad para abrazar el más allá, pero, ¿no estás dispuesto a abrazar alegremente el más acá, el aquí mismo? ¡Cree!», dice Eli. «Cree en lo imposible. Cree *porque* es imposible. Cree que la historia del mundo que nos han enseñado es un mito, y que este mito es lo único que sobrevive de la historia real. Cree en los Cráneos y en sus Guardianes. Cree. Haz un acto de fe, y la vida eterna será tu recompensa.» Así hablaba Eli. Y nosotros avanzamos hacia el este, el norte, el norte, el este, una vez más, zigzagueando en el desierto cubierto de maleza, y es necesario que tengamos fe.

Librodot

21

TIMOTHY

Intento tener buen aspecto. Intento no quejarme, pero tampoco hay que ir demasiado lejos. Esta marcha a través del desierto, en pleno día, por ejemplo. Hace falta ser masoquista para obligarse uno mismo a semejante prueba, aunque sea para vivir diez mil años. Pero estoy seguro de que es una imbecilidad. Algo completamente irreal. Lo que es real, sin embargo, es el calor. Creo que debe hacer treinta y cinco, treinta y ocho, hasta cuarenta grados. Aún no estamos en abril y esto parece un horno. El famoso calor seco de Arizona del que tanto se habla. Claro que hace calor, es un calor seco, vosotros no lo sentís. ¡Cojones! Yo sí lo siento. Me he quitado la chaqueta y desabrochado la camisa, y estoy asado. Si no tuviera la piel tan blanca, me quitaría la camisa, pero podría convertirme en una gamba. Oliver ya está con el pecho descubierto, y es más rubio que yo; pero quizá no teme las quemaduras del sol. Piel de campesino, piel de Kansas. Cada paso es un martirio. ¿Y cuántos nos quedan todavía? ¿Ocho kilómetros? ¿Dieciséis? Hemos dejado el coche detrás, lejos. Son las doce y media y caminamos desde mediodía, desde las doce menos cuarto. El sendero sólo tiene cincuenta centímetros de anchura, y, en algunos sitios, todavía es más estrecho. En realidad, hay zonas en las que ni siquiera hay sendero, y tenemos que abrirnos paso a través de los arbustos espinosos. Marchamos uno tras otro, como cuatro navajos perdidos por completo, siguiendo la pista del ejército de Custer. Hasta los lagartos se cachondean de nosotros. ¡Señor! ¡Me pregunto cómo puede haber vida en estos parajes! ¡Los lagartos y las plantas deben estar cocidas y recocidas por el sol! El suelo no es de auténtica tierra, ni de arena, es de algo seco que crepita dulcemente bajo mis pies. El silencio amplifica los ruidos. Un silencio espantoso. Hace rato que ya no hablamos. Eli vocea como si fuese a encontrar el Santo Grial al final del camino. Ned se sofoca y sufre: no es muy fuerte y la marcha supone una dura prueba. Oliver, que completa la fila, está, como siempre, ensimismado. Podría ser un astronauta atravesando la Luna. De vez en cuando, Ned se detiene para decirnos algo relacionado con las plantas. Nunca había constatado hasta qué punto se interesa por la botánica. Existen pocos cactos enormes y verticales: los aguaros; aunque, poco más allá del camino, hay algunos de quince y hasta veinte metros de altura. Lo que sí hay, y por millares, son unos chismes inquietantes de unos dos metros, con un tronco gris, irregular y nudoso, cubierto de largos ramilletes de espinos y gruesas bolas verdes que cuelgan. Ned los llama cholla de guirnaldas, y nos dice que no nos acerquemos para evitar los espinos. Así pues, los evitamos, pero hay otro cholla, el cholla de pelusas, que no es fácil de evitar. Y es una verdadera cabronada. Pequeñas plantas vellosas de cuarenta a cincuenta centímetros, cubiertas de miles de pinchos color paja. Te miran de reojo y saltan encima. Les aseguro que es cierto. Tengo las botas llenas de pinchos. El cholla de pelusas se rompe fácilmente, y hay trozos que se separan y ruedan por todas partes, sobre todo, en medio del camino. Ned dice que cada fragmento echa raíz allí donde cae, naciendo así una nueva planta. Tenemos que tener cuidado para no pisar encima. Y no crean que con pegarles un puntapié a los trozos se libra uno de ellos. Lo intenté y el cacto se me pegó a la bota, y cuando quise quitarlo, se me quedó pegado a la punta de los dedos. Un centenar de espinas al mismo tiempo. Agujas de fuego. Grité. Ned tuvo que retirarlas utilizando dos ramitas como si fueran pinzas. Aún me queman los dedos. Minúsculas espinas hacen agujeros negros sobre mi carne. Existen otras muchas clases de cactos por aquí, cactos toneles, higos chumbos y otras seis o siete variedades cuyo nombre Ned desconoce. Y árboles con hojas espinosas, mezquitas, acacias. Aquí todas las plantas son hostiles. «No me toquen», dicen, «no me toquen o lo sentirán». Yo hubiera querido estar en otro sitio. Pero andamos, andamos, andamos.

Librodot

Cambiaría Arizona por el Sahara, a toma y daca, y, además, para suavizar el trueque, la mitad de Nuevo México. ¿Cuánto tiempo falta aún? ¿Cuántos grados? ¡Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda!

—¡Eh, mirad! —grita Eli señalando algo con el dedo.

A la izquierda del sendero, medio escondida detrás de las enmarañadas chollas: una enorme piedra redonda, tan larga como el cuerpo de un hombre, una piedra rugosa y oscura que, por su composición, se diferencia del ambiente gris, color de chocolate. Procede de una roca volcánica, basalto, granito o diabasa, alguna de las cuatro. Eli se pone en cuclillas, coge un palo seco y empieza a quitar cactos.

—¿Veis —dice— los ojos? ¿La nariz?

Tiene razón, se ven las órbitas hundidas, la cavidad triangular de la nariz, y, a nivel del suelo, una hilera de inmensos dientes, el maxilar superior casi completamente hundido en el suelo arenoso.

Un cráneo.

Parece antiguo, de un millar de años. Se ven los trazos de un delicado trabajo que marca los pómulos, los arcos de las cejas y otros rasgos; pero la mayoría han sido borrados por el tiempo. Seguro que es un cráneo. De eso, no cabe duda. Es una señal que indica que no está lejos lo que buscamos, o que, quizá, nos advierte para que volvamos ahora, antes de que sea demasiado tarde. Eli se queda un buen rato examinando el cráneo. También Ned y Oliver. Parecen fascinados. Una nube pasa por encima de sus cabezas, ensombreciendo la roca, cambiando sus contornos. Tengo la impresión de que los ojos vacíos se han vuelto hacia nosotros y nos contemplan. El calor debe hacer que vea alucinaciones.

Eli comenta:

—Probablemente, sea precolombino. Imagino que lo traerían con ellos desde México.

Escrutamos la bruma calurosa. Los grandes saguaros, como columnas, nos tapaban el horizonte. Tenemos que cruzar por entre ellos. Y, ¿más allá? El monasterio, sin duda. Me pregunto de pronto qué hago aquí, cómo he podido dejarme convencer para participar en esta locura. Lo que parecía una broma, una novatada, parece ahora demasiado real.

No morir nunca. ¡Qué jilipollez! ¿Cómo pueden existir estas cosas? Vamos a perder días enteros aquí para intentar descubrirlo. Una aventura de locos completos. Cráneos en mitad del camino. Cactos. Calor sofocante. Sed. Dos deben morir para que dos puedan vivir. Todo el fárrago místico de Eli se condensa en este grueso bloque de piedra negra, tangible, innegable. Me he comprometido con algo de lo que no entiendo nada y que, quizás, es peligroso. Pero ya es tarde para volver atrás.

Librodot

22

ELI

¿Y si no hubiese habido monasterio? ¿Si hubiésemos llegado al fin del camino para no encontrar más que un muro impenetrable de espinos y cactos? Confieso que, en cierto modo, lo esperaba. Toda la expedición es un fracaso, un chasco más a cuenta de Eli, el *schmeggege.* La calavera en el borde del camino, una pista falsa; el manuscrito, una fábula sin sentido; el artículo en el periódico, un camelo; la cruz de nuestro mapa, una broma. Nada ante nosotros más que cactos y mezquitas, un atormentado desierto, un foso o, incluso, buitres que ni siquiera quieren nuestros ojos. ¿Qué es lo que habría hecho entonces? Me habría vuelto hacia mis tres cansados compañeros con toda dignidad, y les habría dicho, con una débil sonrisa de disculpas en los labios: Señores, me he equivocado, habéis sido inducidos a error. Hemos perseguido una quimera.

Me agarran tranquilamente, sin maldad, sabiendo desde el principio que esto tenía que acabar así inevitablemente, y me desnudan, me clavan una estaca de madera en el corazón, me clavan en un saguaro gigante, me aplastan entre dos rocas planas, me clavan espinas en los ojos, me queman vivo, me entierran hasta los hombros en un hormiguero, me castran con las uñas, y, a todas éstas, murmuran solemnemente: *Schmeggege, schlemihl, schlemazel, schmendrick, schlep.* Pacientemente, acepto mi merecido castigo. Con la humillación me las entiendo. El desastre no me sorprende jamás.

¿La humillación? ¿El desastre? Como con el chasco de Margo, mi derrota más reciente. Todavía me escuece. Fue en octubre pasado, al principio del semestre, una tarde de lluvia de niebla. Teníamos hasch de primera, un supuesto panamá rojo que Ned había obtenido por medio de una supuesta joyera homosexual underground, y nos pasamos la pipa Timothy, Ned y yo, mientras que Oliver, como era su costumbre, se abstenía y se tragaba distraídamente un tinto cualquiera. De fondo se oía uno de los cuartetos de Rasoumowski, elevándose elocuentemente por encima del tamborileo de la lluvia; planeábamos cada vez más alto, y Beethoven nos prestaba un apoyo místico con un segundo violoncelísta que parecía haberse unido al grupo inexplicablemente. Incluso un oboe, en momentos extraños, o un bajón trascendental tras las cuerdas. Ned no nos había engañado: probarlo era toda una experiencia. Poco a poco derivaba, derivaba en un viaje conversacional, confesional, liberándome de todo lo que tenía en el corazón, diciéndole de pronto a Timothy que lo que más sentía en mi vida era el no haber podido estar nunca con lo que yo llamaría una chica realmente guapa.

Timothy, compasivo, me pide que cite un ejemplo de lo que entiendo por una chica verdaderamente guapa. Reflexiono, examinando mis opciones. Ned sugiere a Rachel Welch, Katherinne Deneuve, Lainie Kazan. Finalmente, con una maravillosa ingenuidad, se lo suelto: «Considero que Margo es una chica verdaderamente guapa.» La Margo de Timothy. La diosa *goyishe* de Timothy, su *shikse* de cabellos de oro. Habiendo dicho esto, sentí una serie de diálogos rápidamente esbozados resonar en mi cerebro embebido de cannabis, un lento pasar de palabras; después el tiempo, como sucede a menudo cuando se está bajo la influencia de la marihuana, se invirtió, de forma que oí la interpretación de mi escena entera, cada réplica llegaba en su momento preciso. Timothy me preguntaba con la mayor seriedad del mundo, si Margo me excitaba. Yo le contestaba, con no menos seriedad, que sí. Pues, quería saber si me sentiría menos inadecuado, más expansivo, después de haber estado con ella. Dudando, preguntándome a qué jugaba, respondía con vagos circunloquios, para oírle decir con estupor que iba a arreglar todo el asunto para mañana por la tarde.

Librodot

—Arreglar, ¿qué? —le preguntaba.

—Margo —decía. Me dejaría a Margo por caridad cristiana.

—Y ella, ¿querrá?

—Claro que querrá. Te encuentra muy bien.

—Todos te encontramos muy bien —decía Ned.

—Pero yo no puedo... ella no... cómo...

—Te la confío —dijo Timothy maravillosamente, con gesto de gran señor—. No puedo dejar a mis amigos en un estado de frustración y deseos insatisfechos. Mañana, a las ocho, en su cuarto. Le diré que te espere.

—Eso sería hacer trampas —dije, volviéndome taciturno—. Demasiado fácil, demasiado irreal.

—No seas idiota —añadió Ned.

—Me tomas el pelo —le dije a Timothy.

—¡Palabra de scout! Te la regalo.

Se puso a describir las preferencias de Margo en la cama, sus zonas erógenas especiales, las pequeñas claves que utilizaban. Yo le iba cogiendo gustillo a la cosa. Planeaba cada vez más, me lanzaba en un *tríp* de risa y me completaba las detalladas descripciones de Timothy con escabrosas fantasías de mi cosecha. Naturalmente, cuando aterricé dos horas más tarde, estaba persuadido de que me había tomado el pelo; y esto me precipitó hacia el abismo de la melancolía. Siempre estuve convencido de que las Margos de este mundo no son para mí. Los Timothy podían follarse cohortes enteras de Margos, pero yo jamás tendría una sola. En realidad, la veneraba a distancia. El prototipo de *shikse,* la flor de la felicidad aria, delgada, con las piernas largas, cinco centímetros más alta que yo (que parecen bastante más cuando una chica está junto a uno), los cabellos rubios y sedosos, los ojos azules, la nariz respingona, los labios gruesos y ágiles. Una chica viva, atlética, campeona de baloncesto (hasta Oliver admitía su capacidad sobre el terreno), una estudiante brillante, un ingenio sencillo y mordaz. En realidad, era una perfección asombrosa, horripilante: una de esas criaturas sin defectos que nuestra aristocracia produce de vez en cuando en medio de la muchedumbre. Hecha para reinar con serenidad en las propiedades agrestes o para pasear majestuosamente sus caniches por la Segunda Avenida. ¿Margo para mí? ¿Mi cuerpo peludo y sudoroso junto al suyo? ¿Mi cara arrugada junto a su piel de raso? La rana uniéndose con un cometa. Para Margo, yo debería ser algo vil y repugnante. El patético representante de una especie inferior. Cualquier contacto entre nosotros sólo podría ser contrario a la Naturaleza, la aleación de la plata con el cobre, una mezcla de alabastro con carbón. Me esforzaba para no pensar en estas cosas, pero, a mediodía, Timothy me recordó la cita. Es imposible, le dije, inventando treinta y seis excusas: estudios, un trabajo que entregar, una traducción difícil, y así sucesivamente. Con un gesto descartó mis débiles protestas:

—Estáte a las ocho en su casa —me dijo.

Una oleada de terror se apoderó de mí:

—No puedo —insistí—. La prostituyes, Timothy. ¿Qué tengo que hacer? ¿Entrar, desabrocharme la bragueta, lanzarme encima...? Eso no puede funcionar. No puedes hacer real un sueño con sólo agitar la varita mágica.

Timothy se encogió de hombros.

Creía que ya había terminado esta historia. Oliver tenía entrenamiento de baloncesto aquella tarde. Ned salió para ir al cine. Hacia las siete y media, Timothy se excusó. «Trabajo en la biblioteca», dijo. «Volveré a las diez.» Me quedé solo en el apartamento que compartíamos. No sospechaba nada. Comienzo a trabajar. A las ocho, un ruido de llave en la cerradura. Margo entra. Resplandeciente sonrisa, oro fundido. Pánico dentro de mí. Consternación.

—¿Está Timothy? —pregunta cerrando la puerta negligentemente, con llave.

Un trueno en mi pecho.

—En la biblioteca —dije—. Vuelve a las diez.

No tengo dónde esconderme. Margo hace una mueca entristecida.

—Estaba convencida de que iba a encontrarlo aquí. En fin, peor para él. Estás muy ocupado, ¿no? —un gruñido centelleante. Se echa tranquilamente en el sillón.

—Preparo un trabajo —dije— sobre las formas irregulares del verbo.

—¡Qué maravilla! ¿Fumas?

Comprendí todo. Lo habían planeado. Me gustase o no, era una trampa para hacerme feliz. Me sentía estafado, utilizado, paternalizado. ¿Debía pedirle que se fuese? No, *schmendrick,* no hagas el imbécil. Durante dos horas no estudies. Al diablo la delicadeza. El fin justifica los medios. Aprovecha esta oportunidad. No tendrás otra. Me dirigí hacia el sofá presumiendo. ¡Sí, Eli presumiendo! Y ella tenía dos enormes porros profesionalmente liados. Enciende uno tranquilamente, lo aspira profundamente y me lo pasa. Me temblaba la muñeca y a poco dejo caer la punta encendida en su brazo por culpa de los nervios. Sabía fuerte y empecé a toser. Me dio unas cuantas palmadas en la espalda. *Schlemihl, Schlep.* Recupero el porro, aspiro y arqueo las cejas con un lánguido «mmmmmm». El hasch no me hacía ningún efecto, estaba demasiado tenso y la adrenalina neutralizaba los efectos poco a poco. Estaba al tanto del fuerte olor de mi transpiración. El porro se convirtió pronto en una toba. Margo, aparentemente colocadísima, me propuso encender el segundo. Me negué con la cabeza:

—Más tarde —dije.

Se levantó y se puso a pasear por la habitación.

—Hace un calor insoportable aquí, ¿no te parece?

¡El rollo de siempre! Una chica de la habilidad de Margo podría haberse buscado algo mejor. Se estira, bosteza. Llevaba una minifalda ajustada y una blusa que dejaba ver su vientre dorado. Ni sostén ni bragas, eso estaba claro. Se le marcaban las pequeñas protuberancias de los pezones, y la falda, ceñida a sus redondos muslos, no tenía ninguna arruga. ¡Ah! Eli, demonio observador, suave y hábil manipulador de carne femenina.

—¡Qué calor hace! —murmura perdida en su pire.

Se quita la blusa, me sonríe inocentemente como diciendo: «Somos viejos amigos, no tenemos necesidad de preocuparnos por tabúes imbéciles, ¿por qué van a ser los niñitos más sagrados que un rollete?» Sus senos eran vagamente gruesos, altos, abiertos. Maravillosamente duros. Probablemente los senos más perfectos que he tenido la fortuna de contemplar. Intentaba mirar como quien no quiere la cosa. En el cine es más fácil: no existe relación tú-yo con lo que pasa en la pantalla. Se tira un rollo sobre astrología, cuestión de ponerme cómodo, supongo. Cantidad de historias sobre la conjunción de los astros en casa de no sé quién. Yo sólo podía farfullar respuestas. Luego se puso a leerme los signos de la mano. Era su último capricho, el misterio de las

rayas.

—Las adivinadoras de la fortuna se ríen del público —dijo seriamente—, pero eso no quiere decir que no haya algo de cierto en el fondo. Mira, todo tu futuro se encuentra programado en las moléculas de ADN, y son las que gobiernan la configuración de las líneas de tu mano. Espera, déjame mirar.

Tomándome la mano, me acerca a ella sobre el sofá. Me sentía estúpidamente virgen con mi actitud y con la realidad de mi experiencia. Me cogió la palma de la mano, me hacía cosquillas.

—Aquí, mira, es la línea de vida. ¡Oh! ¡Es muy larga!

Miraba de reojo a sus tetas mientras ella se enrollaba con la quiromancia.

—Y esto es el monte de Venus. ¿Ves esa línea pequeña que empieza aquí? Indica que tienes grandes pasiones, pero que te retraes y las reprimes enormemente, ¿no crees?

De acuerdo, Margo, te sigo el juego. Mi brazo se lanza alrededor de sus hombros, mi mano busca sus pechos.

«¡Oh, sí, Eli, sí, sí!»

Exagera un poco. Me estrecha contra su pecho. Un beso torpe. Sus labios estaban entreabiertos. Hice lo necesario. Pero no sentía pasión alguna, ni grande ni pequeña. Todo aquello me parecía un formulismo, como un minueto coreografiado. No podía hacerme a la idea de hacer aquello con Margo. Irreal, irreal, irreal. Incluso cuando se separó suavemente e hizo resbalar la falda revelando sus contorneadas caderas, sus duros y jóvenes muslos, su tupido pelo color caña, no sentía ningún placer. Me hizo un gesto. Una sonrisa provocativa. Para ella todo esto no era más apocalíptico que un apretón de manos, un besito en la cara. Para mí se elevaban las galaxias. Sin embargo, qué fácil hubiese sido todo esto. Bajarse el pantalón, echarse encima, metérsela, un movimiento de caderas. ¡Oh! ¡Ah! ¡Oh! ¡Ah, yupi! Pero yo tenía la enfermedad del sexo en la cabeza. Estaba demasiado obsesionado con la idea de Margo como símbolo inaccesible de la perfección como para constatar que Margo era perfectamente accesible, y no tan perfecta; pálida cicatriz de apendicitis, algunas arrugas en las caderas, restos de una niñez mucho más regordeta, nalgas demasiado delgadas.

Así pues, me estaba pasando de rosca. Sí, me desnudaba. Me metía con ella en la cama, sí, no podía empalmarme y me tuvo que ayudar Margo, y al final, la libido le ganó a la mortificación y me puse rígido y vibrante, y como un toro de la Pampa, me arrojé sobre ella, agarrando, arañando, horrorizándola con mi ferocidad, prácticamente violándola, y todo para que flaqueara en el crítico momento de la inserción, luego, ¡oh!, sí, metiendo la pata cada vez más, de torpeza en torpeza. Margo, alternativamente horrorizada, divertida y llena de solicitud, hasta que al fin llega la consumación, seguida casi instantáneamente por la erupción, seguida de abismos de autodesprecio, por cráteres descompuestos. Ya no podía mirarla. Me separaba. Me escondía bajo la almohada, me insultaba, insultaba a Timothy, insultaba a D. H. Lawrence.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Margo acariciándome la espalda bañada en sudor.

—Por favor —dije—, márchate y no le digas nada de esto a nadie.

Pero ella habló. Todo el mundo lo supo. Mi simpleza, mi absurda incompetencia, mis siete variedades de ambigüedades culminando finalmente en siete variedades de impotencia. Eli el *schmeggege,* perdiendo su más sensacional oportunidad con la chica más sensacional que podrá tocar en toda su vida. Otro fracaso amoroso para la colección. Y hubiésemos podido conocer otro aquí, en medio de los cactos. Y los tres hubieran dicho:

—No podía esperarse menos de un tipo como tú, Eli.

Pero ahí está el monasterio.

El sendero comenzó a inclinarse entre matas de chollas y cada vez más densas mezquitas, hasta que desembocamos, abruptamente, en un ancho espacio arenoso. Alineados de derecha a izquierda, había una serie de cráneos de basalto parecidos al que habíamos encontrado más abajo, pero más pequeños que un balón de baloncesto, diseminados en la arena con intervalos de unos cincuenta centímetros. Al otro lado de la fila de cráneos, unos setenta metros más allá, se halla el Monasterio de los Cráneos, como una esfinge incrustada en el desierto: un edificio sin pisos, relativamente grande, coronado por una terraza, con los muros de estuco amarillo parduzco. Siete columnas de piedra blanca decoraban la fachada difusa. El efecto que producía era extraordinariamente sencillo, solamente roto por la brisa que corría a través del frontón: cráneos en bajo relieve mostrando su perfil izquierdo, rostros hundidos, narices huecas, órbitas enormes. Las bocas entreabiertas en siniestra sonrisa. Los largos dientes puntiagudos, perfectamente delimitados, parecían dispuestos a cerrarse con un feroz castañeo. Y las lenguas —¡qué aspecto tan siniestro, cráneos con lenguas!— retorcidas en delicadas y espeluznantes eses, emergían por encima de los dientes como el aguijón de una serpiente. Había docenas de cráneos, tan idénticos que degeneraban en la obsesión, grotescamente petrificados uno tras otro, hasta los últimos confines del edificio. Tenían esa prestancia de pesadilla que yo detesto en la mayor parte del arte mexicano precolombino. Hubieran encajado mejor en cualquier altar de sacrificios; o en los cuchillos de obsidiana que cortaban el corazón de los animales jadeantes.

Aparentemente, el edificio tenía forma de «U», con dos largos alerones anexos, unidos a la sección principal. Y no veía puerta alguna. Pero a unos quince metros de la fachada, se abría la bóveda de acceso al subterráneo, aislado en medio de un espacio libre. Estaba abierta, sombría y misteriosa, como si fuera la entrada al otro mundo. Pensé que debía ser el pasaje que conducía al monasterio. Me dirigí hacia la bóveda y metí la cabeza en el interior. La oscuridad era completa. ¿Entrábamos? ¿Tendríamos que esperar a que alguien apareciese y nos llamase? No apareció nadie. El calor resultaba insoportable. Sentía cómo se tensaba la piel de mis mejillas, de la nariz, se inflaba, enrojecía, brillaba, después de media jornada expuesta al sol del desierto. Nos miramos atónitos. El Noveno Misterio atrapaba mi espíritu y, probablemente, también el de mis compañeros. Quizás entráramos para no salir jamás. ¿Quién debía morir y quién sobrevivir para siempre? A mi pesar, me sorprendí colocando a los candidatos en la balanza, enviando a Timothy y Oliver hacia la muerte, luego, reconsiderando mi juicio apresurado, ponía a Ned en el lugar de Oliver, a Oliver en el de Timothy, Timothy en lugar de Ned, yo mismo en lugar de Timothy, y así sucesivamente, sin fin, dando vueltas. Nunca tuve una fe tan intensa en *El Libro de los Cráneos.* La impresión de encontrarme al borde del infinito nunca fue tan intensa ni tan terrorífica.

—Vamos —dije con voz ronca mientras daba algunos pasos indecisos.

Una escalera de piedra descendía hasta lo más profundo de los subterráneos. Descendí uno o dos metros y me encontré en un túnel oscuro, bastante largo pero muy bajo, un metro y medio del techo al suelo como máximo. Hacía fresco. Cuando mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, distinguí fragmentos decorativos en las paredes: cráneos, cráneos, nada más que cráneos. No había ni una pizca de imaginería cristiana en el lugar que llamaban monasterio; pero, por todas partes, se encontraba el símbolo de la muerte. Ned gritó desde arriba:

—¿Ves algo?

Les describí el túnel y les dije que me siguieran. Llegan vacilantes, inseguros: Ned,

Librodot

Timothy, Oliver. Agachadas las cabezas. Continué avanzando. El aire era cada vez más fresco. Sólo se veía la escasa claridad malva de la entrada. Intentaba contar los pasos. Diez, doce, quince. Ya debíamos estar debajo del edificio. De pronto, tropecé con una barrera de piedra pulida, un único bloque que obstruía el túnel por completo. Sólo al final me di cuenta de su existencia, gracias a un reflejo glacial en la profunda oscuridad que me impidió darme un buen golpe. ¿Un callejón sin salida? Sí, claro, y dentro de poco oiríamos el golpe de un bloque de veinte toneladas derrumbándose a la entrada del túnel. Habíamos caído en la trampa, emparedados, condenados a morir de hambre o asfixia mientras resonaban en nuestros oídos unas carcajadas espantosas. Pero no ocurrió nada tan melodramático. Intentaba hacer girar con la palma de la mano la losa que nos cerraba el camino cuando —¡milagro de Alí Baba!— la losa giró suavemente sobre su eje. Estaba perfectamente equilibrada, una leve presión bastaba para abrirla. Me decía que venía muy a cuento entrar tan teatralmente en el Monasterio de los Cráneos. Esperaba un melancólico coro de trombones, trompas, acompañados con voz de bajo y entonando el Réquiem al revés: *Pietatis fons, me salva, gratis salvandos qui, majestatis tremendae rex.*

Una salida brillaba más arriba. Nos dirigimos hacia ella con las rodillas dobladas. Unos escalones más. Hacia arriba. Uno tras otro, aparecimos en una enorme habitación cuadrada de paredes grises y rugosas, pálidas, sin techo, con sólo una docena de robustas vigas separadas por un metro, dejando pasar la luz del sol y el sofocante calor. El suelo era de pizarra violeta, de textura lisa y brillante. En medio de aquella especie de patio, había una fuente de jade verde, con una silueta humana de un metro de altura. La cabeza de la estatua era de un muerto, y un finísimo hilo de agua chorreaba por la mandíbula para caer en el estanque. En los cuatro rincones del patio había estatuas de piedra, mayas o aztecas, representando personajes de nariz angulosa, labios finos y crueles y enormes pendientes. Una puerta se abría en el muro opuesto a la salida del subterráneo y, en el marco, había un hombre, tan inmóvil que pensamos que era otra estatua. Cuando los cuatro estuvimos en el patio, dijo, con voz sonora y grave:

—Buenos días. Soy el hermano Antony.

Era un hombre rechoncho y bajo, de no más de un metro sesenta, vestido con unos vaqueros desteñidos y cortados por encima de las rodillas. Tenía la piel cobriza, casi caoba, con la textura del cuero fino. Su ancho cráneo, con forma de cúpula, no tenía un solo cabello. El cuello era corto y fuerte, anchos y potentes los hombros, pecho amplio, piernas y brazos musculosos. Daba una aplastante impresión de fuerza y vitalidad. Su aspecto general y las vibraciones de fuerza y competencia me hicieron pensar inmediatamente en Picasso: un hombre sólido, atemporal, capaz de soportar cualquier cosa. No me hacía una idea de qué edad podría tener. No era precisamente joven, pero estaba muy lejos de la decrepitud. ¿Cincuenta? ¿Sesenta? ¿Setenta bien conservados? La imposibilidad de adivinar su edad era lo que más desconcertaba. Parecía abandonado por el tiempo, protegido de él. Era como yo pensaba que debían ser los inmortales.

Sonríe calurosamente, mostrando una dentadura sin defectos.

—Estoy aquí para recibirles. Tenemos pocas visitas y no esperamos ninguna. El resto de los hermanos está en el campo, antes de los rezos de la noche.

Hablaba un inglés perfecto, particularmente desprovisto de vida y entonación: un acento I.B.M. Su voz era monótona y musical, su vocabulario seguro y calmado.

—Pueden considerarse como nuestros huéspedes durante todo el tiempo que deseen permanecer entre nosotros. Tenemos habitaciones para nuestros invitados y nos gustaría que participasen de nuestro retiro. ¿Piensan quedarse más de una noche?

Oliver se volvió hacia mí. Luego Timothy. Después Ned. Así que me tocaba hacer

de portavoz. Tenía sabor a bronce en la garganta. Lo absurdo e irracional de cuanto tenía que decir, sellaba mis labios. «Date la vuelta y huye, date la vuelta y huye», me gritaba una voz interior. «Húndete bajo tierra y corre, corre ahora que tienes tiempo.» Conseguí emitir una sola y chirriante sílaba:

—Sí.

—En ese caso, voy a enseñarles sus habitaciones. Por favor, ¿quieren seguirme?

Se disponía a abandonar el patio. Oliver me lanzó una mirada furiosa:

—Díselo —susurró con voz silbante.

Díselo. Díselo. ¡Díselo! ¡Anda, ve! ¿Qué puede ocurrir? En el peor de los casos, se reirá de mí. Esto no será ninguna novedad, ¿no? Pues vamos, díselo. Todo se unió en aquel instante. Toda tu teoría, todas tus hipérboles autopersuasivas, todos los debates filosóficos, todas las dudas y seguridades. Tú estás aquí. Crees que es el lugar. Pues, entonces, díselo, díselo, díselo.

Al oír el susurro de Oliver, el hermano Antony se volvió hacia nosotros:

—¿Sí? —dijo con voz muy dulce.

Buscaba las palabras exactas en medio de aquella confusión.

—Hermano Antony, es necesario que sepa... que nosotros hemos leído el... *El Libro de los Cráneos...*

Ya estaba.

La máscara ecuánime e imperturbable del hermano Antony resbaló por un momento. En sus ojos oscuros y enigmáticos entreví un relámpago de... ¿sorpresa, asombro, confusión? No sé... Pero se repuso rápidamente.

—¿Sí? —dijo con una voz tan suave como la vez anterior—. *El Libro de los Cráneos.* Qué nombre más extraño. Me gustaría saber qué es *El Libro de los Cráneos.*

La cuestión era puramente retórica. Me dirigió una sonrisa fugaz y brillante, como el haz luminoso de un faro que corta la niebla. Pero, como un alegre Pilatos, no quiso quedarse para oír la respuesta. Salió despacio, señalando con el dedo la dirección en que debíamos seguirle.

23

NED

Ahora ya tenemos en qué pensar, por lo menos nos dejarán mascullar nuestros pensamientos a cada uno en privado. Todos tenemos una habitación individual, austera pero agradable y con la suficiente comodidad. El monasterio es mucho mayor de lo que parecía desde el exterior: las dos alas anexas son sumamente largas y quizás haya cincuenta o sesenta habitaciones en el interior del edificio, sin contar con la posible existencia de otras habitaciones subterráneas. Ninguna de las habitaciones que he visitado tiene ventanas. Las piezas centrales, las que llamo «salas públicas», tienen el techo descubierto, pero las celdas laterales, donde viven los hermanos están totalmente cerradas. Ignoro si existe algún sistema de climatización, ya que no he visto ni tubos ni entradas de aire, pero cuando se pasa de una sala abierta a una cerrada, se experimenta una baja muy sensible de temperatura, del calor del desierto se pasa al confort de un hotel. La arquitectura es sencilla: salas desnudas y rectangulares, paredes y techos en gris marrón, sin yeso, sin molduras o aparentes vigas, u otros elementos decorativos. El suelo es de pizarra oscura, no hay ni tapices ni moquetas. Los muebles parecen reducirse al mínimo necesario: mi habitación sólo tiene una litera baja hecha de palos y cuerdas, con un pequeño cofre maravillosamente trabajado en una madera dura y negra, supongo que será para meter la ropa. Lo único que contrasta con la austeridad del ambiente es una fantástica colección de máscaras y raras estatuas que, supongo, datan de la época precolombina y están colgadas por las paredes o colocadas en nichos: terroríficos rostros, ángulos atormentados, lujuriosa ostentación de monstruosidades. El símbolo del cráneo es omnipresente. No tengo ni idea de las causas que han conducido al periodista autor del recorte del periódico a pensar en este lugar como una comunidad de «monjes» entregados a sus ritos cristianos. El artículo hablaba de un decorado que representaba «una combinación del estilo cristiano medieval con algo parecido a los motivos aztecas», pero, si la influencia azteca es indiscutible, ¿dónde, pues, ha podido ver la imaginería cristiana? Yo no veo ni cruces, ni vidrieras, ni imágenes de santos o Sagradas Familias, ni nada de todo cuanto se acostumbra. Aquí todo es pagano, primitivo, prehistórico; esto podría ser un templo dedicado a algún antiguo dios mexicano, e incluso a una divinidad del Neanderthal, pero, o Jesús está totalmente ausente de aquí o yo no soy un irlandés de Boston. Es posible que el refinamiento frío y austero que reina aquí le haya dado al periodista la impresión de que se encontraba en un monasterio medieval —los ecos, el sordo rumor de los cantos gregorianos en los corredores silenciosos— pero sin el simbolismo cristiano no podría haber cristianismo y estos símbolos son claramente extraños. El efecto global que producen estos lugares es de exuberancia compaginada con una renuncia estilística considerable. Lo han hecho todo de forma austera, con una cierta sensación de poder y grandeza, se desprende de los muros, del suelo, de los infinitos pasillos, de las salas desnudas y los austeros muebles. Evidentemente, la limpieza es aquí un elemento importante. Los medios higiénicos son extraordinarios. Hay surtidores de agua por todas partes, en las salas públicas. En mi propia habitación hay una gran bañera incrustada en el suelo, bordeada de pizarra verde y digna de un maharadajh o un Papa del Renacimiento. Cuando el hermano Antony me introdujo en la habitación, me sugirió que tomara un baño y su delicada sugerencia parecía tener la fuerza de una orden. Además, no era necesario que me hiciera rogar, pues la marcha a través del desierto me había impregnado de una capa de polvo pegajoso. Me bañé voluptuosamente en la bañera de pizarra brillante y, cuando salí, advertí que toda mi ropa húmeda y mugrienta había desaparecido, hasta los zapatos. Sustituyendo a la ropa, había unos vaqueros cortos y usados, pero limpios,

Librodot

encima de una litera y parecidos a los que llevaba el hermano Antony. Muy bien, la filosofía de este lugar parecía ser cuantas menos cosas haya, mucho mejor. Adiós camisas y suéters; me contentaría con unos pantalones cortos encima de los riñones desnudos. Este es un lugar interesante.

De momento, el problema es: ¿tiene este lugar alguna relación con el monasterio medieval de Eli y el supuesto culto a la inmortalidad? Creo que sí, pero no tengo la certeza. Es inútil sustraerse al aspecto teatral del hermano, a su dulce ambigüedad cuando, hace unas horas, le enseñó Eli *El Libro de los Cráneos,* su réplica sonora: ¿ *El Libro de los Cráneos?* Qué nombre más extraño. Me gustaría saber qué es *El Libro de los Cráneos.* A raíz de lo cual, inició una rápida salida que le permitió controlar de una vez por todas la situación. ¿No sabía verdaderamente lo que era? ¿Por qué entonces pareció desconcertarse durante unos rapidísimos segundos cuando Eli le mencionó el nombre? ¿La inmensa cantidad de cráneos que había por aquí sería simple coincidencia? ¿Habrá sido olvidado *El Libro de los Cráneos* por sus propios adeptos? O bien, ¿está el hermano jugando con nosotros para introducir la incertidumbre en nuestros espíritus? La estética del humor: ¡cuánto arte se ha hecho basándose en este principio! Se divertirán así con nosotros durante algún tiempo. Me gustaría bajar a discutir con Eli, tiene un ingenio vivo, sabe interpretar con rapidez los matices. Quisiera saber si la respuesta del hermano Antony le ha sumido en la perplejidad. Pero supongo que tendré que esperar un poco antes de poder hablar con Eli. Me da la impresión de que mi puerta está cerrada con llave.

Librodot

24

TIMOTHY

Cada vez más rocambolesco. Este corredor de un kilómetro. Estas calaveras por todas las esquinas. Estas máscaras mexicanas. Rostros en carne viva, que sonríen a pesar de todo, rostros con lenguas y mejillas traspasadas por agujas, cuerpos bajo cabezas de muerto. Encantador. Y este viejo que habla con una voz que podría salir de una máquina. Se diría casi que es una especie de robot. No puede ser real, con esa piel de pergamino, ese cráneo rapado que parece no haber tenido nunca pelo, esos ojos brillantes... ¡Brrrrrrrr!

Por lo menos, el baño estuvo bien. Aunque me hayan cogido todas mis cosas: mi portafolios, mis tarjetas de crédito, absolutamente todo. No me hace mucha gracia, aunque no veo qué pueden hacer aquí con mis cosas. Tal vez sólo quieran hacer una limpia. No veo inconveniente alguno en llevar estos vaqueros. Quizás un poco apretados en las nalgas, supongo que soy más gordo que la media de sus invitados, pero con este calor no está mal quitarse trapos de encima. Lo que me joroba es que me hayan encerrado en mi cuarto. Me recuerda a demasiadas películas de terror de la televisión. Una trampa secreta se abre en el suelo y la cobra sagrada avanza silbando y moviendo la lengua. O bien un gas venenoso penetra a través de un agujero camuflado. ¡Bah! No pienso en ello seriamente. No creo que quieran hacernos daño. Pero esto no se hace, ¡encerrar a los huéspedes con llave! ¿Será la hora de alguna oración especial que no quieren que se interrumpa? Tal vez. Espero una hora y después intento forzar la puerta. Pero parece muy sólida esta puñetera puerta.

No hay televisión en este motel. Tampoco mucho que leer, quitando estas hojillas que han dejado en el suelo junto a mi cama. Pero ya las he leído. *El Libro de los Cráneos,* ¡nada menos!, mecanografiado en tres idiomas: latín, español e inglés. Divertida decoración en la portada: una calavera y tibias cruzadas. ¡Viva el Jolly Roger! Pero, realmente, no me hace ninguna gracia. En su interior hay todo tipo de jilipolleces melodramáticas sobre los dieciocho misterios de que nos hablara Eli. La traducción es distinta, pero el sentido es el mismo. Muchas alusiones a la vida eterna, y también muchas alusiones a la muerte. Demasiadas.

Me gustaría largarme de aquí... si tuvieran la amabilidad de abrirme la puerta. Una broma es una broma, y quizá me pareciera gracioso el mes pasado ir al Oeste a que me hicieran la puñeta, gracias a las recomendaciones de Eli; pero, ahora que estoy aquí, no entiendo qué me ha hecho meterme en este avispero. Si va en serio, cosa que sigo dudando, no quiero tener nada que ver con ello. Y, si se trata sólo de una banda de beatos fanáticos, lo cual es de lo más probable, tampoco quiero tener nada que ver con ello. Hace ya dos horas que estoy aquí y me parece que ya están más que bien. Todos estos cráneos me atacan. Y el rollo de que hayan cerrado la puerta. Y este viejo misterioso. De acuerdo, muchachos, ya está bien. Timothy, píratelas.

25

ELI

Es inútil dar vueltas y vueltas en la cabeza a ese pequeño intercambio de palabras con el hermano Antony. No alcanzo a darle sentido. ¿Querría reírse de mí? ¿Fingía ignorancia? ¿O un conocimiento que, de hecho, no tiene? Su sonrisa, ¿era la de un entendimiento de iniciado o la de un cretino que se tira un farol?

Es posible, me decía a mí mismo, que conozcan *El Libro de los Cráneos* con otro nombre, o bien que en el curso de su emigración de España a México y de México a Arizona hayan sufrido una total refundición de su simbología teológica. Estaba convencido, a pesar de la réplica oblicua del hermano, de que este lugar es sucesor directo del monasterio catalán en el que se escribió el manuscrito que he descubierto.

Me di un baño. El mejor de toda mi vida, el baño del siglo. Al salir del espléndido pilón, me di cuenta de que toda mi ropa había desaparecido y de que la puerta estaba cerrada con llave. Cogí los estrechos vaqueros pelados, deshilachados, que me habían dejado. (¿«Ellos»?) Y esperé. Esperé. Nada de leer, nada que ver, aparte de la delicada máscara de un cráneo de órbitas gigantescas, un mosaico de infinitos fragmentos de jade, obsidiana y turquesa, un tesoro, una verdadera obra maestra. Estaba a punto de darme otro baño nada más que para matar el tiempo, cuando mi puerta se abrió —sin que yo oyera ni llave ni ruido en la cerradura— y alguien, que yo tomé al principio por el hermano Antony, entró. Al segundo vistazo, me di cuenta de que se trataba de otra persona: ligeramente más alto, más estrecho de hombros, con la piel un poco más clara, pero, salvo aquellos detalles, con el mismo aspecto físico, cuadrado, sólido, apergaminado a lo Picasso. Con una voz amortiguada que recordaba a la de Peter Lorre, me dijo:

—Soy el hermano Bernard. Tenga la bondad de acompañarme.

El corredor parecía hacerse más largo a medida que lo atravesábamos. El hermano Bernard iba delante y yo le seguía con los ojos fijos en la extraña arista que sobresalía de su espina dorsal. Los pies desnudos sobre el suelo de piedras lisas, agradable sensación. Misteriosas puertas de madera noble cerradas a cada lado del corredor. Cuartos, cuartos y más cuartos. Un millón de dólares en grotescos objetos mexicanos por las paredes. Las miradas de todos aquellos dioses de pesadilla convergían en mí. Las luces estaban encendidas y un suave resplandor amarillo se difundía desde los apliques en forma de cráneo dispuestos a lo largo del pasillo.

Otro toque melodramático. Al acercarnos a la parte delantera del edificio, en forma de «U», eché un vistazo por encima del hombro derecho del hermano Bernard, y entreví, sorprendido, una silueta femenina a unos quince metros de mí. Salió de la última habitación de aquel ala, recorriendo sin prisa mi campo visual —pareciendo flotar— y luego desapareció en la parte principal. Era una mujer de poca estatura, frágil, que llevaba una especie de minifalda ajustada, por medio muslo, de tejido blanco plisado. Su pelo era de un negro brillante —latino— y caía hasta más abajo de los hombros. Tenía la piel de un moreno intenso, que contrastaba con la blancura de su falda. Su pecho sobresalía excepcionalmente. No cabía la menor duda acerca de su sexo, aunque su rostro fuera difícil de distinguir. Me sorprendió que hubiera hermanas a la vez que hermanos en el monasterio, pero quizá fuera una sirvienta, pues el lugar era de una limpieza impecable. Sabía que era inútil tratar de que el hermano Bernard me hablara de ella. Se cubría con el silencio como otros lo hacen con una armadura.

Me hizo entrar en una gran sala con el cielo por techo, que parecía estar destinada a

Librodot

celebraciones ceremoniales. No debía ser la misma en la que el hermano Antony nos recibió, pues no se veía huella alguna de una trampa que condujera a un túnel. La fuente también era diferente: mayor, más en forma de tulipán, aunque la estatuilla de la que manaba el agua se parecía a la otra sensiblemente. Se veía la luz oblicua del atardecer por entre los huecos de las vigas del techo. Hacía calor, pero ya no era tan agobiante como un poco antes.

Ned, Oliver y Timothy ya estaban allí, vestidos con el mismo tipo de pantalón ajustado. Tenían un aire de tensión e incertidumbre. Oliver tenía esa expresión particularmente estática que pone sólo en momentos de gran tensión. Timothy intentaba hacer ver que estaba de vuelta, sin conseguirlo. Ned me hizo un guiño rápido, no sé si de bienvenida o de burla.

Había en la sala unos doce hermanos.

Todos parecían cortados por el mismo patrón: si no eran exactamente hermanos, eran, por lo menos, primos. Ninguno superaba el metro setenta, y muchos medían un metro sesenta o menos. Todos calvos. Todos cuadrados. Morenos. Aspecto inmortal. Vestidos únicamente con pantalones iguales. Uno de ellos, en quien creí reconocer al hermano Antony —seguro que era él— llevaba un pequeño colgante verde en el pecho. Otros tres llevaban adornos similares pero de un material más oscuro. Tal vez ónice. La mujer que había visto hacía poco no estaba presente.

El hermano Antony me hizo una seña para que me pusiera de pie junto a mis compañeros. Me coloqué al lado de Ned. Silencio. Tensión. Unas ganas repentinas de echarme a reír que conseguí dominar a tiempo. ¡Qué absurdo era todo aquello! ¿Quiénes creían ser aquellos hombrecillos pomposos? ¿Para qué esta comedia de los cráneos, estas confrontaciones rituales? Solemnemente, el hermano Antony nos estudiaba como si nos juzgara. No había más ruido que el de nuestra respiración y el alegre correr de la fuente. ¡Un poco de música seria de fondo musical, maestro, por favor! *Mors superbit et natura, cum resurget creatura, judicanti responsura.* Se asombran muerte y naturaleza, cuando resurge la criatura para responder a su juez. Responder a su juez: ¿eres tú nuestro juez, hermano Antony? *Quando Jude est venturus, cuncta stricte discussurus!* ¿No dirá nada? ¿Permaneceremos eternamente suspendidos entre nacimiento y muerte, matriz y tumba? ¡Ah! La representación continúa. Uno de los hermanos subalternos, sin colgante, se dirige a un nicho de la pared y coge un libro delgado, con un lujoso lomo de marroquinería roja. Se lo tiende al hermano Antony. Sin necesidad de que lo digan, sé qué libro es. *Líber Scriptus Proferetur, in quo totum continetur.* Traerán el libro escrito, en el que todo está contenido. *Unde mundus judicetur.* Desde donde se juzgará al mundo. ¿Qué se supone que he de decir? ¡Oh, Rey Majestuoso, que salva con largueza a quienes deben salvarse, sálvame! ¡Oh, Fuente de Clemencia! En este momento el hermano Antony me miró de frente.

—*El Libro de los Cráneos* —dijo con una voz dulce y tranquila, sonora— tiene hoy en día muy pocos lectores. ¿Cómo habéis dado con él?

—Un viejo manuscrito —contesté—, escondido y olvidado en una biblioteca universitaria. Mis estudios... Un descubrimiento fortuito... La curiosidad me ha llevado a traducirlo...

El hermano inclinó la cabeza.

—¿Y después, para llegar hasta nosotros? ¿Cómo lo han hecho?

—Un artículo en un periódico. Algunas líneas sobre la imaginería, el simbolismo... Hemos probado; de todas formas, estábamos de vacaciones y hemos venido a ver si... si...

—Sí —dijo. Sin que implicara ninguna pregunta. Con sonrisa serena. Me miraba tranquilamente, esperando sin duda que le contara el resto. Eramos cuatro. Habíamos leído *El Libro de los Cráneos,* y éramos cuatro. Ahora parecía imponerse una declaración de candidatura formal. *Exaudi oratinem meam, ad te omnis caro veniet.* Yo era incapaz de hablar. Permanecía mudo en medio de la explosión infinita de silencio, esperando que Ned, Oliver, o incluso Timothy, pronunciaran las palabras que no querían salir de mis labios. El hermano Antony esperaba. Me esperaría hasta el último acorde de trompa o hasta el clamor final de la música, si fuera necesario. Habla. Habla. Habla.

Hablé, y oía mi propia voz fuera del cuerpo como si hubiera estado grabada en un disco.

—Los cuatro hemos leído y comprendido *El Libro de los Cráneos,* y deseamos someternos... deseamos sufrir la prueba. Los cuatro nos ofrecemos... nos ofrecemos como candidatos... candidatos... como... —estaba inseguro. ¿Era correcta mi traducción? ¿Comprendería la elección de las palabras?— ... como Receptáculo — terminé.

—Como Receptáculo —repitió el hermano Antony.

—Como Receptáculo, como Receptáculo. Como Receptáculo —repitieron a coro los hermanos.

¡La escena se había transformado en una ópera! De pronto, me había convertido en el tenor de *Turandot* cuando pide que le planteen los enigmas fatales. Todo parecía injuriosamente teatral, increíblemente alejado del mundo en el que los satélites se emiten señas entre sí, en el que jóvenes melenudos se peleaban por conseguir droga, en el que las porras de la *staatspolizei* destrozaban las cabezas de los manifestantes en cincuenta pueblos americanos. ¿Cómo podíamos estar aquí hablando de cabezas de muerto y de receptáculos? Pero cosas más extrañas nos aguardaban todavía. Solemnemente, el hermano Antony hizo una señal al que había traído el libro, y de nuevo el hermano se dirigió hacia el nicho. Esta vez volvió con una máscara de piedra esmeradamente pulida, que entregó al hermano Antony. Este se la aplicó contra la cara mientras que uno de los otros hermanos que llevaba colgante, avanzó para atársela por detrás con una correa. La máscara cubría la cara del hermano Antony desde el labio superior hasta arriba de la cabeza. Le daba una apariencia de calavera viviente. Sus pequeños ojos fríos brillaban al fondo de dos grandes órbitas de piedra, fijos en mí. Palpablemente.

El hermano Antony habló:

—¿Están al corriente de las condiciones impuestas por el Noveno Misterio?

—Sí —respondí. El hermano Antony esperaba. Terminó por recibir un tímido sí de Ned, después de Oliver, y, después, de Timothy, un poco más reticente.

—Así pues, no se presentan a esta Prueba con frivolidad de espíritu, y conocen tan bien los peligros como las recompensas. ¿Se ofrecen plenamente y sin restricciones interiores? Han venido hasta aquí para tomar parte en un sacramento y no para jugar. Se entregan enteramente a la Hermandad y a los Guardianes. ¿Está todo aclarado?

—Sí —consentimos tímidamente uno tras otro.

—Acérquense. Pongan la mano sobre la máscara. —Como si temiéramos una descarga eléctrica tocamos apenas la fría piedra gris—: Hace muchos años que no se ha presentado un Receptáculo entre nosotros. Pero he de advertirles, por si sus motivos no son suficientemente serios, que no podrán abandonar el monasterio hasta que finalice su iniciación. El secreto es nuestra regla. Una vez que la Prueba haya comenzado, sus

Librodot

vidas estarán en nuestras manos, y prohibimos abandonar estos lugares. El Decimonoveno misterio, del que ustedes no pueden estar al corriente, dice que si uno de ustedes se va, los otros tres nos entregan sus vidas. ¿Está claro? Ya no podemos aceptar cambios. Cada uno será el vigilante de los otros tres. Y han de saber que, si hay algún renegado entre ustedes, los otros morirán de modo inevitable. Es su última oportunidad de retirarse. Si consideran las condiciones demasiado duras, retiren las manos de la máscara y podrán irse en paz.

Tuve un momento de indecisión. No había contado con esto: la pena de muerte si no llevábamos la Prueba a término. ¿Hablaban en serio? ¿Y si, después de dos días, llegábamos a la conclusión de que no tenían nada serio que ofrecernos? Estábamos obligados a permanecer allí meses y meses hasta que nos dijeran que la Prueba había terminado y que éramos libres. Marcharse parecía imposible. Estuve a punto de retirar la mano. Pero recordé que había venido hasta aquí para realizar un acto de fe y que renunciaba a una vida sin significado, con la esperanza de alcanzar otra llena de él. Sí, me entrego, hermano Antony, sin restricciones. Y, de todos modos, ¿qué podrían hacernos estos pequeños seres si decidiéramos marcharnos?

Habría que tomar esto como una parte más del teatral ritual, como la máscara y las respuestas a coro. Así logré convencerme. También Ned parecía tener sus dudas. Vi cómo aflojaba los dedos un momento, pero los mantuvo. La mano de Oliver no tembló ni siquiera un momento. Timothy era quien parecía más titubeante: frunció las cejas, nos miró y miró al hermano Antony, empezó a sudar, levantó los dedos por espacio de dos o tres segundos, y, después, con gesto de mandarlo todo al diablo, agarró de nuevo la máscara con tanta vehemencia que el hermano Antony estuvo a punto de perder el equilibrio ante el impacto. Bien, estábamos ligados. El hermano Antony se quitó la máscara.

—Cenarán esta noche con nosotros —dijo— y mañana empezaremos.

26

OLIVER

Así pues, henos aquí; es cierto; nos toman como candidatos. Te ofrecemos la vida eterna. Por lo menos un punto de referencia. Es cierto. Pero, ¿está bien? Vas a la iglesia todos los domingos puntualmente, rezas tus oraciones, llevas una vida irreprochable, echas dos monedas en el platillo y te dicen: Irás al cielo y vivirás eternamente entre los ángeles y los apóstoles, pero, ¿se va realmente allí? ¿Existe un paraíso? ¿Y ángeles y apóstoles? ¿Para qué sirve ir honradamente a la iglesia si todo es mentira? Sin embargo, existe realmente un monasterio de los cráneos y una Hermandad, y Guardianes —el hermano Antony es uno de ellos—, y nosotros somos un Receptáculo, pero eso, ¿qué prueba? Te ofrecemos la vida eterna, pero, ¿en qué medida es real? ¿Y si fueran historias como las de los ángeles o los apóstoles?

Eli cree en ello. Parece que Ned también. Timothy parece divertido, quizás irritado, sería difícil saberlo. ¿Y yo? ¿Y yo? Tengo la impresión de ser un sonámbulo. Sueño despierto.

Continuamente me pregunto, no sólo aquí, sino en todas partes, sí las cosas son reales, si tengo de ellas una experiencia auténtica. ¿Estoy realmente en contacto con la realidad? ¿Y si no lo estoy? ¿Y si las sensaciones que experimento no fueran más que el débil eco de lo que sienten los otros? ¿Cómo saberlo? Cuando bebo vino, ¿siento todo aquello que sienten los otros? Cuando leo un libro, ¿comprendo las palabras o solamente creo comprenderlas? Cuando acaricio a una chica, ¿percibo realmente la textura de su piel? A veces creo que mis sensaciones son demasiado débiles. A veces creo que soy el único en el mundo que no siente plenamente las cosas, pero, ¿cómo hacer para saberlo? ¿Cómo puede un daltónico decir si los colores que ve son los verdaderos? A veces tengo la impresión de vivir en una película, de no ser sino una sombra sobre una pantalla derivando de un episodio a otro según un guión escrito por otra persona, un retrasado, un chimpancé, un ordenador loco, y no tengo profundidad, ni textura, ni soy tangible, ni soy real. Nada cuenta; nada es real. Todo es únicamente una puesta en escena. Y así será siempre para mí. En estos momentos me entra una especie de desesperanza. No puedo ya creer en nada. Incluso las palabras pierden su significado para no ser más que sonidos huecos. Todo se vuelve abstracto, aunque no es justamente el caso de palabras brumosas como «amor, esperanza, muerte», sino el de palabras concretas como «árbol, calle, amargo, caliente, suave, caliente, ventana». Nada puede asegurarme que una cosa sea lo que se considera que es, pues su nombre no es sino un sonido. Todo nombre puede perder su contenido. «La vida, la muerte. Todo. Nada.» Todo se parece, ¿qué es real? ¿Qué no lo es? ¿Qué diferencia hay? ¿No es el universo entero un ramillete de átomos que nosotros disponemos ordenados en motivos gracias a nuestra facultad de percepción? Y las percepciones que ensamblamos, ¿no pueden desensamblarse con facilidad cuando dejamos de creer en el proceso? Sólo me queda retirarle mi aceptación a la noción abstracta según la cual lo que veo, lo que creo ver, se encuentra realmente ahí. Podría atravesar la pared de esta habitación si lograra negar su existencia, podría vivir eternamente... si negara la muerte. Podría morir ayer... si negara el hoy. Cuando tengo este tipo de pensamiento, bajo, bajo por la espiral de mi propio torbellino hasta el momento en que me pierdo, me pierdo en la eternidad.

Estamos bien aquí. Es real. Estamos dentro y ellos nos aceptan para la iniciación.

Todo esto queda establecido. Es real. Pero, «real», no es más que una palabra. «Real» no es real. Ya estoy desconcertado. Los otros tres pueden irse al restaurante y pensar que muerden un bistec sangrante; yo sé que muerdo un conjunto de átomos, un

Librodot

concepto abstracto al que hemos puesto la etiqueta «bistec» y nos alimentamos de conceptos abstractos. Niego la existencia del bistec. Niego la realidad del Monasterio de los Cráneos. Niego la realidad de Oliver Marshall. Niego la realidad de la realidad.

He debido estar demasiado tiempo al sol hoy.

Tengo miedo. Estoy desconcertado. Me desmadejo. Y no puedo decírselo, puesto que niego su existencia, lo niego todo. ¡Dios me ayude! Niego a Dios. Niego la muerte y niego la vida. ¿Qué piden los seguidores del zen? ¿Qué ruido hace una mano que aplaude? Y ¿a dónde va la llama de una vela cuando se apaga? ¿A dónde va la llama?

Creo que allí será a donde iré yo muy pronto.

27

ELI

Hemos empezado. El ritual, el régimen, la gimnasia, los ejercicios espirituales y lo demás. Sin duda alguna, no hemos visto todavía más que la cima del iceberg. Queda mucho por desvelar. Por ejemplo, aún no sabemos cuándo se deben llevar a cabo los términos del Noveno Misterio. ¿Mañana? ¿El próximo viernes? ¿En Navidad? ¿Cuándo? Ya nos miramos siniestramente, buscando la calavera detrás del rostro. Tú, Ned, ¿morirías por nosotros? Tú, Timothy, ¿proyectas matarme para poder vivir? Nunca, ni una sola vez, hemos discutido juntos este aspecto. Es demasiado terrible y demasiado absurdo a la vez para soportar la discusión, e incluso un solo pensamiento. Puede ser que sus exigencias sean simbólicas, metafóricas, puede que no. Es una cuestión que me inquieta. Después del comienzo de este viaje, percibí ciertos supuestos no formulados acerca del reparto de papeles, en el caso de que deba de haber tal reparto: a mí me matarán, Ned se matará a sí mismo. Naturalmente, no estoy de acuerdo. He venido aquí para ganar la vida eterna. No sé si alguno de los otros ha creído alguna vez seriamente en ello. Ned es capaz de contemplar el suicidio como su más bello poema. Timothy no ofrece el aspecto de dar demasiada importancia a la prolongación de su existencia, aunque imagino que no habría de esforzarse demasiado para aceptarla si le cae en suerte. Oliver proclama que se niega del todo a morir, y mantiene una actitud apasionada respecto a este asunto. Pero Oliver es mucho menos estable de lo que parece superficialmente, y es difícil analizar con exactitud sus motivaciones. Un pequeño golpe de pulgar filosófico y podría enamorarse de la muerte tanto como hoy lo está de la vida. Así que no puedo decir quién vivirá y quién sucumbirá ante el Noveno Misterio. Pero pongo atención en el lugar en que piso, y seguiré poniéndola mientras estemos aquí. ¿Cuánto tiempo será eso? Ninguno de nosotros ha pensado en ello seriamente todavía. Las vacaciones de Semana Santa terminarán dentro de seis o siete días, creo. Y la Prueba no habrá terminado todavía, eso seguro. Tengo la impresión de que puede durar meses, años. ¿Nos iremos dentro de una semana pase lo que pase? Hemos jurado no hacerlo, pero, desde luego, no hay mucho que los hermanos pudieran hacer si decidimos largarnos de noche. Salvo que yo no tengo ninguna necesidad de irme. Me quedaría semanas, años si fuera necesario. El mundo exterior nos dará por desaparecidos. La universidad, el ejército, nuestros padres, se preguntarán qué ha sido de nosotros. Desde el momento en que no sigan nuestras huellas hasta aquí... Los hermanos han subido todo nuestro equipaje del coche. Pero el coche sigue aparcado al principio del sendero. ¿Acabará por darse cuenta la poli? ¿Enviarán a alguien para que se entere de quién es el propietario? Estamos rodeados de incertidumbres. Pero lo que es seguro es que permaneceremos mientras dure la Prueba. En todo caso, yo permaneceré.

¿Y si se demuestra que el rito de los Cráneos es auténtico?

Yo no me quedaría aquí como parecen hacer los hermanos, después de haber obtenido lo que quiero. ¡Oh! Puede que me quedara con ellos una quincena de años por gratitud, por decoro. Pero después me largo. Ancho es el mundo, ¿por qué pasarse la eternidad en el desierto? Tengo mis ideas al respecto. En cierto sentido, soy como Oliver: tengo necesidad de saciar mi sed de experiencia. Viviría vidas sucesivas, aprovechando cada una al máximo. Por ejemplo, me pasaría diez años en Wall Street acumulando una fortuna. Si mi padre tiene razón, y estoy seguro de que la tiene, cualquier chico un poco astuto puede lograrlo haciendo, simplemente, lo contrario de lo que hacen los supuestos peritos. Son todos unas ovejas, un rebaño de ganado *goyishe.* Ávidos, persistentes, siguen la moda del momento. Es suficiente jugar contra ellos.

Sacaría dos o tres millones que invertiría en valores seguros y de porvenir. Y después viviría de los intereses los cinco o diez mil años siguientes. Esa es la manera de asegurar mi independencia. ¿Y después? Diez años de desenfreno. ¿Por qué no? Con suficiente pasta y confianza en uno mismo, se pueden conseguir todas las mujeres que uno quiera. ¿No es verdad? Yo tendría a Margo y a otras doce como ella cada semana. Tengo derecho a ello. ¿Por qué no un poco de lujuria? No es intelectual, ni enriquecedor, pero también tiene su lugar dentro de una existencia bien organizada. De acuerdo. Pasta y desenfreno. Y a continuación me aseguraría la salud espiritual. Quince años en un monasterio trapense. Sin decir nada a nadie, medito, escribo poesía, intento llegar hasta Dios, entro en resonancia con el universo. Digamos, incluso, que veinte años. Me purifico el alma, la elevo hasta las nubes. Y después vuelvo a salir y me consagro a la culturofilia. Ocho años de ejercicios con dedicación plena. Eli, el Don Juan de las playas. Se acabó el aborto de cuarenta y ocho kilos. Practicaría el esquí, el surf, ganaría el campeonato de lucha india de East Village. Y, ¿después? Música. No he profundizado en la música tanto como hubiera querido. Me inscribiría con Juillard cuatro años, el gran rollo. Penetro en los arcanos del arte musical. Exploro los últimos cuartetos de Beethoven, *El Clave Bien Temperado,* de Bach y Berg, Schoemberg, Xenakis, todo lo mejor. Utilizo las técnicas que he aprendido en el monasterio para entrar en lo más profundo del universo del sonido. Puede ser que componga. Puede que escriba críticas, o que interprete. Eli Steinfeld en un recital de Bach en el Carnegie Hall. Quince años dedicado a la música. ¿Qué tal? Con éstos se han pasado ya sesenta años de mi inmortalidad. ¿Luego?

Visitemos el mundo. Viajemos como Buda, a pie, de país en país. Dejémonos crecer el pelo, llevemos un vestido amarillo, tumbémonos a la bartola, sin olvidarnos, sin embargo, de pasar todos los meses a cobrar un cheque a la American Express de Rangoon, Djakarta, Katmandú o Singapur, teniendo una experiencia visceral de la humanidad, comiendo todo tipo de alimentos, hormigas al curri, criadillas fritas, acostándome con mujeres de todas las razas y confesiones, viviendo en chozas sórdidas, en iglús, en tiendas, en gabarras. Veinte años de este tipo de vida deberían dar una idea bastante precisa de la complejidad cultural de los hombres. Después, creo que volvería a mi primera especialidad, la lingüística, la filología, y terminaría la carrera que ahora estoy a punto de abandonar. En treinta años puedo producir la obra definitiva sobre los verbos irregulares, sobre las lenguas indoeuropeas, desentrañar el secreto del etrusco, traducir el Corpus completo de la poesía ugarítica. Todo lo que me dicte la fantasía. Después me haré homosexual. Con la vida eterna a su disposición, uno debe probar de todo una vez por lo menos, ¿no? Ned afirma que la vida de marica es una vida agradable. Personalmente, yo he preferido siempre a las chicas, intuitivamente, instintivamente —son más bellas, más suaves cuando se las toca—, pero bien puedo dedicar un tiempo a ver qué tiene que ofrecer el otro sexo. *Sub specie aeternitatis.* ¿Qué más da meterla en un agujero o en otro? Cuando vuelva a la fase heterosexual tendré que ir a Marte. Estaremos entonces alrededor del año dos mil cien. Habremos colonizado Marte, estoy seguro. Doce años allí. Me ocuparé de trabajos manuales, de pionero. Después veinte años dedicado a la literatura, diez para leer todo lo que de valor se ha escrito en el mundo, y diez para escribir una novela que se situará al lado de las mejores de Faulkner, Dostoievski, Joyce, Proust. ¿Por qué no habría de igualarles? Ya no sería un mocoso. Tendría a mis espaldas ciento cincuenta años de estar enrollado con la vida, y la educación más amplia y profunda que ningún ser humano haya conocido jamás, y estaría todavía lleno de vigor. Una página por día, una página por semana, cinco años para meditar en el conjunto de la composición antes de escribir la primera línea y debería estar en posición de escribir una obra de arte inmortal. Bajo seudónimo, desde luego. Sería un problema especial cambiar de identidad cada ochenta o noventa años. Incluso dentro de un porvenir futurista, no faltará gente que haga suposiciones

acerca de alguien que no muere jamás. La longevidad es una cosa y la inmortalidad otra. Tengo que arreglármelas para legarme mis propios bienes, para que mi nueva identidad herede de la vieja. Desapareceré y apareceré sin cesar. Me teñiré el pelo, tendré una panoplia de barbas falsas, de bigotes, de pelucas, de lentes de contacto. Atención con no aproximarse demasiado a la máquina estatal: una vez que mis huellas digitales hayan sido registradas por el ordenador central, corro el riesgo de tener problemas. ¿Cómo me procuraré un certificado de nacimiento cada vez que reaparezca? Bueno, ya buscaré algo. Cuando se es tan astuto como para vivir eternamente, hay que ser capaz de enfrentarse a la burocracia. ¿Y si amo a una mujer? Me caso, tengo hijos, veo a mi mujer marchitarse ante mis ojos, veo a mis hijos envejecer también mientras yo permanezco joven y fresco. Probablemene no me casaré o, si lo hago, será por un tiempo limitado, diez o quince años, y después me divorcio, aunque la siga amando, para evitar complicaciones. Ya veré. ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! En el dos mil cien, repartiendo generosamente los decenios. Diez años como lama en el Tíbet. Diez años como pescador irlandés, si todavía hay pescado. Doce años como senador distinguido en el Senado de los Estados Unidos. Luego creo que tiraré por la ciencia. El gran sector descuidado en mi vida. Lo lograré perfectamente consagrando la paciencia y la aplicación requeridas. La física, las matemáticas, todo lo que haga falta. Doy cuarenta años a la ciencia, tengo la intención de ir al encuentro de Einstein y Newton. Una carrera completa en la que pondré lo mejor de mis posibilidades intelectuales. ¿Y después? Podría volver al Monasterio de los Cráneos, supongo, para ver qué se ha hecho del hermano Antony y los demás. Cinco años en el desierto. Y después, de nuevo al mundo. ¿Y qué mundo será? Habrá decenas de nuevas carreras posibles, cosas que todavía ni se han empezado a inventar. Me pasaría diez años como experto en desmaterialización; quince, en levitación polivalente; doce, como corredor de síntomas. ¿Y después? ¿Y después? Después, se vuelve a empezar. Las posibilidades son infinitas. Pero haré bien en no perder de vista a Oliver y Timothy. E, incluso, también a Ned. Por la putada del Noveno Misterio. Si mis compañeros deben inmolarme, digamos el próximo viernes, tirarán por tierra unos cuantos planes.

Librodot

28

NED

Los hermanos están enamorados de nosotros. No hay otro término que se ajuste. Se esfuerzan en ser herméticos, solemnes, impenetrables, distantes, pero no pueden disimular la alegría que les produce nuestra presencia. Les rejuvenecemos. Les hemos salvado de una eternidad de trabajo repetido. Han pasado eras sin que tuvieran novicios, sangre joven junto a ellos, siempre la misma sociedad cerrada de hermanos, quince en total, con sus devociones, trabajando en el campo, haciendo sus faenas. Y ahora que nos tienen que enseñar el ritual de la iniciación, es algo nuevo para ellos y nos están agradecidos por haber venido.

Todo el mundo participa en nuestra iluminación. El hermano Antony preside nuestras meditaciones y nuestros ejercicios espirituales. El hermano Bernard nos hace ejecutar ejercicios físicos. El hermano Claude, el hermano cocinero, supervisa nuestro régimen. El hermano Miklos nos cuenta con muchas circunlocuciones la historia de la orden, describiéndonos el contexto siempre de un modo ambiguo. El hermano Javier es el hermano confesor que, de aquí a unos días, nos introducirá en la sicoterapia, que parece ser algo esencial dentro del complejo proceso. El hermano Franz, que es el hermano que se dedica al trabajo manual, nos indica la madera que hay que cortar y el agua que hay que sacar. Cada uno de los hermanos tiene un papel determinado que desempeñar, pero todavía no hemos tenido ocasión de encontrarnos a todos.

Aquí hay también mujeres. Ignoramos sus nombres, puede que sean tres o cuatro, puede que una docena. Las vemos desde lejos de vez en cuando ir de un cuarto a otro a cumplir su misteriosa misión, sin detenerse jamás, sin mirarnos jamás. Al igual que los hermanos, van vestidas todas del mismo modo, pero en vez de pantalón azul, llevan un vestido blanco. Todas las que yo he visto, tienen el pelo largo y oscuro, y un generoso pecho. Tampoco Timothy, Eli u Oliver, han visto ninguna rubia o pelirroja. Se parecen tanto entre sí que me impide evaluar su número. Nunca sé si las que veo son siempre las mismas, o son diferentes cada vez. El segundo día de nuestra estancia aquí, Timothy le preguntó al hermano Antony al respecto; pero respondió amablemente que estaba prohibido preguntar nada a los miembros de la Hermandad. Lo sabríamos a su debido tiempo, prometió. Mientras tanto, debíamos contentarnos con lo que sabíamos.

Nuestra jornada está planeada con toda precisión. Todo el mundo se levanta a la salida del sol. Como no hay ventanas, esperamos al hermano Franz, que recorre el corredor al alba tamborileando en las puertas. El primer acto obligatorio de la jornada es el baño. Después nos vamos al campo a trabajar una hora. Los hermanos cultivan todo lo que comen en un jardín, que debe tener doscientos metros de largo, detrás del monasterio. Un complejo sistema de riego bombea el agua de algún manantial subterráneo. Ha debido costar una fortuna instalarlo, también la construcción del monasterio ha debido costar fortuna y media, pero supongo que la Hermandad es inmensamente rica. Como Eli nos ha hecho notar, cualquier organización que ponga su capital a un cinco o un seis por ciento durante cuatro siglos, acabará por poseer continentes enteros. Los hermanos cultivan trigo, hierbas y una serie de frutos, bayas y raíces comestibles. Ignoro el nombre de gran parte de las plantas que cuidamos con amor, pero creo que hay un buen número de variedades exóticas. El arroz, las judías, el maíz y todos los vegetales «fuertes», como la cebolla, están prohibidos aquí. Tengo la impresión de que el trigo es simplemente tolerado, se juzga que es indeseable espiritualmente, pero necesario de algún modo. Se criba cuidadosamente cinco veces, se muele diez y requiere meditaciones especiales antes de ser transformado en pan. Los

Librodot

hermanos no comen carne y nosotros tampoco mientras estemos aquí. La carne parece ser una fuente de vibraciones destructivas. La sal está desterrada por completo. La pimienta, fuera de la ley. Más bien la pimienta negra. La cayena está permitida y a los hermanos les encanta. La consumen de infinitos modos, como los mexicanos: pimientos frescos, pimientos secos, en polvo, con vinagre y de muchas otras formas. La especie que cultivan aquí es como fuego. Eli y yo, como nos gustan las especias, la usamos abundantemente, incluso nos hace llorar a veces, pero Timothy y Oliver, habituados a un régimen más delicado, no pueden hacerlo. Otro alimento privilegiado aquí son los huevos. Hay un gallinero en la parte de detrás del monasterio lleno de activas gallinas. Cocinados de una forma o de otra, los huevos aparecen tres veces al día en el menú. Los hermanos destilan también una especie de licor de hierbas parcamente alcohólico, bajo la dirección del hermano Maurice, el encargado de los alambiques.

Cuando se termina nuestra hora de trabajo en el campo, un gong nos llama. Vamos a nuestros cuartos a darnos un nuevo baño y desayunar. Las comidas se sirven en una de las habitaciones a cielo abierto, en una elegante mesa de piedra. Los menús se elaboran conforme a los misteriosos principios que todavía no nos han revelado. Parece ser que el color y la consistencia de lo que comemos tiene tanta importancia como su valor nutritivo. Comemos huevos, sopa, pan, puré de legumbres, etcétera; todo ello copiosamente sazonado con cayena. Para beber hay agua, una especie de cerveza de trigo, y, por la noche, el licor de hierbas, pero nada más. Oliver, carnívoro, no está en su salsa. Al principio también yo eché de menos la carne, pero ahora estoy tan acostumbrado como Eli. Timothy gruñe y se abalanza sobre el licor. El tercer día, en el almuerzo, bebió demasiada cerveza y vomitó sobre el magnífico suelo de pizarra. El hermano Franz esperó a que hubiera terminado y después, sin decir una palabra, le alargó una bayeta con ademán de que tenía que limpiar todo aquello. Está clarísimo que no les cae bien a los hermanos. Puede que le tengan miedo, pues saca más de quince centímetros al más alto de ellos, y fácilmente cuarenta kilos al más grueso. El resto de nosotros, como ya he dicho, les inspira amor, y, hablando en abstracto, también Timothy les inspira amor. Después del desayuno, viene la meditación matinal en compañía del hermano Antony. Habla poco, lo justo para darnos un contexto espiritual con un mínimo de palabras. Nos volvemos a encontrar en la segunda ala larga del edificio, que está perpendicular al dormitorio común y que está consagrada únicamente a funciones monásticas. En vez de habitaciones, hay capillas, dieciocho en total, que supongo corresponden a los Diez y Ocho Misterios. Están parcamente amuebladas y son mucho más austeras que las otras habitaciones, y contienen un número de obras de arte que pudieran considerarse como maestras. La mayor parte, son precolombinas, aunque hay algunas esculturas y cálices de aspecto medieval europeo, y algunos objetos no figurativos (¿de marfil?, ¿de piedra?, ¿de hueso?) que no llego a situar del todo. Este ala del edificio tiene también una gran biblioteca atiborrada de volúmenes muy raros según el aspecto de los estantes. Por el momento, no tenemos autorización para entrar en esta habitación, aunque nunca esté cerrada con llave. El hermano Antony nos recibe en la capilla más cercana al ala común. Está vacía, exceptuando la presencia de la máscara —calavera que cuelga del muro—. El se arrodilla; nos arrodillamos nosotros. Se quita del pecho el pequeño colgante de jade que —nada hay de asombroso en ello— está esculpido en forma de cráneo, y lo coloca en el suelo delante de nosotros, como punto focal de nuestras meditaciones. Como es el hermano superior, es el único que lleva el colgante de jade, mientras que el hermano Miklos, el hermano Javier y el hermano Franz tienen ornamentos similares pero en piedra oscura pulida, creo que obsidiana u ónice. Los cuatro forman un cuerpo de élite en el seno de la Hermandad: los Guardianes de los Cráneos. Lo que el hermano Antony nos pidió que meditáramos hoy es una paradoja: el cráneo tras el rostro, la presencia del símbolo de la muerte tras nuestra máscara viviente. Por medio de un ejercicio de «visión interior», debemos librarnos del influjo de muerte absorbiendo,

Librodot

comprendiendo plenamente, y destruyendo, por fin la potencia del cráneo. No sé en qué medida lo hemos logrado; otra cosa que nos está prohibido hacer es cambiar impresiones sobre nuestros respectivos progresos. Dudo que Timothy esté muy fuerte en meditación. Oliver sí, seguro. Se fija en el cráneo de jade con una intensidad demencial, absorbiéndolo, traspasándolo, y creo que hasta penetrándolo. Pero, ¿está en la dirección adecuada? Eli se ha quejado a menudo en el pasado de tener dificultad para alcanzar las cimas de la experiencia mística de las drogas; tiene un espíritu demasiado ágil, inconstante y antes de ahora se le han estropeado varios «viajes» de ácido por querer ir a todas partes a la vez en lugar de dejarse deslizar tranquilamente hacia el Gran Todo. También aquí creo que le cuesta concentrarse. Parece impaciente y tenso durante las sesiones de meditación. Se diría que trata, que intenta acceder a regiones que no puede realmente alcanzar.

En cuanto a mí, me gustan las cotidianas sesiones con el hermano Antony. La paradoja del cráneo es precisamente el tipo de irracionalidad al que me suscribo y creo que no se me da demasiado mal, aunque puedo equivocarme. Me gustaría discutir sobre mis progresos, si los tengo, con el hermano Antony, pero, de momento, está prohibido este tipo de preguntas directas. También me arrodillo todos los días para contemplar el pequeño cráneo verde, proyecto mi alma y continúo manteniendo el perpetuo combate interno entre la fe abyecta y el cinismo corrosivo.

Una vez terminada la sesión de una hora con el hermano Antony, volvemos al campo, arrancamos las malas hierbas, echamos el abono —por supuesto, totalmente orgánico— y plantamos las semillas. En esto, Oliver está en su elemento. Siempre ha querido repudiar su educación de campesino, pero a menudo le domina, lo mismo que a Eli le domina su vocabulario *yiddish* aunque no haya puesto los pies en una sinagoga desde su *Bar Mitzvah.* El síndrome de los orígenes. El de Oliver es rural y pone en cavar y en escardar una vitalidad considerable. Los hermanos intentan moderarla: creo que su energía les deja estupefactos, pero deben temer una crisis cardíaca. El hermano León, el médico, ha hablado varias veces con Oliver para hacerle comprender que la temperatura de la mañana se acerca a los treinta y tres grados, y que sigue subiendo. Pero Oliver se obstina. Yo experimento un extraño placer hurgando en la tierra. Esto debe satisfacer el romanticismo del retorno a la Naturaleza que supongo está adormecido en el corazón de todos los intelectuales excesivamente educados. Antes de esto, jamás había realizado un trabajo manual más extenuante que la masturbación, y los trabajos del campo son un desafío tanto para mi espalda como para mi espíritu, pero me aplico en ellos con ardor. Hasta el momento presente. La reacción de Eli ante el asunto agrícola es casi la misma que la mía, quizás algo más intensa, más romántica. Habla de obtener una primavera física de nuestra madre la tierra. Y Timothy, que no ha tenido que hacer en su vida más que abrocharse los zapatos, adopta la actitud altiva de un caballero granjero: nobleza obliga, dice acompañando cada uno de sus lánguidos gestos, haciendo lo que los hermanos le piden, pero poniendo de manifiesto que, si se digna ensuciarse las manos, se debe solamente a que encuentra divertido jugar a su jueguecito. En fin, de todas formas, marchamos, cada uno a su manera.

A las diez o diez y media de la mañana, el calor comienza a ser desagradable y dejamos el campo todos, excepto los tres hermanos cuyos nombres no sé todavía. Ellos pasan diez o doce horas fuera cada día, ¿será como penitencia? Los demás, hermanos y Receptáculo, volvemos a nuestros cuartos para darnos otro baño. Después, los cuatro nos reunimos en el ala opuesta para nuestra cotidiana sesión con el hermano Miklos, el historiador.

El hermano Miklos es un hombre compacto, fornido, con los muslos y antebrazos como jamones. Produce la impresión de ser más viejo que los otros hermanos, aunque reconozco que hay algo paradójico en la aplicación de un adjetivo como «viejo» a un

Librodot

grupo de hombres sin edad. Habla con un débil acento indefinible, y el proceso de su pensamiento es netamente no lineal: se desvía, divaga, pasa de un tema a otro, de manera inesperada. Creo que es algo deliberado, que su espíritu es más sutil e insondable que senil e indisciplinado. Puede que en el curso de los siglos haya tenido bastante con el simple estilo discursivo. Sé que a mí en su lugar me hubiera ocurrido.

Hay dos asuntos a tratar: el origen y desarrollo de la Hermandad y la historia del concepto de la longevidad humana. Sobre el primer punto, se muestra evasivo a más no poder, como si estuviese firmemente determinado a no darnos jamás una relación directa de los hechos. Somos muy viejos, muy viejos, muy viejos, repite, y yo no tengo método alguno para saber si habla de los hermanos o de la Hermandad. Sospecho que de ambas cosas. Puede que algunos hermanos hayan formado parte desde un principio y hayan prolongado su vida milenios, y no solamente décadas o siglos. Hace alusiones a sus orígenes prehistóricos en las cavernas de los Pirineos o de la Dordogne, en Lascaux, en Altamira, una fraternidad secreta de *shamanes* que sobrevive desde el comienzo de la Humanidad. Pero ignoro cuál sea la proporción de verdad y falsedad en todo esto, igual que ignoro si los Rosacruz se remontan realmente a Amenhotep IV. Pero, mientras el hermano Miklos habla, tengo la visión de las cavernas ahumadas, de las antorchas vacilantes, de artistas semidesnudos, con pieles de mamut, embadurnando los muros con pigmentos brillantes y los brujos dirigiendo la inmolación ritual de uros o rinocerontes. Y los *shamanes* cuchicheando, pegados unos a otros, diciendo: «No moriremos, hermanos. Viviremos para ver surgir a Egipto de las tierras del Nilo. Asistiremos al nacimiento de Sumeria, veremos a Sócrates y a César, a Jesús y a Constantino, y seguiremos aquí cuando la bomba atómica abrase Hiroshima, y cuando el hombre de la nave de metal descienda por la escala para poner el pie en la Luna». Pero, ¿ha sido el hermano Miklos quien nos decía esto o lo he soñado en el letargo del calor del desierto al mediodía? Todo es verdaderamente oscuro. Todo gira y todo cambia mientras sus herméticas palabras se persiguen, bailan, se confunden. También nos habla con perífrasis y de un modo enigmático, de un continente perdido, de una civilización desaparecida, de la que proviene la sabiduría de la Hermandad. Y nosotros nos miramos con ojos abiertos, cambiándonos a hurtadillas guiños de estupefacción sin saber si hay que poner sonrisa de cínico escepticismo o dejarse llevar por una admiración aterrada. ¡La Atlántida! ¿Cómo ha logrado Miklos que nuestro espíritu evoque esas imágenes de un país resplandeciente de cristal y oro, esas largas avenidas cubiertas de follaje, esas torres blancas, esos carromatos brillantes, esos dignos filósofos enfundados en sus togas, esos instrumentos de bronce de una ciencia olvidada, ese aura de karma benéfico, ese sonido vibrante de una extraña música que resuena por los corredores de los vastos templos dedicados a los dioses desconocidos? ¿La Atlántida? ¡Qué estrecha es la línea que separa la fantasía de la locura! Nunca he oído pronunciar ese nombre, pero desde el primer día me ha metido la Atlántida en mi cabeza, y cada vez crece más mi convicción de que no me equivoco, que de verdad reivindica para la Hermandad un origen atlante. ¿Qué son esos emblemas de cráneos sobre la fachada del templo? ¿Qué son esos cráneos engarzados de piedras preciosas que se llevan en sortijas y colgantes en la gran ciudad? ¿Qué son esos misioneros de traje rojizo que recorren el continente, que fundan santuarios en las montañas, que ciegan a los cazadores de mamuts con sus antorchas y sus pistolas, que enarbolan el Cráneo Sagrado y ruegan a los cavernícolas que se pongan de rodillas? Y los *shamanes,* agrupados ante su fuego ferruginoso, cuchicheando, convencidos, por fin, rinden homenaje a los espléndidos extranjeros, prosternándose, besando el cráneo, enterrando a sus propios ídolos, las venus de enormes nalgas, y los fragmentos de hueso labrado. *Te ofrecemos la vida eterna,* dicen los recién llegados y sacan una pantalla ligera en la que nadan imágenes de su ciudad, torres, carromatos, templos, tesoros, y los *shamanes* menean la cabeza y asienten, hacen crujir las articulaciones de sus dedos y se mean en los ruegos sagrados,

Librodot

bailan, dan palmadas, se someten, se someten, miran fascinados a la pantalla, matan al gran mastodonte y ofrecen a sus huéspedes fiestas fraternales. Así comienza la alianza entre los hombres de las montañas y los hombres venidos del mar, en esa brillante aurora comienza el flujo del karma hacía el continente fijo, comienza el despertar, la transferencia de conocimiento. De modo que, cuando llega el cataclismo, cuando se raja la vela y tiemblan las columnas y un manto negro se abate sobre el mundo, cuando el océano destroza con su cólera las avenidas y las torres, algo sobrevive en el fondo de las cavernas, el secreto, el rito, la fe, ¡el cráneo, el cráneo, el cráneo! ¿Es así como ha ocurrido, hermano Miklos? ¿Es así como ha ocurrido en el curso de decenas, de quincenas, de veintenas, de millones de años de un pasado que nosotros hemos querido negar? ¡Felices aquellos que estuvieron presentes en la aurora de la Humanidad! Y tú, hermano Miklos, ¿sigues aquí? ¿Vienes a nosotros de Altamira, Lascaux, de la Atlántida? Tú y el hermano Antony, y el hermano Bernard y los otros, más viejos que Egipto, más viejos que todos los cesares, adorando el cráneo, resistiendo todo, acumulando tesoros, cultivando la tierra, yendo de país en país, de las cavernas bendecidas en los pueblos neolíticos, desde las montañas hasta los ríos, a través de toda la tierra, hasta Persia, hasta Roma, hasta Palestina, hasta Cataluña, aprendiendo las lenguas a medida que éstas evolucionan, hablando al pueblo, haciéndose pasar por enviados de los dioses, edificando templos y monasterios, saludando a Isis, Mithra, Jehovah, Jesucristo, a este y a aquel dios, absorbiéndolo todo, manteniéndolo todo, poniendo la cruz por encima del cráneo cuando la cruz esté de moda, dominando el arte de sobrevivir, regenerándoos de vez en cuando aceptando un Receptáculo, exigiendo siempre sangre nueva aunque la vuestra no se aclara nunca. ¿Y, después? Vais a México después de que Cortés aplastara a su pueblo para vosotros. Era un país que comprendía el poder de la muerte, un lugar en el que el Cráneo había reinado siempre, introducido allí probablemente como en nuestro propio país, por las gentes venidas del mar. Y, ¿por qué no?, misioneros atlantes en Cholula y Tenochtitlan, también enseñando la vida de la máscara de la muerte. Terreno fértil, durante algunos siglos. Pero insistís en renovaros continuamente, hicisteis las maletas, llevándoos con vosotros vuestro botín, vuestras máscaras, vuestro cráneos, vuestras estatuas, vuestros tesoros paleolíticos, hacia el norte, hacia el nuevo país, el país vacío, el corazón desierto de los Estados Unidos, el país de la Bomba, el país del dolor y con los intereses compuestos de una eternidad habéis construido el benjamín de vuestros monasterios de los cráneos, ¿eh, hermano Miklos? ¿Sucedió así? ¿O soy víctima de una alucinación, de un «viaje» fallido provocado por la droga de nuestras propias vaguedades y ambigüedades? ¿Cómo saberlo? ¿Corno saberlo alguna vez? Lo único de que dispongo es de lo que vosotros me contáis, y mi mente está borrosa y resbaladiza. También dispongo de lo que veo a mi alrededor, esta contaminación de vuestra iconografía primordial, por la visión azteca, por la visión cristiana, por la visión atlante, y lo más que puedo hacer, hermano Miklos, es preguntarme cómo conseguís estar todavía aquí, mientras que los mamuts dejaron la escena. ¿Soy un imbécil o un profeta?

La otra parte de lo que el hermano Miklos tiene que comunicarnos es menos elíptico, más fácil de entender. Se trata de un seminario sobre la prolongación de la vida, durante el cual recorre tranquilamente el tiempo y el espacio buscando ideas que debieron entrar en el mundo mucho antes que él. Para empezar, ¿por qué resistirse a la idea de la muerte?, nos preguntó. ¿No es acaso un final natural? ¿Una liberación deseable? ¿Una consumación devotamente deseada? El tras-el-rostro, nos recuerda que todas las criaturas perecen cuando les llega la hora y que nadie escapa a esta regla. ¿Por qué, entonces, desafiar la voluntad universal? Polvo eres y en polvo te convertirás. Toda la carne perecerá a la vez. Saldremos del mundo como las langostas y es lamentable temer lo inevitable. Pero, ¿podemos filosofar hasta ese punto? Si nuestro destino es partir, ¿no es nuestro más legítimo deseo atrasar todo lo posible la partida?

Las preguntas del hermano Miklos son puramente retóricas.

Sentados en corro ante el imperecedero monumento, no osamos interrumpir el ritmo de sus pensamientos. Nos mira sin vernos. Y pregunta: ¿Y si pudiéramos rechazar a la muerte indefinidamente, o, por lo menos, durante bastante tiempo? Por supuesto que podemos. Es necesario preservar la fuerza y la salud al mismo tiempo que la vida. ¿Para qué convertirse en un *strundburg* chocho? Ved el ejemplo de Tithon que, habiendo suplicado a los dioses que le salvaran de morir, recibió el don de la inmortalidad, pero no el de la eterna juventud: todavía está gris y ajado, todavía está encerrado en algún lugar secreto, envejeciendo sin fin, prisionero de su propia carne corruptible. No, hay que buscar el vigor al mismo tiempo que la longevidad.

¡Ay de aquellos, hace observar el hermano Miklos, que desprecian tal búsqueda y predican la aceptación pasiva de la muerte! Nos cita a Gilgamesh, que vagó desde el Tigris al Eufrates buscando la planta de la inmortalidad y se la dejó robar por una serpiente hambrienta. ¿A dónde vas, Gilgamesh? La vida que andas buscando, no la encontrarás, ya que, cuando los dioses crearon a la Humanidad, la hicieron el regalo de la muerte y se guardaron la vida para ellos.

Ved a Lucrecio, nos dice. Lucrecio hace observar que para nada sirve intentar prolongar la vida, ya que, sea cual sea el número de años que consigas vivir, no es nada comparado con la eternidad que tendremos que padecer tras la muerte. Prolongando la vida o no recortando nada la duración de la muerte. Por mucho que luchemos para quedarnos, llegará un momento en que tendremos que partir. Y, sea cual sea el número de generaciones que hayamos añadido a nuestra existencia, todavía nos quedará por padecer toda la eternidad de la muerte. Y Marco Aurelio: Si quieres vivir tres mil años, o tres veces diez mil años, acuérdate de que un hombre sólo puede perder la vida que vive ahora... De esta forma, la más corta y la más larga, están en el mismo punto... Todo lo que pertenece a la eternidad está sobre el mismo círculo... ¿Qué diferencia puede haber en que un hombre vea las mismas cosas durante cien o doscientos años o un número infinito de años? Y Aristóteles, este pasaje me encanta: «Por tanto, todo sobre la tierra está en todo momento en un estado de transición, las cosas nacen y mueren... No pueden ser eternas, ya que contienen cualidades contrarias...»

¡Qué pesimismo tan siniestro! ¡Aceptar, padecer, ceder, morir, morir, morir, morir!

¿Qué nos dice la tradición judeo-cristiana? Todo hombre nacido de mujer es una criatura de pocos días, llena de preocupaciones. Aparece como una flor y está abatido como una flor. Vuela como una sombra y no perdura. Viendo que sus días están prefijados, que el número de sus meses está entre tus manos, le has fijado límites que no puede sobrepasar. La sabiduría funeraria de Job, adquirida duramente. ¿Y san Pablo? «Para mí, la vida es Cristo y la muerte algo bueno. Si se trata de la vida de la carne, significa para mí un trabajo fructífero.»

¿Cuál elegiría? No sabría decirlo. Lucho entre las dos. Mi deseo es irme a reunir con Cristo, ya que, con mucho, es lo mejor.

Pero, nos pregunta el hermano Miklos, ¿debemos aceptar tales enseñanzas? (Con esta pregunta implica que Pablo, Job, Lucrecio, Marco Aurelio y Gilgamesh son gente venida después de él, apenas recién destetados, irremediablemente pospaleolíticos; nos vuelve a dar una visión de las oscuras cavernas, mientras vuelve sobre sus pasos al pasado lleno de uros.) Entonces, emerge súbitamente de ese valle de desesperación y, por un *commodius vicus* de recirculación, nos lleva de nuevo a la narración de los anales de la longevidad, todos los nombres resonantes que Eli nos había dicho en los meses de nieve mientras nos preparábamos para la aventura. Nos enseña las islas benditas, las tierras de los hiperbóreos, el país de la juventud de los celtas, la tierra de Yima de los

Librodot

persas, e, incluso, sí, Shangri-La (¡Veis —exclamó el viejo zorro—, soy un contemporáneo y estoy al corriente!). Nos hace entrever la fuente que fluye por Ponce de León, Glaukus el Pescador royendo las hierbas de la orilla del mar y convirtiéndose en inmortal, las fábulas de Herodoto, el Uttarakurus y el árbol de Jambu, hace sonar en nuestros asombrados oídos un centenar de mitos centelleantes que nos dan ganas de gritar: ¡Eternidad, henos aquí! Y de postrarnos ante el Cráneo, pero nos arranca de nuevo, arrastrándonos por su cinta de Moebius, echándonos a las cavernas, haciéndonos sentir la caricia de los vientos helados, las frías cópulas del Pleistoceno, nos tira de las orejas, volviéndonos hacia el oeste para ver el resplandeciente sol de Atlantis, empujándonos, tropezando, titubeando, hacia el océano, hacia las tierras del poniente, hacia las maravillas engullidas, y después hacia México, con sus dioses-demonio, sus dioses-cráneo, hacia Huitzilopochtli con sus ojos enfurecidos, hacia el terrible y reptilesco Coatlicue, hacia los rojizos altares de Tenochtitlan, hacia el dios despellejado, hacia todas las paradojas de la vida en la muerte y de la muerte en la vida, y la serpiente emplumada se burla y agita la cola como una carraca «clic, clic, clac», y estamos ante el Cráneo, ante el Cráneo, ante el Cráneo, mientras retumba en nuestras cabezas el gran gong de los laberintos pirenaicos, y bebemos la sangre de los toros de Altamira, bailamos con los mamuts de Lascaux, escuchamos los tambores de los *shamanes,* nos arrodillamos, tocamos la piedra con nuestras cabezas, orinamos, lloramos, temblamos con el eco de los tambores atlantes, martilleando cinco mil kilómetros de océano con el furor de su inexorable pérdida. El sol se levanta y su luz nos calienta, el Cráneo sonríe, y los brazos se abren, y unas alas empujan a la carne, la derrota de la muerte no está lejos. La hora ha terminado, el hermano Miklos se ha ido. Nos quedamos dudando, parpadeando en un súbito desconcierto, completamente solos, completamente solos. Hasta mañana por la mañana.

Después de la lección de historia, la comida. Huevos, puré de pimientos, cerveza, pan de borona. Después de la comida, una hora de meditación privada, cada uno en su celda, intentando darle sentido a todo lo que nos han metido en la cabeza. Luego retumba el gong para llevarnos a los campos. El pleno sol de las tardes se ha abatido sobre todas las cosas, e incluso Oliver muestra cierta reticencia. Hacemos gestos lentos, limpiamos el gallinero, injertamos las plantas jóvenes, ayudamos a los hermanos agricultores que han penado durante la mayor parte del día. Así pasan dos horas; la Hermandad entera trabaja codo a codo, exceptuando al hermano Antony, que se queda solo en el monasterio. (Fue durante este período del día cuando llegamos la primera vez.) Por fin, nos liberan de la esclavitud. Volvemos a nuestras habitaciones, sudando, cocidos por el sol; nos damos otro baño y descansamos, cada uno por su lado, hasta la hora de la cena.

La tercera comida del día. Mismo menú. Después de cenar, ayudamos a limpiarlo todo. A la hora de la puesta del sol, vamos con el hermano Antony y, casi todas las noches, vienen cuatro o cinco hermanos más, hasta una colina baja al oeste del monasterio; allí realizamos el rito consistente en beber el aliento del sol. Esta operación se hace asumiendo una posición particularmente incómoda, a medio camino entre la posición del loto y la de salida de un velocista, mirando directamente al globo rojo del sol poniente. Justo en el momento en que te da la impresión de que un agujero se está abriendo en tu retina, cierras los ojos y meditas sobre el espectro de colores que surgen del disco solar. Te concentras para hacer penetrar ese flujo en tu cuerpo, empezando por los párpados, las sienes, las fosas nasales, la garganta y el pecho. Más tarde, el rayo solar se instala en el corazón donde produce luz y calor generadores de vida. Cuando seamos verdaderos adictos, seremos, por lo que se ve, capaces de canalizar esa energía interior hacia las partes del cuerpo que nos parezcan más necesitadas de vigor —los riñones, el páncreas, los genitales o cualquier otro sitio. Es lo que los hermanos, coloca-

Librodot

dos en la posición especial, no muy lejos de nosotros, deben estar haciendo ahora. ¿Qué valor tiene esta operación? Sobrepasa mi capacidad de juicio. Científicamente, no entiendo el valor que pueda tener, pero, como Eli no cesa de repetir desde el principio, la vida representa mucho más de lo que la ciencia dice sobre ella, y si las técnicas de la longevidad se basan en la reorientación metafórica del metabolismo, conduciendo a un cambio empírico de los mecanismos somáticos, entonces, a lo mejor, es de vital importancia para nosotros bebernos el aliento del sol. Los hermanos no nos han enseñado sus partidas de nacimiento, así que, como ya sabíamos, debíamos tener una fe ciega en toda la operación.

Cuando el sol se pone, vamos a una de las salas más grandes a cielo abierto para cumplir nuestra última obligación del día: una sesión de cultura física, a cargo del hermano Bernard. Según *El Libro de los Cráneos,* un cuerpo flexible y ágil es esencial para la prolongación de la vida. Esto no es nada nuevo, pero, por supuesto, consideraciones místico-cosmológicas especiales inspiran las diferentes técnicas empleadas por la Hermandad para conservar la agilidad corporal. Empezamos con los ejercicios de respiración, cuyo significado ya nos ha explicado el hermano Bernard con su lacónica charla; se trata de reorganizar las relaciones con el universo de los fenómenos, de forma que el macrocosmos esté en nuestro interior y el microcosmos en el exterior. Según he creído comprender, aunque espero que en el futuro me den explicaciones más claras. También hay muchas consideraciones esotéricas sobre el desarrollo de la «respiración interior», pero, aparentemente, no juzgan importante que las asimilemos de momento. Sea como sea, nos agachamos y nos hiperventilamos, descargamos de los pulmones todas las impurezas y sólo tragamos aire nocturno espiritualmente limpio y con garantía de pureza. Después de hacer cierto número de inspiraciones y expiraciones, pasamos a hacer los ejercicios de apnea, que nos dejan mareados y exaltados, luego pasamos a extrañas maniobras de transferencia de aliento para que aprendamos a dirigir nuestras inspiraciones a diferentes partes del cuerpo, como hicimos antes con la luz solar. Todo esto representa un penoso trabajo, pero la hiperventilación produce un agradable bienestar, una sensación de euforia: nos sentimos ligeros y optimistas, y nos autoconvencemos de que nos llevan por el camino de la vida eterna. Tal vez sea así, si es que oxígeno implica vida y óxido de carbono significa muerte.

Cuando el hermano Bernard considera que hemos alcanzado el estado de gracia, empezamos con las contorsiones. Hasta hoy, los ejercicios han sido diferentes todos los días, como si se los sacara de un inagotable manual elaborado a lo largo de mil siglos. Sentados con las piernas cruzadas, los talones tocando el suelo, manos cruzadas sobre la cabeza, tocando el suelo rápidamente cinco veces con los codos (¡Puf!). Mano izquierda sobre la rodilla izquierda, levantad la derecha por encima de la cabeza y respirad profundamente diez veces. Repetid con la mano derecha sobre la rodilla derecha y la mano izquierda en el aire. Ahora las dos manos sobre la cabeza, sacudid vigorosamente la cabeza de arriba para abajo hasta que empecéis a ver estrellas detrás de los cerrados párpados. Poneos de pie, con las manos en las caderas, inclinaos violentamente sobre un costado, hasta que el cuerpo forme un ángulo recto, primero a la izquierda, luego a la derecha. Manteneos sobre un solo pie, llevaos la otra rodilla hasta la barbilla. Saltad como locos a la pata coja. Y así sucesivamente. Además de un gran número de cosas que todavía no estamos preparados para hacer —un pie detrás de la cabeza, brazos doblados en posición inversa, levantarse y sentarse con las piernas cruzadas, etcétera. Lo hacemos lo mejor que podemos, que nunca es suficiente para darle satisfacción al hermano Bernard; sin pronunciar una sola palabra, nos recuerda constantemente, mediante la agilidad de sus propios movimientos, la importante meta que perseguimos. Estoy dispuesto a aprender, ahora ya no me importa lo que pueda tardar, a meterme el codo en la boca, pues es imprescindible para acceder a la vida eterna; y, si no sabes

Librodot

hacerlo, lo siento, amigo mío, pero tendrás que dejarlo todo a mitad del camino.

El hermano Bernard nos lleva al límite del agotamiento. El mismo no deja de hacer ni uno solo de los movimientos que nos pide, y, sin embargo, no muestra el más mínimo signo de fatiga. El mejor de nosotros en esta materia es Oliver, y el peor Eli. Pero Eli hace gala de un entusiasmo jamás descorazonado digno de admiración.

Cuando por fin nos deja irnos, después de noventa minutos de ejercicios, el resto de la noche nos pertenece, pero no aprovechamos nuestra libertad. En este estado, sólo queremos dejarnos caer en la cama, pues pronto, demasiado pronto, sonará en nuestra puerta el toc-toc-toc alegre del hermano Franz. Así que nos sumergimos en un profundo sueño. Nunca hasta ahora había dormido así.

Este es nuestro cotidiano empleo del tiempo. ¿Tiene sentido? ¿Estamos rejuveneciendo? ¿O envejeciendo? ¿La resplandeciente promesa de *El Libro de los Cráneos* llegará a ser realidad para alguno de nosotros? Los cráneos colgados de los muros no dan ninguna respuesta. Las sonrisas de los hermanos son impenetrables. Ya no hablamos nunca entre nosotros. Paseando continuadamente en mi habitación de asceta, escucho resonar en mi cráneo el gong paleolítico, dong-dong-dong, esperar, esperar, esperar. Y el Noveno Misterio sigue colgando por encima de nuestras cabezas como una espada que se balancea.

29

TIMOTHY

Esta tarde, después de excavar mierda de gallina en los toneles con una temperatura de treinta grados, he decidido que me lo tenía bien merecido. La broma había durado demasiado. Las vacaciones acaban de terminarse; de todos modos, quería largarme del campo. Sentía esa necesidad desde que llegué aquí, desde luego, pero, por darle gusto a Eli, no había dicho nada. Ahora ya no puedo más. He decidido ir a hablarle antes de la cena, en el rato de descanso.

Cuando hemos vuelto del campo me he dado un baño rápido y me he ido hasta el cuarto de Eli. Todavía estaba en el baño; oía correr el agua. Cantaba con su monótona voz de bajo. Por fin, secándose, salió.

El descanso le había sentado bien: había engordado y estaba más musculoso. Me dirigió una sonrisa glacial.

—¿Qué haces aquí, Timothy?

—Vengo a visitarte.

—Es la hora de descanso. Se supone que debemos estar solos.

—Se supone que debemos estar solos, excepto cuando estamos con ellos. Nunca podemos hablar los dos en privado.

—Evidentemente, forma parte del ritual.

—Forma parte del juego, de ese puñetero juego que están jugando con nosotros, Eli. Escucha, te considero como a un hermano. Nadie puede impedir que te hable cuando me venga en gana.

—Mi hermano, el *goy* —contestó con una fugaz sonrisa que desapareció nada más iniciarse—. Ya hemos tenido tiempo para hablar. Ahora las instrucciones son que nos quedemos apartados los unos de los otros. No deberías quedarte aquí, Timothy. De verdad, deberías marcharte antes de que los hermanos te sorprendan.

—Pero, ¿dónde estamos? ¿En una puta prisión?

—En un monasterio. Un monasterio que tiene sus reglas y, cuando vinimos aquí, aceptamos someternos a ellas —suspiró—. ¿Quieres marcharte, Timothy, por favor?

—De las reglas es de lo que quiero hablarte, Eli.

—No soy yo quien las ha hecho. No puedo eximirte de cumplirlas.

—Déjame hablar, Eli. Sabes que las agujas del reloj siguen girando mientras nosotros jugamos a ser un Receptáculo. Nuestra desaparición será detectada en muy poco tiempo. Nuestras familias se darán cuenta de que no tienen ninguna noticia nuestra. Alguien descubrirá que no hemos vuelto a la universidad cuando han terminado las vacaciones.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Cuánto tiempo vamos a permanecer aquí?

—Hasta que consigamos lo que hemos venido a buscar.

—¿Te crees todas esas coñas que nos cuentan?

—¿Crees todavía que son coñas, Timothy?

Librodot

—No he visto ni oído nada que me haga cambiar de opinión.

—Y los hermanos, ¿qué edad crees que tienen?

Me encogí de hombros.

—Sesenta. Setenta. Puede que algunos hayan pasado de los ochenta. Llevan una vida sana, ejercicio, aire puro, regímenes adecuados. Se mantienen en forma.

—A mí me parece que el hermano Antony, por lo menos, tiene mil años.

Su voz era fría, agresiva, provocativa. Me estaba desafiando a que me echara a reír en sus narices; pero no podía.

—Puede que hasta más viejo —continuó Eli—. Lo mismo pasa con el hermano Miklos y el hermano Franz. No creo que ni siquiera uno de ellos tenga menos de ciento cincuenta años.

—¡Magnífico!

—¿Qué es lo que quieres, Timothy? ¿Quieres marcharte?

—He pensado en ello.

—¿Solo o con nosotros?

—Mejor con vosotros, pero, si es necesario, solo.

—Oliver y yo no nos vamos, Timothy. Y creo que Ned también se queda.

—Pues, en ese caso, no me queda otro remedio que hacerlo solo.

—¿Es una amenaza?

—Es un hecho.

—Ya sabes lo que puede pasarnos si te vas.

—¿Temes que los hermanos cumplan los términos del juramento? —le pregunté.

—Hemos jurado no marcharnos. Dijeron cuál era el precio y estuvimos de acuerdo. No subestimaría su capacidad de hacérnoslo pagar si les diéramos opción.

—¡Qué parida! Son una panda de vejestorios. Que venga uno a buscarme y le parto en dos. Con una sola mano.

—Puede que tú lo hicieras, pero nosotros no. ¿Quieres llevar nuestra muerte sobre tu conciencia?

—Déjame en paz con tus montajes melodramáticos. Soy libre. Mira las cosas desde un punto de vista existencial, como siempre nos has propuesto. Nosotros mismos elaboramos nuestro propio destino, Eli. Cada uno va por su propio camino. ¿Qué me une a vosotros tres?

—Juraste voluntariamente.

—Puedo retractarme.

—De acuerdo. Retráctate. ¡Haz las maletas y lárgate!

Estaba tranquilamente echado sobre la cama, desnudo, mirándome fríamente. Jamás le había visto con un aire tan decidido, tan seguro de sí mismo. Había encontrado, súbitamente, una fortaleza formidable. O bien tenía un demonio en el cuerpo. Prosiguió:

—Bien, Timothy. Eres libre. Nadie te detiene. Puedes llegar a Phoenix antes del ocaso.

—No me corre tanta prisa. Quería discutir el asunto con vosotros tres, para llegar a

un acuerdo racional. Nadie da el coñazo a nadie, pero me gustaría que todo el mundo estuviera de acuerdo para...

—Todos estuvimos de acuerdo en venir aquí, Timothy. Estábamos de acuerdo en correr el riesgo. Es inútil seguir discutiendo. Puedes irte cuando quieras, sin olvidar, desde luego, que, al hacerlo, nos expones a ciertos riesgos.

—¡Eso se llama chantaje!

—Ya lo sé —sus ojos echaban chispas—. ¿De qué tienes miedo, Timothy? ¿Del Noveno Misterio? ¿Te pone nervioso? ¿O es la posibilidad de vivir realmente para toda la eternidad la que te inquieta? ¿Temes ceder bajo el terror existencial? Siglo tras siglo, sujeto a la rueda del *karma,* incapaz de liberarte. ¿De qué tienes miedo, Timothy? ¿De morir o de vivir? ¿Te has equivocado de puerta? Gira a la izquierda, la segunda puerta siguiendo el corredor.

—He venido a hablar en serio. No quiero bromas, no quiero ni amenazas ni insultos. Sólo quiero saber cuánto tiempo pensáis quedaros aquí Ned, Oliver y tú.

—Apenas acabamos de llegar. Todavía es demasiado pronto para hablar de irse. Y, ahora, ¿querrías perdonarme?

Salí. No iba a llegar a nada, los dos lo sabíamos. Y él me había hecho daño, en unos puntos que yo no había sabido hasta ahora que fuesen tan vulnerables.

En la cena, se comportó como si no le hubiera dicho ni una palabra.

¿Y ahora? ¿Permanezco sin hacer nada esperando a ver qué pasa? ¡Señor! Honestamente, no puedo más. No estoy hecho para la vida monástica —dejando completamente de lado *El Libro de los Cráneos* y todo lo que puede ofrecer. Hay que haber nacido para este tipo de cosas. Hay que haber renunciado a los antepasados, hay que ser masoquista. Me gustaría hacerles entender esto a Eli y a Oliver. Dos locos, dos borrachos de inmortalidad. Serían capaces de quedarse aquí diez o veinte años arrancando malas hierbas, deslomándose haciendo ejercicios, soportando el sol hasta quedarse ciegos, respirando hondo y comiendo puré picante para convencerse de que así van a conseguir la inmortalidad. Eli, que siempre me ha parecido inestable y neurótico, pero fundamentalmente racional, parece haberse desinflado. Su mirada, extraña, fija y vidriosa, se parece a la de Oliver. Una mirada de psicópata. Una mirada terrible. Algo se remueve dentro de Eli. Se fortalece día a día, y no sólo los músculos; hay también una fuerza moral, un dinamismo, un fervor; está lanzado y da a entender que nada ni nadie le detendrá hasta que no tenga lo que quiere. A veces tengo la impresión de que se transforma en Oliver —una versión más pequeña, peluda, *yiddish,* de Oliver. Este, como es habitual, cierra la boca y trabaja como seis, y por la noche se revienta para hacer los ejercicios todavía mejor que el hermano Bernard. Incluso Ned está a punto de alcanzar la fe. Cada vez más mofas burlonas, más sonrisas de medio lado. Por la mañana, cuando el hermano Miklos nos abruma con sus seniles discursos de los que sólo se comprende una frase de cada seis, se ve a Ned con el semblante gozoso de un chiquillo que oye hablar de Papá Noel y se espatarra para oír mejor, y transpira, y se muerde las uñas, y todo se lo traga con gusto. ¡Naturalmente, hermano Miklos! ¡La Atlántida, claro! ¡Y el hombre de Cromagnon, claro! Y los aztecas y todo lo demás. ¡Creo, creo, creo! Y, a continuación, el desayuno y la meditación sobre el frío suelo de nuestro cuarto, todos separados, y después volver a salir y reventarse para los hermanos en su puto campo. ¡Estoy hasta la coronilla! No lo puedo aguantar más. Hoy me ha salido mal, pero volveré a hablar con Eli dentro de uno o dos días para ver si está más razonable. Aunque no tengo muchas esperanzas.

Eli me da un poco de miedo.

Hubiera querido que no me dijera lo que me ha dicho, lo que me da más miedo de todo: el Noveno Misterio o vivir eternamente. Hubiera querido que no me hablara de eso para nada.

Librodot

30

OLIVER

Pequeño accidente mientras trabajábamos esta mañana antes del desayuno. Pasaba entre dos hileras de pimientos y de pronto mi pie descalzo chocó contra una gran piedra cortante que sobresalía del suelo. Sentí cómo el filo me cortaba la planta del pie y me apresuré para echar el peso del cuerpo sobre la otra pierna. El pie ileso no estaba preparado para recibir la carga. Se me empezó a torcer el tobillo. No podía hacer otra cosa que dejarme caer, como enseñan a caer en la cancha de baloncesto cuando se pierde el equilibrio y se puede elegir entre dar unas cuantas vueltas o romperse un montón de ligamentos. Así que me dejé caer de culo: patapaf. No me hice nada de daño, pero aquella parte del terreno había sido abundantemente regada la noche anterior y estaba todavía embarrada. Aterricé en un lugar viscoso, esponjoso, que produjo un terrible ruido de succión cuando me levanté. Mis pantalones estaban hechos un asco, y hasta los calzones estaban llenos de barro. Nada grave, naturalmente, aunque la sensación de humedad pegada a la carne resultaba bastante desagradable. Inmediatamente el hermano Franz vino a ver si me había hecho daño y le tranquilicé, enseñándole cómo habían quedado mis pantalones y preguntándole si podía ir a cambiarme; me sonrió, sacudió la cabeza y me dijo que era completamente inútil. No me quedaba más salida que quitarme la ropa y colgarla de una rama; el sol la secaría en media hora. Además, ¿por qué no? Me importaba un pito pasearme en pelotas y, de todos modos, ¿qué miradas indiscretas podía tener en medio del desierto? Me quité el pantalón lleno de viscosidad y lo colgué por allí, me limpié el barro que llevaba pegado en el culo y me puse a trabajar otra vez.

Sólo habían pasado veinte minutos desde que saliera el sol, pero ya estaba bastante alto y la temperatura, que debía haber bajado hasta los diez grados durante la noche, escalaba rápidamente hacia regiones más altas del termómetro. Sentía el calor sobre mi piel desnuda, el sudor que me empezaba a correr a raudales por la espalda, nalgas y piernas, y me decía que así es cómo se debería trabajar siempre en el campo cuando hace calor; no hay nada más sano que estar desnudo bajo el sol, así que ¿para qué ir cargado con un montón de ropas sudadas cuando de esta manera es mucho más fácil? Cuanto más pensaba en ello, más me apabullaba la idea de ir vestidos. Cuando hace calor y el cuerpo desnudo de uno no ofende a nadie, ¿por qué cubrirlo? Desde luego, hay montones de personas que resultan desagradables de mirar y quizá sea mejor que sigan vestidos. Pero también hay otros tipos de personas. Me sentía contento por haberme librado de aquel pantalón lleno de barro. Y, encima, estamos entre hombres, ¿no?

Mientras trabajaba entre los pimientos, sudando sanamente, mi desnudez me trajo a la memoria la época —hace ya unos cuantos años— en que descubrí mí cuerpo y el de los demás. Supongo que es el calor lo que remueve dentro de mí este fermento de memoria, estas imágenes que deambulan libremente por mi cabeza, esta nube de brumosas reminiscencias. Cerca del arroyo, una tórrida tarde de julio, cuando tenía... cuántos... ¿once años? Sí, fue el año en que murió mi padre. Yo estaba con Jim y Karl, mis amigos, mis únicos y verdaderos amigos. Karl tenía doce años, Jim era de mi edad. Andábamos buscando el perro de Karl, un bastardo que se había escapado aquella misma mañana. Seguimos su rastro, emulando a Tarzán, remontando el lecho del torrente, encontrando una cagarruta aquí, un charco al pie de un árbol por allí, hasta que nos hicimos dos o tres kilómetros para nada salvo para empaparnos de sudor. Nos encontrábamos en la parte más profunda de la corriente, exactamente detrás de la granja de los Madden, un sitio donde había la profundidad suficiente para poder bañarse uno.

Librodot

Karl propuso: «Vamos a nadar», y yo le contesté: «Es que no nos hemos traído los bañadores», y los dos se miraron riendo mientras empezaban a quitarse la ropa. Desde luego, yo ya había estado desnudo delante de mi padre y mis hermanos, incluso un par de veces había ido a nadar en cueros, pero todavía era tan convencional, tan púdico, que la exclamación se me escapó sin que me diera cuenta. De todas formas, también yo me desvestí. Dejamos la ropa sobre la orilla y caminamos por encima de las oscilantes piedras del fondo hasta el centro de la corriente. Primero Karl, después Jim, luego yo. Nos zambullimos, resoplamos durante veinte minutos y, claro, al salir, como estábamos mojados y no teníamos toallas, nos tumbamos sobre la hierba para secarnos. Era la primera vez que lo hacía —quedarme desnudo en pleno campo delante de otras personas sin que el agua ocultara mi cuerpo. Y nos mirábamos. Karl, que tenía un año más que Jim y yo, ya había empezado a desarrollarse: sus testículos eran más grandes y tenía una buena mata de pelo. Yo también tenía pelos, pero no muchos y, como eran rubios, no se veían demasiado. Karl estaba tan orgulloso que abombaba el vientre. Vi que también él me miraba y me pregunté que qué estaría pensando. Se reiría de mi pilila: era la de un chaval y la suya la de un hombre. Pero de todos modos, estaba bien aquello de estar tendido al sol, dejando que el vientre se broncee en aquellos lugares en que siempre está blanco como la leche. Y entonces, Jim, súbitamente, emitió algo parecido a un rugido y encogió las piernas, apretándolas contra sí y cubriéndose el vientre con las dos manos. Volví la cabeza y vi a Sissy Madden, que ya debía tener dieciséis o diecisiete años. Había sacado a dar una vuelta a su caballo. Su aparición todavía perdura en mi memoria: una adolescente un poco regordeta, con largos cabellos rojos, pecas, un pantalón corto y ajustado de color marrón, un polo blanco literalmente a punto de estallar bajo la presión de sus enormes senos, montada sobre su yegua, mirándonos mientras se pavoneaba y no dejaba de reír. Nos levantamos como pudimos y, en un momento, nos pusimos a correr como locos, zigzagueando, sin saber dónde ir, con la esperanza de encontrar un lugar donde Sissy Madden no pudiese ver nuestra desnudez. Recuerdo la urgente necesidad de escapar de la mirada de aquella chica. Pero no había ni un solo sitio para esconderse. Los únicos árboles existentes estaban a nuestra espalda, en el lugar donde nos habíamos bañado, pero allí, junto a los árboles, estaba Sissy Madden. Delante de nosotros no había más que zarzas y una hierba muy poco alta. Eramos incapaces de reaccionar. Corrí unos cien o doscientos metros destrozándome los pies, poniendo el mayor espacio posible entre los dos. Mi pequeña verga tamborileaba sobre mi vientre —nunca antes había corrido desnudo y estaba a punto de descubrir los inconvenientes. Por fin, me dejé caer, aplastando la cara contra la hierba, doblado sobre mí mismo, escondiéndome como un avestruz, lleno de vergüenza. Debí permanecer así por lo menos un cuarto de hora hasta que escuché unas voces y comprendí que Jim y Karl me andaban buscando. Me puse en pie lentamente. Ellos ya se habían vestido y a Sissy no se la veía por ningún lado. Tuve que volver completamente desnudo hasta la corriente de agua para recuperar mis ropas. Me dio la impresión de caminar kilómetros y me daba vergüenza ir desnudo a su lado ahora que estaban vestidos. Cuando me puse la ropa, les di la espalda.

Cuatro días más tarde, encontré a Sissy Madden en el vestíbulo del cine. Hablaba con Joe Falkner, y, cuando me vio, me sonrió y me guiñó un ojo. Quería que la tierra me tragara. *Sissy Madden me ha visto todo,* me decía, y aquellas seis palabras debieron resonar por mi cabeza cosa de un millón de veces durante la película, de tal modo que no lograba siquiera seguir la historia.

Pero la vergüenza que experimenté a los once años, ese embarazo producido por una virilidad a medio hacer, desapareció muy pronto. Me formé, me desarrollé físicamente, me hice fuerte y ya no hubo razón para avergonzarme de mi cuerpo. Hubo muchos más baños y nunca más me lamenté de haber olvidado mi bañador. Algunas veces, incluso

había chicas con nosotros y toda la panda se bañaba en cueros, cuatro chicas y cinco tíos, quizá nos desvestíamos detrás de árboles diferentes, los chicos de un lado, las chicas del otro, y después corríamos todos juntos, como locos, hacia el agua, pililas y tetitas balanceándose al unísono. Y ya en el agua todo se veía muy bien cuando ellas saltaban. Más tarde, a los trece, catorce años, nos emparejábamos haciendo nuestros primeros pinitos con los besos. Recuerdo mi sorpresa la primera vez que vi el cuerpo de una chica, tan blanco, tan vacío entre las piernas. Y sus caderas, mucho más anchas que las nuestras, y sus nalgas más grandes y más dulces, como cojines rosas. Todos aquellos baños en pelotas me hacían pensar con frecuencia en Sissy Madden, y me burlaba de mi propio pudor estúpido. Especialmente en aquella ocasión en que Billie Madden vino a nadar con nosotros. Tenía nuestra misma edad, pero se parecía mucho a su hermana mayor, y mientras estaba allí, desnudo al borde del arroyo mirando a Billie, mirando sus pecas que descendían hasta el valle que separaba sus macizos senos, los hoyuelos que modelaban su gran trasero, y sentí que toda la vergüenza que había experimentado años atrás ante Sissy Madden había desaparecido, que la desnudez de Billie nos liberaba a las hermanas Madden y a mí, y que todo aquello carecía de ninguna importancia.

Volví a pensar en todo esto mientras arrancaba las malas hierbas en el bancal de pimientos de los hermanos, con el culo recalentado por los rayos del sol que se iba elevando. Volví a pensar también en otras cosas enterradas en alguna oquedad de mi memoria, viejos acontecimientos sombríos y desagradables que no tenía necesidad alguna de desenterrar de entre el enredo de mis recuerdos. Otras ocasiones en que yo había estado desnudo en compañía de otras personas. Juegos de niños, juegos no siempre inocentes. Imágenes no deseadas afluían como una fuente en primavera. Ya no osaba moverme. Me recorrían oleadas de miedo. Los músculos tensos, el cuerpo reluciente por el sudor y de pronto tuve conciencia de algo que me dio vergüenza. Sentí una pulsación familiar, sentí algo abajo que comenzaba a hincharse y a erguirse, bajé los ojos. Sí, no hay duda, estaba en erección. Hubiera querido morir. Hubiera querido tirarme al suelo. Era como el día en que Sissy Madden nos había visto nadar y yo retorné completamente desnudo al arroyo mientras Jim y Karl estaban vestidos a mi lado. Sentí otra vez la vergüenza de estar desnudo frente a personas vestidas. Ned, Eli y Timothy tenían puestos sus pantalones, y también los hermanos, y yo estaba desnudo y me importaba un bledo hasta que esto pasó; pero ahora me sentía tan expuesto a las miradas como si estuviera en la pantalla de la televisión. Todos iban a mirarme preguntándose qué me habría excitado, qué estúpidas ideas se me han cruzado por la cabeza.

¿Dónde esconderme? ¿Cómo hacer para cubrirme? ¿Me mirará alguien?

De hecho, nadie parecía interesarse por mí. Eli y los hermanos estaban mucho más arriba. Timothy, que se arrastraba como siempre, estaba detrás de nosotros y prácticamente fuera del alcance de nuestra vista. El único cercano a mí era Ned, cinco o seis metros por detrás. Como yo le daba la espalda, mi vergüenza se disimulaba. Sentí que empezaba a dominarme. En unos instantes todo volvería a estar normal y yo podría ir negligentemente a recuperar mi pantalón de la rama del árbol. Sí, se había acabado ya. Me di la media vuelta.

Ned se sobresaltó con aire de culpabilidad. Enrojeció y apartó la mirada. Comprendí. No tenía necesidad de verificar la parte delantera de su pantalón para saber qué ideas le rondaban la cabeza. Sin duda llevaba quince o veinte minutos dándose un buen atracón a base de contemplar mis nalgas. Se le hacía la boca agua imaginando sus fantasías de marica.

Pero, después de todo, no hay nada más normal. Ned es homosexual. Siempre me ha deseado, aunque jamás se haya atrevido a dar el paso decisivo. Y yo estaba en cueros

justo delante de él: era una tentación, una provocación. Pero, a pesar de ello, yo estaba estupefacto al ver la intensidad del deseo reflejada en su rostro; ser el objeto de tales sentimientos, de tal pasión por parte de otro hombre, me producía una curiosa impresión. Y él parecía tan cogido de improviso, tan incapaz de reaccionar cuando pasé por delante de él para coger mi pantalón, como si se hubiera visto sorprendido en plena exhibición de sus intenciones. ¿Y yo? ¿Qué intenciones había exhibido yo en este caso? Intenciones que apuntaban a quince centímetros delante de mí. Estamos en presencia de algo muy complejo y muy claro. Me produce un cierto temor. ¿Se habrán introducido en mí las derivaciones homosexuales de Ned por medio de alguna suerte de telepatía que remueve las viejas vergüenzas? Es extraño que se me haya puesto tiesa justo en ese momento. ¡Señor! Yo creía comprenderme. Pero no ceso de descubrir que no sé nada sobre mí. No sé ni siquiera quién soy. Ni qué tipo de persona quiero ser. Dilema existencial, es verdad, Eli, es verdad. Elegir el propio destino. Expresamos nuestra identidad a través de nuestro yo sexual, ¿no es cierto? Yo, particularmente, no lo creo. Ni tengo necesidad de creerlo. Y entre tanto... no sé. El sol me calentaba los riñones. Estaba tan tenso que, durante unos instantes, me hizo daño. Y Ned que respiraba fuerte detrás de mí. Y el pasado se removía. ¿Dónde estará ahora Sissy Madden? ¿Dónde Jim y Karl? ¿Y dónde está Oliver? *¿Dónde está Oliver?* ¡Oh! ¡Señor! Creo que Oliver es un chico enfermo, muy enfermo.

Librodot

31

ELI

La meditación, estoy convencido, es el centro del proceso. Ser capaz de replegarse al interior. Es absolutamente necesario llegar a ello si se quiere realizar algo aquí. El resto, la cultura física, el régimen, los baños, el trabajo en el campo, todo ello no es sino una serie de técnicas con el fin de adquirir autodisciplina, someter el recalcitrante ego al grado de control que requiere la verdadera longevidad. Desde luego, si se quiere vivir largo tiempo, hacer mucho ejercicio, mantener el cuerpo en forma, evitar los sentimientos insanos, es de gran ayuda. Pero pienso que sería un error cargar demasiado la vara sobre este aspecto de la vida de la Hermandad. La higiene y la gimnasia son útiles cuando se trata de prolongar la duración de la vida normal hasta los ochenta o noventa años, pero es necesario algo más trascendental para llegar hasta los ochocientos o novecientos años. (¿O nueve mil? ¿Noventa mil?) El control total de las funciones corporales se convierte en necesario. Y la meditación es la llave para ello.

En el estado actual, estamos a punto de que nos enseñen a desarrollar nuestra conciencia interior. Hemos de mirar fijamente el sol que se pone, por ejemplo, y transferir su calor a diversas partes de nuestro cuerpo. Primero el corazón, después los testículos, después los pulmones, el bazo y lo demás. Yo sostengo que no es la radiación solar lo que les interesa —es sólo una metáfora, un símbolo—, sino más bien la idea de ponernos en contacto con el corazón, los testículos, los pulmones, el bazo, etcétera, de tal modo que, si se produjera algún problema en estos órganos, pudiéramos examinarlos con nuestro espíritu, y arreglar lo que hubiera de ser arreglado. Todas estas historias de cabezas de muerte, en torno a las que se hace la mayor parte de la meditación, también son símbolos, estoy seguro, destinados, únicamente, a suministrar la fuerza adecuada para nuestra concentración. De suerte que podamos servirnos de la imagen del cráneo como de un trampolín para el salto interior. Parece importante que otro símbolo hubiera servido probablemente igual de bien para este asunto: un tornasol, un ramillete de bellotas, un trébol de cuatro hojas. Una vez revestido del velo psíquico adecuado, el *mana,* no importa cuál, podrá servir. Resulta que la Hermandad ha elegido la simbología de los cráneos, lo cual dista mucho de ser inadecuado. De hecho, hay algo de misterio en un cráneo, algo de romanticismo, algo de maravilloso. Cuando nos sentamos ante el hermano Antony y nos pide que nos fijemos en su pequeño colgante de jade y que verifiquemos diversas absorciones en cuanto a las relaciones entre la vida y la muerte, lo que de hecho quiere es que sepamos concentrar toda nuestra energía mental en un solo objeto. Una vez dominada la concentración, podremos aplicar nuestro nuevo talento a tareas de conservación y regeneración permanente de nuestro cuerpo. He ahí todo el secreto. Las drogas para la longevidad, la alimentación, el culto al sol, la oración, todas son cosas secundarias. La meditación lo es todo. Es algo parecido al yoga, supongo, el espíritu dominando a la materia. Aunque si la Hermandad es tan vieja como el hermano Miklos da a entender, quizá fuera más exacto decir que el yoga emana del Monasterio de los Cráneos.

Tenemos que recorrer un largo camino. No estamos más que en el estado preliminar de la serie de entrenamientos que los hermanos designan con el nombre de la Prueba. Imagino que lo que ahora nos espera es de orden psicológico, o incluso psicoanalítico: hacer una purga del excedente del equipaje intelectual. La horrible amenaza del Noveno Misterio forma parte de ello. No sé todavía si este pasaje de *El Libro de los Cráneos* ha de ser interpretado literal o metafóricamente, pero, en cualquier caso, estoy seguro de que se trata de eliminar las malas vibraciones del Receptáculo; matamos a nuestro chivo

Librodot

expiatorio, metafóricamente o de otro modo, y el otro chivo expiatorio se elimina por sí mismo, metafóricamente o de otro modo, y el resultado de todo ello es que quedan dos hermanos desembarazados de las emanaciones de muerte aportadas por el dúo defectuoso. Después de haber hecho la purga del grupo, en bloque, es necesario hacer la purga de las individualidades por separado.

Ayer por la noche, después de la cena, el hermano Javier vino a buscarme a mi cuarto y supongo que también fue a buscar a los demás; me dijo que debía prepararme para el rito de la confesión. Me pidió que pasara revista a toda mi experiencia poniendo especial atención en los episodios de culpabilidad y vergüenza, y que estuviera dispuesto a discutirlos en profundidad cuando llegara el momento. Supongo que se prepara una sesión colectiva para muy pronto bajo la supervisión del hermano Javier. ¡Qué hombre tan formidable! Ojos grises, labios finos, rostro cincelado. Tan accesible como una losa de granito. Cuando camina por los corredores tengo la impresión de escuchar una música sombría y dolorida que le acompaña. ¡El Gran Inquisidor! Sí, el hermano Javier en el papel de Gran Inquisidor. Noche y frío; dolor y niebla. ¿Cuándo comienza la Inquisición? ¿Qué le voy a decir? ¿Cuál de mis faltas, de mis vergüenzas, colocaré sobre el altar?

Creo comprender que el objeto de esta confesión es aligerar nuestras almas liberando... —¿qué término puedo utilizar?— nuestras neurosis, nuestros pecados, nuestros bloqueos mentales, nuestros complejos, nuestras taras, nuestros depósitos de karma defectuosos. Debemos prepararnos. Guardarnos los huesos y la carne, pero el espíritu debe estar disecado. Debemos esforzarnos en alcanzar una especie de quietismo en el que no haya conflictos ni tensiones. Evitar todo aquello que vaya contra la piel y si es posible reorientar la piel. Acción sin esfuerzo, he ahí la clave. No perder energía. Luchar acorta la vida. Bien, ya veremos, llevo dentro de mí escorias interiores, todos las llevamos. Un lavado psíquico no ha de ser tan mala cosa.

¿Qué he de decirle, hermano Javier?

Librodot

32

NED

Pase revista a su vida, dice el misterioso y vagamente reptiliano hermano Javier mientras entra sin anunciarse en la celda monástica con un leve rechinar de escamas frías sobre la piedra pulida. *Pase revista a su vida, revise los pecados de su pasado, prepárese para confesarse.* ¡Deprisa!, grita Ned, el niño de corazón depravado. ¡Deprisa, hermano Javier!, cloquea el papista caído.

El rito de la confesón. Ya le conoces, Ned; está impreso en sus genes, está grabado en sus huesos y en sus testículos, es una segunda naturaleza en él. *Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa.* Mientras que los otros tres son ajenos a las verdades del confesionario. ¡Oh! Supongo que los anglicanos van a confesarse, como buenos criptoromanos que son, pero no cuentan más que embustes a sus sacerdotes. Mi madre, con su autoridad, me puso sobre aviso de que la carne de los anglicanos ni siquiera es buena para engordar cerdos. «Pero, mamá, los cerdos no comen carne.» «Si la comieran, hijo mío, no tocarían las tripas de un anglicano. No cumplen los mandamientos y mienten a sus sacerdotes.» Y mi querida mamá se persignaba por ello con cuatro golpes recios sobre el pecho, *om mani padme bum.*

Ned es obediente. Ned es un niño amable. El hermano Javier no tuvo que decir más que una palabra y Ned comenzó a pasar revista a su descarriado pasado para vomitarlo todo cuando llegara el momento. ¿En qué he pecado? ¿En qué me he saltado las normas? *Dime, querido Ned, ¿has puesto otros dioses por delante de El?* No, padre, de verdad, no puedo decir que lo haya hecho. *¿Has levantado ídolos?* Bueno, un poco, lo reconozco, pero no hay que aplicar este mandamiento al pie de la letra, ¿no? No somos musulmanes sanguinarios, ¿no? Gracias, padre. *¿Has invocado el nombre del Señor en vano?* Dios me ha preservado de ello, padre, ¿sería yo capaz de una cosa parecida? *Eso está muy bien, Ned. ¿Has respetado el día del sabbath?* Con vergüenza, el pequeño muchacho responde que alguna vez ha caído en la tentación de deshonrar el *sabbath.* ¿Alguna vez? ¡Mierda! ¡He profanado más domingos que un turco! Pecado venial, sin embargo, pecado venial.

Ego te absolvo, hijo mío. ¿Has honrado a tu padre y a tu madre, hijo mío? ¡Oh, sí, padre! Les he honrado a mi manera. *¿Has matado?* No, no he matado. *¿Has cometido adulterio?* No, que yo sepa, padre. *¿Has robado?* No he robado nada, por lo menos, nada de importancia. Ni tampoco he levantado falso testimonio contra mi prójimo. *¿Y has codiciado la casa de tu prójimo, o la mujer de tu prójimo, o el criado de tu prójimo, o su criada, o su buey o su culo o cualquier cosa que perteneciera a tu prójimo?* Pues bien, padre, puesto que habla usted del culo de mi prójimo, he de reconocer que nos hallamos en un terreno de arenas movedizas, pero, por otro lado... por otro lado... hice lo que pude, padre, habida cuenta de que vine al mundo tarado, habida cuenta de todo lo que hay contra nosotros, teniendo en consideración que con el pecado de Adán hemos pecado todos, considero, a pesar de todo, que soy relativamente puro y bueno. No perfecto, desde luego. *¡Ay, hijo mío! ¿De qué has de confesarte?* Pues bien, padre...

Confiteor, confíteor, el puño, pequeño, golpea su pecho de niño con admirable celo, pum, pum, pum, pum. *¡Om! ¡Mani! ¡Padme! ¡Hum!* Un domingo, después de Misa, fui con Sandy Dolan a espiar a su hermana que se estaba desnudando y vi sus senos desnudos, padre. Eran redondos y pequeños con unos pequeños pezones todos rosas y en la parte inferior del vientre, padre, tenía un montículo de pelos castaños, algo que yo nunca había visto antes. Y después, se puso de espaldas a la ventana y vi su culo, padre, los dos carrillos regordetes más hermosos que haya visto jamás, con dos admirables

Librodot

hoyuelos justo encima y aquella deliciosa hendidura exactamente en el centro que... ¿cómo, padre? ¿Que pase a otra cosa? Pues bien, confieso que yo arrastré a Sandy por el mal camino de diferentes maneras, consumé con él todos los pecados de la carne, pecados contra Dios y contra la naturaleza, cuando teníamos once años y compartíamos la misma cama, cuando su madre estaba de parto y no había nadie en la casa que se ocupara de él, saqué de debajo de mi cama un bote de vaselina, y cogí con el dedo un buen puñado y le lubriqué el órgano sexual mientras le decía que no tuviera miedo, que Dios no podía vernos en la oscuridad bajo las mantas, y yo... y él... y nosotros... y nosotros...

Así, a requerimiento del hermano Javier, sondeé mi degenerado pasado y lo remonté a fuerza de detritus destinados a hacerme brillar durante las sesiones de confesión que habían de comenzar muy pronto, creía yo. Pero los hermanos no son tan lineales. Se iba a producir un cambio en nuestro programa cotidiano, sí, pero no era una cuestión ni del hermano Javier ni de ningún aspecto confesional. Sin duda, se dejaba para más tarde. El nuevo rito era de naturaleza sexual, de naturaleza *heterosexual,* ¡que Buda tenga piedad de mí! Los hermanos, ahora me doy cuenta, son más bien chinos, a pesar de su falsa piel de caucasiano, puesto que lo que nos enseñan ahora no es más que el *Tao* del sexo.

No lo llaman así. Tampoco hablan del *yin* y del *yang.* Pero conozco el erotismo oriental y los viejos simbolismos espirituales de estos ejercicios sexuales, que están estrechamente emparentados con los diferentes ejercicios gimnásticos y contemplativos que hemos tenido ocasión de practicar. Controlar, controlar, dominar cada una de las funciones del cuerpo, tal es el objeto perseguido.

Las morenitas de cortos vestidos que vimos repetidas veces en el monasterio son, en efecto, sacerdotisas del sexo, coños sagrados, que sirven a las necesidades de los hermanos y que juegan el papel de receptáculos del Receptáculo. Nos van a iniciar ahora en los sagrados misterios de la vagina. Lo que hasta ahora era el rato de reposo después del trabajo de la tarde, se ha convertido en la hora de copulación trascendental. Se ha producido así sin previo aviso. El día en que esto comenzó, yo había vuelto del campo, me había dado un baño y me había tumbado de espaldas sobre la cama, cuando, según la costumbre local, mi puerta se abrió sin llamar previamente, y el hermano León, el médico, entró en mi cuarto seguido por tres muchachas vestidas de blanco. Yo estaba desnudo, pero pensé que no estaba obligado a tapar mis órganos vitales a las miradas de quienes así habían irrumpido en mis dominios. Muy pronto comprendí que era absolutamente inútil tomarme el trabajo de cubrirme.

Las tres mujeres se colocaron a lo largo de una de las paredes. Era la primera ocasión que yo tenía de observarlas de cerca. Hubieran podido ser hermanas: las tres menudas, pero bien proporcionadas, tez mate, la nariz prominente, grandes ojos negros y acuosos, labios carnosos. En cierto modo, me recordaban a las muchachas de los frescos minoicos, pero también podían haber sido indias americanas. En cualquier caso, eran totalmente exóticas. Cabelleras negro noche, senos macizos. Edad, entre veinte y cuarenta. Se mantenían derechas como estatuas. El hermano pronunció una breve entrada en materia. Es esencial, declaró, que los candidatos aprendan el arte de someter las pasiones sexuales. Esparcir el fluido seminal es morir un poco. ¡Bravo, hermano León! Viejo adagio isabelino: gozar igual morir. No debemos, continuó, reprimir el impulso sexual, sino dominarlo y ponerlo a nuestro servicio. En consecuencia, el acto sexual es recomendable, pero la eyaculación, deplorable.

Recordaba haber oído aquello, y terminé por acordarme de dónde. Puro taoísmo, sí, señor. La unión del *yin* y del *yang,* la picha y el coño producen una armonía necesaria para el bienestar del universo, pero el gasto del *ching,* el esperma, es autodestructivo. Hay que esforzarse por mantener el *ching,* en aumentar su reserva. ¡Es curioso, hermano

León, no tiene usted aire de chino! Me pregunto quién ha robado la teoría a quién. O ¿acaso los taoístas y la Hermandad de los Cráneos han llegado cada uno por su lado a los mismos principios?

El hermano León terminó su pequeño preámbulo y dijo algo en una lengua que yo desconocía a las tres muchachas. (Hablé de ello con Eli más tarde y él tampoco había logrado identificarla, pero suponía que podía ser azteca o maya.) Luego, los tres vestidos blancos cayeron y me encontré frente a tres pedazos de *yin* totalmente al aire y a mi disposición. Tengo a bien ser marica, sin embargo, soy capaz de emitir un juicio estético. Eran unas chicas impresionantes. Senos macizos, que colgaban con moderación, vientre plano, trasero firme, nalgas espléndidas. Ni rastro de apendicitis o embarazo. El hermano León dio una rápida orden ininteligible y la sacerdotisa que estaba más cercana a la puerta se tumbó con prontitud sobre el suelo de fría piedra con las piernas flexionadas y ligeramente separadas. Entonces, el hermano León se volvió hacia mí, se permitió una ligera sonrisa, y me hizo un signo con los dedos doblados. Venga, muchacho, parecía decirme.

Vuestro angélico Ned estaba perplejo. Realmente, no sabía qué decir. ¡Pero, bueno, hermano León...! No ha entendido usted nada. La amarga verdad es que yo soy eso que se llama uranista, marica, sarasa, invertido, mariposa, no me tiran especialmente los coños. Debe reconocer que mis preferencias van por el lado de la sodomía.

No dije nada de todo esto y, entre tanto, el hermano León me hizo de nuevo un signo algo más imperioso. ¡Qué diablos! Después de todo, la verdad es que siempre he sido bisexual con inclinaciones pederastas, pero cuando se ha presentado la ocasión, no me ha repugnado meterme en el orificio aprobado por la Iglesia. Como parece ser que la vida eterna se halla en juego, sufriré la prueba. Me acerqué a aquellos muslos separados. Con heroica perversidad, hinqué mi herramienta en el receptáculo que se me ofrecía. Y, ¿ahora? Retén tu *ching,* me decía a mí mismo, retén tu *ching.* Me movía con ritmo calmo y lento mientras el hermano León me animaba inclinándose hacia mí y recordándome que los ritmos del universo exigían que yo le produjera el orgasmo a mi compañera, tratando al mismo tiempo de no llegar a él yo mismo. ¡Perfecto! Me admiraba de los resultados a lo largo del asunto. Llevé a mi concubina espiritual hasta los espasmos y ronroneos deseados, mientras que yo permanecía distante, fuera, totalmente extraño a las aventuras de mi instrumento. Cuando el divino momento hubo pasado, mi compañera, satisfecha, me expulsó con un hábil movimiento de pelvis y vi que la segunda sacerdotisa se colocaba sobre el suelo en posición receptiva. ¡Muy bien! El cambio se ejecuta. Mete. Saca. Mete. Saca. ¡Mmm! ¡Ahhh!... Con la precisión de un cirujano, la llevo al éxtasis mientras el hermano León hacía el comentario apropiado por encima de mi hombro izquierdo. De nuevo el movimiento de pelvis, de nuevo el cambio de chica. Otro *yoni* abierto se ocupaba de mi reluciente nabo tieso. ¡Dios me ampare! Me daba la impresión de ser un rabino al que el médico ha dicho que morirá si no come todos los días medio kilo de cerdo. Pero el viejo Ned hinca su último clavo. El hermano León dice que esta vez puedo permitirme eyacular. De todas maneras, estaba agotado, y relajé mis férreas defensas con no poca satisfacción.

La prueba ha rebasado una nueva etapa de depravación. Las sacerdotisas vienen a visitarnos todas las tardes. Supongo que a los cabrones de Timothy y Oliver les parecerá una sorpresa tan agradable como inesperada, aunque no estoy seguro. Lo que aquí se ofrece no tiene nada que ver con su manera de joder habitualmente. Se trata de un arduo ejercicio de control y puede que eso les quite algo de placer. Ese es su problema. El mío es diferente. ¡Pobre Ned! Se ha tirado a más mujeres esta semana que durante los cinco años pasados. Hay que decir en su favor que hace todo lo que se le pide sin quejarse nunca, pero le cuesta. ¡Virgen santísima! Ni en los peores *viajes* había imaginado que la ruta de la inmortalidad pasara por tantas vaginas.

Librodot

Librodot

33

ELI

Hoy por la noche, en esas horas tenebrosas, se me ha ocurrido por primera vez que podría ser yo quien se ofreciera en holocausto para satisfacer las exigencias del Noveno Misterio. Momento de desesperación fugaz que desapareció pronto, pero digno de tenerse en cuenta cuando llegue el gran día. Está a la vista que lo que más me inquieta es el asunto sexual. Mi total jaque en la maestría de la técnica. Fracaso tras fracaso. ¿Cómo reprimirme? Me ofrecen muchachas magníficas y he de despachar a dos o tres en fila. ¡Oh, *schmendrick, schmendrick, schmendrick!* La escena con Margo volvía a empezar. Me inflamo, me dejo transportar... Lo contrario de la actitud preconizada por los Cráneos. Ni una sola vez he logrado contenerme el tiempo suficiente para llegar a la tercera. No creo que sea humanamente posible, por lo menos para mí. Aunque, desde luego, la clase de longevidad de la que aquí se habla no es humanamente posible tampoco. Es necesario sobrepasar lo humano, convertirse, literalmente, en inhumano, en no humano, si se quiere triunfar sobre la muerte. Pero ni siquiera puedo controlar los traidores espasmos de mi pene. ¿Cómo puedo esperar controlar mi metabolismo, invertir el proceso de degradación orgánica con la simple fuerza del espíritu, adquirir esa clase de control celular del cuerpo que parecen poseer los hermanos? No puedo, veo perfilarse el jaque. El hermano León y el hermano Bernard me han dicho que me harían un entrenamiento especial, que me enseñarían unas cuantas cosas técnicas útiles de desescalada sexual, pero yo no creo en absoluto en ello. El problema está tan profundamente arraigado en mí que es demasiado tarde para cambiar, trátese de lo que se trate. Soy quien soy. Monto a esas chicas, estas silenciosas y dóciles sacerdotisas aztecas, y aunque mi espíritu esté lleno de instrucciones para retener el esperma, mi cuerpo se lanza al galope, corre, explota de pasión y la pasión es precisamente lo que hay que conquistar si se quiere sobrevivir a la prueba. Errar este test, es errar todo. Vuelvo a encontrarme echado al borde del camino, perdida la inmortalidad; no me queda ya más que destruirme puesto que alguien ha de destruirse y así abrir el camino a los otros.

Estos eran más o menos mis pensamientos la noche pasada. Timothy también está condenado al fracaso, me decía, pues es incapaz de adquirir la interioridad necesaria o lo desea muy poco. Está prisionero de sus sarcasmos, tan desdeñosos de la Hermandad y de sus ritos que difícilmente contiene su impaciencia. Tampoco puede abrirse a las disciplinas de base. Nosotros meditamos, él se contenta con mirar. El peligro real es que decida largarse un día de éstos, lo cual comprometería todo y desequilibraría el Receptáculo. Por tanto designo a Timothy para desempeñar la otra obligación del Noveno Misterio. Es imposible que obtenga lo que la Hermandad ofrece: que sea inmolado en beneficio de los demás.

Pensaba así la noche pasada, incapaz de coger el sueño, y me decía que era preferible terminar cuanto antes: robar un cuchillo de la cocina, atravesar con él a Timothy mientras dormía y, a continuación, hacerme el harakiri. El Noveno Misterio encontraría su víctima y Ned y Oliver su pasaporte a la eternidad. Me levanté de la cama. Pero, en aquel momento, dudé. ¿Era el momento adecuado para llevar a cabo lo que proyectaba? Pudiera ser que hubiera un lugar especial dentro del rito de la celebración del Noveno Misterio. Quizá comprometa todo haciéndolo ahora, prematuramente, sin recibir la señal de los hermanos. Si mi sacrificio debía ser inútil, sería mejor abstenerme. Reflexionando permanecí en la cama perdiendo toda posibilidad de actuar. Esta mañana aún me siento deprimido. Me doy cuenta de que no tengo

Librodot

ninguna necesidad de renunciar a la vida. Tengo graves dudas sobre mí, estoy descorazonado por mis flagrantes incapacidades, sí, pero a la vez deseo vivir el mayor tiempo posible. Entretanto, la perspectiva de adquirir los poderes de la longevidad de los hermanos me parece lejana. No creo que ninguno de nosotros lo logre. El Receptáculo se desmorona.

Librodot

34

OLIVER

A mediodía, cuando salíamos de nuestra sesión con el hermano Miklos, el hermano Javier nos interceptó por el pasillo. «Venid a verme a la sala de las tres máscaras después de comer», nos dijo, y, solemnemente, fue a ocuparse de sus cosas. Veo algo desagradable, frío, en ese hombre. Es al único hermano que prefiero evitar. Sus ojos de *zombie,* esa voz de muerto viviente. Me parecía que el momento de la confesión, de la que ya nos había hablado el hermano Javier la semana pasada, había llegado.

No estaba equivocado. Sin embargo, las cosas no pasaron como yo me había imaginado. Esperaba algo así como una sesión colectiva: Ned, Eli, Timothy y yo, tal vez, con dos o tres hermanos, sentados en círculo, levantándose cada candidato de uno en uno para desnudar su alma delante de la asamblea; después, comentaríamos lo que habíamos oído, intentando interpretarlo de acuerdo con nuestras propias experiencias personales; y así con cada uno de nosotros. Pero no era nada de aquello. El hermano Javier nos anunció que nosotros seríamos nuestros propios confesores mutuos a lo largo de una serie de confrontaciones privadas, cara a cara.

«A lo largo de la semana que acaba de pasar», nos dijo, «habéis examinado vuestra vida, habéis pasado revista a vuestros más negros secretos. Cada uno de vosotros conserva en su corazón al menos un episodio que está seguro no poder revelar nunca a nadie. Sobre ese episodio crucial, y sobre ningún otro, debe versar vuestro trabajo».

Lo que nos pedía, era identificar el incidente más horrible, más vergonzante, de nuestra existencia, y revelarlo para purgarnos de nuestras malas vibraciones. Puso su colgante en el suelo y lo hizo girar para determinar quién se confesaría con quién. Timothy a mí; yo a Eli; Eli a Ned; Ned a Timothy. La cadena estaba completa con nosotros cuatro, no incluía a nadie del exterior. No entraba dentro de las intenciones del hermano Javier hacer de nuestros horrores más personales una propiedad común. No debíamos contarle ni a él ni a nadie lo que aprendiéramos los unos de los otros a lo largo de las sesiones de confesión. Cada miembro del Receptáculo iba a convertirse en el guardián de los secretos de otro. Pero lo que confesáramos, no iría más allá de nuestro propio confesor. Lo que contaba era la purga, la liberación, más que la información desvelada.

Para que no contamináramos la pura atmósfera del monasterio liberando demasiadas emociones negativas a la vez, el hermano Javier decretó que sólo habría una confesión por día. De nuevo el colgante sirvió para decidir el orden de las sesiones. Esta noche, antes de la hora de acostarse, Ned iría donde Timothy. Mañana, Timothy vendría a verme; al día siguiente, iría donde Eli; y el cuarto día, Eli cerraría el círculo yendo a confesarse con Ned.

Esto me dejaba dos días y medio para decidir qué historia contarle a Eli. ¡Oh! Por supuesto, sabía muy bien cuál debía contarle. Era evidente. Pero me inclinaba por dos o tres débiles sustitutos, *paneles* que camuflaran la única válida, pretextos fútiles para disimular la única elección que se imponía realmente. A medida que se ofrecían las posibilidades, las descartaba. Sólo tenía una elección, un verdadero y único cobijo de culpabilidad vergonzante. No sabía cómo resistiría el dolor de decirlo, pero tenía que hacerlo y tal vez, no con demasiadas esperanzas en ello, el dolor huyera al ser revelado.

Ya me preocuparé, me decía a mí mismo, cuando llegue el momento. Y me impuse como un deber el olvidar el asunto de la confesión. Supongo que es un típico ejemplo de rechazo de la realidad. Llegada la noche, ya había olvidado por completo lo que nos

Librodot

dijera el hermano Javier. Sin embargo, a medianoche, me desperté sudando, soñando que se lo había contado todo a Eli.

Librodot

35

TIMOTHY

Ned vino caracoleando y en plan zalamero, guiñando el ojo. Siempre que algo le preocupa realmente, se monta todo el espectáculo de marica. «Perdóneme, padre, he pecado», dijo canturreando. Esbozó un paso de baile. Desdibujó una sonrisa. Movió los ojos. Tiene bastante pase, me dije a mí mismo. Todo el asunto de la confesión le hacía el mismo efecto que una droga. Después de tanto tiempo, su natural condición de jesuita volvía a él. Quería vomitar y yo iba a servirle de blanco. De pronto, la idea de encontrarme allí, sentado frente a él, escuchando una sórdida historia de homosexuales, me puso enfermo. ¿Qué me obligaba a aceptar el pasar por estas repugnantes confesiones? ¿Quién era yo, después de todo, para servirle de confesor?

—¿Me vas a contar realmente el gran secreto de tu vida? —le pregunté. Pareció sorprendido.

—¡Por supuesto!

—¿Te sientes obligado a hacerlo?

—¿Si me siento obligado? Es lo que esperan de nosotros, Timothy. Y, además, quiero hacerlo.

En cuanto a aquello, era evidente que quería hacerlo. Estaba febril, tembloroso, a punto de explotar.

—¿Qué te pasa, Timothy? ¿No te interesa mi vida privada?

—No.

—¡Bueno! Es sólo para que nada humano te sea desconocido.

—No quiero tu confesión, Ned. No la necesito.

—Lástima, querido. Porque tengo que hacerla de todas formas. El hermano Javier dice que la confesión de nuestras faltas es necesaria para la prolongación de nuestra vida en la tierra, y tengo la intención de hacer un poco de limpieza, Timothy.

—Pues si es necesario... —dije resignado.

—Instálate confortablemente, Timothy. Abre bien los oídos. No puedes hacer otra cosa más que escucharme.

Y le escuché. Ned es, en el fondo de su corazón, un exhibicionista, como muchos de sus semejantes. Le gusta sumergirse en la autodelectación, en la autorevelación. Me contó su historia muy profesionalmente, poniendo de relieve los detalles como buen escritor que pretende ser, subrayando esto, dejando lo otro en la sombra. Su historia correspondía, exactamente, a lo que esperaba de él: una historia de maricas.

—Todo sucedió —empezó— antes de que nos conociéramos, durante la primavera de mi primer año en la Facultad. Todavía no había cumplido dieciocho años. Tenía un piso fuera del *campus,* y lo compartía con otros dos hombres.

Naturalmente, los dos eran homosexuales también. De hecho, el piso era de ellos, y Ned fue a vivir con ellos después de los exámenes del primer trimestre. Tenían ocho o diez años más que él y vivían desde hacía tiempo juntos en algo parecido al matrimonio. Uno de ellos era rudo, masculino y dominante, era ayudante de literatura francesa y tenía también aptitudes de atleta —el alpinismo era su distracción—, el otro era una *loca,* más estereotipada, delicada, etérea y, casi, femenina. Un poeta sensible que se

Librodot

quedaba la mayor parte del tiempo en casa, ocupándose de la limpieza, regando las flores, y, probablemente, haciendo punto y ganchillo, supongo. Fuera como fuera, imaginad a aquellos dos maricas viviendo felices, y un día se encuentran a Ned en una discoteca para homosexuales y descubren que no le gusta demasiado el sitio en que vive, y le invitan a instalarse en su casa. Simplemente por hacerle un favor. Ned tendría su habitación privada, pagaría su estancia y una parte de las facturas de la tienda de ultramarinos, y no tendría ninguna relación sentimental con ninguno de ellos, que vivían sobre la base de una larga fidelidad.

Durante uno o dos meses, las cosas marcharon perfectamente. Pero la fidelidad no debe ser más fuerte entre los maricas, imagino, que entre el resto de la gente, y la presencia de Ned en la casa se convirtió en un factor de turbación, igual que la presencia de una joven bonita y de dieciocho años en un hogar normal.

—Consciente o inconscientemente —me explicó Ned—, mantenía la tentación. Me paseaba desnudo por el apartamento, flirteaba con ellos, y había algunas caricias por aquí y por allí.

La tensión aumentaba, y lo inevitable acabó por suceder. Un día que se habían peleado por alguna causa, tal vez por él, no estaba seguro, el que era masculino salió dando un portazo. El que era femenino, sobresaltado, fue a que Ned le consolara. *La* consoló acostándose con *ella.* Después, se sintieron culpables, pero aquello no les impidió volver a empezar algunos días más tarde, y, después, hacer una unión permanente. El poeta de Ned se llamaba Julián. El otro, se llamaba Oliver: ¿no es interesante que también se llamara Oliver? Por aquel entonces no se daba cuenta de nada, y empezaba a insinuársele a Ned. Pronto se acostaban también juntos.

De esta forma, durante varias semanas, Ned mantuvo una unión independiente con cada uno de ellos simultáneamente. «Era divertido», me dijo, «y, a la vez, crispante: todas las citas clandestinas, todas las pequeñas mentiras, el miedo a ser sorprendidos». La catástrofe era inevitable. Los dos estaban enamorados de Ned. Cada uno de ellos decidió que quería romper con su compañero original y vivir solamente con Ned. Este recibió proposiciones de ambos lados.

—No sabía cómo salir de aquella situación —confesó Ned—. Para entonces, Olíver sabía que yo tenía algo a medias con Julián, y Julián sabía que lo tenía con Oliver, pero todavía nadie había hecho acusaciones abiertas. Si hacía falta elegir realmente a uno de los dos, tenía una ligera preferencia por Julián, pero no tenía la intención de ser el responsable de este tipo de decisión crítica.

La imagen de sí mismo que estaba pintándome era la de un niño ingenuo e inocente cogido en la trampa de un triángulo que no había contribuido a formar. Inexperimentado, impotente, peloteando entre las pasiones tempestuosas de Oliver y Julián, etcétera, etcétera. Pero, bajo la superficie, algo despuntaba, evocado, no con palabras, sino con guiños, con ademanes de marica y otras formas de comunicación no verbal. En cualquier momento dado, Ned funciona sobre seis niveles por lo menos, y cada vez que empieza a explicaros hasta qué punto es ingenuo e inocente, podéis estar seguros de que os dará qué pensar. El Ned que percibía bajo la superficie de su historia era siniestro, intrigante, manipulador. Jugaba con aquellos dos pobres maricas, separándolos y seduciéndolos uno por uno, forzándoles a una rivalidad que debía terminar mal.

—La crisis explotó un fin de semana de mayo —siguió—, cuando Oliver me invitó a un día de alpinismo en New Hampshire, sin Julián. Necesitábamos, decía, discutir seriamente, y el aire puro de la montaña nos daría un clima propicio. Acepté, lo que hizo que Julián se pusiera histérico.

Librodot

Julián le amenazó llorando con matarse si se iba. Asustado por aquel chantaje, Ned le pidió que se calmara, era solamente para el fin de semana, no era tan importante como para eso, estarían de vuelta el domingo por la noche. Julián siguió llorando y hablando de suicidio. Sin prestarle atención, Ned y Oliver prepararon sus cosas de camping. «¡No me volveréis a ver vivo!», gritó Julián. Contándome aquello, Ned me hizo una talentuda imitación de sus gritos de pánico.

—Pensé que Julián no hablaba seriamente —dijo—, pero, por otro lado, sabía que era un error ceder a su histeria. Sin contar con que, secretamente, me sentía halagado al sentirme tan importante en la vida de alguien como para que pensara en suicidarse por mí.

Oliver le aconsejó que no se inquietara por Julián, que se tomaba las cosas un poco a lo trágico. Y aquel viernes se fueron juntos hacia New Hampshire. Al final de la tarde del sábado, estaban a mil trescientos metros de altitud en las laderas de una montaña cualquiera. Fue allí donde Oliver eligió para hacer su declaración. Vayámonos juntos y amémonos, dijo, y conoceremos todos los placeres de la vida. El momento de las tergiversaciones había terminado; quería una respuesta final e inmediata. Elige entre Julián y yo, le pidió a Ned, pero elige deprisa.

—Había decidido que no experimentaba tanta atracción por Oliver, que tenía unas cuantas tendencias tiranas y violentas, una especie de Hemingway homosexual —continuó Ned—. Y, aunque Julián tenía más atractivo para mí, pensaba que era demasiado dependiente y débil. Sin contar que, fuera cual fuera mi elección, estaba seguro de tener un montón de problemas con el otro: escenas de hogar de gran tradición, amenazas, golpes, qué sé yo qué.

Así que le dijo educadamente que no quería ser la causa de una ruptura entre Julián y él, cuya unión respetaba, y que más bien que aceptar una elección imposible, prefería simplemente irse a vivir a otra parte.

Oliver empezó a acusar a Ned de preferir a Julián, y de haber conspirado secretamente con ella para suplantarle. La discusión se volvió ruidosa e irracional, llena de toda clase de reproches, de recriminaciones y de denegaciones, hasta que Oliver gritó: «¡No puedo vivir sin ti, Ned! Prométeme que te irás conmigo, o me tiro al vacío.»

Llegando a esta parte de su narración, Ned empezó a tener una extraña mirada, con un brillo casi diabólico. Parecía deleitarse, fascinado por su propia elocuencia. A decir verdad, también yo lo estaba. Continuó:

—Estaba harto de todas aquellas amenazas de suicidio que me caían encima. Era abusivo que quisieran dictarme cada uno de mis gestos afirmando que iban a matarse por mí si no cedía.

»¿También tú vas a montarme el número del suicidio? —contesté a Oliver—. Me sacáis de quicio los dos. Tírate al vacío si te apetece, a mí me da igual.

»Pensaba que Oliver exageraba, como suele suceder normalmente cuando alguien habla así. Pero Oliver no bromeaba. No contestó, ni siquiera se tomó tiempo para pensarlo. Simplemente, dio un paso a un lado. Le vi suspendido en el vacío durante lo que me pareció unos diez segundos, con la cara vuelta hacia mí, tranquilo, sereno, después cayó desde quinientos metros, se enganchó en un saliente, rebotó como una desarticulada muñeca y se estrelló en el fondo. Todo sucedió tan rápidamente que no había empezado a comprender la amenaza, mi respuesta seca, innoble, el salto al vacío, un, dos, tres. Luego, reaccioné progresivamente. Empezó a temblarme todo el cuerpo. Gritaba como loco.

Durante algunos momentos, declaró Ned, pensó seriamente en tirarse también al

Librodot

vacío. Después se serenó y empezó a descender, con muchas dificultades ahora que Oliver no estaba para ayudarle, le hicieron falta horas para llegar abajo, la noche estaba cayendo ya. No tenía la menor idea de dónde estaría el cuerpo de Oliver. No había ni policía, ni teléfono, ni nada, y tuvo que andar dos kilómetros por la carretera antes de que un automovilista se detuviera a recogerle (no sabía conducir por aquella época y tuvo que dejar el coche de Oliver aparcado al pie de la montaña). —Estaba en un estado de pánico total —dijo—. Los automovilistas que me cogían mientras hacía dedo creyeron que estaba enfermo, y uno trató de llevarme a un hospital. Había matado a Oliver. Era tan responsable de su muerte como si lo hubiera empujado.

Igual que antes, las palabras de Ned me decían una cosa, y su mirada me decía otra. «Culpabilidad», proclamaba bien alto, y, telepáticamente, percibía «satisfacción». «Responsable de la muerte de Oliver», afirmaba, y tras eso, había que sobreentender: «Excitado por la idea de que alguien se hubiera matado por amor hacia mí». «Pánico», decía, y tras esas palabras triunfaba: «Maravillado por mi poder de manipular a los demás». Continuó su narración:

—Intentaba persuadirme de que no era culpa mía, de que no tenía ninguna razón para pensar que Oliver hablaba en serio. Pero no lo conseguía. Oliver era homosexual, y los homosexuales son, por definición, inestables, ¿no es así? Si Oliver me decía que iba a tirarse, no hubiera debido, virtualmente, desafiarle, porque era lo que estaba esperando para saltar.

Verbalmente, Ned se lamentaba: «Fui tonto, pero soy inocente.» Y yo recibía: «Soy un asqueroso asesino.»

Siguió:

—Me preguntaba qué iba a decirle a Julián. Había llegado a su casa un buen día, flirteé con ellos hasta que tuve lo que quería, me interpuse entre ellos, y ahora había causado la muerte de Oliver. Julián se quedaba solo. ¿Qué pensaba hacer yo? ¿Proponerme como sustituto de Oliver? ¿Cuidar del pobre Julián eternamente? Estaba en un asqueroso embrollo. Llegaba al piso a eso de las cuatro de la madrugada, y mi mano temblaba de tal forma que apenas sí podía meter la llave en la cerradura. Había preparado ocho explicaciones diferentes para Julián, toda clase de justificaciones, pero no tuve que utilizar ninguna de ellas.

—Julián se había largado con el conserje —sugerí.

—Julián se había abierto las venas al poco de irnos el viernes por la tarde —dijo Ned—. Le descubrí en la bañera, estaba muerto desde hacía un día y medio. ¿Te das cuenta, Timothy? Les había matado a los dos. Me querían y los destruí. Y llevo esta falta como una pesada carga desde entonces.

—¿Te sientes culpable por no haberles tomado en serio cuando te amenazaron con suicidarse?

—Me siento culpable de haber sentido un gran regocijo cuando lo hicieron —dijo.

Librodot

36

OLIVER

Timothy llegó en el momento en que me iba a acostar. Entró arrastrando los pies, aspecto taciturno y picado. Y, durante algunos instantes, no comprendí qué venía a hacer aquí.

—Bueno —dijo, apoyando la espalda contra la pared—. Vamos a deshacernos lo más rápidamente posible de esta maldita carga.

—¿No pareces muy animado?

—No. No estoy nada satisfecho por tener que revolcarme en la mierda.

—No la tomes conmigo.

—¿Acaso la tomo contigo?

—Tu expresión no es muy amistosa.

—Tampoco estoy muy amistoso, Oliver. Me largaría de este burdel mañana mismo, después de desayunar. ¿Cuánto hace que languidecemos aquí? ¿Dos semanas? ¿Tres? Es demasiado tiempo. Demasiado tiempo.

—Sabías que llevaría tiempo cuando aceptaste venir. No había ninguna probabilidad de que la Prueba terminase en cuatro días. ¡Hop! Ya está, ¡ya sois inmortales! Si te largas ahora, corres el riesgo de estropearlo todo para nosotros. Y no olvides que hemos jurado...

—¡Hemos jurado, hemos jurado! ¡Por Dios! ¡Oliver! Parece que estoy oyendo hablar a Eli. ¿No vais a dejar de recordarme ese puto juramento? ¡Se diría que entre los tres me tenéis prisionero, atado con hilos!

—Así que, a pesar de todo, ¿me odias?

Se encogió de hombros:

—Odio a todo el mundo, sobre todo a mí mismo, imagino. Por haberme dejado arrastrar hasta este puto agujero. Por no haber tenido el buen sentido de retirarme desde el principio. Pensaba que sería divertido, había venido por pasear. ¡Divertido! ¿Te das cuenta?

—¿Sigues pensando que todo esto no es más que una pérdida de tiempo?

—¿Tú no?

—No es mi punto de vista —le dije a Timothy—. Me siento cambiar día a día. Ejerzo un control más profundo sobre mi cuerpo. Escucho la llamada de mis perfecciones. Estoy conectado con algo grande. Y Eli también, y Ned también. Además, no hay ninguna razón para que no participes también tú.

—¡Chiflados! ¡Estáis chiflados!

—Si quisieras dejarte educar y tomar verdaderamente parte en las meditaciones y en los ejercicios espirituales...

—Ya está. Te vas otra vez.

—¡Lo siento! No hablemos más, Timothy.

Respiraba profundamente. Timothy era mi amigo más íntimo, tal vez mi único amigo, y, sin embargo, de pronto, me sentía harto, harto de su gorda cara bobona, harto

Librodot

de su corte de pelo a cepillo, harto de su arrogancia, de su dinero, de sus antepasados, de su desprecio por todo lo que no era fácilmente comprensible. Fríamente, le dije:

—Escucha, si no te diviertes aquí, ¡lárgate! No quiero que pienses que yo te retengo. ¡Lárgate, si es lo que quieres! Y no te preocupes por mí, ni por el juramento ni por todas esas cosas. Soy ya mayorcito para apañármelas solo.

—No sé lo que quiero hacer —murmuró. Y, en un instante, la irritación taciturna desapareció de su cara. La expresión que la reemplazó no es fácil de asociar con Timothy: confusión, vulnerabilidad. Pero desapareció de pronto para dar paso a un aire desdeñoso:

—Y, otra cosa —siguió—, ¿por qué tengo que estar obligado a confiarme mis secretos a cualquiera?

—No estás obligado.

—El hermano Javier ha dicho que había que hacerlo.

—¿Qué te importa? Si no quieres hacerlo, no lo hagas y en paz.

—Forma parte del ritual.

—Pero tú no crees en el ritual. Además, te vas mañana. Lo que diga el hermano Javier no es tu problema.

—¿Acaso he dicho que me iba?

—Es lo que he creído entender.

—He dicho que tenía ganas de irme, no que me fuera a ir. No es lo mismo. Todavía no lo he decidido.

—Quédate o vete, como quieras. Confiésate o no. Pero, si no tienes intención de hacer lo que el hermano Javier te envía a hacer aquí, me gustaría que me dejaras dormir un poco.

—No me zarandees, Oliver. No me metas prisa de esa forma. ¡No puedo ir tan deprisa como tú quisieras!

—Has tenido todo el día para decidir si tenías algo que decirme o no.

Asintió lentamente. Se agachó, inclinó la cabeza hacia delante hasta que la tuvo entre las rodillas y se quedó encogido, pegado contra la pared, sin decir nada, durante un buen rato. Mi irritación bajó. Veía que, realmente, tenía problemas. Aquella nueva faceta de Timothy era desconocida para mí. Quería abrirse, quería participar, pero despreciaba de tal forma todo aquello, que era incapaz. No le dije nada. Le dejé allí, encogido, y, finalmente, levantó la cabeza y dijo:

—Si te cuento lo que tengo que contarte, ¿qué seguridades tengo de que no lo repetirás?

—El hermano Javier nos ha dado como instrucciones no repetir a nadie lo que escucháramos en las confesiones.

—Lo sé, pero, ¿guardarás el secreto realmente?

—¿No confías en mí, Timothy?

—No confío en nadie para esto. Es algo que podría destruirme. El hermano no bromeaba cuando decía que cada uno de nosotros tiene en el fondo del corazón algo que no se atreve a dejar salir. He hecho bastantes cosas asquerosas en mi vida, sí, pero hay una que es tan asquerosa que la confiere un valor casi sagrado. Probablemente, vas a despreciarme —su cara estaba gris—. No sé si tengo ganas de contártelo.

Librodot

—Si no quieres, no lo hagas.

—Estoy intentando liberarme.

—Sólo debes hacerlo si te adhieres a la disciplina de *El Libro de los Cráneos.* Lo que no es tu caso.

—Sí, porque, si quisiera adherirme, tendría que hacer lo que pide el hermano Javier. No sé. No sé. ¿Estás seguro de que no se lo contarás a nadie? ¿Ni a Eli, ni a Ned? ¿Ni a nadie más?

—Estoy absolutamente seguro.

—Me gustaría creerte.

—No puedo ayudarte a eso, Timothy. Es como dice Eli: hay ocasiones en las que hay que tener fe.

—Podemos hacer hacer un trato —dijo con la frente perlada de sudor, con aspecto desesperado—. Yo te cuento mi historia y tú después me cuentas la tuya; de esa forma, cada uno tendrá una forma de presionar al otro y una garantía de que no se lo dirá a nadie.

—Tengo que confesarme con Eli, no contigo.

—¿Lo rechazas?

—Lo rechazo.

Volvió a quedarse silencioso. Todavía más tiempo que la última vez. Finalmente, levantó los ojos. Tenía una mirada horrible. Se humedeció los labios y movió la mandíbula, pero no profirió ni un solo sonido. Parecía estar al borde del pánico, y una parte de su terror se apoderó de mí. Me sentía nervioso, tenso, oprimido por el aplastante calor que sentí súbitamente.

Finalmente, consiguió pronunciar algunas palabras:

—Ya conoces a mi hermana pequeña.

Sí, la conocía. La había visto varias veces, cuando me invitaron a casa de Timothy en las vacaciones de Navidad. Tenía dos o tres años menos que él. Era una rubia de piernas armoniosas, bastante bonita pero no particularmente brillante. Una Margo, en resumen, pero sin su personalidad. La hermana de Timothy era el ejemplo clásico de la estudiante de Wellesley, debutante, yendo a los tés de caridad, jugando al tenis, practicando la equitación y el golf. Tenía un cuerpo atractivo, pero, aparte de eso, no la encontraba nada llamativa, pues su aire altivo, su aspecto plateado, su expresión de virginidad virtuosa, me rechazaban. No encuentro a las vírgenes tan interesantes. Esta daba la impresión de estar muy por encima de cosas tan bajas, tan vulgares como el sexo. La imaginaba hablando con su prometido mientras el pobre intentaba deslizar una mano por su pecho: «¡Oh, querido, no seas tan vulgar!» Dudo que sintiera más simpatía por mí que la que yo sentía por ella. Mis orígenes de Kansas me marcaban como campesino, y mi padre no pertenecía a los clubs indicados, ni yo a la iglesia adecuada. Mi falta total de credenciales para la alta sociedad me marginaba definitivamente de la categoría de machos que las chicas de su clase pueden considerar como maridos o amantes potenciales. A sus ojos, sólo era parte del mobiliario, como el jardinero o el palafrenero de su padre.

—Sí —contesté—, conozco a tu hermana pequeña. Timothy me estudió en silencio durante un interminable momento.

—Cuando estaba en mi último año de liceo —declaró con una voz tan cavernosa y

decrépita como una tumba abandonada—, la violé, Oliver. ¡Violada!

Creo que esperaba que el cielo se abriera y que un rayo le partiera la cabeza cuando me hizo esta confesión. Por lo menos, esperaba verme sobresaltado, estupefacto, taparme los ojos y exclamar que estaba espantado por sus chocantes palabras. De hecho, estaba un poco sorprendido, por un lado porque se hubiera tomado la molestia de dedicarse a una tarea tan ingrata, y, por otro, porque hubiera conseguido ventilarse a su hermana sin más consecuencias inmediatas, es decir, sin recibir una buena paliza cuando los gritos de la chica atrajeran al resto del personal de la casa. Y me hacía falta volver a ver enteramente la imagen que tenía de ella, ahora que sabía que sus altivos muslos habían sido trabajados por el pene de su hermano. Pero, aparte de esto, no estaba atónito por nada más. Donde yo nací, el simple peso del aburrimiento empuja frecuentemente a los jóvenes al incesto, sin más consecuencias. Aunque yo nunca me acosté con mi hermana, conozco a bastantes chicos que lo han hecho con las suyas. Más que el tabú filial, fue la falta de inclinación lo que me lo impidió. Pero, para Timothy, era evidentemente algo serio, y mantuve un respetuoso silencio y un aire serio y confundido durante todo el tiempo que estuvo contándome su historia.

Al principio se expresaba penosamente, sudaba, balbuceando las palabras, como Lyndon Johnson intentando explicar su política en Vietnam ante un tribunal de crímenes de guerra. Pero, al cabo de un momento, repitiendo tan a menudo las palabras que ahora le acudían automáticamente a los labios, una vez que el difícil pasaje del principio se había franqueado. Todo sucedió, dijo, hacía exactamente cuatro años, cuando volvió a Andover para las vacaciones de Semana Santa y su hermana volvió del colegio para chicas en Pensilvania (sólo cinco meses más tarde conocí a Timothy). Tenía diediocho años y su hermana quince y medio. No se entendían demasiado bien desde siempre. Era el tipo de chica para la que sus relaciones con su hermano mayor consistían, sobre todo, en sacarle la lengua. El la encontraba snob y morbosa, y ella le consideraba como un bruto grosero. Durante las vacaciones de Navidad anteriores, se había ligado a la mejor amiga de la clase de su hermana, y, cuando la hermana se enteró, sus relaciones empeoraron todavía más.

Era una fase difícil en la existencia de Timothy. En Andover era un líder potente y universalmente admirado, un héroe de fútbol, presidente de su clase, símbolo de virilidad y de saber hacer, pero, a los dos meses, terminaría sus clases, y todo el prestigio acumulado no serviría para nada. Se encontraría otra vez entre cientos de otros, en una universidad famosa en el mundo entero. Era una experiencia traumatizante para él. Mantenía también una costosa y difícil unión a distancia con una chica de la Universidad de Radcliffe, uno o dos años mayor que él. No estaba enamorado de ella, era solamente cuestión de prestigio para él, cuestión de decir que se acostaba con una universitaria, pero él estaba seguro de que ella le quería. Y, justo antes de Semana Santa, había sabido por una tercera persona que ella lo consideraba como un juguete, una especie de trofeo del liceo para exhibirlo ante sus innumerables fieles sirvientes de Harvard. Esta actitud, de hecho, era todavía más cínica que la que él tenía hacia ella. Había, por tanto, entrado en las tierras paternas con el sentimiento de estar particularmente acabado, lo que era nuevo para un chico como Timothy. Inmediatamente, conoció una nueva desilusión. Había en su pueblo una chica que él quería, la quería «realmente». Ignoro exactamente qué es lo que Timothy entiende por «amar», pero creo que es un término que se aplica a cualquier chica que satisface sus criterios de apariencia, fortuna y nacimiento, y que no le deja acostarse con ella. Eso la convierte en inaccesible, la pone en un pedestal, y de esta forma se dice a sí mismo que la «ama». Un Don Quijote, en cierto sentido. Esta chica tenía diecisiete años y acababan de aceptarla en Bennington. Procedía de una familia que tenía casi el mismo rango que la de Timothy, era una emérita amazona, y, si se cree a Timothy, tenía un cuerpo digno

para ser elegida Playmate del año. Ella y él pertenecían al mismo *country club,* y bailaban y jugaban juntos al tenis desde una época en que no habían alcanzado la pubertad. Pero todos los intentos de Timothy para establecer una amistad un poco más profunda, habían sido expertamente rechazados. Estaba obsesionado con ella, hasta el punto de pensar en casarse con ella más tarde, y se había convencido de que ella le había elegido como su futuro marido. En consecuencia, razonaba, si no me deja tocarla, es porque conoce mi doble criterio y tiene miedo de que la considere no casadera si acepta dejarse desflorar precozmente.

Al principio de su vuelta al hogar, la llamaba por teléfono todos los días. Conversación amable, amistosa, distante. No parecía estar dispuesta a salir solos. Aparentemente, no era una costumbre muy practicada en su medio. Pero dijo que le vería en el baile del *country club* el sábado siguiente. La esperanza estaba en alza. Estos bailes del *country club* eran ocasiones muy protocolarias donde se debía cambiar constantemente de pareja, con algunos intermedios para meterse mano en diferentes rincones aprobados por el club. Consiguió llevarla a uno de aquellos rincones a la mitad de la velada, y, aunque estuvo lejos de acceder a todos los rincones de su anatomía, consiguió de todas formas ir más lejos de lo que había llegado nunca con ella: la lengua en la boca, una mano bajo el sujetador. Creyó incluso discernir un ligero brillo en sus ojos. En el baile siguiente, la invitó a dar un paseo con él, esto también formaba parte del ritual del *country club.* Visitaron los jardines. Luego sugirió bajar a los hangares de los barcos. En su grupo, un paseo al hangar de los barcos significaba follar. Bajaron hasta el barco. Las manos de Timothy se escurrieron rápidamente por sus fríos muslos. Palpitaba con todo su cuerpo bajo sus caricias, y su mano apasionada frotaba la abultada parte delantera de su pantalón. Como un toro enfurecido, la cogió con la intención de tirársela allí mismo, pero, con la presteza de una campeona olímpica de virginidad, le lanzó un rodillazo en los huevos, evitando a tiempo ser violada. Después de proferir algunas observaciones bien elegidas sobre sus bestiales maneras, salió dignamente, dejándole doblado en dos sobre el helado hangar.

Le ardía el bajo vientre y le invadía la rabia. ¿Qué hubiera hecho cualquier americano de sangre caliente? Timothy volvió al club titubeando, encontró en el bar una botella medio llena de bourbon y salió a la noche. Furioso y compadeciéndose de sí mismo. Después de haberse bebido la mitad del bourbon, saltó a su pequeño Mercedes deportivo y volvió a su casa a ciento veinte por hora. Terminó en el garaje lo que quedaba de la botella. Después, borracho y furioso, subió a invadir la virginal habitación de su hermana pequeña, y se tiró sobre ella. Se defendió. Imploró. Gimió. Pero era diez veces más fuerte que ella, y nadie podía desviarle del recorrido que había elegido, teniendo en cuenta que sus pensamientos estaban dictados por su monstruosa erección. Era una chica, era una cerda, se serviría de ella. En aquel momento no veía ninguna diferencia fundamental entre la calentona del hangar de los barcos y su encopetada hermana; eran las dos unas cerdas, eran todas unas cerdas, e iba a vengarse de toda la tribu de las mujeres de un solo golpe. La sujetó con las rodillas y los codos.

—Si chillas te parto el cuello —le dijo y no bromeaba, pues no podía controlarse, y ella también lo sabía.

El pantalón del pijama cayó. Cruelmente, el impaciente pene penetró las débiles defensas de su hermana.

—No sé, siquiera, si era virgen —me dijo taciturno—. La penetré sin ninguna dificultad.

En dos minutos todo había terminado. Se separó de ella. Estaban temblando, ella del trauma, él de la liberación, y la hizo notar que era inútil que se lamentara a sus padres, ya que, probablemente, no la creerían, y, si llamaban a un médico para verificar la

Librodot

historia, habría un escándalo, insinuaciones, y, una vez que todo se supiera en el pueblo, no tendría nunca ninguna oportunidad dé casarse con alguien que valiera la pena. Le fulminó con la mirada. Nunca había visto unos ojos tan cargados de odio.

Llegó mal que bien a su habitación, cayéndose dos o tres veces. Cuando se despertó, sobrio y aterrado, esperaba encontrar a la policía aguardándole abajo. Pero solamente estaba su padre, la mujer de éste y los sirvientes. Nadie se comportaba como si algo hubiera pasado. Su padre le preguntó sonriente si el baile había estado bien, y le comunicó que su hermanita había salido con algunas amigas. No volvió hasta la hora de la comida, y se comportó como si todo fuera normal. Como buenas tardes le dirigió una mirada glacial. Aquella misma tarde, le cogió aparte y le dijo con voz amenazante y terrorífica:

—¡Si lo vuelves a intentar, te planto un cuchillo en los huevos, te lo juro!

Pero fue la única ocasión en que aludió a lo que había hecho. En cuatro años no volvió a hablar de ello ni una sola vez, no a su hermano, por lo menos, pero probablemente a nadie. Aparentemente, había anclado aquel episodio en un compartimento estanco de su espíritu, clasificándolo entre las experiencias desagradables de una noche, como por ejemplo un súbito ataque de colitis. Puedo atestiguar que mantiene una superficie perfectamente helada, y que siguió manteniendo su papel de virgen eterna como si nadie hubiera pasado por allí.

Aquello era todo. No tenía nada más que decirme. Cuando Timothy terminó, levantó la cabeza, vacío, agotado, la cara gris. Había envejecido millón y medio de años.

—No puedo explicarte lo que siento desde entonces —dijo—. Un sentimiento de culpabilidad que no me abandona.

—¿Te sientes liberado ahora?

—No.

No me sorprendió. Nunca he creído que cuando uno abre su alma aleje ni un ápice su tristeza. Solamente contribuye a diluirla un poco. Lo que Timothy acababa de contarme era una historia fea, mala, sórdida, una historia de ricos ociosos que se entretenían llenándose la cabeza según los criterios de moda, que se martirizaban con historias de virginidad y bienestar, y que se creaban pequeños melodramas según sus costumbres, donde entraban en escena junto con su entorno según un guión determinado por el snobismo y la frustración. Timothy casi me daba pena, el bravo y sólido Timothy de la superficie, tan víctima como criminal, que quería, simplemente, entretenerse en el country club y que, a cambio, recibió un rodillazo mal colocado. Sé había emborrachado y había violado a su hermana porque pensaba que se sentiría mejor después, o porque no pensaba en absoluto. Ese era su gran secreto, su terrible pecado. No me sentía mancillado por la historia. Era tan lamentable, tan digna de comprensión. Guardaría esto en la cabeza para toda la eternidad. No sabía qué decirle. Al cabo de lo que me parecieron diez buenos y silenciosos minutos, se levantó pesadamente y llegó a la puerta.

—Ya está —dijo—. He hecho lo que pidió el hermano Javier. Ahora, me siento como un montón de mierda. ¿Qué impresión te causa a ti, Oliver? —empezó a reírse—. Y, mañana, te tocará a ti.

Salió.

Sí, mañana me tocará a mí.

Librodot

37

ELI

Oliver empezó:

—Fue al principio del mes de septiembre. Karl y yo habíamos salido solos los dos, a cazar palomas o perdices en los bosques del norte del pueblo. No habíamos cogido más que polvo. Cuando salimos de los árboles vimos un pequeño lago delante nuestro, una simple charca de hecho, pero teníamos calor y sudábamos, pues el verano no se había terminado del todo. Así que, después de dejar las escopetas y desvestirnos, nos sumergimos y nos estiramos después para secarnos sobre una gran piedra plana, esperando que los pájaros quisieran pasar por allí para poder dispararles, ¡paf!, ¡paf!, sin tener que molestarnos.

»Karl tenía quince años y yo catorce, pero, realmente, yo era más alto que él, pues me había desarrollado más y aquella misma primavera le había adelantado. Karl me parecía, algunos años antes muy maduro y fuerte. Ahora, a mi lado, parecía imberbe.

»Durante un largo rato no nos hablamos, y estaba a punto de sugerir que nos vistiéramos para marcharnos cuando se volvió hacia mí con una extraña mirada, y me di cuenta de que estaba mirando mi cuerpo, mi bajo vientre. Y se puso a hablar de las chicas, de su estupidez, de los estúpidos ruidos que hacían cuando se las amaba, y me dijo lo harto que estaba de verse obligado a hacerles la corte antes de que aceptaran acostarse con uno, lo cansado que estaba de sus grandes senos fofos, de sus maquillajes, de sus ridículas sonrisas; lo harto que estaba de pagarles la bebida y escuchar su charla, y así sucesivamente. Contesté riendo que las chicas tenían muchos defectos, por supuesto, pero que había que soportarlos, ¿no era así? Y Karl me contestó: "No, no estamos obligados a soportarlas."

«Estaba seguro de que quería hacerme hablar, y le contesté: "¿Sabes, Karl? A mí, los corderos o las vacas no me tientan demasiado. A lo mejor lo has hecho con patos recientemente."

«Sacudió la cabeza. Parecía fastidiado.

»"No hablo de hacerlo con animales", me dijo con el tono con que se habla a los niños. "Eso, es bueno para los estúpidos, Oliver. Intento, simplemente, decirte que hay otra forma de hacerlo; un medio limpio, fácil, en el que no hacen falta las chicas, donde no se está obligado a venderse a ellas y de hacer todas las estupideces que ellas quieren. ¿Entiendes lo que quiero decir? Es sencillo, es honesto, se ponen las cartas sobre la mesa, y voy a decirte una cosa", añadió, "no juzgues antes de haberlo intentado".

»No estaba seguro del todo de lo que quería decir, en parte porque era ingenuo, y en parte porque no quería creer que pensaba lo que yo creí que pensaba. Emití un gruñido que no quería decir nada, y que Karl debió considerar como un signo de asentimiento, pues desplazó su mano y la posó sobre mí, arriba de mi muslo. "¡Eh, espera!", exclamé, y me repitió: "No juzgues antes de haberlo intentado, Oliver." Siguió hablándome con voz intensa y baja, explicándome que las mujeres estaban vacías y que él tenía la intención de mantenerse al margen toda su vida, y que, incluso si se casaba, sólo tocaría a su mujer para hacerle hijos; por lo demás, en cuestión de placer, se limitaría a las relaciones de hombre a hombre, porque es la única relación honesta y limpia. Se va de caza con hombres, se juega a las cartas con hombres, se emborracha uno con hombres, se abre uno verdaderamente, así que, ¿por qué no llegar hasta el final y tomar el placer sexual también de los hombres?

Librodot

»Mientras me explicaba todo esto, hablando muy deprisa, sin dejarme en ningún momento meter baza, presentando las cosas de manera razonable y lógica, su mano estaba sobre mí, posada con dejadez sobre mi muslo, como podrías apoyar tu mano en el hombro de alguien mientras hablas, sin que eso quiera decir nada particular. Sin dejar de hablar, empezó a deslizarla, hacia mi ano. Veía que se dejaba ir, Eli, pero lo que más me extrañaba es que yo también me dejaba ir. Sólo el cielo azul estaba sobre nosotros y no había nadie en un radio de diez kilómetros. Pero sentía vergüenza al mirarme, vergüenza de lo que me estaba pasando. Era para mí una revelación que otro hombre pudiera excitarme de aquella forma. Sólo una vez, decía, sólo una vez, Oliver, y, si no te gusta, no te volveré a hablar de ello, pero no tienes que juzgar antes de intentarlo, ¿me oyes?

»No sabía qué contestarle, y no sabía cómo decirle que quitara la mano. Después la subió un poco más arriba, más arriba, y... escucha Eli, no quisiera ser demasiado descriptivo. Si te molesta, dímelo, e intentaré ceñirme a los términos generales...

—Dilo empleando los términos que quieras, Oliver.

—Su mano subía, subía, hasta que se encontró cerrada a mi alrededor... alrededor de mi pene, lo sostenía, Eli, exactamente igual que pudiera hacerlo una chica, y estábamos desnudos los dos al borde del lago, donde acabábamos de nadar, a la salida del bosque, y me hablaba todo el tiempo, me decía que se podía hacer aquello muy bien entre hombres, que había aprendido con su cuñado. Sabes que detesta a mi hermana, me decía, sólo están casados desde hace tres años, y no puede ni verla, no soporta su olor, su forma de limarse las uñas todo el tiempo, todo lo que hace, y una noche me dijo: «Déjame enseñarte, algo divertido, Karl.» Y tenía razón, era divertido. «Déjame también enseñarte, Oliver. Y, después, me dirás quién te ha dado más placer, Christa Henrichs o yo, Judy Beecher o yo.»

El olor picante del sudor impregnaba la atmósfera de la habitación. La voz de Oliver era áspera y dura, cada sílaba salía con la fuerza de una flecha. Su mirada era vidriosa y su cara estaba enrojecida. Parecía pasar por una especie de trance. Si no fuera porque conocía a Oliver, hubiera creído que estaba drogado. Esta confesión le costaba un enorme precio interior. Había estado claro desde que entró, la mandíbula apretada, labios crispados, aspecto retorcido como pocas veces le había visto, y había empezado su narración titubeante de una aventura de chiquillos en el bosque de Kansas al final del verano.

A medida que su historia avanzaba, intentaba anticipar lo siguiente e imaginar la conclusión. Visiblemente debía haberle dado un golpe traidor a Karl de una forma o de otra, suponía. ¿Le había engañado en el reparto de las ganancias del día? ¿Le había robado las municiones mientras su amigo tenía la espalda vuelta? ¿Le había matado después de una pelea y declarado después al juez que fue un accidente? Ninguna de estas posibilidades me pareció convincente, pero no estaba en absoluto preparado para el verdadero giro de su narración: la mano vagabunda, la seducción hábil, el decorado rural, los fusiles, la caza, el bosque, me habían inducido a error, mi imagen simplificada de la infancia en Kansas no dejaba lugar a aventuras homosexuales y otras manifestaciones de lo que, para mí, representaba una cierta decadencia urbana. Y, sin embargo, existía Karl, el cazador viril, acariciando al joven e inocente Oliver, y tenía ante mí a aquel mismo Oliver, más viejo, sacando con dificultad las palabras de sus entrañas.

Pero la narración parecía más fácil ahora. Oliver estaba cogido por el ritmo de sus palabras, y, aunque su angustia era la misma, la riqueza de sus descripciones se ampliaba, como si experimentara un placer masoquista vaciándome su saco. Era más un acto de degradación que una confesión. La historia se desarrollaba inexorablemente,

Librodot

literariamente embellecida por los detalles evocadores. Oliver describía su timidez, su embarazo de joven virgen, su abandono gradual a los argumentos de Karl, el momento crítico en que su mano buscó por fin el cuerpo de su amigo. Oliver no me ocultó nada. Karl no estaba circunciso, supe, y, por si las implicaciones anatómicas de este hecho no me fueran familiares, Oliver me explicó con detalle el aspecto de un pene sin circuncidar, tanto en estado fláccido como en erección. También me describió las caricias manuales y su iniciación en los placeres orales, luego acabó por describirme dos jóvenes cuerpos machos y musculosos rodando por la hierba al borde del lago en costosa copulación. Había un fervor casi bíblico en sus palabras: había cometido una abominación, se había mancillado con el pecado de Sodoma, se había envilecido hasta la séptima generación, todo ello en una tarde de juegos infantiles. Muy bien, me daban ganas de decirle, de acuerdo, hiciste eso con tu amigo, pero, ¿acaso eso representa una razón para hacer tal *megillah?* Eres, fundamentalmente, hetero, ¿no? Todo el mundo ha tenido ocasión de divertirse con algún amigo suyo siendo pequeño. Y hace tiempo que Kinsey nos dijo que un adolescente varón de cada tres había llevado las cosas hasta el final...

Pero no le dije nada. Era el gran momento de Oliver y no quería cortarle sus efectos. Era su trauma, era el demonio que le rondaba y lo exhibía a la luz del día para que yo lo examinase. Estaba terriblemente lanzado. Me condujo con un ímpetu grandioso hasta la eyaculación final. Después, agotado, se apagó, los ojos glaucos, la cara caída. Esperaba mi veredicto, imagino. ¿Qué podría decirle? ¿Cómo juzgarle? No dije nada.

—¿Qué pasó después? —pregunté al fin.

—Nos bañamos, nos lavamos y después nos vestimos, y cazamos algunos patos salvajes.

—No, quiero decir después. Entre Karl y tú. Las consecuencias de vuestra amistad.

—Volviendo al pueblo —declaró Oliver—, le dije a Karl que si volvía a acercarse a mí, le partía la cara.

—Y, ¿después?

—No le volví a ver. Un año más tarde, se enroló en la Marina añadiéndose algunos años, y le mataron en Vietnam.

Oliver me miraba con aire de desafío, esperando, evidentemente, otra pregunta, algo que, estaba seguro, debía preguntarle. Pero no tenía nada que preguntar. El carácter totalmente fuera de lugar de la muerte de Karl había roto para mí el hilo de la narración. Me sentía estúpido y vacío. Después, Oliver rompió de nuevo el silencio:

—Fue la única vez en mi vida que he conocido este tipo de experiencias. Absolutamente la única, ¿me crees? ¿No es así, Eli?

—Naturalmente, te creo.

—Espero que sea así, porque es verdad, cuando tenía catorce años. ¿Sabes? Una de las razones por las que acepté cohabitar con un estudiante homosexual, fue para hacerme una especie de examen, para comprobar si me tentaría, para saber cuáles eran mis inclinaciones naturales, si lo que hice aquel día con Karl no era más que un accidente o si se reproduciría cuando la ocasión se volviera a presentar. Y, bien, la ocasión se presentó, pero tú sabes que nunca he hecho nada con Ned. ¿Lo sabes, no es así? La cuestión de las relaciones físicas entre él y yo nunca ha sido evocada entre nosotros.

—Por supuesto.

Me miraba fijamente otra vez. Todavía esperaba, pero, ¿qué?

Librodot

—Solamente tengo una cosa que añadir.

—Te escucho, Oliver.

—Una sola cosa. Una pequeña nota a pie de página, pero que da todo su sentido a la historia, porque aísla el elemento de culpabilidad. Mi culpabilidad no reside en lo que hice, sino en lo que sentí después de haberlo hecho.

Rió nerviosamente. De nuevo guardó silencio. Le costaba decirme la última cosa. Su mirada era evasiva. Creo que lamentaba haber añadido un término nuevo a su confesión. Finalmente, reanudó:

—Te lo voy a decir, Eli. Con Karl, me gustó. Saqué de ello una extraordinaria sensación, todo mi cuerpo estaba en erupción. Es probablemente el mayor placer que he sentido en mi vida. Nunca lo he vuelto a intentar, porque sé que está mal, pero quiero hacerlo, siempre he querido, todavía quiero —temblaba—. Cada minuto de mi existencia debo luchar contra ello, y hasta hace poco no me había dado cuenta de hasta qué punto era duro el combate. Eso es todo, Eli. Ahora lo sabes todo. No tengo nada más que decirte.

38

NED

Eli llega, sombrío, melancólico, completamente lleno de una melancolía rabínica, personificación de la espalda corvada del Muro de las Lamentaciones, llevando a sus espaldas dos mil años de tristeza. Tiene la moral baja. Muy baja. Me había dado cuenta, como todos nosotros, hasta qué punto parecía adaptarse a la vida del Monasterio de los Cráneos. Se alegraba, estaba radiante como no lo había visto nunca, pero, de pronto, todo aquello terminó. Desde hace una semana, ha descendido bajo tierra. Y estas jornadas de confesión parecen haberle sumergido en el más profundo de los abismos. Mirada tierna, las comisuras de los labios curvadas hacia abajo. Expresión de duda, de desprecio hacia sí mismo.

Emana de él una aureola helada. ¿Qué te preocupa, Eli de mi corazón?

Hablamos un poco de todo, me sentía libre, ligero y de buen humor, como me había sentido los días anteriores, después que me expansioné contando mi historia de Julián y del otro Oliver en el regazo de Timothy. El hermano Javier sabía lo que hacía. Airearme de toda aquella basura era exactamente lo que necesitaba. Sacarlo todo a la luz del día, analizarlo, descubrir cuál era la parte de la historia que más daño hacía. Así que, con Eli, estaba de humor sosegado y expansivo, mi ligero sarcasmo habitual estaba ausente. No tenía ningún deseo de contrariarle, esperaba simplemente, más sereno que nunca, a que se aligerase de su confesión. Esperaba que se lanzara a un monólogo brusco, rápido, liberador del alma, pero no, con Eli la línea recta no es nunca el camino más corto. Quería hablar antes de otras cosas. ¿Cómo evaluaba yo nuestras posibilidades en la Prueba? Me encogí de hombros y le dije que raramente pensaba en estas cosas, que me limitaba a realizar la rutina cotidiana del jardín, de la meditación, de los ejercicios físicos y de los coitos, diciéndome a mí mismo que cada día, desde cualquier punto de vista, me acercaba un poco más a la meta. Sacudió la cabeza, le obsesionaba un presentimiento de derrota. Al principio, tuvo confianza en el éxito de nuestra Prueba, y le habían abandonado sus últimos vestigios de escepticismo. Creía implícitamente en el contenido de *El Libro de los Cráneos,* y creía también que la recompensa prometida nos sería dada. Ahora su fe en el *Libro* seguía intacta, pero su confianza en sí mismo se había roto. Estaba convencido de que se preparaba una crisis, que rebajaba todas nuestras esperanzas. El problema, decía, era Timothy. Eli estaba convencido de que estaba al límite de sus fuerzas, que no podía soportar más el permanecer en el monasterio, y que dentro de dos o tres días, se iría, dejándonos colgados con un Receptáculo incompleto.

—Pienso lo mismo que tú —le dije.

—¿Qué podemos hacer?

—No gran cosa. No podemos obligarle a quedarse.

—Si se va, ¿qué nos pasará?

—¿Cómo voy a saberlo, Eli? Pienso que tendremos problemas.

—¡No le dejaré irse! —exclamó con súbita vehemencia.

—¿No? ¿Y qué harás para impedírselo?

—Todavía no he decidido nada, pero no dejaré que se vaya.

Su rostro se transformó en una trágica máscara.

Librodot

—¡Por Dios! ¡Ned! ¿No ves que todo se estropeará?

—Pensaba, por el contrario, que lo conseguiríamos.

—Al principio, al principio. Pero no ahora. No hemos tenido mucha influencia sobre Timothy; y ahora ni siquiera se molesta en ocultar su impaciencia, su desprecio... —Eli hundió la cabeza entre los hombros, como las tortugas—. Y esas orgías con las sacerdotisas. Estoy a punto de estropearlo todo, Ned. No consigo controlarme. Es agradable follar a todo pasto, sí, pero no consigo dominar las disciplinas eróticas.

—Te descorazonas muy pronto.

—No realizo ningún progreso, no he conseguido todavía llegar nunca a la tercera; dos, sí, algunas veces, pero tres, nunca.

—Es cuestión de práctica.

—¿Tú lo consigues?

—Perfectamente.

—Evidentemente. Es porque las mujeres no te interesan. Para ti es solamente un ejercicio físico, como balancearte en un trapecio. Pero yo, me siento «implicado» con esas chicas. Ned: las considero como objetos sexuales, lo que hago con ellas es enormemente importante para mí, y yo... y yo... ¡Por Dios! ¡Ned! Si no consigo franquear este obstáculo, ¿para qué matarme con el resto?

Un abismo de compasión hacia sí mismo le había engullido. Le prodigué los ánimos necesarios: «No te dejes llevar, tío, no abandones la lucha.» Luego, le recordé que, en principio, había venido a hacerme una confesión. Asintió silenciosamente. Durante uno o dos minutos se quedó callado, distante, balanceándose de adelante atrás, luego, de pronto, dijo, sin que tuviera nada que ver, de forma chocante:

—¿Sabías que Oliver era homosexual?

—Necesité unos cinco minutos para darme cuenta.

—¿Ya lo sabías?

—Hace falta serlo para reconocer a uno. ¿Nunca oíste decir eso? Lo vi en su cara la primera vez que le conocí. Me dije a mí mismo, ese tío es marica. Consciente o no, es uno de los nuestros. Mirada rígida, mandíbula apretada, ese aire de deseo reprimido, la ferocidad apenas disimulada de un alma apresada en vivo, que sufre porque no tiene derecho a hacer lo que desea con ardor. Todo en él lo proclama: el trabajo que se impone como autocastigo, su forma de considerar el deporte, incluso su forma de relacionarse con las mujeres. Es un caso típico de homosexualidad latente.

—No tan latente —dijo.

—¿Cómo?

—No es solamente homosexual en potencia, ya ha tenido una experiencia. Solamente una vez, es verdad, pero eso ha bastado para marcarle profundamente desde los catorce años. ¿Por qué crees que te pidió que vivieras con él? Era para probar el control que ejercía sobre sí mismo. Era una prueba de estoicismo, todos estos años en que no te ha dejado tocarle, pero te desea, Ned. ¿Nunca te habías dado cuenta? No es solamente latente, es consciente superficialmente.

Le lancé a Eli una extraña mirada, lo que me estaba diciendo era algo que yo podía aprovechar. Pero, aparte de esta esperanza de ganancia personal que me traía la revelación de Eli, estaba estupefacto y fascinado, como se está siempre cuando a uno le hacen una confidencia tan íntima. Me producía un extraño efecto. Me recordaba algo que pasó

Librodot

el verano que estuve en Southampton, durante una velada en que todo el mundo estaba borracho. Dos hombres que habían vivido juntos cerca de veinte años, se habían peleado violentamente, y uno de ellos arrancó con violencia la túnica de algodón rizado del otro, desvelando su desnudez ante todo el mundo, revelando un vientre fofo, unas entrepiernas casi sin vello, y unos órganos genitales sin desarrollar, como los de un niño de diez años, exclamando que había tenido que apañarse con aquello durante todos los años pasados. Aquel momento de la verdad, de desenmascaramiento catastrófico, había sido motivo de deliciosas conversaciones de salón durante semanas, pero a mí me asqueó, porque había sido testigo de los sufrimientos privados de otro, y sabía que lo que todo el mundo había visto esta tarde, no era solamente un cuerpo desnudo. No tenía necesidad de conocer lo que entonces me fue revelado. Y, ahora, Eli me había dicho algo que podía serme útil en cierto modo, pero que también me había forzado a introducirme sin pedirlo en el alma de otra persona.

—¿Cuándo lo has descubierto? —pregunté.

—Oliver me lo dijo ayer por la noche.

—¿En su conf...?

—En su confesión, sí. Todo sucedió en Kansas. Había ido a cazar al bosque con uno de sus amigos, un chico un año mayor que él, y se pararon para bañarse, y, cuando salieron del agua, el otro le sedujo, y a Oliver le gustó. No lo ha olvidado nunca, la intensidad de la situación, el placer físico que le produjo, pero se ha abstenido cuidadosamente de renovar la experiencia. Tienes mucha razón cuando dices que se puede explicar en gran parte la rigidez de Oliver, su carácter obsesionado, los continuos esfuerzos que hace para rechazar su...

—¿Eli?

—¿Sí, Ned?

—Eli, estas confesiones están consideradas como confidenciales.

Se mordió el labio inferior:

—Lo sé.

—Estás atentando contra la vida interior de Oliver al repetirlo, sobre todo a mí.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—He pensado que te interesaría.

—No, Eli, no es eso. Alguien que tiene tu capacidad de discernir, tu conocimiento existencial... No, tío, no te veo en el papel de difusor de chismes. Has venido aquí con la deliberada decisión de traicionar a Oliver. ¿Por qué? ¿Intentas maquinar algo entre Oliver y yo?

—No exactamente.

—Entonces, ¿por qué me lo has dicho?

—Porque sabía que estaba mal.

—¿Qué coño viene a significar eso?

Emitió una extraña sonrisa forzada.

—Eso me da algo que confesar. Considero lo que acabo de hacer como el acto más odioso que he hecho en mi vida. Revelar el secreto de Oliver a la persona más capaz de aprovecharse de su vulnerabilidad. Ya está. Está hecho y ahora lo confieso oficialmente.

Librodot

Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa. El pecado se ha cometido delante de tus ojos: ahora, dame la absolución, ¿quieres?

Hablaba a un ritmo tan rápido y brusco que durante un instante fui incapaz de seguir las bizantinas circunvoluciones de su razonamiento. Incluso cuando comprendí, tuve dificultad en creer que hablaba seriamente. Finalmente, le contesté:

—¡Esta forma de escabullirte me parece asquerosa!

—¿Tú crees?

—Tu cinismo ni siquiera es digno de Timothy, viola el espíritu y probablemente la letra de las instrucciones del hermano Javier. El hermano Javier no dijo en ningún momento que quería que cometiéramos pecados por encargo para arrepentirnos de inmediato. Tienes que confesarte de algo real, algo que pertenezca a tu pasado, algo profundamente enraizado en ti, que te envenene la sangre desde hace años.

—¿Y si no tengo nada de ese género que confesar?

—¿Absolutamente nada, Eli?

—Absolutamente nada.

—¿Nunca deseaste que tu abuela cayera rígida, muerta, porque te había hecho poner un traje nuevo? ¿No has mirado nunca en los vestuarios de chicas por el agujero de la cerradura? ¿Nunca arrancaste las alas de una mosca? ¿Cómo puedes decir honestamente que no tienes ninguna falta escondida que reprocharte?

—Nada que cuente realmente.

—¿Acaso eres tú quien debe juzgarte?

—¿Quién si no? —estaba cada vez más nervioso—. Escucha, te hubiera contado cualquier otra cosa si hubiera habido algo más. Pero no hay nada. Pequeños pecados, como arrancarle las alas a una mosca, he cometido miles. De todas formas, no podría contarte algo como eso. La única forma para mí de obedecer las instrucciones del hermano Javier, era violar el secreto de Oliver y es lo que he hecho. Pienso que eso debe ser suficiente. Ahora, si no tienes inconveniente, me voy.

Se dirigió hacia la puerta.

—¡Espera! —le grité—. No acepto tu confesión, Eli. Intentas, a todas luces, colarme un pecado prefabricado, una culpabilidad a la medida. ¡Eso no vale! ¡Quiero algo verdadero!

—Lo que te he dicho sobre Oliver, es verdad.

—Sabes muy bien lo que quiero decir.

—No tengo nada más que decirte.

—No es por mí, Eli. Es por tu bien, es por tu propio rito de purificación. He pasado por eso, y Oliver, e incluso Timothy. ¿Y tú quieres hacerme creer que todo lo que has hecho no te ha hecho nunca sentirte culpable...? —me encogí de hombros—. ¡De acuerdo! Es tu inmortalidad la que estás estropeando, no la mía. ¡Puedes irte! ¡Venga! ¡Venga!

Me lanzó una terrible mirada, una mirada de miedo, de resentimiento y de angustia, y salió rápidamente, sin darse la vuelta. Solamente cuando se hubo ido me percaté de que mis nervios estaban tensos, al límite, mis manos temblaban, y un músculo del muslo izquierdo me temblaba violentamente. ¿Qué me había transformado de aquella manera? ¿La cobarde evasión de Eli? ¿O la revelación sobre Oliver? Las dos, decidí. Las dos. Pero lo segundo más que lo primero. Me preguntaba qué pasaría si me iba ahora a

buscar a Oliver. Hundiría mi mirada en sus ojos azules, glaciales. Lo sé todo, le diría con voz tranquila. Sé cómo fuiste seducido por tu amigo a los catorce años. Sin embargo, no intentes hablar de seducción conmigo, tío, porque no me lo creo. Y conozco bastante sobre esa cuestión, hazme caso. Uno no se convierte en homosexual porque lo hayan seducido. Se vuelve uno porque ya lo es. Está escrito en los genes, en los huesos, en los cojones y sale en la primera ocasión favorable. Alguien llega, te da la ocasión que buscas y, entonces, sólo entonces, lo descubres. Has tenido tu oportunidad, Oliver, y te ha gustado. Después has pasado siete años luchando contra eso. Pero, ahora, lo vas a hacer conmigo. No porque mis medios de seducción sean irresistibles, no porque te haya drogado, no porque te haya emborrachado, sino porque quieres, siempre has querido. No has tenido el valor de dejarte llevar. Y bien, te doy la oportunidad, le diré. Heme aquí. Y me acercaré a él, y le tocaré, y sacudirá la cabeza haciendo un ruido bronco en el fondo de su garganta, luchando, pero, súbitamente, algo se romperá en él, una tensión de siete años se liberará, y dejará de luchar. Se abandonará y por fin podremos hacerlo juntos. Después quedaremos apretados el uno contra el otro, agotados, sudorosos, pero el fervor se enfriará pronto, como sucede siempre después, y la culpabilidad y la vergüenza podrán con él, y veía todo esto como si realmente sucediera, me daría una hostia mortal, me tiraría al suelo, me golpearía la cabeza contra la piedra del suelo, mi sangre estará por todos lados. Se pondrá de pie encima mío mientras me retuerzo de dolor y me lanzará su rabia porque le habré dado la verdadera imagen de sí mismo, y no podrá soportar mirarla cara a cara con sus propios ojos. Pero qué le vamos a hacer, Oliver. Si tienes que destruirme, destrúyeme, me da igual porque te quiero, y acepto todo lo que quieras hacerme. Así, el Noveno Misterio se realizará, ¿no es verdad? He venido aquí para poseerte y después morir, y te he poseído, y ahora es el momento místico elegido para que desaparezca. Me es igual morir por tu mano, Oliver. Esos potentes puños me triturarán los huesos y mi dislocado cuerpo se retorcerá agonizante. Después volveré a caer inmóvil mientras la voz estática del hermano Antony canta el Noveno Misterio acompañado de un espejo invisible: ¡dong!, ¡dong! Ned ha muerto. Ned ha muerto. Ned ha muerto.

La escena tenía un realismo tan intenso que me puse a temblar; sentía la fuerza de aquella visión en cada molécula de mi cuerpo, tenía la impresión de haber ido ya donde Oliver, de haber compartido ya con él su apasionada intimidad, de haber muerto ya bajo su encendido odio. Ya no tenía necesidad de hacer todo aquello ahora. Habían terminado, habían sido realizaciones, todo pertenecía al pasado. Saboreaba mis recuerdos de él, el contacto de su piel fina con la mía, la dureza de sus músculos de granito bajo mis acariciantes dedos, el gusto de su piel en mis labios. El gusto de mi propia sangre cayendo por la comisura de mis labios mientras empezaba a golpearme. La sensación de abandonar mi cuerpo. El éxtasis. El hielo. La voz venida de arriba. Los hermanos entonando un Réquiem a mi memoria. Estaba perdido en un sueño visionario. En determinado momento me di cuenta de que alguien había entrado en mi habitación. La puerta se había abierto y luego vuelto a cerrar. Un ruido de pasos tenues se había oído. Aceptaba aquello como parte de mis sueños. Sin darme la vuelta, decidí que Oliver había venido a verme. En el estado en que estaba, tenía tal obsesión con que era él y con que no podía ser otra persona que tuve un instante de confusión cuando terminé de darme la vuelta y vi que era Eli. Se había sentado en el suelo tranquilamente apoyando la espalda en la pared opuesta a la cama.

En su primera visita tenía un aspecto simplemente deprimido, pero ahora, diez minutos más tarde, ¿o media hora?, parecía totalmente desintegrado. La mirada baja, los hombros hundidos; «no comprendo», dijo con voz cavernosa, «cómo esta historia de las confesiones puede tener algún valor, simbólico, real, metafórico o de otro tipo. Creí que había captado lo que el hermano Javier quería decir cuando nos habló de ello la primera

Librodot

vez; pero ahora ya no lo sé. ¿Es eso lo que hay que hacer para salvarnos de la muerte? ¿Y por qué? ¿Por qué?»

—Porque nos lo piden —contesté.

—¿Y entonces?

—Es cuestión de obediencia. De la obediencia nace la disciplina, de la disciplina nace la maestría y en la maestría se incuba el poder de conquistar las fuerzas de la degeneración. La obediencia es antíentrópica. La antientropía es nuestra enemiga.

—Pareces muy elocuente —dijo.

—La elocuencia no es pecado.

Rió y no contestó. Veía que estaba sobre una cuerda rígida en el límite entre la locura y la salud de espíritu. No era yo, que había andado toda la vida sobre aquella cuerda, quien iba a empujarle.

Pasó un largo momento. Mi visión de Oliver y de mí se esfumó y se convirtió en algo irreal. No odiaba por eso a Eli. Esta noche le pertenecía. Finalmente, se puso a hablarme de un ensayo que había escrito a los dieciséis años, el último año en el instituto, sobre la decadencia moral del imperio romano occidental visto a través del aspecto de la degeneración del latín, en cierto número de lenguas románicas. Todavía recordaba, casi de memoria, lo que había escrito, y me citó largos pasajes que escuché con aspecto de atención cortés, ya que, aunque sus argumentos me parecían brillantes, particularmente por haber sido escritos por un chico de dieciséis años, no tenía demasiadas ganas en ese preciso momento de oír hablar de las sutiles implicaciones de este punto de vista étnico que ocultan las respectivas evoluciones del francés, del español y del italiano. Pero, gradualmente, comprendí a dónde quería llegar Eli con su historia, y le escuché más atentamente. Estaba, en definitiva, haciéndome su confesión.

Había escrito aquel ensayo para participar en un concurso organizado por alguna prestigiosa sociedad de investigación, y había ganado el primer premio, lo que le había asegurado una beca de investigación. Había, en resumen, cimentado toda su carrera universitaria posterior en aquel primer éxito, el ensayo había sido ya publicado en una revista filológica importante y le había valido la celebridad en su pequeña esfera universitaria. Aunque sólo era un estudiante de primero, era citado con elogios en los trabajos de otros eruditos. Las puertas de todas las bibliotecas estaban abiertas para él, y no hubiera tenido nunca, a decir verdad, la posibilidad de descubrir el manuscrito que nos había llevado al Monasterio de los Cráneos si no hubiera escrito aquel prestigioso ensayo del que dependía su renombre. Pero, y me dijo en el mismo tono desprovisto de expresión que había empleado un momento antes para exponerme sus teorías sobre los verbos irregulares, el concepto esencial sobre el que había cimentado su tesis, no era fruto de su propio trabajo. Se lo había robado a otra persona.

¡Vaya! ¡Vaya! El pecado de Eli Steinfeld. Ni un pecadillo sexual, ni un extraviamiento juvenil hacia la homosexualidad o la masturbación recíproca, ni un horrible incesto contra una madre protestando débilmente, sino un crimen intelectual, el género más condenable de todos. No es extraño que haya esperado tanto antes de hacer su confesión. Pero, ahora, la verdad corría a raudales por su boca. Su padre —decía—, un día que estaba comiendo en un autoservicio de la Sexta Avenida, se sintió atraído por un señor pequeño, marchito, canoso, sentado solo en una mesa, hojeando un gordo y embarazoso volumen. Era un libro de Somerfelt sobre el análisis lingüístico titulado *Aspectos diacrónicos y sincrónicos del lenguaje.* Aquel título no hubiera significado nada para el padre de Eli si no hubiera, algunos momentos antes, desembolsado la apreciable cantidad, para él, de 16,50 $ para comprarle a Eli un ejemplar, que había decidido que

no podía seguir viviendo sin él. Shock al reconocer la pasta del libro. Reacción de orgullo paternal: mi hijo, el filólogo. Presentaciones, conversaciones, simpatía inmediata: un refugiado de avanzada edad en un autoservicio no tiene nada que temer de otro refugiado. «Mi hijo», dijo el señor Steinfeld, «tiene el mismo libro que usted». Expresión de asombro. El otro es natural de Rumania, antaño profesor de lingüística en la Universidad de Kluj. En 1939, huyó de su país esperando entrar en Palestina, pero en resumen, después de haber transitado por la República Dominicana, México y Canadá, acabó en Estados Unidos, donde, incapaz de encontrar un trabajo en una universidad, vive en Manhattan, en una tranquila pobreza trabajando donde puede, de lavaplatos en un restaurante chino, corrector de pruebas de un efímero diario rumano, archivero en un servicio de información para marginados, y así sucesivamente. Pero, durante ese tiempo, prepara con ardor el trabajo de su vida, un análisis estructural y filosófico sobre la decadencia de la lengua latina en la Alta Edad Media. El manuscrito está virtualmente completo, en rumano, explicó al padre de Eli, y acababa de empezar la indispensable traducción al inglés, pero el trabajo avanza todavía muy despacio pues no tiene soltura en esta lengua, él, que tiene la cabeza llena de tantos idiomas. Sueña con terminar su libro, encontrarse un editor y retirarse a Israel con el dinero que gane. «Me gustaría conocer a su hijo», dijo abruptamente. Sospecha instantánea por parte del viejo Steinfeld. ¿Se trataría de algún perverso loco, algún maníaco sexual? ¡No! Es un judío decente, un erudito, un *melamed,* un miembro de la confraternidad internacional de las víctimas. ¿Cómo podría querer hacerle daño a Eli? Intercambio de teléfonos. Se arregla una cita. Eli va a casa del rumano. Una habitación minúscula repleta de libros, de manuscritos, de periódicos de investigación en una docena de idiomas. Tome, lea esto, dice el digno viejo, esto y esto. Mis ensayos, mis teorías. Y amontonó los papeles en las manos de Eli, pellejos de cebollas entre los caracteres dactilografiados apretadamente, sin espacio, sin margen. Eli se lleva todo a su casa, lee, se extasía, ¡formidable! ¡Este hombrecillo es un genio! Entusiasmado, Eli se propone aprender rumano para convertirse en el secretario de su nuevo amigo y para ayudarle a traducir su manuscrito al inglés lo antes posible. Febrilmente, hacen proyectos de colaboración. Construyen castillos en Rumania. Eli, pagándolo con su propio dinero, fotocopia los manuscritos para evitar que un *goy* cualquiera en la habitación de al lado, durmiéndose con el cigarro encendido, destruya el trabajo de toda una vida en un estúpido incendio. Cada día, después de clase, Eli se precipita en la pequeña habitación repleta. Después, una tarde, nadie contesta a su llamada. ¡Calamidad! El portero viene, protestando, el aliento embebido de whisky. Utiliza su llave para abrir la puerta. El rumano está tirado en el suelo, amarillo, rígido. Una asociación de refugiados paga el entierro. Un ahijado, nunca nombrado hasta entonces, se materializa y embarca todos los libros y manuscritos hacia un destino desconocido. Eli se queda con las fotocopias. Y, ahora, ¿qué? ¿Cómo ser el vehículo por el que esta obra será revelada a la Humanidad? ¡Ah! El concurso de ensayos para la beca. Se sienta en trance ante su máquina durante horas. La distinción entre su propio amigo desaparecido y él mismo es incierta. Son colaboradores ahora. Gracias a mí, piensa Eli, este gran hombre puede hablar desde su tumba. El ensayo está terminado, y no hay ninguna duda en la cabeza de Eli sobre su valor: es una pura obra de arte. Además, siente un placer especial sabiendo que ha salvado la obra de una vida, de un erudito injustamente olvidado. Somete los seis ejemplares reglamentarios al jurado del concurso. En primavera llega una carta certificada, informándole que ha ganado. Le convocan a un vestíbulo de mármol para recibir un rollo de papel envuelto con una cinta, un cheque que representaba más dinero del que podía imaginar, y las felicitaciones de una cohorte de distinguidos universitarios. Poco después, llega la primera solicitud de una revista profesional. Su carrera está lanzada. Sólo más tarde Eli se da cuenta de que en su ensayo ganador ha olvidado totalmente mencionar al autor de las ideas sobre las que su trabajo estaba basado. Ni un agradecimiento, ni una nota, ni

Librodot

una cita.

Este error u omisión le avergüenza, pero se dice a sí mismo que es muy tarde para repararlo. A medida que pasan los meses, que el trabajo está publicado y que aparecen las críticas universitarias, vive en el terror de ver un día levantarse a un viejo rumano llevando en la mano una especie de paquetes de oscuros periódicos publicados en Bucarest antes de la guerra y exclamando que este joven e impúdico hombre ha usado vergonzosamente el pensamiento de su distinguido y querido colega, el infortunado señor Nicolescu. Pero ningún rumano levanta su brazo acusador. Los años pasaron. El ensayo fue universalmente aceptado como algo de Eli. El final de sus estudios se acerca y varias universidades rivalizaban para tener el honor de que figurase entre sus investigadores avanzados.

Este episodio, sórdido, declara Eli como conclusión, simboliza el conjunto de su vida intelectual, una simple fachada sin profundidad a base de ideas prestadas. El plagio llevado a su punto culminante, además de una cierta e inefable habilidad para asimilar la síntesis de las lenguas arcaicas. Ni una sola vez ha aportado su contribución, por modesta que fuera, para el aumento de los conocimientos humanos. Sería perdonable, a su edad, si no hubiera ganado fraudulentamente la reputación prematura de ser uno de los pensadores más penetrantes en el dominio de la lingüística desde Benjamín Whirf. Y, ¿qué es en realidad? Un *golem.* Un conjunto ficticio, un nuevo Potemkin ambulante de la filosofía. Se esperaban ahora de él milagros de intuición y, ¿qué tenía que ofrecer? Ya no tenía nada, confesó amargamente. Desde hace tiempo había utilizado el último de los manuscritos rumanos.

Un silencio monstruoso descendió sobre nosotros. No podía mirarle. Era más que una confusión, era un *harakiri,* Eli acababa de destruirse ante mí. Siempre tuve algunas dudas, sí, sobre la supuesta profundidad de Eli, ya que, si bien estaba indudablemente bien dotado de una mente brillante, sus percepciones me daban a menudo la impresión de que las hubiera recibido indirectamente. Sin embargo, nunca hubiera imaginado de él este tipo de robo, esta impostura. ¿Qué podría decirle? Hacer castañear mi lengua como un cura, diciéndole: «Sí, hijo mío, has pecado gravemente.» El lo sabía; decirle que Dios le perdonaría porque es un Dios de amor, ni yo me lo creía. Probablemente, podría intentar con una dosis de Goethe diciéndole que la redención de los pecados por el bien es siempre posible. Vete, Eli, vete a construir hospitales y a secar pantanos y todo irá bien para ti.

Se quedó sentado en el suelo, esperando la absolución, esperando la palabra que le liberase de su yugo. Su rostro estaba vacío de toda expresión, su mirada devastada. Hubiera preferido que confesara cualquier insignificante pecado de la carne. Oliver había follado con su amigo, nada más. Un pecado que, para mí, ni siquiera lo era, que era más bien un buen rato de diversión. La angustia de Oliver no tenía base real, no era más que un conflicto entre el deseo natural de su cuerpo y el condicionamiento que la sociedad le había impuesto. En la Atenas de Pericles, no hubiera tenido nada que confesar. El pecado de Timothy, fuera el que fuera, era seguramente igual de vacío, basado, no sobre razones morales absolutas, sino sobre tabúes locales: a lo mejor se había acostado con una sirvienta, a lo mejor había espiado a sus padres mientras copulaban. El mío era una transgresión un poco más compleja, ya que había sentido alegría por la desgracia de los demás, pero eran una serie de sutiles circunstancias, a lo Henry James, y, en último análisis, insustanciales. Para Eli no era lo mismo. Si el plagio estaba en la base de sus espectaculares éxitos universitarios, entonces, ¿qué había en la base de Eli? No había nada, vacío, y, ¿qué absolución podía ofrecerle por eso?

Había tenido antes su pequeña evasión, y yo ahora tuve la mía. Me levanté, fui hacia él, tomé sus manos entre las mías y le levanté, luego pronuncié las palabras mágicas:

expiación, contrícción, perdón, redención. Dirígete hacia la luz, Eli. Ningún alma está condenada eternamente. Trabaja duro, aplícate, persevera, intenta conocerte mejor, y la piedad divina caerá sobre ti, ya que tu debilidad viene de El y El no te castigará si tú le demuestras que eres capaz de trascender más allá de ella. Levantó la cabeza con aire absorto y se fue. Pensé en el Noveno Misterio, preguntándome si volvería a verle alguna vez. Recorrí la habitación de arriba abajo, meditando. Después, Satán me tentó y salí a ver a Oliver.

Librodot

39

OLIVER

«Lo sé todo», me dijo Ned. «Conozco toda la historia.» Me sonreía tímidamente. Mirada dulce, sus ojos de perro apaleado inmersos en los míos. «No tengas miedo de lo que eres, Oliver, nunca hay que tener miedo de lo que se es. No te das cuenta de que es muy importante que te conozcas, que te explores tan lejos como puedas, y que después actúes en consecuencia. Hay tanta gente que levanta estúpidamente barreras entre ellos, muros hechos de abstracciones inútiles. Un montón de no-harás-nada, de no-osarás-nunca, y, ¿por qué? ¿Qué bien puede hacer todo eso?»

Su rostro estaba brillante. Un tentador, un demonio. Eli ha debido contárselo. Karl y yo, yo y Karl. Hubiera triturado su cabeza por esto. Ned rondaba a mi alrededor, gesticulando, como un gato, como un luchador dispuesto a lanzarse. Hablaba en voz baja, casi arrullante: «Déjate hacer, Oliver, LuAnn no lo sabrá. No iré gritándolo a los cuatro vientos. Déjate hacer, Oliver, por favor. No somos dos extraños. Hemos estado mucho tiempo alejados el uno del otro. Eres tú, Oliver, eres el verdadero tú que quisiera salir de su prisión, éste es el momento, Oliver. ¿Di, quieres? Aprovecha tu oportunidad. Yo estoy aquí». Y se acercaba a mí. Levantaba la cabeza para mirarme. El pequeño Ned que apenas si me llegaba a la altura del pecho. Sus dedos corrían ligeramente por mi antebrazo. «No», dije sacudiendo la cabeza. «¡No me toques, Ned!» Seguía sonriendo. Acariciándome. Murmuraba: «No me rechaces. Haciéndolo, te rechazas a ti mismo. Rechazas aceptar la realidad de tu propia existencia, y, ¿no puedes hacer eso, di, Oliver? No puedes hacerlo si quieres tener la eternidad para ti. Soy una etapa que debes franquear en tu viaje. Hace años que los dos lo sabemos, en nuestro fuero interno. Filtraba. Está en la superficie, Oliver. Todo sube a la superficie, todo converge, todo nos lleva a este instante. Aquí mismo, Oliver. En esta habitación, esta noche. ¿Sí? Di que sí, Oliver. ¡Di que sí!».

40

ELI

Ya no sabía quién era ni dónde estaba. Estaba en trance, en coma. Como mi propio fantasma, atormentado, por los pasillos del Monasterio de los Cráneos, recorría a la deriva los helados corredores sumidos en las tinieblas. Los cráneos de piedra que colgaban de los muros me miraban gesticulantes. Les devolví las muecas. Les guiñaba un ojo. Les mandaba besos. Miraba las hileras de puertas de roble macizo extendiéndose hasta el infinito, misteriosamente cerradas, y nombres no menos misteriosos atravesaban por mi mente: ésta es la habitación de Timothy, y la de Ned, y la de Oliver. ¿Quiénes son? Y ésta es la habitación de Eli Steinfeld. ¿De quién? Eli Steinfeld. ¿Cómo? E-li-Stein-feld. Continúo. Esta es la habitación del hermano Antony, y aquí duerme el hermano Bernard, y aquí el hermano Javier, hermano tal, hermano cual, ¿quiénes son todos estos hermanos y qué quieren decir sus nombres? Más puertas cerradas. Aquí deben dormir las mujeres. Abrí una puerta al azar. Cuatro camas, cuatro mujeres, mucha carne, completamente desnudas, tendidas sobre las arrugadas sábanas. Nada oculto. Muslos, nalgas, senos, vientres. Rostros adormecidos. Hubiera podido ir hacia ellas, metérsela, poseer a las cuatro una tras otra. Pero no. Prosigo. Llego a una sala sin techo donde las estrellas brillan a través de las espaciadas vigas. Aquí hace más frío. Cabezas de muerto pegadas a la pared. Un chorro de agua cae en cascada. Paso a las salas grandes. Ahí es donde nos enseñan los Dieciocho Misterios. Ahí, donde hacemos la gimnasia sagrada. Ahí, donde comemos nuestra comida especial. Y ahí, esa abertura en el suelo, ese *omphalos,* ese ombligo del universo, está la entrada al abismo. Tengo que bajar. Bajo. Olor a moho. No hay luz. La pendiente se eleva gradualmente. No es un abismo, sino un subterráneo. Me recuerda algo. Yo ya he pasado por aquí, pero en sentido contrario. Ahora hay una barrera. Una puerta de piedra. ¡Cede! ¡Cede! El túnel continúa. Recto, todo recto. Trombones y coros. Coro de bajos. Las palabras del Réquiem vibran en el aire: *rex tremendae majestatis, que salvandos salvas gratis, salve me, fous pietatis.* ¡Ya estoy fuera! Emerjo en el claro por donde entré por primera vez al Monasterio de los Cráneos. Ante mí, el desierto. Detrás el monasterio. Sobre mí las estrellas, la luna llena, la bóveda celeste. Y, ¿ahora? Avancé con paso incierto hasta el borde del claro, hasta la fila de cráneos del tamaño de un balón de baloncesto que lo bordeaban, tomé el estrecho sendero que lo unía con el desierto. No tenía ninguna idea en mente. Mis pies eran quienes me llevaban. Anduve durante horas, o días, o semanas. Poco después, a mi derecha, apareció una enorme roca, de basta textura, color sombrío, la marca, el cráneo gigante de piedra. Bajo el claro de luna, sus rasgos profundos sobresalían nítidamente, sus órbitas retenían los abismos de la noche. Meditemos, hermanos. Contemplemos el rostro detrás del cráneo. Me arrodillé. Utilizando la técnica que me había enseñado el piadoso hermano Antony, proyecté mi alma absorbiendo al gran cráneo de piedra, purgándome de toda debilidad frente a la muerte. ¡Te conozco, Cráneo! ¡No te temo, Cráneo! ¡Llevo a tu hermano detrás de mi rostro, Cráneo! Me burlé del cráneo, me divertía transformándolo, primero en un huevo liso y blanco, luego en un bloque de alabastro rosa sembrado de vetas amarillas, después en una esfera de cristal cuyas profundidades examinaba. La esfera me mostró las desaparecidas y doradas torres de Atlántida. Me mostró hombres abrigados en pieles de animales, saltando a la luz de las antorchas, ante mamuts pintados en los muros de una gruta ahumada. Me mostró a Oliver agotado y acurrucado en los brazos de Ned. Luego retransformé la esfera en un basto cráneo esculpido en la roca negra y, satisfecho, volví al sendero que conducía al monasterio. Pero, en lugar de entrar por el paso subterráneo, bordeé el edificio y recorrí el ala donde recibíamos instrucción de los hermanos, hasta

Librodot

que llegué al otro extremo del edificio, donde estaba el sendero que daba a los campos de labor. A la luz de la luna, intenté buscar malas hierbas, pero no las encontré. Acaricié las pimenteras, bendije a las bayas y a las raíces. Es la comida sagrada, la alimentación pura, la alimentación de la Vida Eterna. Me arrodillé entre los surcos, sobre la tierra húmeda llena de barro, y recé para que me fuera concedido el perdón a todos mis pecados. Me dirigí a la pequeña colina que se encuentra al oeste del monasterio. Subí a ella, me quité el pantalón y, desnudo en la noche, realicé los ejercicios de respiración sagrada. Agachado, inspirando tinieblas, incorporándolas a mi aliento interior, transformándolas en energía que canalizaba hacia mis órganos vitales. Mi cuerpo se disolvía. No tenía masa ni peso. Flotaba, bailaba sobre una columna de aire. Retenía el aliento durante siglos. Volaba durante eras. Me acercaba al estado de gracia auténtica. Era el momento de cumplir con el rito gimnástico, y lo hice con una soltura y agilidad que nunca antes había tenido. Me curvaba, giraba, me contorsionaba, brincaba, me estiraba, palmoteaba. Sentía cada músculo. Probaba mis capacidades hasta un límite insospechado.

Pronto llegaría el alba.

La primera luz del sol me llegó desde las colinas del Este. Tomé la posición del sol poniente y miré la punta de luz dorada que iba agrandándose por el horizonte. Bebía el aliento del sol. Mis ojos eran conductores. La llama engordaba para ellos en el laberinto de mi cuerpo. Tenía un control total, orientaba aquella maravillosa luz hacia mis pulmones, bazo, hígado, rótula derecha. El sol sobrepasó la línea del horizonte y se convirtió en un globo perfecto mientras se convertía en oro el rojo amanecer y yo me impregnaba hasta la saturación del estallido de la mañana.

Con aquel estado de éxtasis tomé finalmente el camino del Monasterio de los Cráneos. Mientras me acercaba a la entrada vi una silueta surgir del subterráneo: Timothy. Había vuelto a ponerse, ignoro cómo, su ropa de calle. Su rostro estaba duro y tenso, mandíbulas crispadas, mirada atormentada. Cuando me vio, arqueó las cejas y escupió. Haciendo caso omiso de mi presencia, continuó su camino rápidamente dirigiéndose hacia el sendero que llevaba al desierto.

—¡Timothy!

No se inmutó.

—¡Timothy! ¿A dónde vas? Contéstame, Timothy.

Se volvió con una mirada de desprecio glacial y me dijo:

—Me largo. ¿Qué haces tú aquí tan temprano?

—No puedes irte.

—¿Cómo que no puedo?

—Romperás el Receptáculo.

—Tu Receptáculo me importa un bledo. ¿Crees que voy a pasar el resto de mi vida en esa institución para débiles mentales? —sacudió la cabeza. Después dulcificó su expresión y añadió—: Recapacita, Eli. Intentas vivir un sueño. Esto no saldrá bien. Debemos volver a la realidad.

—No.

—Para los otros dos ya es demasiado tarde, pero tú todavía eres capaz de pensar racionalmente. Podemos comer en Phoenix, y tomar el primer avión hacia Nueva York.

—No.

Librodot

—Es tu última oportunidad.

—No, Timothy.

Se encogió de hombros y dio media vuelta.

—Como quieras. Quédate con esos chiflados. Yo ya estoy harto. ¡Más que harto!

Quedé clavado en el suelo mientras Timothy cruzaba el claro, pasó entre dos pequeños cráneos de piedra, medio hundidos en la arena y se alejó por el sendero. No había forma de convencerle para que se quedara. Era inevitable, lo fue desde un principio. Timothy no era como nosotros, le faltaban nuestros traumas y nuestras motivaciones, nada hubiera podido persuadirle de la necesidad de someterse a la Prueba hasta el final. Durante un largo momento, examiné mis posibles opciones, volví a buscar la comunicación con las fuerzas que guiaban al Receptáculo. Pregunté si había llegado el momento y me dijeron: «Sí, el momento ha llegado». Empecé a correr detrás de Timothy. Cuando llegué a la línea de cráneos, me arrodillé rápidamente y recogí uno de la arena, necesité las dos manos para transportarlo, pesaba por lo menos diez o quince kilos, y, reanudando mi carrera, alcancé a Timothy justo en el sitio donde empezaba el sendero. Con un solo movimiento ágil, levanté el cráneo de piedra y lo llevé con todas mis fuerzas contra su nuca. A través del basalto, mis dedos recibieron una sensación de huesos rotos. Se derrumbó sin un grito. El Cráneo quedó manchado de sangre. Lo solté y quedó enderezado en el mismo sitio en que cayó. El pelo rubio de Timothy estaba manchado de rojo, que se extendía con sorprendente rapidez. Me dije a mí mismo que necesitaba testigos para poder proceder a los ritos necesarios. Giré hacia el monasterio. Mis testigos ya estaban allí. Ned, completamente desnudo, y el hermano Antony, con sus vaqueros descoloridos, estaban a la entrada del edificio. Anduve hasta ellos. Ned sacudió lentamente la cabeza; lo había visto todo. Me arrodillé ante el hermano Antony. Posó su fría mano sobre mi frente diciendo dulcemente:

—Así es el Noveno Misterio: que el precio de una vida sea exigido a cambio de otra vida. Sabed, ¡oh, nobles nacidos!, que cada eternidad debe compensarse con una extinción —luego añadió—: De la misma forma que por el hecho de nuestra vida morimos cada día, por el hecho de nuestra muerte viviremos eternamente.

Librodot

41

NED

Intenté pedirle a Oliver que nos ayudara a enterrar a Timothy, pero permanecía cabizbajo en su habitación, como Aquiles en su tienda, así que todo el trabajo recayó sobre Eli y sobre mí. Oliver se negaba a abrir la puerta; ni siquiera un gruñido saludó mis insistentes golpes. Le dejé y fui a reunirme con el grupo que esperaba frente al monasterio. Eli, de pie al lado del cuerpo, tenía un aspecto seráfico, transfigurado. Su rostro estaba rojo y su cuerpo relucía a la luz de la mañana a causa del sudor.

A su lado había cuatro hermanos, los cuatro Guardianes: el hermano Antony, el hermano Miklos, el hermano Javier y el hermano Franz. Estaban serenos y parecían satisfechos por lo que había pasado. El hermano Franz había traído las herramientas de enterrador, picos y palas. El cementerio, nos comunicó el hermano Antony, estaba en el desierto, no muy lejos de allí.

Tal vez por razones de pureza ritual, los hermanos se negaban a tocar el cuerpo. Tenía mis dudas de que Eli y yo fuéramos capaces de transportarlo más de una decena de metros, pero Eli no parecía preocupado por aquello. Se arrodilló, cruzó los pies de Timothy uno sobre otro y pasó su cabeza entre las pantorrillas, luego me indicó que le levantara por el medio. ¡Hop! Alzamos aquella inerte masa de cien kilos titubeando un poco. El hermano Antony presidía el cortejo, mal que bien, nos dirigimos hacia el cementerio, mientras los demás hermanos nos seguían a distancia.

Aunque el amanecer estaba todavía cerca, el sol era ya implacable, y el esfuerzo de transportar aquella terrible carga a través del brumoso calor brillante del desierto, me sumergió en un estado casi alucinatorio. Tenía dilatados los poros, las rodillas dobladas, mi mirada se nublaba. Sentía algo así como una mano agarrándome la garganta. Entré en un «trip» en que volví a ver todas las escenas del gran momento de Eli a cámara lenta, la cámara se paraba a intervalos críticos. Vi a Eli corriendo, a Eli recogiendo el pesado bloque de basalto. Eli persiguiendo nuevamente a Tímothy, alcanzándole, estirándose como un lanzador de peso, los músculos de su lado derecho tomaron un extraordinario relieve, el brazo se lanzaba hacia adelante con una soltura majestuosa, llevando con precisión el pesado cráneo de piedra contra el más frágil de Timothy, que estalló. Timothy derrumbándose, cayendo inerte. Y todo aquello recomenzaba. Otra vez. Otra vez. Otra vez. La persecución, el ataque, el impacto, en una película sin fin desarrollándose en mi cerebro. En medio de aquellas imágenes a cámara lenta se interponían otras, como fantasmas de gasa: el asombrado rostro de Lee Harvey Oswald cuando Jack Ruby se acercó a él, el cuerpo retorcido de Bobby Kennedy sobre el suelo de la cocina, las cabezas cortadas de Mishima y sus compañeros alineados en el despacho del general, un soldado romano atravesando con su lanza la silueta en la cruz, el hongo desplegando sus venenosos colores sobre el cielo de Hiroshima. Y otra vez Eli, otra vez en primer plano la trayectoria del antiguo objeto, otra vez el impacto. El tiempo se detiene. La poesía de la estática. Tropecé, casi caí, la belleza de aquellas imágenes me sostuvo irrigando mis crujientes articulaciones, infundiendo nueva fuerza a mis músculos de forma que conseguía, por lo menos, mantenerme en pie, portador titubeante y diligente del despojo mortal. De la misma forma que por el hecho de nuestra vida morimos cada día, por el hecho de nuestra muerte viviremos eternamente.

—Hemos llegado —declaró el hermano Antony.

¿Era aquello el cementerio? No veía ni tumbas ni ningún tipo de señal. Las plantas bajas de hojas grises del árido desierto brotaban al azar sobre un terreno vacío. Pero,

mirando más atentamente, mis percepciones estaban extrañamente intensificadas debido al agotamiento, reconocía algunas irregularidades del terreno, un lugar parecía unos centímetros más hundido, otro parecía alzado, como si la superficie hubiera conocido algunos cambios. Posamos en el suelo el cuerpo de Timothy cuidadosamente. Una vez liberado de la carga, tuve la impresión de que mi propio cuerpo flotaba, de que iba verdaderamente a elevarse sobre el suelo. Mis piernas temblaban y mis brazos se levantaban solos hasta los hombros. El respiro fue corto. El hermano Franz nos tendió las herramientas y empezamos a cavar la tumba. Solamente él nos prestó su mano de obra, los otros guardianes se mantenían al margen, inmóviles, distantes, como estatuillas votivas. El suelo estaba rugoso, había perdido sin duda todo poder de unión bajo la acción, durante millones de años, del sol de Arizona. Cavamos como esclavos, como hormigas, como máquinas; hundo, levanto, hundo, levanto, hundo, levanto, cavando cada uno su pequeña fosa, y haciendo después unirse a las tres. A veces, invadíamos el terreno de otro, y a Eli le faltó poco para empalar mi pie desnudo con su pico. Pero por fin acabamos el trabajo. Quedó una fosa grande de unos dos metros de largo, un metro cincuenta de ancho y un metro cincuenta de profundidad, abierta a nuestros pies.

—Esto bastará —dijo el hermano Franz.

Jadeantes, sudorosos, atontados, dejamos caer nuestras herramientas y nos apartamos. Estaba a punto de caer de agotamiento. Iba a ahogarme. Combatí la falta de aire y lo que conseguí, estúpidamente, fue tener hipo. El hermano Antony ordenó:

—Enterrad el cuerpo.

¿Así? ¿Sin ataúd, sin mortaja de ningún tipo? ¿La cara directamente sobre el polvo? ¿El polvo volviendo al polvo? Así parecía ser.

Encontramos nuevas energías y levantamos a Timothy, lo colocamos sobre el agujero y lo bajamos dulcemente. Estaba de espaldas. Su ensangrentada cabeza descansaba sobre un cojín de tierra. Sus ojos, ¿tenían acaso expresión de sorpresa?, estaban levantados hacia nosotros. Eli se inclinó, cerró sus párpados y giró su cabeza hacia un lado, en una posición bastante parecida a la del sueño, una posición más cómoda para afrontar el descanso eterno. Después, los cuatro Guardianes tomaron posición en las cuatro esquinas de la tumba. Los hermanos Miklos, Franz y Javier llevaron la mano hasta sus colgantes y besaron el cráneo. El hermano Antony, mirando fijamente hacia el frente, pronunció una breve oración en aquel lenguaje fluido, ininteligible, que utilizan cuando se dirigen a las sacerdotisas (¿azteca?, ¿atlante?, ¿el mutterprach de los cromagnones?); pasando después al latín para las frases finales, pronunció lo que supuse era —Eli me lo confirmó más tarde— el texto del Noveno Misterio. Después de todo, nos indicó que tapáramos la tumba. Recogimos las palas y empezamos a tirar tierra. ¡Adiós, Timothy! ¡Digno cachorro de la burguesía anglosajona, heredero de ocho generaciones de buenos modales! ¿Quién heredará tu patrimonio? ¿Quién perpetuará tu apellido? Polvo eres y en polvo te convertirás. Una delgada capa de arena de Arizona recubre ahora tu macizo cuerpo. Como robots trabajamos, Timothy, y desapareces de nuestra vista. Como estaba escrito desde el principio. Como se escribió en *El Libro de los Cráneos* hace diez mil años.

—Todas las actividades habituales quedan anuladas por hoy —anunció el hermano Antony cuando terminamos el trabajo—. Pasaremos este día meditando, en ayuno, consagrados a la contemplación de los Misterios.

Pero todavía teníamos trabajo antes de que pudiera empezar la contemplación. Volvimos al Monasterio de los Cráneos con la intención de darnos un baño, pero descubrimos al hermano León y al hermano Bernard en el pasillo ante la habitación de Oliver. Sus rostros eran impasibles máscaras. Señalaron hacia el interior. Oliver estaba tendido

Librodot

sobre la cama. Debió coger un cuchillo de la cocina, como el cirujano que le hubiera gustado ser, y había realizado sobre él un extraordinario trabajo: el vientre, la garganta, incluso el traidor que llevaba entre los muslos a quien no había sabido perdonar. Las incisiones eran profundas y habían sido hechas por una mano decidida. Disciplinado hasta el final, el rígido Oliver, se había inmolado con el metódico arte que le caracterizaba. Yo jamás hubiera sido capaz de acabar un proyecto tan siniestro una vez empezado. Pero Oliver tenía un poder de concentración inhabitual. Estudiamos el resultado de forma curiosamente indiferente. Yo soy, por lo general, bastante sensible, y Eli también, pero, en este día, el de la realización del Noveno Misterio, estábamos eximidos de toda culpabilidad de este género.

—*¿Hay alguno entre vosotros* —recitó el hermano Antony— *que renunciara de buen grado a la eternidad en beneficio de sus hermanos de la figura de los cuatro lados, para que éstos ganen la comprensión de la auténtica abnegación?*

Sí. De esta forma tuvimos que volver titubeando hasta el cementerio. Y, después de eso, froté las manchas que deshonraban lo que había sido la habitación de Oliver por todos mis pecados. Después tomé un baño y me quedé solo en mi habitación, examinando en mi mente los misterios del Cráneo.

Librodot

42

ELI

El verano pesa sobre la Tierra. El cielo está vibrando con calor estupefaciente. Todo parece predeterminado y ordenado. Timothy duerme. Oliver duerme. Y Ned y yo nos quedamos. A lo largo de los meses pasados, nos hemos vuelto más fuertes y nuestra piel está bronceada por el sol. Vivimos en una especie de ensueño, realizando plácidamente nuestra diaria serie de trabajos y de ritos. Aún no somos del todo Hermanos, pero la Prueba llega a su fin. Quince días después del doble entierro, tuve éxito en el examen de las tres sacerdotisas y, desde entonces, ya no tengo ninguna dificultad en asimilar las lecciones de los hermanos.

Los días se superponen. Estamos fuera del tiempo. ¿Fue en abril cuando llegamos al monasterio? ¿En abril de qué año y en qué año estamos? Un sueño despierto, un sueño desierto. A veces, tengo la impresión de que Timothy y Oliver eran personajes de otro sueño que hubiera tenido hace tiempo. He empezado a olvidar los detalles de sus rostros. Los cabellos rubios, los ojos azules, sí, pero ¿qué más? ¿Cuál era la forma de su nariz? ¿Su mentón era prominente? Los rostros se esfuman. Timothy y Oliver se han ido, quedamos Ned y yo. Escucho todavía la voz de Timothy, una voz de bajo, cálida y articulada, bien controlada, magníficamente modulada, con una pizca de inflexiones nasales aristocráticas. Y la de Oliver: una voz de tenor, alta y clara, de tonos cerrados, sin acento. Han adquirido mi gratitud, murieron por mí.

Esta mañana, mi fe ha vacilado por un instante, pero fue un instante horroroso. Un abismo de incertidumbre se abrió de pronto a mis pies, después de tantos meses de entusiasmada seguridad. Tuve una visión de Demonios adornados con tenedores, y escuché el estallido de la helada risa de Satán. Volvía de los campos y mi mirada se dirigía, involuntariamente, a través de la canija vegetación del desierto, hacia el sitio donde estaban enterrados Timothy y Oliver y, bruscamente, una vocecita brincante se levantó en mi cabeza y me preguntó: «¿Crees haber ganado algo aquí? ¿Cómo puedes estar seguro? ¿Cómo estar seguro de que lo que buscas puede encontrarse?». Conocí un instante de miedo atroz durante el cual imaginaba que miraba con ojos rodeados de rojo un porvenir helado en el que me desecaba, en el que me descomponía, poco a poco, para transformarme en polvo, en un mundo vacío y devastado. Después, el momento de duda desapareció, tan repentinamente como llegó. A lo mejor, no era más que una bocanada errante de resentimiento que atravesaba el continente en dirección al Pacífico y que se había posado sobre mí para desconcertarme por un instante. El hecho es que me puse a correr hacia el monasterio para buscar a Ned y contárselo todo. Pero, cuando llegué a su habitación, la aventura me pareció demasiado ridicula para contársela. «¿Crees haber ganado algo aquí?» ¿Cómo puedo haber tenido esa duda? Extraña herejía.

La puerta de Ned estaba abierta. Asomé la cabeza y le vi sentado, con los hombros encogidos, la cabeza entre las manos. No sé cómo sintió mi presencia. Levantó vivamente los ojos, tomando una expresión normal, reemplazando una mirada de atroz desesperación por un aire cuidadosamente indiferente. Pero sus ojos estaban todavía brillantes, y creí ver asomar una lágrima.

—¿Lo has sentido tu también? —pregunté.

—Sentir, ¿qué? —dijo con tono desafiante.

—Nada. Absolutamente nada —contesté indiferente encogiéndome de hombros. «¿Cómo puedes estar seguro?» Estábamos jugando uno con el otro, disimulando. Pero la duda estaba aquella mañana generalizada. El mal era contagioso. «¿Cómo puedes

Librodot

estar seguro de que lo que buscas puede encontrarse?» Sentí que un muro se alzaba entre él y yo, impidiéndome hablar del miedo que había sentido o preguntarle por qué parecía tan deprimido. Le dejé y volví a mi habitación para tomar el baño ritual e ir después a comer. Ned y yo estábamos sentados uno al lado del otro, pero no hablamos mucho. Nuestra sesión matinal con el hermano Antony nos esperaba después, pero yo no tenía ganas de ir, y volví a mi habitación. «¿Crees haber encontrado algo aquí?» Lleno de confusión, me arrodillé ante la gran máscara-cabeza de muerte de mosaico que colgaba de la pared, la miré fijamente sin pestañear. La absorbí, forzando a los millares de pedacitos de obsidiana y turquesa, de jade y nácar, a mezclarse, a fundirse y a transformarse hasta cubrirse de carne para mí, y hasta que un rostro apareciese por encima de los huesos descarnados, y luego otro rostro, luego otro, en una serie entera de retratos siempre cambiantes. Vi a Timothy, luego a Oliver, después a mi padre, cuyos rasgos se transformaron sutilmente en los de mi madre. «¿Puedes estar seguro?» Luego fue el hermano Antony quien me miró desde la pared, hablándome en lengua desconocida, y el hermano Miklos, evocando continentes desaparecidos y grutas olvidadas. «¿Cómo puedes estar seguro de que lo que buscas puede encontrarse?» Veía ahora a la chica menuda, tímida, de nariz grande, a la que momentáneamente amé en Nueva York y tuve dificultad en acordarme de su nombre... Mickey, Mickey Bernstein. Y le dije: «¡Hola! He ido a Arizona, como te dije.» Pero no contestó. Creo que había olvidado quién era yo. Desapareció, y en su lugar vi a la chica sombría del motel de Oklahoma, luego el súcubo de pechos pesados con quien me crucé cuando iba al servicio una noche en Chicago. Escuché de nuevo la risa chirriante que subía del abismo, y me preguntaba si conocería de nuevo un acceso de duda devastadora. «¿Crees haber ganado algo aquí?» De pronto, el doctor Nicolescu fijó su mirada en mí desde la pared, rostro ceniciento, mirada triste, sacudiendo lentamente la cabeza, acusándome en sus tímidas maneras de no haberme portado bien con él. No pretendía negarlo, pero no volví la cabeza, porque mi culpabilidad me había sido quitada. Le miré sin parpadear hasta que se fue. «¿Cómo puedes estar seguro de que lo que buscas puede encontrarse?» Apareció el rostro de Ned, luego el de Timothy y el de Oliver. Después el mío. El rostro de Eli, el principal instigador de este viaje, el indigno jefe del Receptáculo. «¿Crees haber ganado algo aquí?» Estudié mi rostro detenidamente, deploré sus defectos, lo remodelé, lo hice regresar al estado de adolescente mofletudo, después lo llevé de nuevo al presente, al Monasterio de los Cráneos, y fui más allá, buscando otro Eli que yo nunca había visto, el Eli venidero, un Eli intemporal, inmutable, flemático, un Eli convertido en Hermano, un rostro apergaminado, una cara de piedra. Y, mientras examinaba a este Eli, escuché la voz del adversario planteando su insistente pregunta: «¿Cómo puedes estar seguro? ¿Cómo puedes estar seguro? ¿Cómo puedes estar seguro?» Lo preguntaba incansablemente, me asediaba sin reposo, hasta que el eco se amplió y formó un solo estruendo de trueno y me encontré sin ninguna respuesta que darle, solo sobre uno de los polos, intentaba en vano agarrar un universo abandonado por sus dioses, diciéndome: He hecho correr la sangre de mis amigos, y, ¿para qué? ¿Para qué? ¿Para esto? Pero sentí que las fuerzas me volvían y grité mi respuesta a su burla, exclamé que había reencontrado mi fe, que estaba seguro, porque estaba seguro. «¡Creo! ¡Creo! ¡Te niego Tu Victoria!» Y me daba a mí mismo la visión de mi propia imagen andando por las resplandecientes avenidas de los distantes mañanas, recorriendo la arena de lejanos planetas, abrazando a la corriente de los años. Me eché a reír, y El se echó a reír también. Su risa eclipsaba la mía, mi fe no flaqueaba, y, finalmente, fue El quien dejó de reírse antes.

Luego me encontré sentado, con la garganta ronca y temblando, ante la máscara de basalto. Las metamorfosis habían terminado. El tiempo de las visiones había pasado. Lancé a la máscara una mirada de desprecio, pero se quedó tal cual. Muy bien. Exploré mi alma, y no encontré ningún residuo de duda. La conflagración final había destruido

todas las últimas impurezas. Perfecto. Me levanté, abandoné mi habitación y atravesé el corredor hacia la parte del edificio en que sólo las vigas forman una barrera contra el cielo abierto. Levantando la cabeza, vi un enorme halcón que describía a lo lejos círculos sobre mi cabeza en la inmensidad del cielo azul. Halcón, tú morirás y yo viviré. De eso no tengo ninguna duda. Volví al corredor y llegué a la sala donde celebrábamos nuestras reuniones con el hermano Antony. El hermano y Ned ya estaban allí, parecía que estaban esperándome, puesto que el colgante estaba aún alrededor del cuello del hermano Antony. Ned me sonrió, y el hermano levantó la cabeza. «Comprendemos», parecían decirme. «Esas tormentas pasan a veces.»

Me arrodillé junto a Ned. El hermano Antony se quitó el colgante y colocó el pequeño Cráneo de jade ante nosotros, sobre el suelo. *La vida eterna te ofrecemos...* «Proyectemos la visión interior sobre el símbolo que tenemos aquí delante», declaró el hermano Antony dulcemente. Sí. Sí. Felizmente, lleno de esperanza y de certidumbres, me abandoné al Cráneo y a sus guardianes.

Librodot